

Cazar a November
MATAR A NOVEMBER 2
ADRIANA MATHER
RBA

Cazar a November

ADRIANA MATHER

Traducción de Patricia Mora

RBA

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es totalmente casual.

Título original inglés: *Hunting November*.

Publicado por acuerdo con Alfred A. Knopf,
un sello de Random House Children's Books,
una división de Penguin Random House LLC, Nueva York.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Diseño de la cubierta: Regina Flath.
Adaptación de la cubierta: Lookatcia.com.

Primera edición: abril de 2021.

RBA MOLINO
REF.: ODBO854
ISBN: 978-84-272-9907-8

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL • EL TALLER DEL LLIBRE, S.L.

En memoria de mi gato Charles, que tenía la cabeza pequeña y la cola larga, hombros flexibles como una ardilla voladora y ojos de distinto color. Dormía en mi almohada todas las noches y me mordía en la cabeza por las mañanas para pedir comida. De cachorro lo llevaba en la sudadera y, de adulto, se acurrucaba contra mi nuca. Era mi gato perfecto, y yo era su persona perfecta. Siempre echaré de menos sus mimos.

UNO

Cuando era pequeña y la gente me preguntaba qué quería ser de mayor, les respondía toda clase de locuras. A una profesora le dije que quería ser una vaga para poder pasarme los días acurrucada bajo las mantas en el salón. A la madre de mi mejor amiga Emily le dije que quería ser probadora de galletas, porque eso es lo que quería ser Emily. Y a mi padre le dije que quería ser un cuchillo para poder cortar mis bocadillos de queso en dos triángulos perfectos, en lugar de los cuatro cuadrados sosos que me hacía él. Evidentemente, esta respuesta hizo que levantara las cejas y me explicara que las chicas son entes vivos que se pueden cortar; y que un cuchillo es la pieza de acero afilada que hace el corte. Pero ahora que he descubierto que la mayor parte de mi infancia fue una mentira, empiezo a pensar que mi yo del pasado no iba muy desencaminada con la respuesta del cuchillo. Nunca había estado más cerca de ser un cuchillo o de que alguno me apuñale que en las últimas semanas en la Academia Absconditi.

Cierro la puerta de la enfermería al salir y recorro un pasillo vacío iluminado con antorchas. Me bajo las mangas para tapar las vendas del antebrazo, donde la enfermera me ha untado una especie de cataplasma con un olor fuerte a agujas de pino y arcilla. No dejaba de repetir la suerte que he tenido de sobrevivir a una caída de un árbol del patio sin romperme ningún hueso. No paraba de chascar la lengua y decir: «Los jóvenes no valoráis nada». Dudo que hubiera hecho referencia a mi suerte si supiera que me tiraron del árbol porque la familia de los Leones quiere matarme.

Al volver la esquina hacia otro pasillo silencioso, me doy cuenta de que las antorchas se han apagado y que lo que queda del corredor está casi completamente a oscuras. Me acerco lentamente hasta una de las

antorchas y observo con recelo las ascuas reminiscentes. ¿No deberían haberlas cambiado? ¿Y dónde están los guardias de la academia? Siempre hay uno apostado en cada pasillo. Frunzo el ceño y me pregunto si debería volver a la enfermería, cuando oigo un leve gorgoteo.

Me inclino hacia delante, reacia a adentrarme en el oscuro pasillo, como si las sombras fueran a morderme. Durante un segundo, no se oye más que el silencio y no estoy segura de si el sonido ha sido producto de mi imaginación. Entonces, el silencio se rompe con una tos ahogada y se me dispara la adrenalina.

—¡November! —se oye una voz estrangulada y se me cae el alma a los pies.

Reconozco esa voz.

—¿Ash? —grito y todo atisbo de duda desaparece.

Corro a toda velocidad entre la oscuridad.

Las botan resuenan rítmicamente contra la piedra y se me acelera la respiración a cada paso. Corro siguiendo la pared con la mano para no perder el equilibrio y busco la voz angustiada de Ash.

Delante de mí, a la izquierda, puedo ver un rayo de luz, un haz plateado que se desliza bajo una puerta cerrada. Y el sonido ahogado se vuelve más intenso a medida que me acerco. Agarro el pestillo de la puerta en la oscuridad y echo todo mi peso contra la pesada madera. Las bisagras chirrían al abrirse y me abalanzo hacia el interior de la habitación, pero me detengo tan rápido que casi pierdo el equilibrio.

No paro de jadear mientras intento controlar mi pulso desbocado. La estancia es enorme, con muros de piedra y un alto techo abovedado. Extrañamente no hay muebles, excepto en el fondo, donde hay una plataforma y un sillón fastuoso que parece un trono. Los muros están decorados con retratos caros y tapices ornamentales. Pero lo que me ha detenido a medio camino no ha sido la arquitectura o la decoración, sino los cadáveres.

Recorro el suelo con la mirada y me tapo la boca con la mano para evitar echarme a llorar. La mayoría son personas que nunca he visto, un mar de caras desconocidas, con el gesto retorcido por el dolor de sus últimos momentos. Pero luego encuentro a Ash al fondo de la habitación, arañándose la garganta y echando espuma por la boca. A sus pies está Layla y, a su lado, están Inés, Aarya y Matteo. Todos están tumbados, inmóviles, con las espaldas arqueadas y la garganta cubierta de arañazos sanguinolentos. Y delante de todos ellos, de pie y dándome la espalda, hay un hombre alto con el pelo plateado.

Empieza a reírse a carcajadas.

—No, no, no... —balbuceo en un murmullo, con el pulso retumbándome en las sienes, mientras me abro paso entre los cadáveres a trompicones, presa del pánico.

La delicada mano de Layla sigue aferrada a su garganta como si luchara por respirar, pero tiene los ojos cerrados y está quieta. Se me escapa un gemido y tropiezo con el brazo de alguien, por lo que caigo al frío suelo de piedra. Me incorporo de inmediato. Los ojos desesperados de Ash se encuentran con los míos y vuelve a atragantarse al intentar llamarme.

El hombre del pelo plateado baja la mirada hacia Ash mientras se ahoga.

—¿Qué les has hecho? —grito, mientras las palabras intentan sortear el nudo que tengo en la garganta.

El hombre se arrodilla junto a Ash con un pequeño frasco azul en la mano. «Veneno», pienso, y le grito que se detenga, pero no me salen las palabras, solo un sollozo.

—Querrás decir qué hemos hecho, November —me corrige el anciano sin darse la vuelta. Su voz es como el ronroneo de un gato enorme.

Sujeta el frasco junto a la boca de Ash, pero Ash no lo mira a él, sino que observa mi mano, horrorizado. Sigo la dirección de sus ojos y descubro en mi palma un frasco azul idéntico.

El anciano vacía el líquido del frasco en la boca de Ash y chillo.

—¿November?

Me incorporo de golpe, extiendo los brazos para equilibrarme y me agarro a un cojín de terciopelo gris. El eco de un grito escapa de mis labios, tenue e inseguro.

Ash me sujeta los hombros para estabilizarme.

—Yo no... —digo antes de guardar silencio, desorientada y en tensión, con el corazón desbocado como si corriera por la habitación.

—Mira a tu alrededor, November. Respira —dice Ash calmado. Me aferro a su voz.

Echo un vistazo rápido a lo que me rodea y observo la chimenea encendida, una mesa junto a la ventana, cortinas opacas de color bermellón y Ash, vivo y sentado a mi lado en el sofá de la sala común que comparto con Layla. Todo parece normal, pero el miedo sigue en mi interior. Y aunque no sé cómo, lo único que sé, de lo único que

estoy segura, es que lo que sea que pasara en ese sueño fue culpa mía.

—Tú estabas... —empiezo a decir con un tono de voz agitado y tembloroso—. Y era mi... —Pero decido pasarlo por alto, ya que no soy capaz de encontrar las palabras para describir la pesadilla que acabo de presenciar. Parecía real, muy real.

Ash me mira con empatía, como si supiera de buena mano lo que he soñado. Respiro hondo y relajo los hombros. «Ha sido una pesadilla. Solo una pesadilla. Nadie ha muerto», me digo a mí misma, pero siento la ansiedad como un sabor amargo.

—No recuerdo haberme quedado dormida —digo, me restriego la cara y me doy cuenta de que estoy sudando.

Ash me examina y me suelta los hombros, pero se queda a mi lado. Tiene el pelo negro liso acomodado a la perfección junto a las sienes y sus ojos me miran insistentes bajo sus largas pestañas. Aunque él también recibió una buena cantidad de cortes y moratones cuando le atacaron ayer, parece más sereno y elegante que yo en mis mejores días. Cuanto más lo miro, más culpable me siento. Quizá el sueño no fuera real, pero lo que sí es real es que Ash y yo seguimos con vida de milagro y que todo fue culpa mía.

—No quería despertarte. Si no, te habría llevado a la cama —dice, pero no me pregunta sobre mi pesadilla.

Por alguna extraña razón, me da la sensación de que no quiere inmiscuirse. Ya entiendo por qué Estrategia custodia los secretos de las familias, pero aún no me acostumbro a que también custodien sus propios sentimientos. Si mi mejor amiga Emily me viera despertarme aterrorizada como acabo de hacer, no solo habría insistido en que se lo contara con pelos y señales, sino que habríamos analizado el sueño hasta que el significado no fuera más que la predicción de un día con el pelo revuelto.

Echo un vistazo a la puerta del dormitorio de Layla.

—Se fue a dormir hace una hora —responde Ash a la pregunta que no le he hecho.

Vuelvo a mirarlo para comprender su gesto preocupado.

—Pero tú te has quedado —digo con cierto alivio porque lo haya hecho. A pesar de nuestro escabroso comienzo cuando llegué a la Academia Absconditi y todas las sospechas que se interpusieron entre nosotros, ahora confío plenamente en Ash.

—Estaba absorto en mis pensamientos —responde con una leve sonrisa y, aunque estoy segura de que dice la verdad, también estoy convencida de que no es la única razón por la que se ha quedado a mi

lado en el sofá toda la noche. Si fuera otro chico y no acabara de tener la pesadilla más grotesca de mi vida, le haría una broma sobre lo mucho que quiere estar junto a mí. Pero conociendo a Ash, habrá sido por un motivo menos romántico, como el de intentar asegurarse de que nadie me apuñale mientras duermo.

—¿Absorto con qué? —pregunto.

—Solo pensaba en que no podemos estar seguros de quién conoce a tu padre —contesta Ash y vuelve a dirigir la conversación hacia el conflicto familiar, con lo que el poco consuelo que estaba empezando a sentir se esfuma. Debería estar ya acostumbrada, ya que el consuelo no es el estandarte de la academia. A esta escuela le importa más la supervivencia que los estudios y pone más énfasis en alianzas estratégicas que en amistades. Todo ello lo aprendí a las malas cuando descubrí que la familia más poderosa de toda Estrategia quería vengarse de mi padre. Y resulta que varios estudiantes, e incluso un profesor que resultó ser el hermano de mi padre, estaban dispuestos a matarme solo para mostrar su lealtad a esa familia.

—Es evidente que el doctor Conner sabía algo —continúa Ash—, pero ¿y el resto de los Leones en general? Creo que debemos dar por hecho que están persiguiendo a tu familia por una razón en concreto. Tenemos que averiguar cuál es si queremos encontrar a tu padre.

Una simple mención a los Leones y mi mente recuerda los cadáveres sangrientos que aparecían en mi pesadilla. Miro hacia otro lado durante un momento, sobrepasada de nuevo por la culpa de haber involucrado a Ash en todo este asunto. Me froto los ojos con el dorso de la mano.

—¿Quieres decir que los Leones nos persiguen a mi padre y a mí por una razón distinta al desafío de mis padres a lo Romeo y Julieta?

—Exacto —afirma—. Reflexiona. Tu madre era miembro de los Osos y tu padre era un León. Hace veinticinco años se enamoraron y decidieron abandonar sus respectivas familias, renunciar a su posición de poder y esconderse. —Hace una pausa y me mira con amabilidad —. ¿Y los Leones mataron a tu madre cuando tenías…?

—Seis años —respondo y me reacomodo en el sofá.

—O sea, hace once años —continúa Ash—. Y entre ese intervalo de tiempo y el mes pasado, cuando mataron a tu tía y tu padre te mandó aquí, ¿notaste alguna amenaza de los Leones?

Me froto la frente mientras repaso los recuerdos de mi infancia, en busca de algún momento en el que mi padre pareciera estresado o malhumorado, cualquier cosa que indique que los Leones venían a por

nosotros. Niego con la cabeza.

—La verdad es que no. Mi padre nos habría obligado a mudarnos si hubiera sido el caso. A ver, pasamos por una mala racha cuando murió mi madre, claro, pero aparte de eso, éramos felices y nuestra vida era simple. —Mi voz se quiebra cuando me doy cuenta de que la felicidad es cosa del pasado.

Ash asiente, como si hubiera confirmado su teoría.

—¿Ves? Los acontecimientos están separados en el tiempo. La desaparición inicial de tus padres, la muerte de tu madre y el asesinato reciente de tu tía —explica.

Lo observo durante un momento, insegura.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no crees que los Leones nos hayan estado persiguiendo todo este tiempo?

—No digo que no sea posible, pero habrían necesitado disponer de recursos durante veinticinco años seguidos. Lo más probable es que cada ataque lo instigara otro acontecimiento, algo que les proporcionara a los Leones información sobre los movimientos de tu familia. Corrígeme si me equivoco, pero por lo que he percibido en otras conversaciones, has vivido en el mismo pueblo toda tu vida, un lugar recóndito, donde no te escondías, sino que estabas integrada en la comunidad. —Espera a que lo contradiga, pero como no lo hago, continúa—: Por lo tanto, entiendo que no estabais bajo asedio, sino que estabais a salvo.

Me muerdo la uña del pulgar mientras estudio su teoría y busco algún punto débil, pero no lo encuentro.

—De acuerdo, supongamos que tienes razón —respondo—. Entonces, ¿cómo encontraron a mi tía Jo? ¿Qué cambió?

—Ahí es donde quiero llegar. Algo cambió —dice Ash—. Y supongo que la razón está relacionada con lo que sea que tu padre esté haciendo en este momento.

Dejo escapar el aire ruidosamente y mi mente vuelve a sentir miedo por mi padre. «Al menos —me digo a mí misma—, el doctor Conner está fuera de juego y soy libre de abandonar la academia». Pero en cuanto pienso en ello, me entran ganas de vomitar. El doctor Conner no está fuera de juego, está muerto, y yo he sido la causante de su muerte.

Ash casi parece arrepentirse con la mirada.

—Sé que has pasado una mala racha, pero tengo que insistir en lo importante que es que mañana vaya todo como la seda. Aún no estamos a salvo.

El estómago me da un vuelco al oír ese plural. Ash se ofreció a acompañarme hasta encontrar a mi padre. Una oferta que puede acabar con su vida.

—Nadie puede saber que nos vamos —prosigue en un tono calmado—. Tendrás que ir a clase con Layla como siempre, comer en el comedor y estudiar en la biblioteca como un día normal y corriente.

Mi mirada se cruza con la suya y cuestiono ese comentario que da a entender que este lugar tiene algo de normal.

—¿Que he pasado una mala racha? Eso sí que es quedarse corto —digo restándole importancia a lo descolocada que me siento—. Me resulta inconcebible que hace apenas un mes no tuviera ni idea de que esta escuela estrambótica existiera o que Estrategia fuera algo real. —Gesticulo abarcando la sala común—. Y a pesar de esquivar la muerte media docena de veces y que me acusaran de asesinato, los problemas no han hecho más que empezar, porque ahora mismo mi padre está en busca y captura por parte de una sociedad secreta de asesinos tan eficiente que ha alterado el curso de la historia durante miles de años.

Miro a Ash para que entienda la magnitud de lo que siento, ya que hasta mi descanso está interrumpido por pesadillas indescriptibles.

—No te diré que las cosas vayan a ser fáciles —dice y suelto un gruñido—. De hecho, están a punto de complicarse aún más.

—Qué bien se te da consolar.

En la cara de Ash aparece una sonrisa pícara.

—Te consolaré cuando esté convencido de que no vamos a morir.

A mi pesar, me echo a reír.

—Eso es literalmente lo peor que podrías... ¿No le has dicho nunca a alguien que va bien vestido, aunque no sea así? Las mentiras piadosas salvan corazones.

—Tú vas bien vestida —contesta con una mirada pícara.

Bajo la vista para contemplar mi arrugado uniforme, que consta de una blusa blanca, *leggins* negros y botas de cordones negras.

—¿A que sí? —digo—. Seguro que ganaría un concurso de disfraces de piratas con esta ropa.

La boca de Ash se curva en una sonrisa, pero su expresión delata algo más que diversión. Me observa como si fuera la persona más insólita e interesante que ha conocido.

—Además, ¿desde cuándo te preocupa tanto el peligro? ¿No eras tú el que siempre le restaba importancia a todo? Estás faltando a tus obligaciones —le amonesto mientras me sonrojo ligeramente bajo su mirada de admiración.

—Me preocupa el peligro si albergo ciertos sentimientos por la persona involucrada —contesta, y su respuesta me pilla desprevenida.

Nos quedamos en silencio durante un momento, ambos sentados a apenas unos centímetros el uno del otro, el aire tenso y cálido ante la luz de la chimenea. Busco una buena réplica, pero la sinceridad de Ash siempre es impredecible.

—Brendan —suelta Ash cuando no respondo, y me saca del ensimismamiento.

—¿Qué? —contesto mientras trato de seguir el hilo de sus pensamientos.

—Ten cuidado con Brendan mañana —dice en voz baja y sensata—. Ahora que Nyx está fuera de juego y Charles y el doctor Conner han muerto, no estoy seguro de cuál será el siguiente paso de los Leones, pero Brendan es el último recurso que les queda aquí. No nos conviene que ejecute sus obligaciones si sospecha nuestra intención de marcharnos.

Suspiro y mi mente navega entre los incidentes acontecidos la semana pasada: Charles murió después de intentar matarme, Nyx está desterrada en las mazmorras por intentar ensartarme con la espada. Y ahora Ash me dice que es posible que Brendan vuelva a actuar.

—¿No hay una regla universal que diga que es de mala educación atacar a la gente cuando te acaban de dar una paliza?

Ash se apoya en los cojines.

—No si formas parte de Estrategia. De hecho, eso solo te convierte en un objetivo más interesante.

Su respuesta me recuerda a una versión retorcida de un antiguo dicho: «El que la sigue la consigue». Cojo un cojín de terciopelo gris y lo abrazo contra mi pecho. Al mirar a Ash, vuelven a mi mente las imágenes de mi pesadilla. Frunzo el ceño. Sobrevivió al veneno de Conner a duras penas. ¿Qué pasará la próxima vez? ¿Cómo voy a vivir conmigo misma si Ash resulta herido o muere? Cuando Ash se ofreció a dejarlo todo para ayudarme a encontrar a mi padre, me pareció algo encomiable e incluso romántico, pero ahora me causa un nudo en el estómago.

Miro fijamente las llamas a medida que se extinguen en la chimenea.

—Ahí lo tienes: yo soy el objetivo. Pero tú no tienes por qué serlo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Ash con incertidumbre.

Espera un momento a que responda, pero estoy demasiado perdida en mis preocupaciones enrevesadas. Me mira de arriba abajo.

—Te alejas de mí, November, lo que significa que intentas protegerte. Y te estás frotando la palma con el pulgar, un gesto para calmarte —dice—. Podría seguir leyendo tu lenguaje corporal, pero sería más sencillo si hablaras conmigo.

Dejo de mirar el fuego danzante para observar la puerta del dormitorio de Layla, que está junto a la sala común. En un despliegue de generosidad, se ha retirado antes para darme la oportunidad de hablar con Ash, su hermano gemelo.

—La verdad es que te agradezco infinitamente que quieras venir conmigo para encontrar a mi padre. Pero piensa en el coste, Ash. En primer lugar, estarías abandonando a Layla. Si algo le pasa a tu hermana mientras estás fuera, nunca te lo perdonarías. Ni a mí tampoco. Y Layla haría lo mismo si algo te pasara a ti.

—Entonces será mejor que volvamos los dos sanos y salvos —me dice mirándome con curiosidad.

—En segundo lugar —continúo sin prestar atención a la impertinencia de Ash—, ¿qué dirá tu familia? —Teniendo en cuenta el poder que tienen Brendan y los Leones, no quiero ni pensar en las consecuencias que le acarreará a la familia de Ash si decide ir en su contra—. ¿No te expondrás a una situación vulnerable?

Ash sonríe, pero en sus ojos veo que también está preocupado por este tema.

—Nada de eso sucederá si lo conseguimos.

—Hablo en serio —insisto—. Acabas de decirme lo peligroso que es todo esto y que podríamos morir. No tenemos ni idea de lo que nos espera fuera. No sabemos si Estrategia sabe que existo...

—Sospecho que sabes más sobre ti de lo que crees —dice en voz baja.

Lo miro con la esperanza de que esté bromeando.

—Algunos de los estudiantes que hay aquí, por ejemplo, Matteo, te reconocieron en el momento en que pusiste un pie en la escuela. Tenemos que estar preparados en caso de que otros hagan lo mismo —afirma y da respuesta a mi miedo tácito—. Además, está el hecho de que Aarya le ha contado a todo el colegio quiénes son tus padres y, aunque la comunicación con el exterior está controlada y va con retraso, es posible que salga antes de que encontremos a tu padre. Por no mencionar que las sospechas aumentarán en cuanto tú y yo desaparezcamos mañana. La gente podría pensar que Blackwood nos ha dado permiso para ver a nuestras familias después de lo que ha pasado, pero es igualmente probable que sospechen que nuestra

marcha se deba al deseo de vengar tu asesinato frustrado a manos de los Leones. Por lo tanto, como he dicho antes, no podemos permitir que nadie sepa nada hasta que sea totalmente necesario.

—¿Ves? —digo con énfasis—. Ayudarme te pasará factura.

—Ya te he ayudado —responde.

—Aquí dentro, sí. Pero estamos aislados y más protegidos. Cuando salgamos, serás un miembro de la familia Lobo que intenta boicotear a los Leones. Has trabajado toda la vida para demostrar que eres un líder. Esta misión imposible en la que quieres embarcarte podría acabar con eso en un segundo —contesto.

Ash suspira como si no hubiera entendido la situación.

—Y si te dejo moverte por un mundo que no conoces y plantarle cara sola a la familia de Estrategia más poderosa de todas, puedo dar por terminado mi futuro liderazgo, porque siempre sabré que no estuve ahí cuando más importaba.

Lo observo con una mirada llena de horror por todo lo que podría pasarle y, a la vez, desesperada por tenerlo junto a mí.

—Si vienes conmigo, puede que no vivas para graduarte en la academia y mucho menos para ser líder.

—Y también es posible que nunca aprenda a hablar francés sin que se note mi acento. Al final tienes que aceptar las cosas como son —sentencia Ash y la sonrisa vuelve a su rostro.

—Ash...

—November —me interrumpe y me coge de la mano; la calidez de sus dedos me pone la piel de gallina—. He sopesado el peligro. Sé muy bien el riesgo al que nos enfrentamos. Pero mi decisión es inamovible. Me voy contigo.

DOS

La luz del amanecer se cuela entre los resquicios de las cortinas opacas; estoy tumbada y despierta en mi cama con dosel mientras observo cómo la habitación se centra poco a poco. Hubo un tiempo, no hace tanto, que la oscuridad de esta escuela y la falta de electricidad me ponía de los nervios. Me sentía muy aislada en este castillo en medio del bosque, tan lejos de todo lo que conocía y amaba. Ahora me doy cuenta de que no sé cuándo cambió esa percepción, cuándo cambié yo, pero ya no me siento atrapada. Ya no me siento tan fuera de lugar como antes.

Abro las cortinas y dejo entrar la luz neblinosa. La habitación está especialmente fría y los calcetines no mantienen a raya el helado suelo de piedra. Me dirijo a mi tocador antiguo, que tiene un recipiente con agua y una toalla limpia. Me echo agua en la cara y me observo en el espejo. La sombra bajo el ojo del golpe recibido hace unas semanas apenas se nota y los cortes en los brazos y en las piernas que me hice al caer del árbol del que me tiró Felix están amoratados, pero empiezan a sanar. El moratón de la mandíbula está más oscuro que ayer y me duele todo, pero nada me preocupa tanto como encontrar a mi padre.

Miro hacia los árboles del exterior; empiezan a verse los primeros copos de nieve, que flotan y se arremolinan entre las ramas.

—Nieve —suspiro.

De inmediato siento nostalgia por Pembrook y Emily y nuestras bromas invernales. Y entonces recuerdo qué día es.

—Es 20 de diciembre —digo, y siento una opresión en el pecho.

—¡20 de dicieeembreee! —gritamos Emily y yo desde las ventanas de atrás de la camioneta de mi padre.

Hay unos quince centímetros de nieve en el suelo, los árboles centellean y la plaza del pueblo parece el escenario idílico de una postal navideña de Nueva Inglaterra.

—¿Qué decís? ¿Montamos en trineo? —pregunta mi padre desde el asiento delantero.

—Bueno… —Emily me mira de forma maliciosa—. Pensábamos en ir al lago Eastbury a patinar sobre hielo, si no te importa conducir tanto.

—Desayuno, patinar sobre hielo, chocolate caliente, trineos —enumero yo, secundando el entusiasmo de Emily—. Luego pedimos una pizza familiar, o mejor dos, y nos damos una vuelta para ver las decoraciones de Navidad de los barrios ricos.

Mi padre aparca la furgoneta delante del restaurante de Lucille y apaga el motor.

—Este es tu día, Nova. Pedid lo que queráis, soy todo vuestro.

Unos meses después de la muerte de mi madre, durante el invierno que siguió a mi sexto cumpleaños, mi padre creó el Día 20 de diciembre de Celebración del Invierno, una festividad inventada que no tenía ninguna vinculación ni nos recordaba nuestra pérdida. Emily ha participado todos los años. Y aunque sigue siendo divertido si el día 20 cae en fin de semana, es mil veces mejor cuando cae en día escolar y nuestros padres nos dejan hacer pellas.

Emily y yo nos bajamos de la furgoneta. La nieve recién caída cruje bajo nuestras botas y sonreímos con ese entusiasmo particular de quien sabe que está haciendo algo genial mientras los demás están en clase de matemáticas.

Escucho un golpe en la puerta del dormitorio y me seco la cara con la toalla.

—Pasa.

Pippa, la joven muchacha que se encarga de nuestras habitaciones entra con ropa recién planchada sobre el brazo.

—Buenos días —saluda, aunque suena más a pregunta que a afirmación. Coloca los *leggins* negros y la camisa blanca sobre el arcón que hay en el extremo de mi cama.

—Gracias —le digo, mientras trato de insuflar vida a mis palabras, pero mi tono de voz suena más bien incómodo.

La mirada de Pippa se desliza hasta mis brazos vendados que asoman bajo las mangas arremangadas del camisón. Arruga la frente, preocupada, y yo me bajo las mangas rápidamente, pero el gesto solo sirve para recordarme la pesadilla de anoche. Le ofrezco lo que espero

que sea una sonrisa confiada, pero mi corazón no la acompaña. Si no puedo convencer a Pippa de que estoy bien y que todo es normal, no cabe ni la más remota posibilidad de que convenza a mis compañeros expertos en el engaño.

Pippa se detiene a medio camino hacia la puerta y me mira directamente a los ojos, como si quisiera decir algo, pero en ese preciso instante entra Layla y Pippa se excusa. Me controlo para no decirle adiós, abrazarla y darle las gracias por cuidarme tan bien todo el tiempo que he estado aquí. «Nadie puede saber que nos vamos», me recuerdo a mí misma.

—Yo se lo diré —dice Layla en voz baja cuando se cierra la puerta del pasillo. A pesar de haber permanecido encerrada en las mazmorras, Layla está tan serena e imperturbable como siempre. Lleva suelto el pelo largo y negro, que brilla sobre su hombro—. Aunque tu comportamiento efusivo me resulta cuestionable, Pippa es una buena persona y sé que apreciará que te despidas de ella.

Lo dice sin aspavientos, como si creyera que la educación es algo superficial. Asiento, agradecida.

—Bueno, como Ash y tú os vais esta noche, ha llegado el momento de hablar sobre dónde crees que está tu padre —dice, y mi ansiedad vuelve con toda su fuerza—. ¿Tu padre es de los que iría directamente a por su familia para vengarse por haber matado a tu tía? ¿O se escondería y recabaría información para acercarse de forma más sutil?

—Diría que no es de los que se vengan —digo, y me muerdo la uña del pulgar—. Pero si algo he aprendido en esta escuela, es que apenas conozco a mi padre. —Miro a Layla—. Deduzco que lo que ha planeado es peligroso. Si no, no me habría mandado aquí.

—Vale, empecemos por ahí —dice Layla con expresión diligente—. Si decide infiltrarse en el territorio de los Leones, sin duda lo calificaría como peligroso.

Me siento en el borde de la cama.

—Esa conclusión es justamente lo que me ha dejado en vela la mitad de la noche.

Layla se coloca el pelo tras la oreja y se sienta en la cama junto a mí.

—Si va en busca de los Leones, es probable que vaya a Reino Unido. Es la sede de su gobierno, donde vive Jag y donde cuentan con aliados más fuertes. —Cambia de postura en la cama para mirarme de frente—. Nuestra familia tiene contactos en Reino Unido. Todas las familias tienen. —Hace una pausa—. Pero me preocupa que los

contactos de la familia Lobo no quieran ayudarte a ti y a Ash. No toda nuestra familia odia a los Leones tanto como nosotros. —Me mira como si acabara de tomar una decisión—. Y no podrás localizar a tu padre sin ayuda.

Le devuelvo la mirada mientras trato de descifrar el significado oculto en una frase tan sencilla.

—Estoy de acuerdo, Lay, pero ¿qué quieres decir?

—Que uses tus contactos de Oso —replica.

—Pero no sé quiénes son.

—Tú quizá no, pero Matteo, sí —responde Layla, y hago un gesto de dolor.

—No querrás que le pida ayuda a Matteo, ¿no? ¿Qué probabilidades tengo de que salga bien? Me odia —pregunto.

—No he dicho que fuera fácil, pero sería lo más sensato —contesta ella de forma realista.

Dejo escapar el aire. Sobrevivir este último día con normalidad se ha vuelto muy complicado.

TRES

Tomo asiento junto a Layla en la clase de venenos, que parece una versión medieval del laboratorio de química de un instituto. Cuenta con una chimenea enorme que caldea la clase, cuyas llamas se usan para calentar y preparar las sustancias venenosas, y también hay un caldero de piedra lleno de agua. En la Academia Absconditi no te dan gafas para protegerte en caso de accidentes explosivos con veneno, pero extinguirán el fuego si eres tú quien se está quemando. No está mal. Lo verdaderamente sorprendente, en realidad, no es la falta de medidas de seguridad en la escuela, sino que de alguna manera me he acostumbrado a un programa que alienta el peligro. Negaría con la cabeza ante la propia absurdez del asunto, pero no pasaría desapercibido entre mis compañeros. Desde que he salido de la habitación por la mañana, tanto alumnos como profesores han seguido mis pasos bajo su atenta mirada.

Estoy segura de que Aarya montó todo un espectáculo cuando le dijo a todo el mundo que mis padres eran el Romeo y la Julieta rebeldes de Estrategia: la primogénita de los Osos que se escapa con el primogénito de los Leones para acabar siendo perseguidos por los asesinos de los Leones. Eso, junto al anuncio indiferente de la directora Blackwood sobre la muerte del doctor Conner y el hecho de que Ash y yo estamos cubiertos de cortes y moratones inexplicables, me ha convertido en la diana de muchos susurros y miradas de reojo.

—Sentaos, queridos —dice la profesora Hisakawa, que siempre se dirige así a nosotros al comenzar todas las clases de veneno. Examina la clase con ojos brillantes bajo su flequillo recto—. Tenemos muchas cosas de las que hablar. No querréis perderos ni un minuto de clase.

Aarya y Felix están sentados a la mesa de madera que está frente a nosotras. Aarya le da vueltas a los viales y recipientes de cristal que

tiene delante, que contienen distintas atrocidades, mientras silba. No deja de mirar por encima del hombro a Brendan, con el motivo evidente de regodearse de su papel en la muerte del doctor Conner. Lo que me sorprende y me inquieta a partes iguales es que todo el mundo asume que Brendan estuvo involucrado en el complot para matarme, pero ¿por qué no ha sufrido ninguna consecuencia? ¿Acaso su estatus como primogénito de los Leones le protege o es que no hay pruebas que lo acusen?

Decido concentrarme en Felix, que, a diferencia de Aarya, permanece quieto y tenso, por lo que la larga cicatriz que tiene en la mejilla se estira aún más por toda su cara. Parece tan machacado como Ash y yo y, por lo comedido de su postura, estoy convencida de que está tan hecho polvo como yo tras su caída en picado del árbol. Ha evitado mirarme desde que entró en la clase. Supongo que le costará mirarme ahora que sabe que le salvé la vida después de que intentara matarme.

—*Atropa belladonna* o belladona, sin más —dice Hisakawa con una sonrisa que desvela su pasión por los venenos—. El cáliz sagrado de todo boticario que se precie y uno de los venenos más románticos, en mi opinión.

«*Atropa* —pienso, y empiezo con mi análisis de siempre—, un nombre que suele hacer homenaje a la diosa griega Átropos, la más anciana de las tres Moiras, que se encargaba de elegir la forma de morir de los mortales, por eso se la relaciona con un veneno fatal. Y, por supuesto, *belladonna* significa "mujer bella" en italiano». Le dedico una mirada a Brendan. El veneno es lo único que ni él ni sus compinches han intentado utilizar en mi contra, aunque estoy segura de que lo habría hecho si hubiera tenido la oportunidad.

Brendan está en una mesa solo, con el mechón de pelo blanco que destaca en contraposición con la madera oscura y los muros de piedra. Nyx no ha vuelto de las mazmorras después de atacarme con la espada y es evidente que Brendan es consciente de su ausencia por la forma en que frunce el ceño cuando mira la silla vacía de Nyx. No ha establecido contacto visual conmigo, pero entrecierra los ojos y estoy segura de que se da cuenta. Layla le da un golpe a mi bota bajo la mesa, que supongo que significa: «No seas tan estúpida de provocar a Brendan cuando lo único que tienes que hacer es sobrevivir un día más».

Vuelvo a mirar a Hisakawa, de pie delante de la enorme chimenea con las manos entrelazadas detrás de la espalda, balanceándose del

talón a los dedos de los pies sin parar.

—Lo más fascinante de la belladona es que no hay muchos casos confirmados de su uso como veneno. Sin embargo, uno de mis preferidos es el de Giulia Tofana, una envenenadora del siglo XVIII. Fabricaba Acqua Tofana, un «cosmético» que se vendía exclusivamente a las mujeres mayores de cincuenta años para que pudieran matar a sus maridos. En vez de aplicarse sobre la piel, este producto se vertía en la sopa. Cuando la pillaron y la ejecutaron, se cree que Tofana había ayudado a envenenar a más de seiscientos hombres de toda Italia. —Hisakawa suspira con melancolía, como alguna gente reaccionaría al escuchar un poema conmovedor—. Bien, decidme, ¿por qué me gusta tanto algo de lo que hay tan pocos casos de los que aprender?

Aarya se reclina en su silla, la viva imagen de la tranquilidad.

—Porque la belladona es especialmente accesible y crece de forma natural en todo el mundo.

—Lo que nos podría llevar a pensar que habría un exceso de casos de envenenamiento por belladona, no una escasez —interviene Hisakawa.

—Cierto —dice Aarya como si hubiera ganado un premio en una feria—, y eso es lo mejor. La belladona es efectiva. Si tenemos eso en cuenta y que se puede adquirir fácilmente, podemos concluir que la gente que la usa pasa desapercibida.

—¡Exacto! —exclama Hisakawa, que se pone de puntillas de la emoción—. ¿Y por qué los envenenadores de belladona pasan desapercibidos?

Layla abre la boca para responder, pero Brendan se le adelanta.

—Porque la belladona no se usa ni se usaba únicamente para matar. Las mujeres solían pasársela por los ojos para dilatarse las pupilas, algo muy de moda en aquella época. Si se mezcla con morfina, obtenemos «el sueño del crepúsculo», que se usaba como analgésico en los partos. E incluso hoy lo seguimos usando en medicamentos que tratan desde el párkinson a la bronquitis.

—Buena respuesta —le felicita Hisakawa, y Layla parece decepcionada por no haber podido responder—. La belladona es común. Y por eso mismo, a veces no se tiene en cuenta como causa de la muerte. Al final, la muerte se atribuye a una sobredosis o al uso prolongado de un medicamento. O incluso a un somnífero ilegal.

Brendan acepta encantado el cumplido de Hisakawa y de repente recuerdo los pergaminos de la biblioteca que conservan las notas de

los mejores alumnos de cada disciplina de los últimos mil años. Ash me dijo que, si no destacabas en la academia, no eras el adecuado para liderar tu familia. Incluso después de conseguir que te admitan aquí, aún no has terminado de demostrar tu valía.

Hisakawa tamborilea los dedos por el borde de su mesa y se apoya en ella.

—Tal y como os decía en la clase de la semana pasada: sacad provecho de lo que hay a vuestro alrededor. Mimetizaos. Eso fue lo que hizo Giulia Tofana con sus cosméticos para matar maridos. Pero no solo tratamos envenenadores; también hablaremos de detección de venenos. Serás más vulnerable en una situación en la que todo parece normal y no debería serlo.

Hisakawa me mira y yo le devuelvo la mirada, en un intento de leer su expresión y ver si intenta decirme algo de vital importancia. No sería la primera vez que se complica la vida para entregarme un mensaje de la directora Blackwood.

Y hablando del rey de Roma, la puerta se abre y Blackwood entra en la clase, dejando que la puerta se cierre a su espalda. Lleva el pelo recogido en un apretado moño y va vestida con su uniforme: blusa blanca con volantes, chaqueta negra y pantalones del mismo color.

—Perdona la interrupción, profesora Hisakawa, pero hay un asunto que me gustaría zanjar sin más dilación, si no te importa.

Layla me mira preocupada.

—Por supuesto —dice Hisakawa y hace un gesto que abarca a toda la clase, como si se la ofreciera a la directora.

La pesada puerta de madera se abre con un crujido y entra Nyx custodiada por dos guardias. «Ay, no». El estómago se me hunde hasta los pies y me encojo levemente en mi silla. El pelo rizado de Nyx parece haber perdido vida y, aunque tiene delineador permanente, las marcas oscuras bajo los ojos dan la sensación de que no ha dormido desde hace semanas. Tiene la cara demacrada y los hombros caídos.

Brendan retira la silla de la mesa con la intención de levantarse y ayudarla, pero la mirada de Blackwood lo detiene a medio camino.

Los guardias no contienen a Nyx y lo único que se me ocurre es que las mazmorras deben ser una verdadera pesadilla si han conseguido dominar a una persona tan fiera y vengativa como ella.

—November —me llama Blackwood; desearía poder esconderme bajo mi mesa; más perturbador que las mazmorras de la academia es el sistema de castigo de ojo por ojo—, acércate.

Retiro mi silla y el ruido que hace se amplifica en el silencio

espectral de la clase. Todo el mundo me observa.

—Enséñanos el brazo —me ordena Blackwood y, de mala gana, me bajo la camisa blanca por el hombro y dejo al descubierto un corte de diez centímetros al que le acaban de quitar los puntos.

Blackwood se vuelve hacia Nyx.

—Nyx, cambiaste tu espada roma por una de hoja afilada. Según el testimonio de tu profesor, intentaste matar a November con ella. Por esa ofensa, has permanecido en las mazmorras. Pero aún queda sin resolver la herida que infligiste. Siguiendo nuestras normas, ahora November tendrá la oportunidad de vengarse.

Blackwood extiende la mano y uno de los guardias le da un trozo de cuero enrollado del cinturón. Conforme lo va desdobla, la luz de la chimenea se refleja en la hoja de un cuchillo. Blackwood me ofrece el arma y yo la cojo a regañadientes.

—Ojo por ojo, November. Puedes hacerle un corte en el brazo de la misma forma que ella te lo hizo a ti. No se tomarán más medidas.

Me lanza una mirada de advertencia.

Sin pensar, me vuelvo hacia Layla con la esperanza de que su gesto me muestre cómo lidiar con esta pesadilla, pero su rostro no me indica nada y mira directamente a la directora.

Examino el cuchillo antes de levantar la vista hacia Nyx. Nuestros ojos se cruzan y, aunque es evidente que lo único que quiere es venirse abajo, endereza la postura y su rostro refleja orgullo. No entiendo cómo hacerle daño va a cambiar el hecho de que intentara matarme. Está claro que no estaremos empatadas. Pero tampoco puedo negarme, ya que todos creerán que soy débil. El sudor empieza a cubrir mi frente.

Blackwood me observa y ve mis dudas.

—Supongo que no necesitas más aclaración, teniendo en cuenta que no es la primera vez que te lo explico —dice haciendo referencia a mi segundo día en la academia, cuando Matteo me pegó un puñetazo en la cara—. No estás por encima de las normas, November.

Aarya respira hondo como si fuera el mejor espectáculo que ha visto en años.

Noto algo extraño en el cuchillo cuando lo tengo en la mano, como si no tuviera el peso al que estoy acostumbrada. Miro hacia la puerta y, cuando vuelvo a mirar a Nyx, el estómago me da un vuelco.

—Quiero inspeccionar el cuchillo —dice Nyx, y me saca de mis pensamientos. Por muy derrotada que parezca por fuera, su tono de voz evidencia que su fuerza no ha disminuido—. Es una clase de

venenos. ¿Cómo voy a saber si no ha puesto algo en la hoja?

Todos miramos a Blackwood, que no responde de inmediato. No pensará dejar que Nyx se haga con el cuchillo, ¿no? Cambio el peso de una pierna a otra.

—Lo permito —afirma Blackwood y casi dejo caer el cuchillo por la sorpresa.

Aarya se palmea la rodilla y las mejillas de Layla palidecen.

Blackwood me quita el cuchillo de la mano y se lo da a Nyx, que examina pacientemente la hoja y el mango. Lo huele, le pasa el dedo y acerca la parte metálica a la luz. Todos los alumnos están sentados en el borde de sus sillas y permanecen tan callados que escucho mi propia respiración.

De repente, Nyx salta hacia delante, con el cuchillo extendido delante de ella. Levanto el brazo para defenderme y los guardias van a por ella. Pero entonces se detiene y se echa a reír.

Brendan se ríe con disimulo a mis espaldas.

—¿Estás satisfecha? —le pregunta Blackwood a Nyx sin reprenderle por el salto.

—Casi —responde Nyx, pero no está mirando a Blackwood, sino a mí.

Se asegura de que tiene toda mi atención y levanta el cuchillo hasta su propio hombro. Se pasa el arma por la piel sin el más mínimo estremecimiento. Una sonrisa malévola aparece en sus labios. Le devuelve el cuchillo a Blackwood con el mango por delante y se limpia la palma ensangrentada en la camiseta, dejando en ella el rastro de una mancha roja.

—Hala, ya está —dice Nyx aguantándome la mirada—. Estamos empatadas. Ahora puedes dejar de mirar la puerta como si quisieras salir corriendo y echarte a llorar.

Todo mi cuerpo se tensa. «¿Cómo demonios me ha vencido en mi propio castigo?». Si no hago nada, el daño estará hecho; todo el mundo pensará que tengo miedo de actuar en una confrontación física.

—En realidadaad —digo lentamente en un intento de combatir la intranquilidad de mi voz—, que te hagas un corte en el hombro no hace que estemos empatadas. De hecho, es una de las peores jugadas estratégicas que he visto en mucho tiempo.

Si antes Layla parecía preocupada, ahora parece que va a dejar de respirar. La sangre cae por el brazo izquierdo de Nyx y entrecierra los ojos.

Antes de que Blackwood pueda decir nada, cojo el cuchillo y lo empuño hacia delante, a escasos centímetros del hombro sano de Nyx. La tela de la camisa se rasga bajo la afilada hoja y la deja hecha jirones. Nyx jadea y salta hacia atrás.

La clase nos contempla con los ojos muy abiertos. Por la expresión de Nyx, me doy cuenta de que está furiosa no solo conmigo, sino con ella misma por haber saltado así delante de todo el mundo.

Me echo a reír.

—Bueno, supongo que ya estamos empatadas. Ahora que eres tú la que mira a la puerta como si quisiera salir corriendo y echarse a llorar.

Aprieta la mandíbula y me mira como si pretendiera arrancarme la cabeza y, aunque no lo veo, siento la mirada de Brendan clavada en la espalda. Adiós a pasar un día sin sobresaltos.

CUATRO

Me siento en uno de los bancos del jardín, frío y cubierto de musgo. Por encima de mí se alzan las ramas repletas de bayas de color púrpura imperial, que parecen brillar desde su interior gracias a la luz tenue del ocaso. Las últimas flores azules, moradas y blancas se asoman entre el césped formando un diseño complejo alrededor de mis pies. Alzo la vista hacia el dosel de altos árboles, donde la nieve que cayó esta mañana empieza a derretirse. Cuando llegué aquí, Layla me explicó que podíamos disfrutar de estas flores todo el año gracias a un manantial termal que fluye bajo la escuela y, aunque hace más calor en el suelo que en los árboles, sigo pensando que el jardinero jefe de este sitio es un genio. Retuerzo una hoja de césped entre los dedos con un movimiento rápido que refleja la tensión que acumula mi cuerpo.

Unos alumnos de primero se agrupan en la esquina del patio y hablan en susurros. Me resulta imposible saber a qué familias pertenecen, ya que los alumnos vienen de todas partes del mundo y hablan varios idiomas. Pero es evidente que saben quién soy, porque de vez en cuando me miran de reojo y se inclinan sobre los demás, como si quisieran esconder aún más sus palabras.

Hay movimiento junto a la entrada abovedada del patio de al lado y oigo a los alumnos retirar las capas de los percheros, señal de que la clase de lucha estratégica ha terminado. Lucha estratégica, lanzamiento de cuchillo, juegos mentales... Hace un mes me habría reído solo de imaginar que existiera un programa educativo así.

Aarya y Felix son los primeros en salir por la entrada abovedada de vides y me levanto del banco. Los ojos de Aarya se iluminan y se aparta un mechón de pelo rizado que se ha soltado de su coleta deslavazada.

—Pero bueno, si es mi número preferido en este circo del instituto Fantasma —dice lo bastante alto como para que los alumnos de primero se vuelvan hacia nosotras. Cambia el acento británico por el americano, ambos impecables. De hecho, creo que no hay acento que no domine, lo que hace imposible determinar su origen, más allá de que es una Chacal y una enemiga formidable—. Cuando te gradúes... si es que vives para contarlo, deberías llevarte este espectáculo de gira. Yo pagaría bastante por ver numeritos como el que has montado con Nyx.

Dejo salir el aire con exasperación. En un mundo normal, que me ayudara a escapar de Conner supondría que ahora fuésemos amigas, pero así es Aarya.

—¿Quieres gritar algo más delante de todo el mundo o ya has acaparado bastante atención por hoy? —respondo.

En cuanto termino de pronunciar la frase, Brendan entra en el patio y me ve hablando con Aarya. Nuestras miradas se cruzan y sus ojos me fulminan amenazadores, como si quisiera dejar claro que no cejará en su empeño de matarme. Lo más retorcido de todo es que es mi primo y, aunque yo no lo sabía hasta hace unos días, él lo supo desde el principio y no lo detuvo en lo más mínimo.

—¡Qué mal humor me traes! —dice Aarya siguiendo mi mirada—. Parece como si... ¿Cómo decís en tu país? Ah, sí. Quien mucho abarca poco aprieta.

Felix no se aparta de Aarya, pero tiene los hombros echados hacia atrás y los brazos cruzados, como si intentara no interactuar conmigo o simplemente no quisiera tener nada que ver con esta conversación.

Aparto la mirada de Aarya cuando Matteo sale de lucha estratégica y se dirige a las puertas que llevan al interior.

Los ojos de Aarya brillan, como si hubiera descubierto algo interesante.

—Aunque quizá no temas las repercusiones de enfadar a Nyx y a Brendan porque, no sé —se mira las uñas—, ¿nos vas a dejar pronto?

—¿Qué? —Casi me ahogo con la palabra y vuelvo a prestarle atención, mientras trato de no mostrar sorpresa en mi tono de voz—. Aunque me encantaría quedarme a escuchar tus tonterías, tengo que irme.

Teniendo en cuenta la mirada victoriosa de Aarya, es demasiado tarde; ya sabe la verdad. Así que, en vez de continuar con esta desastrosa conversación, voy en busca de Matteo.

Aarya gruñe y me saca las uñas como si fuera un gato enorme.

Hoy tenía que hacer tres cosas: actuar como si todo fuera normal, que la gente no se enterara de que me voy y hablar con Matteo. Ni siquiera he acabado las clases de hoy y ya me las he arreglado para meter la pata en dos de ellas.

Sigo a Matteo por las pesadas puertas de madera que llevan al vestíbulo. Hay adornos antiguos en las paredes. Layla me contó en su día que eran los símbolos de origen de Estrategia a través de la historia mundial, pero a mí solo me hacen recordar que no conozco la historia de mi familia como debería.

—¿Puedo irme? ¿Me deja ir? —digo más para mí misma que para Blackwood.

Blackwood duda.

—Técnicamente puedes irte. Sin embargo, tengo que advertirte de que hay muchas cosas que deberías aprender y tus habilidades dejan bastante que desear en varios campos. Pero lo más importante es que conoces muy poco del mundo Estrategia en general.

—Quizá, pero de ninguna manera me voy a quedar aquí mientras mi padre está por ahí solo. Y más sabiendo lo que sé ahora —digo—. Lo que ha pasado aquí con el doctor Conner parece un mero reflejo de lo que está pasando fuera.

—El colegio no se involucra en las políticas exteriores —contesta, aunque las dos sabemos que el problema entre ella y Conner era totalmente político—. Solo te diré que sería prudente que consiguieras más aliados aquí y aprendieras tanto como puedas antes de irte.

Acelero el paso hasta alcanzar las largas zancadas de Matteo.

—Oye, ¿podemos hablar un momento? —le pregunto con cuidado de no alzar mucho la voz. Por culpa de los techos abovedados, el sonido se amplifica en esta habitación.

Se le tensan los amplios hombros.

—La verdad es que no —contesta. No se molesta ni en mirarme a la cara.

—Mira, sé que me culpas por lo de Stefano… —empiezo a decir mientras entramos en el pasillo de los dormitorios de los chicos.

Ahora sí que me mira, o más bien dirige la vista hacia abajo, con los ojos marrones enfurecidos, y me recuerda a mi tía Jo. Mide unos quince centímetros más que yo.

—Y tanto que sí. Incluso aunque no fuera culpa tuya que lo asesinaran, la realidad es que el mejor amigo que he tenido desde que

empecé a hablar está muerto porque tú viniste a esta escuela.

Sus palabras hacen que me detenga. Me froto la frente, junto a la ceja, un gesto que Ash me dijo que significaba vergüenza, que supongo que me viene al pelo en este momento.

—No puedo ni imaginarme cómo me sentiría si alguien asesinara a mi mejor amigo —me disculpo con voz amable. Solo de pensar que alguien le hiciera daño a mi peleona Emily me entran ganas de llorar —. Odiaría el mundo hasta el fin de los tiempos.

—Ya, pues eso… —musita ya en la puerta de su habitación.

Me quedo mirándolo sin saber cómo seguir. No puedo soltarle: «Siento lo de tu amigo, pero necesito una cosa, ¿te parece si lo hablamos ahora?».

—Siento molestarte —digo en su lugar—. Y siento lo de Stefano. De verdad. —Mi mente no para de buscar algo que capte su atención, porque dentro de tres segundos va a desaparecer en su habitación y habré perdido la oportunidad—. He venido a despedirme.

Matteo cierra los ojos un momento, como si mi presencia fuera agotadora.

—No estoy de humor para juegos mentales.

—No se trata de eso —replico y examino el pasillo para asegurarme de que estamos solos. Hago una pausa y rezo para que esta jugada no me salga mal—. Me voy de la escuela mañana.

Resopla, deja de mirarme y vuelve la vista hacia la pared. Unos tres segundos y varias negaciones después, golpea el pestillo de la puerta con el canto del puño. La puerta se abre.

—Bueno, ¿entras o qué? —pregunta con un descontento evidente.

No dudo un segundo. Cruzo la puerta y me adentro en su sala común, donde las cortinas opacas están echadas y la chimenea ya está encendida para pasar la noche.

—Habla rápido —me ordena, como si estuviera deseando apartarme de su vista.

Me coloco la trenza suelta sobre el hombro y enderezo la postura para ganar algo de coraje. Desde que me dijo que era mi primo, no puedo dejar de ver el parecido. Lo último que esperaba encontrar en este colegio eran familiares. Y ahora tengo dos primos, Matteo y Brendan, uno que me odia y otro que me quiere matar.

Imagino varias conversaciones, pero todo lo que quiero decir suena raro. Así que, en vez de pedirle ayuda directamente, le digo:

—Voy a buscar a mi padre.

Matteo resopla.

—¿Has venido aquí a hablarme de tu padre León? Me da igual lo que le pase.

Doy un paso adelante con el pecho lleno de frustración ante la sugerencia de que mi padre no es el más maravilloso del mundo.

—Si me escucharas durante más de diez segundos, descubrirías por qué te importa. Y estoy harta de los linajes familiares. Tú eres un Oso. Mi padre es un León. ¿Y qué? Hay gente terrible y gente que no lo es. Mi padre es de los buenos. Fin de la historia.

Matteo aprieta el puño y yo empiezo a hablar antes de que decida echarme. Cojo aire y calmo el tono de voz.

—Después de la muerte de mi tía... En realidad, después de la muerte de nuestra tía Jo, mi padre me mandó aquí. Por lo que he deducido, se ha ido a Europa a hacer algo al respecto.

—¿A qué te refieres con «hacer algo al respecto»? ¿Qué significa «algo»? —pregunta Matteo y noto, por cómo insiste, que esa pregunta es importante.

—Eso es precisamente lo que intento averiguar —contesto con el mismo tono de gravedad que Matteo—. No entiendo de políticas familiares como tú, pero sé lo suficiente para decir que Jag es...

—Jag es el padre de tu padre, tu abuelo —me corta, crítico.

—¿Compartimos algunos genes? Sí —replico y decido no mostrarme tan a la defensiva—, pero no te atrevas a decir que soy como él o como los Leones. Mató a mi madre y a nuestra tía. Los Leones están a la caza de mi padre. Intentan matarme. Por lo que sé, se cargarían sin problemas a Layla, a Inés y a todos los alumnos con talento de esta escuela para que toda Estrategia se doblegue ante su voluntad. Mientras tanto, todo lo que he hecho en esta escuela ha sido con la intención de ponerles freno.

Gruñe.

—Todo lo que has hecho aquí ha sido para salvarte a ti misma.

Me quedo en silencio un segundo. No tiene razón, pero tampoco va desencaminado.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? ¿Retar a los Leones por tu cuenta? O que tu padre y tú os pongáis de su parte —dice con frivolidad—, si es que no lo han matado ya, claro.

—Joder, Matteo —le espeto, desprevenida—. No podrías haber sido más desagradable. Quieres que comprenda lo mucho que te ha afectado la muerte de tu amigo, pero no eres capaz de imaginar lo asustada que estoy por mi padre. —Niego con la cabeza para mostrar mi decepción—. Al menos él está haciendo algo. Al igual que yo. ¿Qué

estás haciendo tú?

Matteo agacha la cabeza y se pasa la mano por la frente. Se aleja unos pasos de mí.

—Tienes razón —admite, y se relaja un poco—. Ha estado fuera de lugar.

Lo observo. Bajo todo ese temperamento y tristeza, veo a alguien con principios. Y durante unos segundos nos quedamos así, incómodos, sin saber cómo proceder sin nuestros arrebatos de ira.

—¿A qué país de Europa vas? —pregunta, al fin.

—Empezaré por Reino Unido —respondo.

Él asiente, como si lo hubiera supuesto.

—¿Quién sabe que te vas?

—Ash, Layla y Blackwood —contesto.

Me observa como si buscara algo.

—Y Ash se va contigo —afirma; lo miro de reojo.

«¿Me ha delatado la forma de decir el nombre de Ash o ha sido mi lenguaje corporal?».

—Así es —confirmo de mala gana y, conforme suelto esas palabras, me sorprendo de lo sencillo que me resulta contarle cosas. No tengo motivos para confiar en Matteo, ¿no?

—Y supongo que estás aquí porque necesitas mi ayuda —prosigue Matteo.

Exhalo, aliviada por la oportunidad que me acaba de dar.

—Sí. Por favor. Lo que sea que estés dispuesto a decirme —digo—. Si voy a adentrarme en el territorio de los Leones, necesitaré toda la ayuda disponible. Y por mucho que me odies, estoy segura de que odias más a los Leones.

Matteo aprieta los labios y mira a su alrededor por la habitación, como si la respuesta estuviera ahí, en alguna parte. Se queda en silencio un momento y luego asiente como si hubiera tomado una decisión.

—Te ayudaré con una condición.

—¿Qué condición? —pregunto con cautela.

El gesto de Matteo es serio.

—Debes comprometerte a ser la única que conozca esta información. Prométélo. No tengo ningún interés en que Ash sepa mis secretos familiares.

Dudo. Odio no contarle las cosas a Ash, pero no puedo desmerecer la necesidad de Matteo de proteger los secretos familiares. Y la verdad sea dicha: me halaga que confíe en mí y me los cuente.

—De acuerdo —accedo.

Matteo me mira con detenimiento, como si me leyera la mente, y, cuando parece convencido de que estoy diciendo la verdad, continúa.

—Hay una boticaria de la familia Oso en Londres. La tienda se llama Mente Arcana; el escaparate es el de una tienda de antigüedades. Si necesitas suministros para utilizarlos contra los Leones, puedes ir en su busca. Dile «*aut cum scuto aut in scuto*».

—*Aut cum scuto aut in scuto* —repito la frase en latín.

—«Con escudo o sin escudo» —me traduce Matteo antes de que tenga la oportunidad de averiguarlo por mi cuenta—. Básicamente viene a decir «No te rindas nunca». Así sabrá que estás luchando contra los Leones y que necesitas su ayuda.

Frases secretas en tiendas secretas de boticarios secretos. Hace un mes habría puesto los ojos en blanco y habría comentado que no creía que los boticarios existieran más que en los cuentos antiguos, pero mi mundo ha cambiado por completo desde que vine aquí.

—¿Supondrá un problema que no me conozca en persona? —pregunto.

—Bueno, lo cierto es que te pareces a nuestra familia más cercana. Supondrá que eres una prima segunda o tercera a la que nunca ha conocido. Pero —Matteo se detiene—, si te reconoce, puede que tengas un problema.

Recuerdo la charla que tuve con Ash anoche y su advertencia de que algunos de los europeos de Estrategia podrían reconocerme.

—¿Los Osos también me odian?

Matteo reflexiona durante un momento.

—Puede que mi madre te aceptara. Quería mucho a sus hermanas. Pero nuestro abuelo es el cabeza de familia y no creo que quiera saber nada de ti. No sé qué te vas a encontrar ahí fuera. Puede que los Osos te apoyen. O puede que no.

CINCO

Las botas resuenan contra el suelo de piedra del pasillo mientras corro a toda velocidad hacia el comedor. Layla y Ash iban a estar en clase durante al menos una hora más, así que he pasado ese tiempo nerviosa en mi habitación. El estómago se me ha cerrado desde que tuve el encontronazo con Nyx esta mañana y cruzo los dedos para que pueda sobrevivir al día de hoy sin más incidentes.

Empujo las enormes puertas abovedadas con remaches de acero que llevan al comedor. Ante mí me esperan sillas de terciopelo bermellón, largas mesas con manteles de tela blanca y plata resplandeciente. Hay centros de mesa de hiedra verde y ramos de flores blancas, y del techo cuelgan candelabros de hierro fundido con velas de cera encendidas. En una plataforma en el extremo de la sala, hay una mesa que preside el comedor con los diecinueve profesores y una silla vacía en la que solía sentarse Conner. Los alumnos hablan en voz baja, justo lo que uno se imagina de una sala llena de cientos de adolescentes cenando.

Paso entre las mesas y evito las miradas inquisitivas del resto de alumnos. Nadie me ha comentado nada sobre la muerte de Conner, pero mientras cruzo el comedor, todos me siguen con la mirada. Ya me había pasado algo parecido en la cafetería de Pembrook. Una vez, en sexto de primaria, trepé por el poste de la bandera y colgué unas bragas enormes, y otra vez, en tercero de secundaria, puse todos los instrumentos de una clase de ciencias horrible en el techo del instituto. Sin embargo, en aquellos momentos me recibieron con risas, vítores y palmadas en la espalda. La atención con que me obsequian ahora no es una felicitación ni signo de buena voluntad y, en vez de pavonearme, lo que quiero es cubrirme con la capucha de la capa.

A medio camino de mi sitio de siempre, donde están sentados Ash

y Layla, Brendan retira su silla. Se levanta mientras sigue hablando con unos chicos y coloca la silla para que tanto el asiento como su cuerpo me intercepten el camino. Ralentizo la marcha sin saber cómo superar este evidente desafío y consciente de que todos nos prestan atención. No puedo simplemente dar la vuelta e ir por otro lado, porque daría la impresión de que le tengo miedo. Afortunadamente, Nyx no está a la vista.

Me detengo delante de Brendan. No se aparta y, por cómo hincha el pecho, estoy convencida de que tampoco tiene intención de hacerlo.

Se me tensan los hombros.

—Perdona —digo con toda la educación que logro reunir, pero él ni siquiera me mira—. Sé que me oyes, Brendan. No eres muy sutil.

Ahora sí que se cruzan nuestras miradas.

—Da la vuelta —dice como si no le importara lo más mínimo que me esté molestando. Sonríe con suficiencia y suena seguro de sí mismo. Su pelo rubio refleja la luz de las velas del techo.

Al final de la mesa, Aarya se inclina para poder ver mejor. Inés me dirige una mirada empática. Me quedo mirando a Brendan.

—O podrías moverte literalmente unos centímetros y empujar la silla para que pueda llegar hasta mi cena —le replico.

Podría intentar colarme, pero apenas queda espacio y, si cambia el peso y me empuja, me caería sobre la mesa y seguramente sobre un cuchillo estratégicamente colocado.

Considera mi sugerencia.

—Qué va, estoy muy cómodo aquí.

«Tanto esfuerzo para no ser él quien empiece la pelea».

Dejo escapar el aire y miro a mi alrededor en busca de una solución alternativa, pero no encuentro ninguna.

—Dado que vamos a estar aquí un rato hasta que decidas que comer es más interesante que impedirme el paso, ¿de qué quieres que hablemos? —pregunto con un tono de voz relajado—. ¿Del tiempo?, ¿de deportes?, ¿de cómo tus amigos ayudaron a Conner a asesinar a otros alumnos? Lo que me hace preguntarme, Brendan, ¿tuviste algo que ver con la muerte de Stefano?

Brendan sonríe.

—No está mal. No está mal. Pero yo tenía en mente una charla más casual. —Mira de reojo para asegurarse de que los que están cerca nos escuchan—. Quizá debería desearte buena suerte en tu viaje.

Aarya casi se cae de la silla intentando escuchar.

El corazón se me para. «Lo sabe».

Brendan examina mi rostro.

—Ay, ¿pensabas que era un secreto? —Se echa a reír—. Una razón más por la que vas a fracasar.

No sé si se refiere a que no voy a encontrar a mi padre a tiempo, a que no podré vengarme de los Leones o a las dos cosas. Y no puedo evitar preguntarme si tiene razón.

—Qué raro —digo, sin prestar atención a su comentario—. Nadie en esta escuela me vio venir. Nadie pensó que valdría para algo. Y, sin embargo, sigo venciéndote a cada paso. ¿Eso significa que soy buena? ¿O que tú eres malísimo?

Su sonrisa me da a entender que sabe algo que yo desconozco.

—Quizá aguantes una semana... si tienes suerte.

—Me la juego —replico en un intento de convencerle a él y a los mirones de que no me preocupa—. Eres el candidato para ser jefe de los Leones, ¿no? Y en teoría somos primos. ¿Eso significa que también yo soy aspirante al trono? ¿O como sea que lo llaméis vosotros, obsesionados con el poder?

Brendan aprieta la mandíbula y dilata los orificios nasales, que suman dos indicios de que quiere hacerme daño. Es posible que Brendan todavía no haya intentado matarme con sus propias manos, pero está claro que quiere verme muerta y ahora me pregunto si no he dado en el clavo sin querer con la razón de que él y sus amigos vayan a por mí de forma tan agresiva. Miro de reojo el estrecho hueco que hay entre él y la mesa. Si me muevo ahora, no acabaremos bien. Pero tampoco puedo quedarme aquí; él sabe que me voy y tiene motivos de sobra para incapacitarme, incluso si eso le reporta un castigo.

Tomo una decisión rápida y hago lo único que está en mi mano. Me siento en la silla vacía. No me atrevo a mirar hacia atrás. Y me echo puré de patatas en su plato vacío.

—¿Cómo vais? —les pregunto tranquilamente a los chicos con los que estaba charlando, que no dejan de mirarme con inseguridad. Supongo que era una mirada de sorpresa, pero en versión Estrategia.

Observo atentamente al chico que está sentado al otro lado de la mesa, que busca con la mirada a Brendan. Veo que baja la mirada y noto una leve presión en la silla, por lo que estoy segura de que Brendan acaba de agarrar el respaldo. Si tira de la silla, me daré de bruces contra el suelo.

—Yo de ti no haría eso —digo con la boca llena de puré de patatas con ajo—. Hay una mesa llena de profesores que no nos quita ojo y, si acabo en el suelo, me aseguraré de que dé la sensación de que has

empezado una pelea.

—¿Crees que me importa que piensen que he empezado una pelea? —pregunta con tono arrogante, y está tan cerca de mi nuca que se me eriza el vello.

—La verdad es que sí —replico sin darme la vuelta—. Porque lo único que no ha sido capaz de resolver nadie es cómo conseguí entrar en esta escuela a los diecisiete años, algo que no hace cualquiera. Puede que tenga más influencia de la que crees. Y quizá, solo quizá, use esa influencia para que tu estancia en las mazmorras sea especialmente desagradable. —Me la estoy jugando. Estoy suponiendo que nunca lo han mandado a las mazmorras, ya que ha estado entre algodones en esta escuela. Y si tengo razón, es posible que le tenga más miedo que a nada—. Si nos enzarzamos en una pelea y, como tú mantienes, me largo de aquí, ¿qué pasará contigo?

Noto cómo agarra con más fuerza la silla y lo oigo tomar aire lentamente.

—Un placer conoceros —les digo a los de la mesa, y me levanto dejando atrás a Brendan.

Echo a andar sin dudar hacia Ash y Layla, agradecida de haberle dejado de lado sin tener que involucrarme en un altercado físico.

—Una pena lo que le va a pasar a tu padre —dice, y me quedo petrificada—. Te lo contaría, pero supongo que te enterarás tarde o temprano.

El corazón se me sube a la garganta. Me doy la vuelta. Brendan y yo nos miramos con furia.

Antes de que pueda dirigirme hacia él, Inés se levanta y me impide el paso. Una trenza pelirroja le cuelga por la espalda y sus ojos están cargados de determinación.

—Quiere que le ataques —asegura; literalmente es la segunda vez que la oigo hablar—. Y si lo haces, no podrás irte de aquí durante algún tiempo. Te vencerá. —Me observa con atención, como si buscara confirmación de que lo he entendido.

Respiro y relajo los puños. Y así, sin más, Inés toma asiento de nuevo y sigue comiendo como si no hubiera pasado nada.

—Gracias —le digo, pero no me responde.

Tanto Felix como Aarya la miran tan sorprendidos de que me haya hablado como yo.

No pierdo más el tiempo y me dirijo a mi sitio de siempre para sentarme frente a Ash y Layla con el corazón desbocado. Tengo que respirar hondo varias veces antes de poder relajar la rígida postura y

reclinarme en la silla.

Ash me sonríe.

—No puedo dejarte sola ni dos minutos. Menos mal que no tengo intención de hacerlo.

Layla levanta la ceja.

—¿En serio te pones a tontear ahora? Podría haber acabado en pelea.

—Pero no ha sido así —replica, tan impertérrito como siempre—. November se las ha arreglado de maravilla. Lo de sentarse en la silla de Brendan ha sido una pasada.

Layla frunce el ceño.

—De verdad que no sé qué pensar de vosotros. A cada cual más imprudente. —Hace una pausa—. Vais a estar perdidos sin mí.

Ash le da un empujoncito con el hombro y le sonríe de una forma que me deja ver claramente cómo debían ser las cosas cuando eran niños.

—¿Es que quieres que te invitemos? ¿Estoy percibiendo un poquito de..., no sé, envidia?

Layla lo mira con dureza.

—¿Envidia? Ni por asomo. Estoy deseando que llegue el momento en el que pueda leer un libro tranquila sin tener que salvaros a alguno de los dos de vuestra propia estupidez.

Ash se echa a reír, pero yo no puedo seguirle.

—Parecía muy seguro de que voy a fracasar —digo con preocupación en la voz. Los hermanos me miran.

La sonrisa de Ash se borra al instante, pero no parece preocupado.

—Buscar venganza contra los Leones no es cualquier cosa. Desde la perspectiva de Brendan es inimaginable.

Otra vez esa palabra, «venganza». La verdad es que ni siquiera pienso en vengarme.

—Solo quiero encontrar a mi padre —digo.

—Encontrar a tu padre no solucionaría el problema —replica Layla mientras rellena el vaso de agua—. Los Leones no dejarán de perseguiros.

Sé que tiene razón, que no he estudiado la situación en profundidad.

—No dejo de pensar en lo que Brendan ha dicho de mi padre —comento mirándolos a los dos en busca de consuelo—. ¿Es posible que Brendan sepa qué está pasando?

Los labios de Ash se tensan sutilmente durante un breve instante;

reconozco una de las microexpresiones que Gupta nos enseñó en la clase de engaño. Gupta decía que, cuando alguien frunce los labios, suele ser una señal de que ocultan información o que se contienen de decir algo.

—Como te dije, la comunicación desde y hacia la academia está controlada y va con retraso —explica Ash—. Seguramente, Brendan solo quería picarte.

Layla permanece en silencio y me confirma todo lo que quería saber. Puede que Brendan quisiera picarme, pero eso no implica que no dijera la verdad.

Los muebles de la sala común de nuestra habitación me parecieron en su día elegantes y formales, pero ahora me resultan familiares y cómodos. Examino cada detalle en un intento de guardarlo todo en mi mente: el sofá donde Ash me besó, la mesa bajo la ventana abovedada donde Layla me daba clases durante horas, y la chimenea, donde solía sentarme para pensar en el lío en el que me hubiera metido en ese momento. Creía que odiaba esta escuela, pero ahora que me voy, me doy cuenta de que aquí me he sentido más viva que nunca.

La puerta del dormitorio de Layla se abre y Layla me acompaña a la sala común mientras consulta el reloj.

—Ya casi es la hora —dice con una sonrisa.

Ojalá yo pudiera corresponderla.

—No me gusta tener que dejarte.

Ella le quita importancia a mi comentario.

—Me verás dentro de poco.

—Lo sé, pero...

—Todo irá bien, November —dice con una confianza que casi me hace creerla—. Cuidaos el uno del otro, no dejes que mi hermano haga nada extravagante y mantente siempre alerta. El peligro siempre aparece cuando menos te lo esperas.

Sus palabras me hacen pensar en la lección de venenos de hoy y me doy cuenta de que estoy de acuerdo con su advertencia. Me recuerda a todas esas veces en que Layla me llamó «inocente» cuando llegué, la razón que tenía y lo mucho que he cambiado desde que vine de Pembrook.

—Le echaré un ojo. Lo prometo.

Layla me observa con una expresión seria.

—Te voy a dar una cosa, pero te prometo que, si te pones

sentimental, lo retiro.

—Vale —digo en tono precavido.

Se saca algo negro y brillante del bolsillo y lo sostiene frente a mí. Abro mucho los ojos.

—¿Un mechón de pelo? —titubeo.

Hemos pasado algunos momentos horribles en estas últimas semanas y estoy segura de que somos amigas, pero también es evidente que yo le tengo más estima que ella a mí.

Alza el mechón trenzado, que está sujeto con un trozo de hilo.

—En la familia Lobo le damos un mechón de pelo a quien va a emprender un viaje importarte. Es una muestra de fe para que sepas que estoy contigo en espíritu, que te deseo lo mejor en el viaje y espero que vuelvas pronto. —Suspira—. Espero que me lo traigas de vuelta cuando regreséis sanos y salvos.

Asiento sin encontrar las palabras.

—¿Estás llorando? —pregunta, y me señala con su esbelto dedo—. Más te vale no llorar.

—No estoy llorando —contesto, pero se me quiebra la voz.

—A ver, date la vuelta —me ordena y obedezco. Coloca el mechón de pelo entrelazado con mi trenza de raíz, junto al cuero cabelludo—. Para que no te lo quiten antes de irte.

Me doy la vuelta y envuelvo mis brazos alrededor de su cuello. Durante un momento se queda quieta. Luego, relaja los hombros poco a poco y me devuelve el abrazo.

Alguien llama a la puerta y Layla se aleja de mí antes de que pueda decirle lo mucho que significa su amistad para mí. Que no habría sobrevivido de no ser por ella. Y lo generosa que ha sido al dejar que su hermano, su gemelo, venga conmigo.

Layla abre la puerta y, al otro lado, hay dos guardias de Blackwood con los brazaletes y cinturones de cuero distintivos. Abro la boca, pero Layla niega la cabeza, como si quisiera decirme que no hay nada más que decir.

—Buenas noches, November —se despide con gravedad.

—Hasta pronto, Layla —respondo.

Y sin más, me alejo, sabiendo de buena tinta que puede ser la última vez que la vea.

SEIS

Abro la puerta del acogedor despacho de Blackwood y Ash ya está allí, sentado en uno de los sillones que hay frente a la mesa. La chimenea carga el ambiente con el olor familiar a leña quemada y hay numerosas velas en apliques sobre la pared y en candelabros de plata sobre la mesa.

Blackwood me hace un gesto para que me siente y así lo hago, acordándome del día en que la conocí. Antes de que supiera que pertenecía a Estrategia, mucho antes de que tuviera idea de lo que había hecho mi padre: prometerle a Blackwood que yo sería quien delatara a Conner por ser un asesino a cambio de que me admitieran en la academia.

Los guardias cierran la puerta, pero se quedan dentro del despacho.

—Como pediste, los dos volaréis al aeropuerto del que partiste, November —dice Blackwood y se reclina en la silla. Esa postura relajada no suaviza su carácter—. Seréis responsables de vuestros propios actos a partir de aquí.

—Gracias —digo, aún sorprendida de que nos deje irnos.

Blackwood nos mira a Ash y a mí de hito en hito.

—Antes de viajar, recibiréis vuestra ropa y vuestros efectos personales. —Nos entrega un sobre grueso—. Y esto.

Echo un vistazo al interior y me encuentro con un enorme fajo de billetes de cien dólares.

—Me cago en...

Blackwood me mira y guardo silencio, aunque no engaño a nadie. Los ojos de Ash delatan lo mucho que se divierte. ¿De dónde cojones ha salido todo este dinero? Supongo que será de mi padre, pero eso supondrá la mitad de sus ahorros.

—¿Tenéis alguna pregunta sobre la logística? —pregunta Blackwood.

Es evidente por cómo ha enfatizado la palabra «logística» que no quiere tener la conversación que tuvimos hace dos noches, cuando hablamos abiertamente de su amistad con mi padre. Y ahora me arrepiento de no haberle preguntado más cosas sobre la época que pasó con mis padres en la academia, cómo eran cuando tenían mi edad y antes de huir de Europa y de sus familias de Estrategia para esconderse en Estados Unidos.

—¿Cómo nos podemos poner en contacto contigo si llega el caso? —pregunto, y de repente ya no estoy tan segura de querer irme de la Academia Absconditi para siempre.

Ella asiente y la más tenue de las sonrisas aparece por el rabillo del ojo.

—Como siempre: a través de los contactos familiares.

Abro la boca para decir que no tengo ni idea de cuáles son esos contactos, pero como hay guardias en el despacho, prefiero no hacerlo.

Blackwood mira a Ash, pero él no hace ni el más mínimo esfuerzo en preguntar. Tiene una actitud de lo más relajada, como si estuviéramos visitando a nuestras familias por vacaciones.

—Si eso es todo —continúa Blackwood—, estos guardias os acompañarán para que os cambiéis de ropa y emprendáis el viaje.

Ash y yo nos levantamos.

—Buen viaje y os veré a los dos a vuestro regreso —dice Blackwood.

Aunque su tono de voz es tan frío y distante como siempre, esa es su forma de desearnos buena suerte.

—Gracias —replico con una sonrisa.

Me arrepiento de no haberle dado las gracias en todas las ocasiones en las que me ha protegido cuando podía hablar libremente. La conversación que tuvimos hace dos noches fue justo después de que me atacara Conner y el cansancio, aparte de darme cuenta de que mi padre no había dejado ninguna pista sobre su paradero, me dejó saturada y confusa.

Vuelvo a mirar por última vez a Blackwood, consciente de que incluso si sobrevivimos a esta misión suicida, no seré capaz de dejar solo a mi padre para volver aquí. Y casi no puedo creer que lo esté pensando, pero hay una parte de mí que echará de menos su regia actitud y sus juegos estratégicos tan inteligentes. Puede que nunca

entienda qué intentaba enseñarme, pero sé que he mejorado gracias a ello.

Ash y yo salimos del despacho y, cuando la puerta se cierra tras de mí, siento que ha terminado otro capítulo de mi vida. Cuando dejé mi hogar en Pembrook para venir aquí, no imaginaba que nada volvería a ser igual, pero ahora que me dispongo a dejar la academia, sé que mi mundo va a volver a cambiar.

—Van a volver a sedarnos, ¿verdad? —le pregunto a Ash mientras bajamos las escaleras.

—Por supuesto —responde y me sonríe para quitarle importancia.

Los guardias nos llevan al primer piso y pasamos por un pasillo muy poco iluminado. El guardia que está junto a Ash se detiene delante de una puerta que hay al lado de la sala de los profesores y corre el pestillo.

—Nos vemos en Estados Unidos —dice Ash antes de adentrarse en la habitación.

Yo sigo al segundo guardia hasta la puerta de al lado y este también la abre sin más explicación. Paso al interior y la puerta se cierra a mis espaldas. La habitación es pequeña y acogedora, lo que uno esperaría si alguien transformara un castillo en un hostal. Cuenta con un tapiz de distintos colores en la pared, una cama con dosel enorme y un escritorio elegante. El fuego de la chimenea mantiene la habitación a una temperatura agradable.

Mi mochila de montaña está a los pies de la cama y el diseño de cuadros azules y las asas desgastadas parecen estar fuera de lugar al lado de estos muebles tan antiguos. Paso los dedos por la tela con relieve que me resulta tan familiar y, al abrir la cremallera negra, me doy cuenta de que huele a casa.

En su interior, encuentro pedazos de mi hogar que hacen que mi corazón se encoja: la funda de almohada de pino que tenía en mi cama, una camiseta vieja de mi padre que me quedé para usarla como pijama hace unos años, unos guantes de cuero sintético que Emily y yo compramos el año pasado, convencidas de que los pondríamos de moda. Resulta que no abrigan lo suficiente en invierno, pero dan mucho calor en verano, por lo que solo los puedes usar unas dos semanas en otoño, cuando el aire empieza a enfriarse, así que los empezamos a llevar todos los días para amortizar el gasto y nuestros amigos no paraban de hacer comentarios sobre nuestra pandilla motera. A Emily le dio igual y decía que Pembrook no era lo bastante grande como para aceptar ideas originales.

Se me tensa el pecho al recordarlo y una descarga de anticipación me recorre el cuerpo. Me quito la capa de lana, la camisa blanca de la academia y los *leggins* negros, y los dejo tirados en el suelo. Me cambio el uniforme por mis vaqueros favoritos y una sudadera cómoda. «A casa. Voy a casa». Me siento a los pies de la cama y saco las botas altas marrones de la maleta.

Alguien llama a la puerta con suavidad.

—¡Adelante! —exclamo.

El guardia abre la puerta con un vaso lleno de líquido turbio en la mano, que supongo que es el sedante. Y, una vez más, soy dolorosamente consciente de mis dos vidas: la amable que tengo en Pembrook y la letal que tengo en Estrategia.

Me pongo las botas y cierro la mochila. Le preguntaría al guardia qué pasará después, pero no me va a responder, así que no tiene mucho sentido. Me da el vaso y me recoloco en la cama, ya que no sé cuánto tarda en hacer efecto este líquido y no quiero hacerme daño si me caigo de sueño. Huelo el vaso, pero es inodoro. Miro con curiosidad al guardia, pero se limita a devolverme la mirada con su usual expresión indiferente.

No sé por qué, quizá porque estoy especialmente emocionada ante la perspectiva de volver a Pembrook, pero canto:

—*Put the lime in the coconut and shake it all up.*

Vacío por completo el líquido ligeramente salado y le devuelvo el vaso. Y a pesar de que su expresión sigue siendo rígida, juraría que percibo un destello de diversión en sus ojos.

—No te preocupes —le digo—. No le diré a nadie que creo que eres divertido. —Durante un momento no pasa nada, pero poco a poco todo se vuelve borroso, como si lo observara a través de la lluvia—. Yo también creo que soy divertidaaa. —Y, mientras hablo, me caigo hacia atrás sobre los cojines de la cama—. ¡Yupiii!

Levanto la cabeza de una almohada de color blanco en busca de aire y parpadeando hasta recuperar la conciencia. Muevo los ojos con rapidez, con el corazón desbocado e intentando habituarme a esta habitación que desconozco. Estoy en una cama de matrimonio. Hay un sillón junto a una gran ventana cubierta con cortinas. Y un escritorio sobre el que hay una enorme televisión de plasma. Me froto la frente y me incorporo, mirando con el ceño fruncido a los objetos modernos. Recuerdo el sedante y que he dejado la academia.

Saco las piernas de la cama y veo que hay una alfombra de felpa y unas zapatillas blancas en el suelo. «¿Esto es un hotel?». Estoy a punto de echarme a reír, como cuando te levantas después de tener un sueño extraño y sientes tanto alivio que te da la risa. Pero esta habitación, que en otro momento habría pensado que es una pasada y le habría enviado fotos a Emily, me resulta fuera de lugar después de mi paso por la academia.

Me levanto y estiro el cuerpo cansado. Todo huele a limpio y áspero, como a detergente floral y productos de limpieza con olor a limón. Nada de eso existía en aquel castillo medieval. Estoy bastante segura de que todo se arreglaba con una pastilla de jabón.

Abro las pesadas cortinas y dejo entrar lo que parece ser el sol de media mañana. Estudio la habitación, con sus sábanas suaves de color blanco, y encuentro un par de interruptores en la pared. Durante unos segundos me desconcierta: ni siquiera había pensado en encender las luces en vez de abrir las cortinas. Me parece increíble que después de tan solo unas semanas ya me sienta fuera de lugar en un mundo en el que he vivido desde que nací. Había oído hablar del choque cultural inverso, pero es como la intoxicación alimentaria: no crees que te va a pasar hasta que te toca correr al baño.

Cojo el mando a distancia de la mesita de noche, le doy vueltas un par de segundos y enciendo la tele. La pantalla muestra un canal de noticias locales y parpadeo. El sonido me resulta irritante y la luminosidad de los colores me obliga a entrecerrar los ojos. La vuelvo a apagar y me siento aliviada cuando las imágenes desaparecen. Pero a mí me encanta la tele, ¿o no?

—¿Ash? —La voz se me quiebra con aspereza.

—Aquí —contesta.

Me dirijo al salón adyacente con ventanas panorámicas y sofás de gran tamaño. Sigo impresionándome por la cantidad de aparatos electrónicos que hay: otro televisor, una cafetera, altavoces para la música y mi móvil. Una descarga de emoción me recorre al verlo.

Al acercarme me doy cuenta de que no es mi móvil, sino solo la funda. Cojo mi carcasa de *El viaje de Chihiro* de Miyazaki, que tiene una marca en la esquina de cuando se me cayó al suelo de la cocina hace unos meses. Le doy la vuelta y frunzo el ceño al ver vacío el hueco donde debería estar mi móvil. Paso los dedos por el colgante de estrellas; Emily tiene una luna a conjunto.

Miro a Ash, confundida.

Pero parece que no le sorprende.

—Los teléfonos móviles no están permitidos en la academia —explica—. Si lo tenías contigo cuando tu padre te dejó, lo habrán destruido.

—¿Destruido? —digo mirándolo con incredulidad—. ¿No podían apagarlo o simplemente quitarle la tarjeta SIM?

Ash tiene el pelo negro mojado y bien peinado y lleva una camisa blanca bajo un jersey de color gris claro, una chaqueta negra y unos vaqueros que parecen muy caros. Me quedo petrificada. Nunca lo había visto con otra cosa que no fuera el uniforme de la escuela y ahora mismo parece salido de una revista.

—Si se usa la tecnología adecuada, se puede rastrear el móvil, con o sin tarjeta SIM —dice—. Es más fácil localizarlo si está encendido, pero no es imposible hacerlo si está apagado. No merece la pena arriesgarse.

Paso los dedos por la carcasa que me resulta tan familiar. Estuve detrás de ese móvil durante todo el año y me lo compré por mi cumpleaños después de ahorrar como una hormiguita todo el dinero que ganaba como niñera. Solo tenía cuatro meses.

Frunzo el ceño.

—Sé que es una tontería que me preocupe por el móvil después de todo lo que hemos pasado —digo y suspiro—. Pero... así es.

Lo que no le cuento es que se trata de la última conexión que me quedaba con mi adolescencia normal y que no quería dejarla atrás. Mensajes perdidos de Emily, imágenes de los últimos dos meses que nunca descargué en el ordenador, y notas sobre trucos con el cuchillo y la espada que estaba aprendiendo. Me han arrancado mi antigua vida tira a tira.

Él asiente, pero en vez de juzgar en silencio mi frivolidad, sonríe.

—Eres guapísima —dice y se ríe para sus adentros—. Nunca pensé que se lo diría a una chica con una carcasa tan llamativa, pero es la pura verdad.

Yo también me río, quitándole importancia a la masacre de mi móvil. Tengo la trenza deshecha y los mechones sueltos enmarcan mi cara. Los vaqueros están desgastados y rotos en los bajos, llevo calcetines disparejos y la misma sudadera enorme de punto trenzado que llevaba cuando llegué a la Academia Absconditi.

—Está claro que sigues bajo los efectos del sedante y que tienes el cerebro hecho puré —digo—. Hablando de sedantes, ¿cómo hemos llegado a este hotel?

Ash se encoge de hombros como si no mereciera la pena darle

muchas vueltas.

—El sistema logístico de la academia es tan misterioso como su ubicación. Así mantienen la escuela escondida. Cada vez que Layla y yo volvemos a Egipto, nos dejan y nos despertamos en un sitio diferente.

Miro el salón, como si hubiera una respuesta escondida entre los cojines del sofá, pero es una habitación típica de un hotel de lujo y no tiene ningún rasgo distintivo. Me acuerdo de cuando Ash me dijo que no tenía sentido intentar averiguar dónde estaba la academia, pero, aun así, no pude evitar analizar cada centímetro de la escuela.

—Entonces, ¿esto es un hotel sin más, que no tiene nada que ver con Estrategia? —pregunto, decepcionada por la falta de características distintivas de la suite.

—Una habitación de hotel sin más —repite Ash.

Cuando vuelvo a observarlo, sigue sonriendo.

—¿Qué? —pregunto, pensando que tengo pelo en la boca o saliva en la cara. Sin duda, no sería la primera vez.

Pero, en vez de contestar, se dirige a donde estoy yo. Su mirada se vuelve más intensa y el estómago me da un vuelco. Me acaricia un mechón suelto ondulado y me pasa los brazos alrededor de su cuello. Me acerca a él.

—Si te vieras de la misma forma que te veo yo, sabrías que eres perfecta —dice con un aliento a menta fresca y, de repente, me doy cuenta de que no me he acicalado como debería.

Él se inclina más y justo cuando está cerca de mi boca, giro la cabeza, le doy un beso fugaz en la mejilla y me alejo.

—No pienso besarte recién duchado —le señalo— y vestido así.

Se ríe.

—¿No me vas a besar por la ropa que llevo? ¿Preferirías que vistiera de otra manera? Porque me cambio en un santiamén.

—Ya sabes a qué me refiero —le digo, pero no puedo evitar sonreír —. Tú vas superbién vestido y yo ni siquiera me he lavado los dientes. Voy a darme una ducha y luego cogemos el autobús a… —Por costumbre, me detengo. En la academia aprendí a no revelar nada sobre mi vida personal—. Pembrook —continúo—. Supongo que estaremos en Hartford, ya que Blackwood dijo que nos llevaría al aeropuerto desde el que salí.

Me dirijo a la ventana y abro las cortinas.

En el exterior, reconozco las calles de la ciudad y la arquitectura característica de Nueva Inglaterra y, de repente, vuelvo a sentirme

desorientada. Los coches van muy rápido, los edificios me parecen muy relucientes y el cielo abierto me hace sentir expuesta.

—Hartford, sin duda —musito, aunque no encuentro el consuelo que pensaba sentir en esta ciudad conocida—. Si no me equivoco, el autobús pasa cada hora.

En lugar de dejarlas abiertas, cierro las cortinas, ya que me reconforta más recurrir a Ash que recrearme en mi ciudad. Hace tan solo un mes, una excursión a Hartford habría sido emocionante. Supondría que voy de compras con Em o que voy a tiendas de antigüedades a buscar cuchillos antiguos con mi padre. «¿De verdad he cambiado tanto?». Cuando me disponía a dejar la academia, me pregunté lo mismo, solo que la respuesta parecía indicar que yo era más fuerte, más inteligente y más perceptiva. Ahora solo siento que no sé quién soy.

—Voy a pedir algo para desayunar —dice Ash sin dejar de estudiar mi rostro. Como no respondo de inmediato, añade—: No le des muchas vueltas; todos tardamos un tiempo en acostumbrarnos al volver de la academia.

Asiento, agradecida de que me comprenda.

—Extrañamente, me he acostumbrado a vivir en el Medievo. En vez de sentir que he vuelto a casa, parece que he viajado en el tiempo.

—Yo solía sentir lo mismo cuando era más joven y nuestros padres nos llevaban a Layla y a mí a Europa para presentarnos a contactos de Estrategia o para que aprendiéramos en misiones sencillas —me cuenta—. Las ruidosas calles de París, por ejemplo, eran tan diferentes a nuestro caserío que sentía un latigazo.

Me quedo en silencio. Aunque se ve reflejado en mi experiencia actual, describe una infancia que no puede ser más distinta de la mía.

—¿Tu caserío?

Ahora es él quien se queda callado, posiblemente ha llegado a la misma conclusión que yo.

—Es parecido a la estructura que sigue la Academia, pero más pequeño —explica—. Todas las familias tienen uno. Están escondidos a la vista. No estamos ocultos en el bosque como la escuela, pero una persona que no pertenezca a Estrategia no sabría qué es.

Me quedo mirándolo como si me acabara de decir que el cielo es verde en vez de azul.

—Un momento, ¿te criaste en un castillo?

—Más bien una casa señorial, pero sí —admite.

—Por favor, dime que teníais electricidad —digo con tacto, y mi

rostro desvela sorpresa.

Ash parece divertirse con mi reacción y las rodillas me tiemblan al ver su rostro iluminado. He salido con muchos chicos, pero ninguno me ha producido tantas mariposas en el estómago, me ha dejado sin palabras o con una sensación de embriaguez como Ash.

—Sí, teníamos electricidad —dice con los ojos brillantes—, pero también sabíamos cómo vivir sin ella. Nuestros padres afirmaban que Estrategia había resultado efectiva durante miles de años sin aparatos modernos y que depender de la tecnología debilitaría nuestras habilidades.

—Pensaba que Layla había dicho que todas las familias tenían expertos en tecnología —digo, comprobando lo poco que sé sobre Estrategia en conjunto.

—Así es —confirma Ash—, pero lo usamos con moderación. El objetivo es ser capaces de completar nuestras misiones sin necesitarlos.

Sobre la cama de mis padres hay dos pares de guantes negros, dos gorros de lana negros y dos bufandas de lana grises.

—Te encomiendo una misión, una muy importante —dice mi madre como si me contara un secreto—. Hace un día invernal precioso. Hay nieve en el suelo. La tía Jo está en camino.

Presto mucha atención a sus palabras.

—Tu padre y yo hemos pensado —hace una pausa dramática— que podríamos ir todos a montar en trineo.

Me balanceo de puntillas.

—¡Trineos! —chillo aplaudiendo.

Mi padre nos sonríe desde el butacón que hay junto a la ventana mientras lee el periódico.

Mamá me coge en brazos y me suelta en la cama.

—Pero tenemos un problema, ¿sabes? —me explica—. Papá y yo hemos mezclado los guantes, bufandas y gorros y, antes de irnos de casa, necesitamos tu ayuda para saber de quién es cada cosa.

Miro los guantes negros, deseando ayudar a mi madre. No tardo nada en escoger el par de guantes que tengo más cerca.

—Estos son tuyos —le digo—. Son más pequeños.

Mi madre me sonríe dándome ánimos.

—¿Y los gorros? —pregunta.

—El tuyo es el del pompón —respondo emocionada de saber la respuesta que está buscando.

—Exacto —dice, y se sienta en la cama junto a mí para darme un achuchón—. Solo te queda uno.

Me quedo mirando las bufandas de lana grises con la esperanza de que tengan algo distintivo, pero por más que miro, me parecen idénticas. Las cojo y me envuelvo las manos con ellas.

—¿Tienen el mismo tacto? —pregunta mi madre.

Asiento.

—¿Huelen igual? —pregunta.

Me las llevo una a una a la nariz y, aunque el olor me resulta familiar, no tengo claro cuál es la diferencia entre ambas. Miro concentrada las bufandas y me pregunto cómo puedo resolver este misterio para así poder irnos a montar en trineo. Mi madre no dice nada más y yo no le pido ayuda; a estas alturas, sé que ella espera que lo haga lo mejor que pueda.

Y entonces encuentro la respuesta a mi problema.

—¡Esta es la tuya! —digo entusiasmada y levanto la bufanda de la mano izquierda.

Mi madre irradia felicidad.

—Te dije que reconocería los extremos deshilachados —le dice a mi padre, victoriosa.

Yo niego con la cabeza. No me había dado cuenta de que su bufanda estuviera deshilachada por abajo, pero ahora que me fijo, veo el jirón.

—No, mamá, es que tiene un pelo tuyo —le digo con orgullo.

Ella observa de cerca la bufanda y saca un pelo suelto, largo y rizado. Me mira con una gran sonrisa.

—Madre mía, sí que eres lista —dice, y me tira en la cama—. ¿Cómo he podido tener una niña tan lista? —Me besuquea de besos mientras me río—. ¡Deja el periódico, Christopher! —exclama—. ¡Nos vamos a la nieve!

—¿A qué tipo de misiones ibas con tus padres? —pregunto con la certeza de que eran bastante diferentes a las de mi casa.

—Espionaje, sobre todo —responde Ash—. Nos enseñaban cómo negociar la información y cómo desplazarnos pasando inadvertidos.

Asiento y me pregunto si mis padres habrían hecho lo mismo si mi madre hubiera estado viva. Aunque mi padre me entrenó a su manera, sigo sin comprender por qué no me contó la verdad sobre su pertenencia a Estrategia.

—Pídelo todo —digo señalando el menú que tiene en la mano—. Me muero de hambre.

Él sonríe y de nuevo me siento atraída por su aspecto seductor.

—Que así sea.

Le devuelvo la sonrisa.

—Y deja de mirarme así, tan atractivo y con todo lo demás. No es justo.

Ash se echa a reír.

—Entendido. Comida. Dejar de ser atractivo. Y empezar a vestir diferente.

—Exacto —concuerdo—. Y si eso no funciona, tendremos que buscar una forma de cubrirte la cara con algo. Así podré pensar con claridad sin querer besarte. Ahora ponte con la lista. Voy a prepararme para que podamos salir de aquí.

Vuelvo al dormitorio y oigo cómo Ash se ríe entre dientes.

Me quedo quieta durante unos segundos en medio de la moderna habitación y contemplo la mochila militar a cuadros, sin acostumbrarme aún a este mundo familiar que me resulta tan desconocido. La última vez que estuve en Connecticut me sentía tranquila. Mi mundo era pequeño. Mi familia era pequeña. Y tenía todo lo que necesitaba. Ahora no tengo nada de eso.

Me toco la nuca y rescato el mechón de pelo que Layla me puso en la trenza. Lo guardo junto a mi corazón, como si pudiera darme las respuestas que busco o ayudarme a encontrar mi camino.

SIETE

Cuanto más nos acercamos a mi ciudad natal, más se me encoge el estómago. Durante la última hora, he resistido la tentación de mirar de reojo al resto de pasajeros y de preguntarme qué amenazas podrían esconderse en este lugar. En su lugar, me retuerzo en el asiento y tamborileo el brazo del asiento con los dedos, incapaz de permanecer quieta. Llevo intranquila desde que salimos del hotel, sintiéndome vulnerable, como si algo amenazante o letal fuera a salir de cada sombra. Ash insistió en que era improbable que alguien de Estrategia estuviera en el autobús con nosotros, pero también insistió en que llevara una peluca, que casualmente tenía en la maleta, como si fuera tan normal llevar disfraces como desodorante de viaje.

Miro por la ventana del autobús y reconozco la autovía rodeada de árboles, pero su monotonía me perturba aún más. Tiro de la bufanda asimétrica que me tejió Emily el pasado invierno y miro a Ash por el rabillo del ojo, que también parece perdido en sus pensamientos.

El autobús reduce la velocidad, pero, en lugar de sentirme aliviada porque la espera ha acabado, me siento más preocupada si cabe. Preocupada por si encuentro algo en mi casa que me confirme que mi padre está en peligro. Y preocupada por si no encuentro nada en absoluto.

—¿Vamos? —me dice Ash, y me doy cuenta de que el autobús ha parado y que él ya está en pie.

Saca las mochilas del compartimento superior.

—Sí —respondo.

Miro con disimulo al resto de pasajeros mientras me levanto. Parecen personas totalmente normales: dos familias, una con un bebé que está durmiendo, un par de chicas de veinte años con los auriculares puestos… Pero si hubiera alguien de Estrategia en el

autobús, ¿acaso no se camuflarían de esta forma? ¿Cómo voy a saber si me están siguiendo?

Nadie más se levanta y lo agradezco; si hubiera alguien de mi pueblo en el autobús, seguramente me reconocerían con peluca o sin ella, y me acribillarían con preguntas sobre dónde he estado las últimas semanas. Todo el pueblo sabría que he vuelto en menos de una hora y Billy, el jefe de policía, vendría a mi casa.

Sigo a Ash por el pasillo y hacia el exterior. Los árboles están desnudos y el aire está congelado, incluso al sol de la tarde. Me calo aún más el gorro sobre las orejas y me pongo los guantes. El autobús se va y deja a la vista la calle Spring Rose Lane, cuyo nombre le viene de las rosas silvestres que crecen en las aceras en los meses calurosos, una calle que he recorrido más veces de las que puedo contar.

—¿Ves estas rosas? —pregunta mi madre señalando los arbustos llenos de flores de color rosa pálido que crecen a ambos lados de la calle—. Son rosas rugosas.

—Rosa rugosa —repito.

—Mira, huele —dice mi madre, que se agacha y me acerca una de las flores rosas a la nariz. La cara se me ilumina y ella sonríe ante mi reacción —. Huelen bien, ¿verdad? Las rosas silvestres son las que mejor huelen. ¿Sabes por qué?

Niego con la cabeza.

—Porque las que compras en la floristería priorizan el aspecto sobre el resto de atributos —contesta como si fuera una lástima—. Pero estas son robustas. Son flores fuertes y atrevidas y aunque les gusta el sol, no le temen a una ligera helada. Son comestibles y tanto las hojas como el escaramujo se usan en medicina. Cuando te puse Rose de segundo nombre, lo hice en honor a estas rosas, no por las que se usan en los ramos bonitos que no sirven para nada.

Vuelve a entrelazar mis dedos en su cálida mano y seguimos caminando. Cuando la miro, no puedo evitar sentirme orgullosa de todo lo que sabe.

—Deberíamos alejarnos de la calle principal —dice Ash observándome con curiosidad.

Suspiro y abandono mis propios pensamientos.

—El centro está a una manzana —digo señalando hacia la derecha. Y una tristeza me invade de repente. A pesar de lo cerca que estoy, no puedo ir, a menos que quiera que todo Pembrook me siga por la calle

como si fuera un desfile de San Patricio—. Pero no podemos ir por otras calles, ni siquiera las secundarias. Me voy a encontrar con gente que me conoce. Tenemos que ir por el bosque. —Bajo la cabeza y miro mis botas gastadas y llenas de barro y sus botas con cordones relucientes—. ¿Irás bien con esas?

—Mejor que bien —contesta—. Como no hay nieve, no dejaremos rastro de nuestros pasos; el bosque es perfecto.

Le quito mi mochila militar del hombro y lo conduzco hacia el bosque, un camino que he hecho tantas veces que podría describir de antemano cada tronco retorcido y cada rama doblada. Andamos en silencio, aunque no creo que nos encontremos con nadie. En todos los años que he vivido aquí, solo he visto a senderistas en los meses de verano.

El vaho de nuestras respiraciones forma a nuestro alrededor nubes blancas y paso los dedos enguantados por un tronco nudoso al que apodé «señor Henry» de pequeña, porque juraba que tenía una cara como la de mi profesor de inglés. Conforme nos acercamos a casa, acelero el ritmo, alimento con la emoción de mi llegada cada uno de mis pasos. De pronto tengo la necesidad de echar a correr, abrir la puerta de golpe y llamar a mi padre. Y ese deseo se vuelve más insistente hasta que el pecho empieza a dolerme. ¿Volveré a hacer algo así? ¿Volveremos mi padre y yo a esta casa?

—¿Quieres hablar del tema? —me pregunta Ash, y no lo hace con su encanto usual; se limita a ser amable.

—No lo sé —respondo, y me quedo callada durante unos pasos más en un intento de verbalizar los sentimientos que no he terminado de asimilar—. Todo me resulta familiar. Sin embargo… está fuera de mi alcance. Este es mi hogar. Conozco este lugar mejor que cualquier otro en el mundo: cada porche, las aceras de ladrillo levantadas por las raíces de viejos árboles, el señor Martin, que hace los mejores pasteles de toda Connecticut y que ha sido campeón siete años consecutivos en la feria del condado, y a la señora Bernstein, que tiene una tienda de antigüedades y organiza el mercadillo los domingos. Sé que no puedes aparcar delante de la tienda de chucherías más de una hora, porque el dueño es la persona más cascarrabias del mundo y te deja notas enfurecidas. Todo. Emily. —Se me quiebra la voz al decir su nombre y tomo aire—. Por fin estoy en casa, algo que he soñado desde hace semanas, pero a la vez, no lo estoy. Mi padre no está, no puedo hablar con nadie y tengo que colarme en silencio sin llamar la atención. Cuando lo que quiero hacer realmente es ir a la plaza del

pueblo y pedir una taza de chocolate con nubes del restaurante de Lucille.

Cuando dejo de hablar, se me deshincha el pecho y me doy cuenta de cuántos sentimientos he estado reprimiendo.

Durante un segundo, Ash parece atónito ante la intensidad de mis emociones por Pembrook, pero, tras considerarlo, asiente.

—Podrás volver a casa —asegura.

Quiero creerlo con todas mis fuerzas.

—¿Eso crees?

—Sí. Encontraremos a tu padre y haremos lo que haga falta para detener a los Leones y que dejen de perseguirte, incluso si eso significa acabar con todos ellos —afirma con decisión.

Sé que lo que me dice es muy improbable, pero también sé que quiere inspirarme confianza por pura amabilidad. Y ahora mismo necesito esa amabilidad más que la cruda realidad. Suspiro.

—Solo tenemos que acabar con la familia más poderosa de Estrategia. Parece pan comido.

—¿Ves? Ahora ya te veo más anim…

Ash se detiene y de inmediato entiendo por qué.

—¿Ruedas sobre asfalto? —susurro y me vuelo hacia el sonido—. Desde donde estamos… —Examino los árboles que tengo a mi alrededor y el estómago se me cierra—. Joder, vienen de mi casa. No hay nada más cerca —aclaro—. Vivo al otro lado de los árboles, en la parte alta de esa colina.

El corazón se me desata y la mente me da vueltas al intentar descubrir quién podría ser. Durante un breve instante, me hago ilusiones con que quizá sea mi padre, que vuelve a casa para decirme que esta pesadilla ha terminado y que no tengo que volver a pensar en ella.

Echo a correr hacia lo alto de la colina sin hacer ruido y Ash corre a mi lado. Nos acuclillamos tras unos arbustos desde donde se ve mi casita blanca de estilo victoriano con persianas negras y puerta roja. Abro mucho los ojos. Pero no es la nostalgia por mi casa lo que me sorprende, sino el viejo Volkswagen plateado que aparca en la entrada.

—¿Emily? —susurro para mí misma, y me invaden tantas emociones que no puedo respirar.

Me levanto. Tengo que correr hacia ella, abrazarla y pedirle perdón por no despedirme de ella. Tengo que decirle que no tuve elección al irme y que no he desaparecido por voluntad propia. Pero

antes de que pueda dar un paso, Ash me empuja hacia el suelo junto a los arbustos.

—No —susurra, y su mirada es una advertencia.

—Pero es mi mejor... Tengo que hacerlo —digo con tono de desesperación. Intento zafarme de él, pero es muy fuerte.

—¿Y qué pasa si alguien está vigilando tu casa? ¿Y si alguien está vigilando a Emily? —me dice entre susurros—. Piensa, November. Veo en tu rostro lo mucho que significa para ti. No pongas a tu amiga en peligro como hice yo.

Niego con la cabeza con cabezonería y las lágrimas se acumulan en mis ojos. No puedo estar tan cerca de Emily y no hacer nada.

—Si los Leones ya conocen Pembrook, ¿por qué Conner amenazó con matarnos si no le contaba dónde estaba este sitio?

La expresión de Ash es seria.

—Dos opciones. Una: los Leones lo habían descubierto, pero como la comunicación en la Academia va con retraso, Conner aún no lo sabía. O dos: Conner no tenía acceso a toda la información de la que disponía su familia. No tienes ni idea de lo que los Leones saben o dejan de saber. ¿Estás dispuesta a arriesgar su vida por una suposición?

Emily se baja del coche y aparto la mirada de Ash. Lleva el pelo recogido en una cola alta y va ataviada con orejeras rojas, un abrigo ajustado a la cintura y botas de tacón bastante poco prácticas. Se restriega la nariz con una mano enfundada en un guante rojo y en la otra lleva una rosa blanca de tallo largo. Aprieto la mandíbula para intentar mantener las lágrimas a raya.

—Estas —dice Emily señalando un ramo de orquídeas en la floristería—. Las orquídeas moradas son las flores más bonitas, ¿no crees? Son la imagen de la elegancia.

Echo un vistazo al precio y suspiro profundamente.

—¿Qué te parecen las rosas? —pregunto.

—Las rosas son más de tu estilo —dice Emily, como si fuera obvio.

—Incorrecto: las rosas no son de mi estilo, solo es mi segundo nombre —respondo, pero me arrepiento al momento.

Me encantan las rosas y, cuando mi madre vivía, siempre tenía jarrones de rosas en casa durante todo el verano.

—Si fuera tu cumpleaños, te compraría unas rosas blancas —dice Emily, porque incluso aunque diga que no me gustan, Emily me conoce demasiado bien—. Pero no es tu cumpleaños. Es el mío.

Y sé por su tono de voz que no cambiará de opinión por mucho que intente hacerle entrar en razón. Me pellizco el puente de la nariz.

—A ver si lo pillo. Quieres que te compre un ramo de orquídeas. Pero en vez de dártelas como haría cualquier persona normal, quieres que te las deje en tu escritorio y que después finjamos que no te las he regalado yo. —La miro con indecisión.

Emily aplaude y se le escapa un chillido de emoción.

—Va a ir sobre ruedas.

—Va a ser un drama —digo riéndome.

Ella me sonríe maliciosamente.

—Es lo mismo.

Emily se dirige hacia la escalera de la entrada y deposita la rosa blanca sobre una pila de rosas que hay delante de la puerta. ¿Ha estado viniendo todos los días desde que me fui para traerme una rosa? Ser consciente de ello me golpea con fuerza y siento que el corazón se me va a salir del pecho. He estado tan preocupada por sobrevivir en la academia que no me paré a pensar en las consecuencias que tendría mi ausencia para ella.

Emily se arrodilla en los escalones y dice algo que no logro descifrar antes de volverse a levantar. Pero incluso desde donde estoy veo que tiene los ojos enrojecidos y que se limpia las lágrimas con el dorso de los guantes. Igual que hago yo con los míos. Lo único que quiero es borrar esa tristeza de su rostro. Mientras se acerca a su coche, me invade la desesperación de gritar su nombre. Y cuando cierra la puerta del coche, siento que he perdido algo preciado. Ella enciende el motor y da marcha atrás, y el coche plateado empieza a empujar el barro en el descenso por la colina. Y así, sin más, Emily se incorpora a la carretera y desaparece entre los altos árboles.

Me presiono las cejas con los dedos. Tomo aire profundamente varias veces antes de mirar a Ash, porque sé que me voy a derrumbar.

—¿Quieres que te deje a solas un momento? —me pregunta Ash, y veo la preocupación en sus ojos, pero también algo más, una pregunta que no consigo descifrar.

—No —respondo en un susurro y dejo de mirarle a los ojos—. Vamos.

Le hago una señal para que me siga e intento concentrar toda mi energía en una sola tarea.

Me quito la peluca, la meto dentro de la mochila y me pongo la capucha del abrigo sobre la cabeza. Luego nos guio en zigzag por la

parte de atrás de mi casa siguiendo un camino resguardado que nos ofrece el mayor camuflaje posible. Levanto la mano para indicarle a Ash que se detenga a un metro y medio del césped de mi jardín trasero. Ambos nos quedamos quietos y prestamos atención a cualquier sonido de alguna persona de Estrategia que provenga del bosque.

Cuando estoy segura de que no hay ninguna amenaza inmediata, miro a Ash y asiento.

—Vayamos corriendo —dice Ash con su cálido aliento sobre mi oreja, y así lo hacemos.

Corremos a toda velocidad por el césped. Subo los escalones del porche trasero de dos en dos, algo que me resulta tan familiar que, a pesar del posible peligro, me hace sonreír. Saco las llaves del bolsillo del abrigo y sin tan siquiera mirarlas, doy con la que buscaba. Meto la llave en la puerta trasera, la giro y muevo el manillar para que no se quede atascada. En cinco segundos ya estamos en el salón y Ash cierra la puerta en silencio a nuestras espaldas.

Me quedo completamente quieta mientras examino el salón y me aseguro de que no nos espera ninguna amenaza desconocida. Ash se acerca hasta el baño y luego al dormitorio de mi padre, y yo hago lo mismo con la cocina y mi habitación. Después de abrir todas las puertas, comprobar todos los armarios y mirar bajo las camas para asegurarnos de que no hay nadie de Estrategia acechando, nos encontramos de nuevo en silencio en el salón y relajo los hombros.

Todo está tal y como lo dejé la noche que me fui a la Academia Absconditi. Seguramente mi padre me llevó hasta el aeropuerto y no volvió. El cómodo sofá marrón aún conserva la manta roja que lo cubre de cualquier manera y restos de palomitas. El salón tiene un ligero aroma a chimenea, como siempre, y las botas de nieve de mi padre están sobre una alfombra de plástico junto a la entrada principal. Durante un segundo casi me creo que la academia no es real, que mi tía Jo sigue viva o que mi padre está de camino a casa. La esperanza es tan fuerte que, durante un instante, cierro los ojos para intentar aferrarme a ese momento un poco más.

—¿Qué armas tenéis aquí? —pregunta Ash, y la realidad hace añicos mis pensamientos.

—Veamos —empiezo a decir olvidando a regañadientes el salón—. Tengo una colección de cuchillos en mi habitación.

Ash asiente.

—Los cuchillos son útiles y se pueden esconder con facilidad.

Enséñamelos.

Lo llevo hasta mi habitación y, cuando cruza la puerta, se detiene. El cabecero de mi cama está construido con piezas de madera pulida que se enroscan entre ellas hasta formar un arco. Fue algo que me hizo mi padre por mi decimotercer cumpleaños. El techo está pintado de azul y decorado con nubes. Hay peluches sobre la cómoda, numerosas fotos por las paredes y una montaña de ropa desordenada que dejé sobre la silla del escritorio mientras decidía qué llevarme a la academia.

Lo que no imaginé es que tendríamos que llevar uniforme y que no podría usar la ropa de mi equipaje. Pero mi padre no me contó nada de eso. No me contó muchísimas cosas, como que mi tía Jo estaba en peligro, que estaba muerta. De hecho, lo único que me dijo que fuera cierto es que teníamos que irnos de casa. Sé que no puedo culparle, porque intentaba mantenerme a salvo y que, si me hubiera dicho la verdad, jamás habría ido a la academia. Pero cuando la madurez me falla, me enerva que no me llevara con él. Desde los seis años, hemos confiado el uno en el otro, lo hemos hecho todo juntos y ahora está en algún lugar de Europa sin mí.

Suspiro y aparto esos pensamientos de la cabeza. Abro el cajón de la cómoda y paso los dedos por el borde hasta que encuentro una muesca que me resulta familiar y saco el falso fondo. Cojo mi puñal de bota preferido, el que me regaló mi padre cuando tenía diez años, y mi pistola Browning Black Label, que coloco en la presilla del cinturón bajo la sudadera.

Grito tan alto que mi padre se echa hacia atrás en el sofá para protegerse los oídos.

—¿Lo dices en serio? ¡Qué pasada! —exclamo.

—Es… —empieza a decir.

—Un puñal de bota, lo sé —lo interrumpo, emocionada por poder identificar este cuchillo tan pequeño.

Mi padre sonríe.

—Bueno, sí, es un puñal de bota, pero no es como los demás cuchillos. Este es diferente.

Le doy la vuelta al puñal en la mano y lo examino. No me parece que tenga nada especial respecto a otros cuchillos. Es de doble hoja y el mango parece hecho con hueso en lugar de madera, pero ninguna de esas características tiene nada de particular. Alzo la vista hacia mi padre.

—Es diferente porque un puñal de bota se puede esconder —explica mi

padre.

—¿En serio? Es lo más obvio del... —empiezo a decir, pero él levanta la mano, como si ya contara con mi comentario.

—Y un arma escondida debe contar con el elemento sorpresa —continúa—. Puede parecer obvio, pero deja de serlo en cuanto te des cuenta de que el elemento sorpresa de un puñal de bota no reside exclusivamente en poder esconderlo.

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—Imagina que estás en una pelea y alguien se saca un puñal de la bota. ¡Sorpresa! Dime, ¿qué harías a continuación?

—¿Tengo un cuchillo? —pregunto.

—Puede.

—Papá, ¿cómo quieres que te responda a un «puede»? —le digo.

—Esa es la cuestión —replica con una leve sonrisa—. La posibilidad de que el enemigo lleve un cuchillo siempre estará en el aire. Así que desglosemos las posibilidades una a una. Pongamos que no tienes un cuchillo, ¿qué harías?

—Buscar algo que me sirva como escudo y, si no hay nada a mano, buscaría algo que me sirviera como arma y mantuviera el cuchillo lejos de mi cuerpo. Pero si no tengo ninguna de esas cosas, pondría en práctica las técnicas de desarme que me has enseñado —contesto repitiendo lo que aprendí en la última lección.

—Exacto —dice mi padre—. ¿Qué harías si tuvieras un cuchillo?

—Lucharía sin más —respondo.

—Entonces, ¿en qué afecta el elemento sorpresa del arma de tu enemigo en cada una de estas suposiciones? —prosigue.

Me quedo callada para pensar.

—Bueno, supongo que me sorprendería si no llevara un cuchillo, pero también sabría qué hacer. Y si tuviera un cuchillo..., no sé. Puede que me sorprendiera momentáneamente, pero no sería para tanto.

—Y ¿de qué sirve esconder un puñal en la bota si no vas a sorprender a tus adversarios? ¿Por qué no lo llevamos en el cinturón que lo tenemos más a mano? —pregunta alargando ligeramente las palabras, como siempre hace cuando está a punto de llegar a la conclusión.

—Porque es una pasada —digo con una sonrisa y mi padre me corresponde.

—Dejando eso aparte, piénsalo, Nova. ¿Cómo puedes estar segura de que sorprenderás a tu enemigo con un puñal de bota? —pregunta.

Considero la pregunta y centro la mirada en la ventana, que da al patio trasero y al bosque que hay detrás.

—Mmm... Si quisiera sorprender con un puñal de bota... —digo, repitiendo la pregunta como la gente de los concursos cuando no está segura de la respuesta—. Supongo que haría algo sorprendente cuando la sacara.

—Exacto —confirma—. Pero ¿qué?

Inspecciono el pequeño cuchillo y le doy la vuelta sobre la palma de la mano.

—Podría hacer uno de mis trucos —respondo.

—Cierto —dice—. Pero tendrías que asegurarte de que es el momento oportuno. Ya sabes que, con los cuchillos, el mínimo error supone perder el arma.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta? —pregunto, ya por pura curiosidad.

—No pienses como un experto en cuchillos —dice.

Esta vez no intento replicar, porque sé que no ha terminado.

—La gente que entrena con cuchillos tiene expectativas consigo misma y con los demás. Desafía esas expectativas y ganarás —continúa con énfasis—. La mayoría de la gente usa erróneamente las armas como si fueran barreras invisibles o siguieran alguna norma. Tú no. Tú integras movimientos que has aprendido en el fútbol y apretones de manos secretos que te has inventado con Emily. Esta forma de pensar es esencial. Solo porque no tengas un tiro limpio no significa que no puedas vencer. Siempre hay soluciones alternativas y formas de sorprender a tu oponente. Solo necesitas creatividad y evitar los límites autoimpuestos.

—Coge lo que quieras —le digo a Ash, pero, cuando alzo la vista del cajón de los cuchillos, no está a mi lado—. ¿Ash?

Me doy la vuelta y lo veo examinar mi habitación. Estoy convencida de que así conocerá toda clase de cosas personales sobre mí. Su curiosidad es palpable, como si mis cosas le sorprendieran de una forma inesperada. Sigo su mirada hacia las fotos y la estantería, llena de chucherías, una colección de libros sobre plantas y árboles y la antigua colección de cedés y películas de mi madre, en su mayoría rayados y llenos de imperfecciones de las innumerables veces que Emily y yo los hemos escuchado. Al mirar mis pertenencias, me percato de que hace un mes habría dicho que estas cosas no tenían nada de especial, las habría descartado por ser ordinarias o me habría quejado de necesitar un nuevo iPod. Pero ahora mismo me resultan inestimables: un catálogo de mi infancia cargado de más recuerdos de los que puedo explicar. Y me pregunto: ¿volveré a ver estas cosas? ¿Volveré a sentarme en la cama, la que hizo mi padre, escuchar

música con Emily y hablar de nuestros planes para el fin de semana?

—Vale, vamos a ver —dice Ash. Se acerca a la cómoda junto a la que me hallo y presta atención a los cuchillos asintiendo para dar su aprobación—. No está mal —concluye.

—Querrás decir que son geniales —replico volviendo la vista al cajón y a la colección de cuchillos de la que siempre he sentido orgullo.

Él sonríe.

—Bueno, no es tan buena como la mía —afirma—. Pero básicamente es porque te faltan algunas piezas de coleccionista.

Enarco una ceja.

—¿Intentas ponerme celosa? Porque está funcionando.

—O intento convencerte de que vengas a visitar mi casa en Egipto cuando todo esto acabe —dice con una sonrisa de lado.

Lo miro de reojo.

—¿Crees que tus padres lo aceptarán?

—¿A ti? La primogénita repudiada de los Leones y los Osos a la que todo el mundo busca… ¿Qué podrían objetar?

Pero noto en su tono de voz que, aunque le quita importancia, este problema familiar supone un gran obstáculo. En estos momentos no pertenezco al mundo de Estrategia.

—Hay que evitar las ventanas —dice para cambiar el tema de conversación—. Y no enciendas las luces. Terminemos la búsqueda antes de que se ponga el sol.

—Entendido —respondo consciente de las restricciones. Vuelvo a colocar el falso fondo en su sitio y cierro el cajón.

—¿Qué puedes contarme para que pueda ayudar en la búsqueda? —pregunta, y estudio mi dormitorio en un intento de explicarle qué resultaría extraño encontrar en mi casa.

—Por cómo miras mi habitación… —empiezo a decir—. Te resulta descuidada y desordenada, ¿verdad?

—Me resulta acogedora —responde Ash y hay algo en su voz que se parece a la nostalgia.

—Pero estoy segura de que no se parece a la habitación típica de un estrategia. Tu habitación es minimalista y meticulosa, ¿verdad? —pregunto.

—Es cierto. ¿Cómo lo sabes?

—Porque mi padre hace lo mismo. Su habitación es como un escenario de película. Y después de ver cómo os comportáis todos en la academia, tan precisos y estrictos, todo cobra sentido. ¿Por qué no

empiezas por el dormitorio de mi padre? Quizá lo entiendas mejor que cualquier otra habitación de la casa. Busca cualquier cosa que pudiera ser un mensaje para mí. Mi padre siempre me hacía buscar mis propios regalos de cumpleaños, así que, si ha dejado un mensaje, seguramente sea un rompecabezas.

Ash asiente y sale de mi dormitorio. Durante un momento me quedo quieta y siento nostalgia de la vida que antes consideraba normal. Me acerco al joyero de plata que hay sobre la cómoda, que perteneció a mi madre, y saco su anillo de oro que parece un tronco nudoso con hojas finas. Me lo pongo en el dedo índice y suspiro. No tengo tiempo para revisar todas mis cosas una por una tal y como me gustaría. No tengo tiempo, sin más.

Me doy prisa y me centro en la misión que nos atañe, mientras trato de recordar todo lo que pasé desde que mi padre me contó lo de la escuela hasta que salí por la puerta con la mochila militar. De inmediato me acuerdo del cuenco de palomitas y me dirijo rápidamente al salón. Mi padre lo dejó todo tal y como estaba. Nadie excepto yo notaría algún cambio… «Nadie excepto yo». Me dispongo a inspeccionar la habitación.

Junto al cuenco está la revista que estaba leyendo, abierta por donde me quedé cuando mi padre me dijo que teníamos que hablar. La manta está dejada sin cuidado donde la tiré antes de empezar a hacer la maleta. La caja de cerillas que usó para prender la chimenea sigue abierta sobre la repisa. La alfombra está en su sitio. Los muebles son los mismos. La misma cantidad de madera colocada junto a la chimenea, como cuando nos fuimos.

Me paso las horas siguientes mirando con lupa todos los detalles del salón, del comedor, de la comida, de la entrada y del baño. Pero por más que lo intento, no encuentro nada cambiado ni lo más mínimo. Si alguien ha venido a inspeccionar mi casa, me sorprendería, porque no soy capaz de discernir ningún cambio.

—¿November? —me llama Ash, y me vuelvo hacia la puerta del dormitorio de mi padre—. He encontrado algo.

Por un instante estoy confundida.

—¿En serio?

—¿Creías que no encontraría nada? —dice, y le sigo a la habitación de mi padre.

—La verdad es que no —admito—. No suelo entrar en el dormitorio de mi padre. Mi padre tampoco solía estar mucho por aquí, al menos desde que murió mi madre.

Ash está junto a la impecable cama de mi padre y me señala la colcha doblada.

—Mira el segundo cuadrado azul de la parte de abajo a la izquierda.

Me acerco a la cama y paso los dedos sobre el cuadrado que me ha indicado. La costura está perfecta y sin ningún descosido. Meto la mano por debajo de la colcha y examino el lado contrario. Todo parece completamente normal. Ash me mira inquisitivo.

Me lleva la mano hacia la esquina, donde la costura es algo más gruesa, casi de forma imperceptible. Usa mis dedos para pellizcar la costura y me doy cuenta de que hay algo ahí. Tiro de la costura hasta que los hilos se separan y luego hago uso de las uñas para sacar un diminuto trozo de papel enrollado.

En uno de los dorsos alguien ha escrito:

Nos vemos bajo la ciudad.

Observo a Ash, confusa, intentando averiguar por qué demonios me ha dejado mi padre un mensaje en un sitio que nunca encontraría.

—Así no...

—Así no, ¿qué? —pregunta Ash mientras estudia mi expresión.

—¿Te digo la verdad? Me gustaría poder emocionarme por haber encontrado algo, pero si no fuera porque es la letra de mi padre, no me creería que me lo ha dejado él.

Ash frunce el ceño.

—¿Estás segura de que es su letra? Porque la costura se ha vuelto a coser en el sitio donde estaba la nota y parece que no es la primera vez. Si te soy sincero, creo que lo ha encontrado otro estrategia antes.

—Estoy segura —digo, y me quedo mirando la nota como si le fueran a salir dientes.

«Alguien de Estrategia ha estado en mi casa». El estómago me da un vuelco y, de pronto, me siento enormemente agradecida porque Ash no me dejara hablar con Emily. Si alguien estuviera observando, habríamos muerto todos.

Pongo la nota a la luz, pero el papel es grueso, sin marcas de agua ni muescas que delaten que se ha escrito previamente en él.

—Lo cierto es que las pistas de mi padre no suelen ser así. No tengo ni idea de qué significa. Casi nunca salimos de Pembrook, mucho menos del estado de Connecticut y, por supuesto, nunca estuvimos en ningún lugar subterráneo.

Ash me mira como si hubiera dicho algo raro.

—¿Y nunca te habló de alguna ciudad que tuviera puntos de encuentro bajo tierra?

Niego con la cabeza y le devuelvo la mirada en un intento de descifrar su rostro.

—Tú sabes lo que significa, ¿no? —le pregunto, y no tengo que esperar la respuesta, porque veo la confirmación en sus ojos—. ¿Por qué tú sabes lo que significa la nota y yo no? No tiene sentido.

—Tiene sentido si la nota no iba para ti —responde Ash con seguridad—. Y si no era para ti, entonces significa que los de Estrategia han registrado la casa.

Vuelve a enrollar la nota y la devuelve a su sitio.

Me muerdo la uña del pulgar mientras intento entender esa lógica.

—Sé que soy yo la que dice que la nota no tiene sentido, pero ¿cómo estás tan seguro? Es más, tendrás que darme una razón que lo confirme sin lugar a dudas, porque sería una cagada máxima si no prestamos atención a un mensaje tan importante.

Ash asiente, como si entendiera mi objeción a la perfección.

—Los estrategia suelen darse cita en todo tipo de criptas subterráneas, catacumbas y calles de toda Europa. Pero tu padre escribió «la ciudad» y, teniendo en cuenta que es un León, seguramente se refiera a Londres. Y en Londres hay un bar bajo tierra al que van todas las familias, un lugar conocido en el que se intercambia información y se reúnen. Tú eso no lo sabes, pero cualquier otro estrategia sabría a qué se está refiriendo de inmediato.

Sopeso su explicación.

—Vale, ya veo por dónde vas. ¿Por qué se molestó en dejarme una nota que todo el mundo excepto yo entendería?

—Exacto —dice Ash.

Exhalo.

—Incluso si no es para mí, me alegro de que la hayas encontrado. Si mi padre dejó una nota como señuelo, entonces es que hay una de verdad. Y si tienes razón y alguien ha registrado mi casa, entonces tenemos que encontrarla enseguida.

—Estoy de acuerdo —coincide Ash—. ¿Has encontrado algo?

Mira de reojo por la ventana del dormitorio de mi padre y no tiene que decirme lo que está pensando. A esta hora en diciembre, apenas hay luz.

Se me forma un nudo en el estómago, ya que la oportunidad de encontrar algo se desvanece junto a la luz. Y no quiero arriesgarme a

pasar otro día aquí, no mientras mi padre esté sufriendo sabe Dios qué peligros en Europa y, posiblemente, con algún estrategia merodeando por la zona.

Niego con la cabeza.

—No he encontrado ninguna pista todavía.

—Parémonos a pensar —dice Ash—. Si esa nota era un señuelo, la que te haya dejado a ti tiene que ser totalmente diferente para así evitar que otro estrategia la encontrara.

Asiento.

—Cierto. Y si es totalmente diferente, entonces es muy probable que no sea un objeto escondido, porque eso lo podría encontrar cualquiera que tenga ciertas habilidades de búsqueda. Entonces, es posible que... —Me detengo y me muerdo el labio mientras pienso—. Es posible que sea algo escondido a plena vista.

—¿Quizá algo simbólico? —interviene Ash.

Vuelvo al salón y examino la habitación mientras doy vueltas a mi alrededor.

—Y si el mensaje está a plena vista, tiene que ser algo que solo yo pudiera descifrar, pero que no significara nada para los demás...

Mi voz baja de intensidad conforme me voy dando cuenta. Corro hacia mi dormitorio con Ash pisándome los talones.

Estudio el mural de fotos sin dudar.

—¿En qué piensas? —pregunta Ash—. ¿Te puedo ayudar?

—En que mi padre siempre me decía que estaba documentando nuestras vidas con estos murales —respondo—. Llevo haciéndolo desde los ocho años. Les dedicaba semanas de trabajo, elegía una temática, cortaba las fotos para que encajaran como quería. Llenaba todo el suelo del salón con fotos de nuestros viajes y de los bailes del instituto. A mi padre le gustaba bromear moviéndome algunas fotos cuando pasaba y a mí me molestaba muchísimo —explico observando cada centímetro del mural.

Ash está de pie a mi lado y se fija en los detalles de las fotos con mucho interés.

—Siempre di por hecho que te habías perdido algo porque no te criaron como a los demás estrategia, pero ahora me parece que es al revés. Somos Layla y yo los que nos perdimos algunas cosas.

Escucho esa declaración tan personal salir de su boca, pero estoy demasiado concentrada y estamos bajo demasiada presión como para prestarle la atención que se merece.

—¡Aquí! —Casi pego un salto al señalar con el dedo el mural de

fotos de cuando tenía trece años—. Ha cambiado estas dos fotos. No me puedo creer que no mirara antes aquí.

—¿Qué significan? —pregunta Ash.

—Buena pregunta —replico, y mi entusiasmo pasa a ser concentración—. Déjame que piense en esta un momento. —Señalo una de las fotos—. Esta es de cuando fuimos de acampada con mi tía Jo por la graduación. Y esta es de Emily y yo riéndonos de las tonterías que queríamos meter en nuestra cápsula del tiempo cuando estábamos en segundo.

—¿Qué es una...?

—Espera —le corto. No quiero ser maleducada, pero siento que tengo el mensaje en la punta de la lengua. Solo necesito un momento para cuadrarlo—. Las cápsulas del tiempo guardan recuerdos, objetos personales que tienen significados en una época concreta. Y este viaje era una celebración. Levantamos nuestra propia tienda. Mi padre me enseñó su truco favorito con la espada... Dios, mi tía Jo me enseñó a camuflar el equipamiento de acampada para escondernos en el bosque. —Miro a Ash con todos los recuerdos volviendo a mi mente—. Creía que era lo más chulo que había vivido. Y cuando llegué a casa, decidí que quería hacer una cápsula del tiempo propia, una versión reducida de estos murales de fotos, para así conmemorar el año. Estuve dando la chapa como un mes. —Cada vez hablo más deprisa y con más emoción—. Pero no quería enterrarla como hice con la del instituto, porque acabaría desintegrándose. Decidí usar lo que mi tía Jo me había enseñado sobre camuflaje. Mi padre me ayudó a elegir el árbol en el que esconderla.

—¿Y este árbol está en tu jardín? —pregunta Ash, y veo alivio en sus ojos porque estamos progresando.

—En el bosque, a unos cinco minutos andando desde el extremo del jardín trasero —contesto y cojo el abrigo de la cama.

—Espera —dice Ash.

—¿Que espere a qué? —pregunto—. Tenemos que descubrir qué hay en ese árbol. Porque si no tengo razón, tendremos que empezar a buscar en otro sitio.

—Estoy de acuerdo. Pero no es el momento. Mira por la ventana. Pronto nos quedaremos a oscuras... —empieza a explicar Ash.

—Puedo llegar al árbol antes de que sea de noche —le interrumpo.

—Pues claro que vas a llegar si vas corriendo. Pero ¿qué pasa si hay un León en el bosque esperando a que llegues hasta allí para atacarte? ¿O quizá esperando a que encuentres el mensaje de tu padre

para después atacarte? —pregunta—. ¿De verdad quieres luchar con un asesino bien entrenado en el bosque y a oscuras?

Quiero llevarle la contraria. Necesito saber lo que dice el mensaje de mi padre. Pero luchar con un estrategia parece una temeridad en cualquier circunstancia, mucho más en la oscuridad.

—¿Cuándo quieres que salgamos entonces?

—Antes del amanecer. Podremos cruzar el jardín en la oscuridad y, si tenemos suerte, no habrá nadie. Pero si no es así y tenemos que luchar, la luz del amanecer nos permitirá ver.

Dejo salir el aire sonoramente y vuelvo a dejar el abrigo en la cama. Odio que tenga razón y, por mucho que no quiera, coincido: conseguir el mensaje y encontrar a mi padre es mucho más importante que ir con prisas.

—De acuerdo, tú ganas. Pero en cuanto amanezca, nos vamos.

—Nos iremos —replica Ash, y me pregunto cómo voy a dormir esa noche sabiendo que podría haber algún mensaje de mi padre esperándome en el bosque.

OCHO

Me quedo mirando por la ventana el montón de rosas blancas que hay en el porche delantero, agachada y con la cara oculta entre las cortinas, por si alguien vigila la casa. Hay notitas en los tallos de las rosas, enganchadas con lazos de satén morado. Ni me esfuerzo en tragar el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Lo siento mucho —le susurro a las flores de Emily.

Ash se fue a la cama hace unas horas y sé que yo también debería acostarme. Ya es más de medianoche y ambos necesitamos dormir tanto como podamos antes de la misión al amanecer, sobre todo teniendo en cuenta que la noche anterior la pasamos sedados y de viaje. Pero no consigo alejarme de la ventana. Durante los últimos días, he estado en un sinvivir de preocupación y temor por saber dónde está mi padre y a qué peligros se enfrenta. Y ahora solo puedo pensar en que Emily ha sufrido durante semanas esa angustia por mi culpa.

¿Y si es la última vez que veo Pembrook? ¿Y si es la última vez que la veo a ella? Si muero en Europa, Emily se pasará la vida preguntándose dónde estoy. Su mejor amiga habría desaparecido sin más.

—Prométeme una cosa —dice Emily, y el pelo se le queda pegado en el brillo de labios bajo la brisa cálida del verano.

—Lo que quieras —contesto desde la valla que separa la casa de Ben del campo de cultivo de su familia. El aire está cargado de humedad y el bosque vibra con el sonido de los grillos.

—No me digas «lo que quieras» cuando no sabes qué te voy a pedir —dice Emily apoyada contra el poste de la valla.

—La mayoría de la gente estaría encantada con esa respuesta —replico

dedicándole una gran sonrisa—. Podrías hacerme prometer que bese a una de las vacas de Ben o que corra en pelotas por el centro del pueblo.

Ella me mira como si fuera la persona más ridícula del mundo, un gesto que nos resulta cotidiano y reconfortante, como jugar a Marco Polo.

—Con «la mayoría de la gente» te refieres a ti misma.

Me golpeo la nuca, donde estoy bastante segura de que me acaba de picar un mosquito.

—Por supuesto que sí.

—Hablo en serio —dice ella y me advierte con la mirada.

—Está bien, dime —le contesto en lugar de seguir bromeando, ya que noto cierta inseguridad en su tono y Emily nunca duda, ni siquiera cuando se equivoca.

—He visto el folleto de la Universidad de Connecticut en el montón del correo de tu mesa —dice, y duda—. Quiero… Quiero que me prometas que, si quieres irte a otro sitio, me lo dirás.

Habla más bajo de lo normal y la preocupación se traslada a las arrugas de su frente.

—No te entiendo —digo, ahora soy yo quien se muestra insegura, y le repito la frase que llevamos diciendo de una u otra forma desde que empezamos tercero—. Está lo suficientemente cerca de casa como para venir los fines de semana y lo bastante lejos como para escapar de la vigilancia de Christopher. Es el sitio perfecto.

La observo. Siempre hemos dicho que iríamos a la Universidad de Connecticut juntas. Siempre.

—No. Lo sé. Es que…

Durante un instante se queda mirando el bosque vibrante, como si este pudiera ayudarla a explicarse.

Y, de repente, me doy cuenta de por qué lo pregunta.

—Espera… ¿Quieres ir a otro sitio? —le pregunto con el corazón acelerado, preparándome para la posibilidad de que mi mejor amiga me diga que se marcha en esta tarde de verano aburrida y mundana.

—¡No! —exclama con la palabra estallando en su boca—. ¡Ni pensarlo!

—Tú lo has pensado de mí —contraataco, y tardo un momento en recomponerme del pico de adrenalina.

Por un instante nos quedamos calladas, respirando el aire espeso, que huele a hierba y vacas, con nuestros pechos subiendo y bajando algo más rápido.

—Lo dices en serio —le digo—. No me lo estás preguntando por preguntar. —Me quedo mirándola y me resulta evidente—. Ha pasado

algo, ¿no? ¿Qué ha pasado, Emily? —pronuncio su nombre con tanto énfasis que resopla.

—Christopher —replica como un globo desinflado.

Me echo hacia atrás para mirarla bien, aunque no es necesario.

—¿Mi padre? —pregunto con total descrédito—. ¿Mi padre? ¿Ese que siempre nos dice que le vamos a ahorrar mucho dinero porque ya no tiene que ir en avión hasta California cada fin de semana para echarnos un ojo? ¿Ese padre?

Emily frunce los labios.

—Sabes que te lo voy a sonsacar de una forma u otra —le digo mientras me limpio el sudor de la frente con el dorso del antebrazo—. Podrías decírmelo sin más.

Emily niega con la cabeza, pero no parece que quiera negarse, sino que no está segura de contármelo.

—No lo sé. Fue raro. Me vio mirando el folleto y me preguntó si de verdad era mi primera opción. Le dije que por supuesto que lo era, pero él se quedó ahí mirándome con su típica cara de saberlo todo, como siempre. Luego me preguntó si iría allí si tú no estuvieras aquí.

Frunzo el ceño. Emily siempre ha sido mejor estudiante que yo. Seguramente sea la mejor de todo el instituto.

—Sabes que podrías ir donde quisieras... A una universidad de las buenas —le digo.

De repente me siento incómoda porque mi padre haya sugerido que debería ir a otra universidad, que sería mejor para ella. Solo he sido capaz de admitirlo en voz alta una vez y me cuesta mirarla y saber que quizá estoy siendo egoísta por querer que se quede aquí conmigo. Miro la hoja de césped que tengo en la mano, avergonzada.

—No —contesta Emily con tanta fuerza que vuelvo a alzar la vista—. Ni te atrevas a decirlo, November Adley. Yo era la que te hacía la pregunta a ti, no al revés. Ahora responde: ¿quieres ir a la Universidad de Connecticut o no? —pregunta y, aunque noto el fuego en su voz, sus ojos traslucen alivio.

También yo siento alivio ante el suyo.

—Sin lugar a dudas —respondo, y nos sonreímos la una a la otra con ese tipo de sonrisa enorme y tontorrona que hace que se te entrecierren los ojos y te deje el corazón calentito.

Y así, sin más, dejamos pasar la conversación, como si nunca hubiera tenido lugar.

La puerta mosquitera del porche trasero de Ben se abre. Las dos nos damos la vuelta y observamos cómo este se acerca balanceándose con tres

vasos de granizado de limón y dos bolsas de patatas fritas. No hacemos ni el intento de ir en su ayuda.

¿Mi padre lo sabía? ¿Sabía hace seis meses que quizá no estaría aquí para ir a la Universidad de Connecticut como había planeado? Las preguntas se agolpan en mi mente. Preguntas sobre el asesinato de mi tía Jo, de mis parientes de Estrategia, de la decisión de mis padres de mantenerme oculta. Pero luego observo la caligrafía redonda de Emily en una de las tarjetas atada a una rosa blanca y mi cuerpo asfixia mi corazón. Ahora mismo hay muchas cosas fuera de control, muchas cosas que no entiendo. Pero sí entiendo que estoy lastimando a mi mejor amiga, con la que se suponía que me bebería mi primera copa de vino, con la que iría por primera vez a Europa, la primera persona a la que le cuento que estoy enamorada.

Aprieto el puño contra el muslo. «No puedo hacerle esto a Emily. No puedo». Y antes de que pueda darme cuenta, me cuelo en mi dormitorio y me pongo el abrigo con el corazón a mil por hora. Sé que no es lo más inteligente que he hecho en mi vida. Pero también sé que me arrepentiré siempre si no intento verla una última vez.

Paso de puntillas junto a Ash, que duerme en el sofá, y me dirijo al baño. Cierro la puerta lentamente y abro la ventana hacia arriba con cuidado de que la madera no cruja. Me subo al lavabo, salgo por la ventana y trepo por la rama de un árbol.

Todos mis sentidos están en alerta máxima, en busca de movimientos en la oscuridad y pendientes del crujir de las ramas. Cruzo el árbol lenta y metódicamente y luego me paso de uno a otro hasta que estoy lo bastante lejos de mi casa y del peligro de que me descubran para empezar a moverme más rápido.

Me sirvo de los jardines traseros y zonas arboladas para mantenerme oculta y hago zigzag entre las calles que conozco tan bien como mi propia habitación. Y en este pueblo tan predecible y aburrido, solo hay dos casas que siguen con la luz encendida.

Me detengo frente al jardín trasero de Emily y miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie me ha seguido. Cuando estoy satisfecha con la tranquilidad que me rodea, trepo por el poste del porche y me subo al techo. Sé que no cierra con pestillo la ventana de su dormitorio, porque esta no es la primera vez que me cuelo por aquí. Pero también sé que, si hago algún ruido y la despierto de forma repentina, acabará gritando.

Me quito los guantes y los sujeto con los dientes. Subo la ventana

tan lentamente que me pregunto si la corriente la despertará, aunque yo no haga ruido. En cuanto la ventana está lo bastante abierta como para que quepa, me cuelo dentro y la cierro de nuevo, más rápido de lo que debería.

Emily se revuelve en su cama con dosel de color azul claro y yo me muevo rápidamente sobre la moqueta. Ella se da la vuelta y los párpados le tiemblan. Como no tengo mejor opción, le pongo la mano sobre la boca. Abre los ojos de inmediato al notar mi mano y durante un instante parece aterrada y desorientada.

—Soy yo, Em —susurro—. Perdona que me cuele en tu habitación como un ladrón en la noche, pero hagas lo que hagas, no grites.

En su rostro veo que me reconoce y la soñolencia desaparece de inmediato. Le quito la mano de la boca. Se queda quieta un segundo.

—¿Nova? —dice con un tono que denota incredulidad, como si yo fuera una alucinación o un sueño.

Abro la boca para responder, pero antes de que pueda decir nada, ella se incorpora con su pijama a cuadros y me rodea con sus brazos tan fuerte que apenas puedo respirar. Empieza a llorar entre mi cabello y sus hombros no paran de temblar. Sus sentimientos me golpean como una ola, me aplastan, me revuelven y me recuerdan todo lo que he perdido y todo lo que podría perder.

Hace un mes daba el amor de Em por sentado, sabía que pasara lo que pasara, siempre tendría una escapatoria segura con mi mejor amiga. En aquella época, mi mundo era sólido. La vida simple que llevaba en Pembrook era algo en lo que apoyarme, algo que me daba sentido en el mundo.

Emily se echa hacia atrás y me observa mientras me agarra los hombros como si fuera a desaparecer de nuevo.

—Nova, estás aquí, has vuelto —dice.

El pesar que desvela su rostro amenaza con destrozarme. No sé cómo decirle que no puedo quedarme.

—Estoy aquí, Em, y lo siento muchísimo. Yo...

No logro terminar mi disculpa, porque Emily pasa del duelo a la furia en un segundo.

—¿Que lo sientes? Con eso no tienes ni para empezar. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a hacerme esto, November Rose Adley? —prácticamente me escupe las palabras con voz temblorosa.

Me da un empujón tan fuerte que tengo que levantarme para no caerme al suelo.

Ella también se levanta y vuelve a empujarme.

—No acepto tus disculpas. ¿Me oyes? Nunca te voy a perdonar que me hayas abandonado de esta forma. Eres mi mejor amiga. Las mejores amigas no… —Sus palabras borbotean al intentar no volver a llorar.

Quiero acercarme a ella, darle un abrazo y decirle que se ha acabado. Pero simplemente me quedo ahí, incapaz de hablar.

—Han matado a mi tía Jo —digo.

Normalmente no soltaría información de este tipo así de repente. Pero conociendo a Emily, volverá a atacarme antes de que tenga la oportunidad de decirlo delicadamente en medio de una disculpa.

Deja de llorar tan de repente que parece que alguien la ha abofeteado. Da un paso atrás con los ojos abiertos, horrorizada.

—¿Qué?

—La han matado y mi padre me envió lejos —digo, aunque sé que nunca aceptará una explicación tan vaga como esa—. Le preocupa que tenga algo que ver con sus antiguos trabajos, algo…

—¿Su trabajo en la CIA? —pregunta con los ojos redondos.

—Sí —miento con cuidado de no dar demasiadas explicaciones o se dará cuenta de que algo no encaja.

Emily da unos pasos rápidos como si le costara asimilar mis palabras. Y lo entiendo. Nunca pasa nada malo en Pembrook. Incluso después de que mi padre me dijera que estábamos en peligro y me mandara a la academia, no lo creía de verdad, hasta que me topé cara a cara con un cadáver.

Se da la vuelta para mirarme con el ceño fruncido.

—No sabía nada de eso… No… Es que no… ¿Estás en peligro?

—No estoy segura —vuelvo a mentir y continúo con algo de verdad—, pero ya conoces a mi padre. Es inteligente y precavido en exceso.

No tengo que convencerla de esa afirmación; ha estado en mi casa muchas veces a la semana durante los últimos doce años y lo sabe de buena mano. Me mira sin convencerse del todo.

—¿Sabe que estás aquí ahora? ¿Que te has colado por mi ventana en mitad de la noche?

Doy un paso en su dirección y niego con la cabeza.

—Pero tenía que venir a verte. Tenía que hacerte saber que estoy bien. Y, bueno, necesitaba decirte que no estaremos en contacto durante un tiempo. —Hablo aún más bajo que antes y me cuesta mirarla a la cara. No quiero imaginar lo traicionada que se siente—. Pero no te preocupes. Estoy bien y mi padre está bien.

Al escucharme hablar, empiezo a preguntarme si he tomado la decisión correcta al venir aquí y si no lo habré hecho más por mí, por no soportar la idea de no verla. Emily se suena la nariz.

—¿Y tu padre cree que quien le hizo daño a tu tía también quiere hacerte daño a ti? —pregunta.

—No lo sabe —respondo—. Pero quiere estar seguro antes de volver. Así que, Em, no puedes decir nada de que he venido, ni a tus padres ni a nadie.

Ella asiente de mala gana, porque, aunque lo entiende, no le gusta ni una pizca.

—Te quiero, Emily Jane Banks —le digo, y ella levanta la barbilla.

—No me digas eso, Nova. Esto no es un adiós.

Asiento en un intento desesperado de recomponerme, porque todo lo que yo pienso es que sí es un adiós, el más duro de mi vida. Me he imaginado volver a verla muchas veces en estas últimas semanas, pero en mi cabeza solo había cabida para abrazos y llantos, sin tener en cuenta cuánto me dolería alejarme de ella sabiendo que quizá no vuelva nunca más.

Se escucha un leve golpe en la ventana y el corazón se me sube a la garganta. Me doy la vuelta con rapidez y observo la silueta agazapada en el techo.

—¿Ash? —pregunto, sorprendida, mientras él abre la ventana y deja entrar el aire helado de diciembre.

Los ojos de Emily se abren tanto que me pregunto si volverán a su estado original.

—¿Quién cojones es este? —señala a Ash, pero me mira a mí.

No tengo tiempo para responder, porque Ash empieza a hablar.

—Siento interrumpiros, pero tenemos que irnos —dice, y no sé si me horroriza que me haya seguido sin haberme dado cuenta o si agradezco que haya aparecido e interrumpido la conversación antes de que me derrumbara delante de Emily.

—¿Nova? —dice con la mano en la cadera y mirándome perpleja.

Ash mira a Emily.

—Mantendré a tu amiga a salvo. Te lo prometo.

—No quiero que me prometas nada —replica mirándolo—. No quiero nada de esto.

—Tenemos que irnos —vuelve a decir Ash y noto la urgencia en su tono de voz, una urgencia que no puedo posponer si no quiero que alguien que no sea Ash me pille aquí.

Me acerco a mi mejor amiga, queriéndole decir todo lo que

significa para mí y que nada será lo mismo sin ella, pero tampoco quiero asustarla. Así que me limito a decir:

—Te he echado de menos, Em. —La abrazo—. Volveré antes de lo que imaginas.

Ella me agarra.

—Más te vale —dice con insistencia, y se echa hacia atrás para mirarme una vez más—. Nunca te perdonaré si te pasa algo, Nova. Me llevaré el rencor a la tumba si es necesario.

Intenta sonreír, pero los ojos se le llenan de lágrimas.

Le devuelvo la sonrisa, pero la presión en el pecho se me hace casi insoportable. Compartimos una mirada bajo la luz de la luna, una que delata lo que no consigo expresar, que nos necesitamos la una a la otra. Alejarme de ella es lo más difícil que he tenido que hacer nunca. Y mientras salgo por la ventana, un pedacito de mi corazón se queda atrás.

NUEVE

Ash y yo cruzamos el pueblo con rapidez. Él me sigue por jardines traseros y calles secundarias sin intentar hablar de lo que acaba de pasar. Y aunque tampoco quiero discutir el asunto, odio el silencio. Cada centímetro que me resulta tan familiar de este pueblo no hace más que recordarme a Emily y a la vida que dejo atrás. Cuando estaba en la academia, solo quería volver aquí y ahora que estoy aquí, quiero cerrar los ojos, esconderme bajo las sábanas y llorar. Me muerdo el labio en un intento de controlar mi pesar y parpadeo para hacer desaparecer las lágrimas que se asoman a mis ojos.

Ash se detiene cuando alcanzamos el final del bosque que lleva hasta mi casa. Me mira con dureza. Estoy segura de que piensa que haber ido a casa de Emily ha sido una mala idea. Pero no lo dice; no tiene por qué: los dos lo sabemos.

—Tenemos que ir a por lo que sea que tu padre te ha dejado en ese árbol —dice en su lugar.

La sorpresa me saca de mis pensamientos.

—Espera, ¿ahora?

—Ahora —contesta, y noto que está frustrado conmigo—. No podemos colarnos en tu casa en plena oscuridad, porque no sabemos si alguien nos está siguiendo. Porque ni siquiera te diste cuenta de que yo te estaba siguiendo.

—Nuestras cosas…

—He dejado las mochilas a la salida del bosque. Solo necesitamos esa nota y luego nos iremos.

Lo que no añade es: «Antes de que causes más problemas».

—Vale, déjame pensar… —Examino el bosque y planifico la mejor ruta para llegar al árbol, mientras doy vueltas en el dedo al anillo de mi madre. Si puedo sortear el bosque con una venda, estoy segura de

que puedo hacerlo a la luz de la luna—. Tengo un plan, pero tendremos que trepar por unas ramas mucho más finas que con las que practicábamos en la academia. ¿Te parece bien?

Ash asiente y exhala. Una cosa es escabullirme para ver a Emily y otra muy distinta es escabullirme en un bosque que podría esconder a un estrategia. Tengo el pulso acelerado y empiezo a sudar bajo el abrigo.

Serpenteo por el bosque que conozco, evitando las zonas con más maleza o llenas de ramas caídas. Aun así, nuestros pasos no son del todo silenciosos. Es imposible no hacer ruido de noche cuando hay tantas hojas y restos de plantas en el suelo. Y con cada crujido, me sobresalto como si fuera una descarga de electricidad, lo que hace que me sienta cada vez peor por habernos puesto en esta situación.

Nos dirigimos hacia una zona llena de maleza especialmente espesa que hay junto a mi casa y nuestros pasos se hacen más audibles. Dejo de moverme. Ash inspecciona el bosque y las sienes me laten con tanta fuerza que se me nubla la vista por un momento. ¿Ha escuchado algo? ¿Ha visto algo? Quiero preguntarle desesperadamente, pero no tengo intención de hablar, dado que podría exponernos.

Doy los pasos más conscientes de mi vida y los cuento mientras avanzo, como si hubiera un número mágico que haga que este horror termine y estemos a salvo. Todavía estamos a unos sesenta metros del grupo de árboles altos que crecen lo bastante cerca como para treparlos de rama en rama. Al menos, cuando estemos a cierta altura, reduciremos el sonido que hacemos y no estaremos tan a la vista. Cuando voy por dieciocho pasos, una hoja seca cruje bajo mi bota. Me quedo quieta y contengo la respiración.

Cuando pasa un insoportable segundo, examino los árboles a mi alrededor. Levanto cuidadosamente el pie, pero, antes de que pueda dar otro paso, oigo un zumbido amortiguado y Ash me tira al suelo tan rápido que apenas me da tiempo a poner las manos para suavizar la caída. Al caer sobre un montón de hojas frías, se oye un golpe seco que cruza el aire, una flecha que acaba en el árbol que tengo delante. La fecha acierta en el punto en el que hace un milisegundo estaba mi pecho.

—¡Corre! —exclama Ash, y nos levantamos.

Muevo las piernas tan rápido que me sorprende que no se separen de mi cuerpo. Una flecha me pasa volando junto a la cabeza, tan cerca que siento el viento en la mejilla.

Corro a toda velocidad por el bosque con Ash a mi lado. Las botas resuenan sobre las hojas secas y ramas que se rompen a cada paso. Otra flecha se clava en el árbol que tengo al lado. Por el tiempo calculado que pasa entre los disparos, supongo que solo hay un arquero. Y sea quien sea tiene una puntería excelente en la oscuridad con objetivos en movimiento. Insto a mis piernas para que vayan más deprisa. Serpenteamos entre los árboles y ramas caídas, conscientes de que, si aminoramos la marcha un segundo o le proporcionamos al arquero un tiro limpio, uno de los dos morirá.

—Sube, Ash —digo sin aliento mientras corremos sin pausa hacia la zona de árboles arremolinados que estaba buscando.

No tengo muchas dotes en la lucha cuerpo a cuerpo y tengo más posibilidades de sobrevivir a cierta altura.

Me sujeto del tronco del árbol y me alzo hacia una rama que reconozco. Miro por encima del hombro, pero Ash no está detrás de mí. El pecho se me encoge de puro pánico. Inspecciono los árboles en busca de alguna señal de su presencia. Pero lo único que veo es un arco de color claro que me apunta directamente. Salto al instante hacia una rama contigua y la flecha se clava en el tronco. No puedo irme sin saber dónde está Ash, pero tampoco puedo quedarme aquí.

Me quito los guantes de un tirón, los guardo en el bolsillo y me limpio las manos sudadas en el abrigo. Echo un vistazo alrededor del tronco y Ash le propina una patada, no al atacante, sino al arco. La madera cruje y se parte. El estrategia que ahora veo claramente es un hombre más alto y corpulento que Ash, y le golpea antes de que Ash recupere el equilibrio. El impacto es tan fuerte que oigo el golpe hueco cuando el puño del hombre acierta en la cabeza de Ash. Ash sale disparado hacia el árbol que tiene detrás, pero el hombre deja de pelear. Se da la vuelta y se dirige hacia mí.

La capucha se le cae hacia atrás cuando empieza a correr y deja al descubierto el pelo castaño y la barba corta. Da unas zancadas tan largas que abarcan dos de las mías. Ash vuelve a ponerse en movimiento, pero está a unos seis metros de distancia. Me doy la vuelta y trepo por la rama más rápido de lo que debería.

Oigo las botas del estrategia arañar el tronco del árbol que tengo detrás y cómo gruñe cuando se alza. Teniendo en cuenta su velocidad, tengo diez segundos como mucho antes de que me alcance. Veo por el rabillo del ojo a Ash corriendo hacia nosotros y, si no fuera porque acabaría con algo roto, saltaría desde esta altura para reunirme con él. Ash no podrá llegar a tiempo para ayudarme a luchar y, si este tipo

me agarra, estoy perdida. Se mueve como un asesino bien entrenado y, aunque se me dan bien los árboles, soy una simple alumna que apenas ha pasado unas semanas en la academia.

Agarro una rama a más altura y me alzo tan rápido que la corteza me quema las manos. El hombre intenta cogerme el tobillo y se queda tan cerca que, si hubiera tardado un segundo más, me habría dejado caer al suelo. «Por favor, no dejes que muera. Por favor, por favor, que no sea este el final. No volveré a cometer el mismo error. Nunca. Lo prometo. Déjame llegar hasta mi padre en Europa».

La rama sobre la que estoy se bifurca y doy tres pasos con arrojo para saltar a una rama aún más fina que hay en el árbol de al lado.

—¡November, detente! —grita Ash, y me quedo tan sorprendida que le hago caso.

Me doy la vuelta y el estrategia corre por la rama de la que acabo de saltar.

—¡Señor Baines! —exclama Ash.

Mi mente empieza a centrarse. «Baines, una raíz del antiguo anglosajón que proviene de la palabra latina *ban*, que significa "huesos". Suele referirse a una persona delgada. Delgada». Miro hacia la rama sobre la que estoy y, de repente, caigo en la cuenta de lo que Ash quiere decirme.

El estrategia da un salto hacia la rama en la que estoy. Nada más aterrizar, salto para agarrarme a la rama que tengo encima y vuelvo a saltar con los dos pies sobre la delgada rama. La rama se parte en dos y el sonido reverbera por todo el bosque. Me quedo colgando y el estrategia no tiene tiempo para reponerse. Agita los brazos desesperadamente en una caída de seis metros, golpeando el suelo con un ruido quedo.

Balanceo las piernas hacia delante y hacia atrás para coger impulso y afianzarme en la rama. Me deslizo con los brazos y piernas hasta llegar al tronco y me apresuro a bajar para ayudar a Ash. Pero en cuanto piso el suelo, me doy cuenta de que no es necesario. El hombre con barba está quieto, con los brazos y piernas extendidos y un charco de sangre bajo su cabeza, de donde sobresale un trozo de granito de Nueva Inglaterra.

Me quedo largo rato mirando con los ojos como platos y los pies congelados, sin poder asimilar lo que veo. Parpadeo, pero él sigue ahí sin moverse. El estómago me da un vuelco y las manos se me van a las sienes.

—No sabía que acabaría... Dios mío... —hablo rápido y, a pesar del

frío aire de la noche, siento que estoy ardiendo—. No era mi intención... Casi te mata, Ash. Si hubiera lanzado un cuchillo en vez de un puñetazo...

Me quedo mirando el rostro inerte del hombre y recuerdo, de repente, todos los cadáveres de mi sueño. «He sido yo. Lo he matado. No puede ser. Lo he matado». Me lo repito una y otra vez, porque no puedo asimilarlo del todo, porque es demasiado horrible para que sea cierto.

Ash se acerca a mí y me pone las manos en los hombros, alejándome del cadáver.

—Mírame. Mírame a mí —insta sin parar de moverme hasta que el cuerpo queda fuera de mi vista. Incluso a la luz de la luna veo la intensidad en los ojos de Ash.

La culpa me corroe. ¿Cómo he podido hacerlo? No soy una asesina... No lo soy.

—Tienes que concentrarte, November —me exige Ash—. Tienes que encontrar el mensaje de tu padre. Lo que sea que estés sintiendo ahora pasará, pero si dejas que te consuma ahora, no podrás pensar. Eres la única que sabe cómo conseguir ese mensaje.

Asiento y dejo de mirarlo a los ojos. Necesito hacer acopio de toda mi determinación para no echarme a llorar. Casi consigo que maten a Ash. He matado a alguien. Y he roto la promesa que le hice a Layla. Esto no es la academia; aquí no hay profesores ni guardias, desafíos controlados ni organización. Esto es real, esto es mortal.

—Vamos —dice, y obedezco.

Voy trotando unos quince metros centrando toda mi energía en ubicar y trepar por el árbol correcto, escudriñando cada detalle más de lo necesario e intentando apartar de mi mente la imagen de la sangre, aunque me temo que me acompañará para siempre.

A unos cuatro metros de altura, el tronco se divide en dos. Aparto la maleza que se ha acumulado en la grieta que crea la división y saco un trozo de corteza suelto. Debajo, justo donde lo dejé hace cuatro años, hay una caja de hojalata desgastada algo más pequeña que la palma de mi mano. La saco del tronco y le quito la tapa. Dentro, hay una bolsita con un trozo de papel en su interior que no forma parte de la cápsula del tiempo original. «Papá». Vuelvo a cerrar la caja y la presiono contra mi pecho, aliviada de haber acertado y porque sé que no desapareció sin dejarme un mensaje.

—¿November? —pregunta Ash desde la base del árbol en el que estoy.

—Está aquí —contesto y bajo al suelo.

Ve la cajita que llevo en la mano.

—Y tu padre...

—Hay una nota nueva dentro —susurro.

Ash deja escapar un suspiro de alivio.

—Bien —dice—. Vayámonos de aquí y ya la leeremos. Pero antes... —Saca una llave con una pequeña herradura de madera—. La encontré en el bolsillo del asesino. Es casi lo único que llevaba consigo, a excepción de algunas armas que le he arrebatado. ¿Sabes para qué sirve?

Mis pensamientos recuerdan la cabeza ensangrentada del hombre y me aferro a la caja como si fuera lo único que me separa de la locura. Ash levanta la llave y la cojo de mala gana. Giro la herradura para ponerla bajo la luz de la luna.

—Parece que es la llave de un candado. Y si tuviera que adivinar, diría que es de un granero o un cobertizo —digo, mientras intento reprimir las ganas de vomitar que se me acumulan en la garganta, porque la llave no solo procede de un cadáver, sino de una persona a la que he matado—. Hay muchos por aquí, sobre todo a las afueras del pueblo.

Ash asiente, como si hubiera llegado a la misma conclusión.

—¿Hay algún granero que se pueda alquilar pagando en efectivo? O mejor aún, ¿conoces alguno que nadie echaría en falta si lo usaran sin el consentimiento del dueño?

—Mmm... Tendría que ser de algunas de las fincas más grandes. Pero se me ocurren cuatro o cinco granjas que son lo bastante grandes como para tener graneros o cobertizos vacíos —digo mientras hago un mapa mental de Pembrook—. ¿Tiene que estar lo bastante cerca como para ir andando desde aquí?

—Exacto. Y con un camino directo entre el bosque y tu casa, que evite el pueblo y la gente —añade.

Asiento.

—¿Algo más?

—Si estoy en lo cierto, el edificio para el que se hizo esta llave tiene que estar en campo abierto, sin cultivos ni árboles —dice.

Le devuelvo la llave a Ash como si no quisiera tenerla entre mis manos.

—Hay una granja a un kilómetro y medio de aquí. Se llega siguiendo un camino recto por el bosque y tiene unas tierras en la parte de atrás de la finca que casi siempre están sin trabajar.

Ash deja escapar el aire como si estuviera esperando que dijera algo así.

—Vayamos a por las mochilas y veamos qué podemos encontrar.

—Pero ¿y el…?

Señalo a mi espalda.

—Aquí no hay nada que esconder —dice Ash—. La caída del árbol ha sido la causante de sus heridas. Sin más.

—¿No levantarán sospechas las flechas? —pregunto, preocupada por lo que le pueda parecer este escenario al sheriff Billy. ¿Lo relacionará de alguna forma con mi desaparición y la de mi padre?

—Recógelas —dice y señala una pila de flechas y al arco partido, que no había visto en la oscuridad—. Nos las llevaremos con nosotros y nos desharemos de ellas.

—Pero no podemos dejarlo aquí. Quiero decir…

—No tenemos otra opción. No sabemos si estaba solo, así que debemos ponernos en marcha de inmediato —dice Ash, y la urgencia en su voz se intensifica.

Suspiro profundamente. Sé que tiene razón. Pero todo me parece mal: abandonar mi hogar sin despedirme, abandonar a Emily después de mentirle, abandonar a un estrategia muerto en el bosque. Esto no es Pembrook; es una pesadilla.

DIEZ

Ash y yo salimos de la parte del bosque que da a las tierras de Moody Farms. Seguimos la línea de árboles que conforman el perímetro del terreno y oímos una manada de coyotes en la distancia. El viejo señor Moody me contaba que los coyotes en esta zona de Connecticut eran especialmente grandes, porque se habían mezclado con lobos hacía mucho tiempo y, pasados los años, la mayoría de los genes de los coyotes habían desaparecido. No sé si es verdad o era un intento de mantener a los críos alejados del pajar con historietas de lobos. Sin embargo, consiguió que tuviera miedo a venir aquí de noche. Frunzo el ceño ante el recuerdo de asustarme por una idea tan simple y echo en falta la chica que era antes de ir a la academia, antes de saber demasiado.

Miro a Ash, que me sigue en silencio por la oscuridad, con nuestro aliento formando vaho delante de nosotros. Quiero decirle muchas cosas, explicarle muchas cosas. Pero hasta que no salgamos de Pembrook y nos apartemos de los estrategia que me persiguen, ninguno de los dos podrá relajarse.

Conduzco a Ash hasta el granero y lo rodeamos con precaución. Le damos una vuelta completa al edificio antes de que Ash se detenga frente al candado que cierra las anchas puertas dobles. Le da un toque al cuchillo que llevo en la trabilla del cinturón y lo saco con manos inquietas. Ash introduce la llave en el candado y abre la puerta un metro. El interior del granero está totalmente oscuro y nos quedamos quietos y en silencio mientras examinamos lo que nos rodea. Todo está en calma y no hay ninguna señal de que haya nadie dentro. Lo único que se oye es el viento que ulula entre los árboles sin hojas.

Ash enciende una cerilla y yo me quedo atónita.

Casi me atraganto mientras asimilo el enorme artefacto de metal

que ocupa la mayor parte del granero. «¿Un avión? Si teníamos suerte, creía que encontraríamos una mochila o algo de información, pero ¿un avión?».

—Un jet privado —dice Ash, que sonríe por primera vez desde hace eones—. Uno muy bueno. Sea quien fuera el asesino del bosque, debía ser importante.

Ash me da la caja de cerillas y vuelvo a guardar el cuchillo en la funda. Él apaga la cerilla, cuyo fuego está cerca de sus dedos, y yo prendo otra. Ahora que tiene las manos libres, Ash empieza a retirar los trozos de madera que estabilizan las ruedas.

—Espera. ¿Qué estás...? No estarás pensando en sacar esta cosa, ¿no? —pregunto con palabras cargadas de incredulidad.

—Pues claro —dice como si fuera la conclusión más obvia del mundo—. A menos que quieras volar en un avión comercial y arriesgarte a que nos localicen. En realidad, es lo mejor que nos podría haber pasado.

—Pero ¿quién lo va a pilotar? —pregunto, incapaz de hacerme a la idea de este plan, que está muy lejos de mi zona de confort.

—Solo hay que hacer que vuele —dice, tirando los trozos de madera dentro del avión y abriendo las puertas del granero de par en par.

—No vamos a hacer que vuele —suelto.

—Tranquila, November —dice Ash con una sonrisa amable. De repente, ha vuelto a mostrarse tan relajado como siempre y yo estoy más tensa—. Llevo pilotando aviones desde que tenía ocho años. Y un cacharro como este prácticamente vuela solo.

Ash sube las escaleras y enciende las luces. Lo sigo.

—Madre de Dios... —digo en un suspiro mientras observo la avioneta con la boca abierta.

Hay dos sillones reclinables, una enorme televisión de plasma, una mesita y una cama. Quizá Ash tenga razón; es lo mejor que nos podría haber pasado.

Ash va directo a la cabina y enciende los motores del avión sin problemas. Mientras presiona botones, me da el candado que tiene guardado en el bolsillo.

—Voy a sacar el avión de aquí. Si no te importa, cierra tú el granero. Tenemos que limpiar nuestras huellas.

Asiento, cojo el frío candado de metal y bajo los escalones. Alzo la vista para mirar el viejo pajar donde solía jugar, que apenas se ve bajo la luz de la luna, y suspiro, carcomida por la tristeza. «Adiós, Em.

Adiós, Pembrook». De repente desearía que fuera de día para poder quedarme mejor con los detalles. Pero la cola del avión sale por las puertas y no tengo tiempo de recrearme en lo que significará este momento para mí algún día. En su lugar, cierro las puertas del granero y aseguro el candado con cuidado de borrar toda señal de que hemos estado aquí.

Troto hacia el avión, luchando por reconciliar esta experiencia con este pueblo tan tranquilo. Subo los escalones, cierro la escotilla y me siento en el asiento vacío de la cabina. Miro a Ash, que presiona los controles del complejo tablero con seguridad y no tengo claro si estoy sorprendida o únicamente abrumada.

—¿Has encontrado algo más...? —Trago saliva al recordar el golpe del estrategia cuando aterrizo en el suelo y la sangre que se derramaba lentamente por su cabeza y que caía por el lateral de la piedra—. ¿Has encontrado algo más en el estrategia del bosque? —Me pongo el cinturón e intento evitar las ganas de vomitar que me suben por la garganta—. ¿Algo más aparte de la llave?

—Sí —contesta Ash, que me mira y se detiene un segundo—. Tenía el tatuaje de un león en el hombro.

Asiento. No me sorprende, pero sin duda me inquieta. Si los Leones han encontrado nuestra casa en Pembrook, ¿qué les detiene para encontrar a mi padre en Europa? Toco la caja de hojalata que tengo en el bolsillo del abrigo.

—¿Te mareas con el movimiento? —pregunta Ash, que me devuelve al presente.

Presiona un par de botones más y tira de una palanca.

—No, que yo sepa —respondo, pero ya estamos dando tumbos por las tierras a oscuras, cogiendo velocidad y dirigiéndonos directos al bosque—. Ay, no... —murmuro para mis adentros.

Ash sonríe sin más mientras nos dirigimos a toda velocidad hacia la primera línea de árboles. Me agarro a los brazos de mi asiento y cierro los ojos con firmeza. «Por favor, no puedo sobrevivir a todo esto y acabar muriendo en un accidente de avión en Moody Farms». Cuando consigo abrirlos de nuevo, estamos en el aire, sin árboles a la vista y no estamos empalados contra un arce como me temía. Mi cuerpo tarda un segundo en asimilar que el peligro más inminente ha pasado.

Dejo escapar el aire con un resoplido en voz alta. Y conforme el cielo se abre a nuestro paso, el suelo se ilumina con el brillo de las luces blanquecinas del amanecer y nos sumimos en silencio. Mis

pensamientos recuerdan la caja que llevo en el bolsillo. Estaba desesperada por llegar al árbol para ver si mi padre me había dejado algo, pero ahora que sé que lo hizo, estoy aterrorizada por leer la nota.

—Ash, ¿qué sabes del jefe de los Leones? —pregunto evitando lo inevitable.

—Jag —dice él, y recuerdo que Ash me dijo en la biblioteca de la academia que Jag era un tirano, antes de saber que yo misma era también una León.

—No me puedo creer que nunca lo haya preguntado, pero Jag es la abreviatura de Jaguar, ¿verdad? —pregunto, aunque sé por qué no lo he preguntado nunca.

Aún seguía creyendo que podía escapar de toda esta experiencia y del mundo Estrategia en general y no quería pensar en Jag ni en mis malvados familiares más que lo imprescindible.

Ash asiente.

—Es el mote que le pusieron de pequeño.

«Jaguar... Un juego de palabras evidente basado en la temática felina de la familia León. Y si se lo pusieron de pequeño, es posible que sea un reflejo de su personalidad. Los jaguares son famosos por su naturaleza temperamental, animales solitarios y oportunistas que acechan y emboscan a su presa».

—¿Qué sabes de él? —pregunto.

—No lo conozco en persona, pero gran parte de mi familia, sí —contesta Ash—. Todos dicen que es agradable, pero que tiene la mecha corta y muy mal genio. —Ash me mira—. ¿Hay algo en particular que quieras saber de tu...? —Se detiene—. ¿De Jag y la familia de los Leones? Es un tema muy amplio.

—No pasa nada —replico—. Puedes decirlo: ¿hay algo en particular que quiera saber de mi abuelo? —La seguridad de mi tono de voz me sorprende, teniendo en cuenta lo poco que he usado ese término—. Lo cierto es que ni siquiera sé qué quiero saber. Todo y nada al mismo tiempo. —Me tiro del cinturón y Ash me mira inquisitivamente—. Es que ese asesino del bosque... —Miro por la ventana de la cabina e intento apartar la imagen del cuerpo sin vida en el suelo del bosque—. ¿Todos los estrategia son tan buenos?

—¿Quieres decir «letales»? —pregunta, y yo asiento—. Sí. Los hay mejores.

No se molesta en seguir con la explicación y supongo que tampoco quiero escucharla. Saber que hay estrategia brillantes y con talento

por toda Europa solo hará que me ponga aún más nerviosa. Bastante tengo con saber que no estoy cualificada y que casi consigo que nos maten a los dos esta noche. Un error que espero no volver a repetir.

—¿Por qué Jag tiene tanto interés en acabar con mi familia? —pregunto—. ¿Es puro ego porque mi padre eligió estar con mi madre en vez de quedarse con su familia?

Ash sacude la cabeza.

—Es posible. Siempre he escuchado que tu padre era el mejor de la familia, el preferido de Jag, el destinado a gobernar sin lugar a duda... Eso fue antes de que Jag le contara a toda Estrategia que tu padre estaba muerto, claro. Y por lo que tengo entendido, Jag no perdona. Tiene una obsesión patológica con eliminar a sus enemigos.

—Sé que los Osos han resistido los ataques de los Leones, pero ¿alguien ha intentado desafiar a Jag cara a cara? —pregunto, mientras trato de hacerme una idea de la organización en las relaciones entre estrategia.

—Sería lo normal —replica Ash con cierta molestia en su voz—. Lo normal sería que las familias hicieran cola para enfrentarse a él. Pero no lo hacen. Todo el mundo habla de los abusos de Jag a puerta cerrada y entre amigos de confianza, pero no se hace nada al respecto. Layla y yo nos preguntábamos de pequeños cómo se habría desequilibrado la balanza y cómo era posible que los demás estrategia se hubieran vuelto tan complacientes, pero es algo que pasó con el tiempo, poco a poco. Y para cuando los líderes de las familias se dieron cuenta del error, era demasiado tarde. El gobierno de Jag era sólido y las garras de su poder llegaban muy lejos. —Ash suspira—. Ahora, cualquiera que se le oponga sufre unas consecuencias tan duras que el miedo que se tiene hacia él y los Leones sirve como detractor. Incluso los Osos soportan una presión enorme para que suavicen su postura o se arriesgan a perder aliados. Por ahora han mantenido su posición, pero está tambaleándose y, si en algún momento se retiran, los Leones gobernarán toda Estrategia sin contemplaciones.

Frunzo el ceño.

—Entonces, es básicamente una versión a gran escala de lo que habría pasado si Blackwood hubiera intervenido. Conner y Brendan habrían ganado, los Leones habrían conseguido matar a los mejores alumnos de las familias que no se hubieran sometido, los Osos estarían muertos o siendo atacados y los Leones se habrían ganado el favor de todos los jóvenes de Estrategia para siempre.

—Exactamente —coincide, y duda, como si intentara decidir si

decirme algo o no—. Layla y yo hablamos de pequeños sobre oponernos a los Leones cuando fuéramos líderes de nuestra familia. Esperábamos que la situación se mantuviera estable hasta que tuviéramos el poder de impulsar el cambio. Pero aquí estoy llevándolo a cabo, varios años antes de lo que creía posible… Y es gracias a ti.

Sonrío.

—No sé si puedo llevarme el mérito, teniendo en cuenta que lo único que hice fue mantenerme con vida.

Ash no titubea.

—No, November. Viste algo injusto y lo arreglaste, aunque te sintieras incómoda o supusiera un sacrificio.

Me remuevo en el asiento, porque no estoy segura de merecer tal cumplido y tampoco estoy segura de que lo quiera. Para mí, todo se ha centrado en sobrevivir y en encontrar a mi padre, no en corregir el desequilibrio de poder en Estrategia.

—Una vez me dijiste que los Leones no gobiernan de la misma forma que el resto de familias de Estrategia —digo para volver a centrar la conversación en Jag.

—Los Leones son… únicos. —Ash hace una pausa para pensar—. Las familias de Estrategia suelen apoyarse en los líderes para tomar decisiones en conjunto, en los mayores para buscar consejo y, en última instancia, en el Consejo de Familias cuando las decisiones se vuelven muy complejas. Pero los Leones no, no desde que Jag accedió al poder. Es más un dictador que parte de una familia.

—Entonces, ¿es como Enrique VIII? —pregunto.

Ash se reclina en su asiento como si se acomodara para un vuelo de larga distancia.

—Sin duda, no eres la única que ha hecho esa comparación.

Me quedo absorta con las luces que parpadean a nuestros pies, un mundo que aún no se ha despertado y que, por suerte, no es consciente de que existen estrategas y asesinos cualificados para cambiar cosas que podrían alterar el curso de sus vidas para siempre.

—Recuerdo que me contaste que el Consejo de Familias aprobó que Jag fuera el líder de los Leones, pero que no deberían haberlo hecho y que, cuando se dieron cuenta de que suponía un problema, no pudieron hacer nada. Pero no lo entiendo. ¿No deberían haberlo intentado?

—Y lo hicieron —replica Ash—. Pero Jag no siguió sus consejos y para destituirlo tendrían que haber usado la fuerza. Y el Consejo de Familias nunca hace uso de la fuerza; son una fuente de sabiduría, un

grupo de ancianos que aconsejan y supervisan las políticas familiares. Todo el sistema respeta esta institución.

—Es curioso —digo—. El respeto no es lo primero que se me viene a la cabeza cuando pienso en Estrategia.

Ash me mira como si el comentario le hubiera molestado.

—Entiendo tus reservas si tenemos en cuenta cómo has llegado a esta sociedad, pero hay muchas cosas de Estrategia que no has vivido. Por supuesto que hay juegos de poder y arrogancia, pero también hay actos desconsiderados de valentía y lealtad.

Su reacción me sorprende; una sociedad que asesina tan a menudo como lo hace Estrategia no sería objetivo de alabanzas. Pero no sé si quiero debatir esa cuestión ahora, teniendo en cuenta lo que ha pasado en el bosque.

—Lo peor del estado actual de la política de Estrategia —continúa Ash al ver que no respondo— es que los Leones tienen recursos y poder de sobra para hacer algo bueno en el mundo. Pero Jag es egoísta y solo asume misiones que le vienen bien políticamente hablando.

—¿Acaso no hacen los estrategia lo que les viene bien políticamente hablando? —pregunto.

—Sí y no —contesta—. Sí, nos preocupa el poder y la influencia y sí, siempre elegimos apoyar a nuestras familias y el territorio de estas antes que el de los demás. Pero durante buena parte de la historia hemos trabajado en equipo. Intervenimos cuando otras familias nos necesitan, aceptamos misiones en pos del bien común y nos comprometemos cuando debemos hacerlo. Jag ha cambiado esa dinámica. No se le da nada bien trabajar en equipo y no le interesa mínimamente el bien común. Y lo que es peor: ha conseguido dividirnos y ha provocado que las familias luchen entre ellas sirviéndose del miedo y la manipulación.

Nos quedamos en silencio un rato y, al ver que no respondo, Ash me mira.

—Es la hora, November —dice.

—¿Hora de qué? —pregunto, pero en cuanto lo digo, me doy cuenta de a qué se refiere: a la caja. Me llevo la mano al bolsillo del abrigo—. Sí... Voy a... ¿Tienes... tienes hambre? ¿Quieres que vaya a ver si hay comida por aquí?

—No —responde, y vuelvo la vista hacia el cielo que se extiende ante mí—. Tenemos que saber qué te ha dejado tu padre, porque podría afectar al lugar de aterrizaje.

Me muerdo el labio inferior y me doy cuenta de que está agrietado por el aire frío y seco.

—De acuerdo —replico sin molestarme en ocultar la desgana.

Por el rabillo del ojo puedo ver la confusión que delata el rostro de Ash y lo entiendo, pero no quiero explicarle que no estoy evitando leer el mensaje en sí, sino la idea de acabarlo. Mientras esté en mi bolsillo, sin abrir, cabe la posibilidad de que sea todo lo que necesito escuchar: una disculpa por no decirme quién era, una demostración de amor y arrepentimiento, una dirección y un número de teléfono para que pueda contactar con él de inmediato. Y mi instinto me dice que voy a acabar decepcionada. Pero, aunque sería feliz viviendo con esta versión idealizada un poco más, Ash tiene razón. Es la hora.

Saco la caja de frío metal de mi bolsillo y me quedo mirándola mientras hago acopio de determinación. Meto las uñas bajo la tapa curvada de la caja y la retiro cuidadosamente. La bolsita que contiene la nota está sobre una foto de Em y yo con trece años en un desfile de carnaval con los brazos echados por encima de la otra y una sonrisa enorme en nuestras caras. Acabábamos de comer algodón de azúcar, manzanas de caramelo y bizcocho, con toda la intención de ponernos boca abajo en el Gravitron sin vomitar. El corazón me duele tanto al recordarlo que me presiono el pecho con la palma de la mano.

Le doy un sorbo a la piña colada sin alcohol que me ha hecho la tía Jo.

—Mmm... —musito mientras me relamo los labios y observo las luciérnagas que parpadean en el jardín trasero de mi casa. Extiendo la palma de la mano para absorber todo el calor de la hoguera—. ¿Dónde aprendiste a preparar esto? Están muy buenas.

La tía Jo se echa un poco de ron en su piña colada y lo remueve con el dedo, que lame cuando acaba.

—Me lo enseñó alguien muy guapo con quien tuve una cita el verano pasado en una playa de Hawái. Se veían las estrellas, el aire sabía salado y... Bueno, ya te contaré el resto cuando tengas dieciocho —dice con una sonrisa—. Y cuando volví a casa, decidí que esa sería mi nueva bebida del verano. Son dignas de celebración, ¿verdad?

—Sin duda —respondo volviendo a beber con entusiasmo de la diosa del coco. Recuerdo que la tía Jo se fue de viaje, pero nunca me dijo que había tenido encuentros amorosos—. ¿Y qué le pasó a tu cita? ¿Lo volviste a ver?

Ella echa más leña al fuego.

—Por desgracia, no. —Se peina hacia atrás un rizo castaño suelto con

el dorso de la muñeca—. Pero siempre me quedará esta bebida y siempre me quedarán los recuerdos —dice, y su rostro se torna serio, mucho más serio que sus palabras.

Espero a que siga hablando, pero clava la vista en el fuego, sumida en sus pensamientos.

—¿Va todo bien? —pregunto al no salir de su ensimismamiento.

Ella suspira.

—Es muy fácil dar lo que tienes por sentado. Demasiado fácil —dice y alza la mirada hacia mí—. Prométeme, Nova, que disfrutarás de cada instante de felicidad que tengas, porque no podrás volver atrás. Ni con todo el dinero ni el esfuerzo del mundo. A veces, cuando algo se acaba, se acaba para siempre.

La miro sin saber cómo tomarme la gravedad de su tono de voz.

—Ya no estamos hablando de tu cita, ¿verdad?

La tía Jo me dedica una sonrisa triste.

—Cuando tu madre tuvo el accidente de tráfico, no sabía que aquel día sería la última vez que tomaría café con ella. Nadie te advierte de cuándo será el último. El aire parece el mismo, el corazón no se desboca y no hay ninguna señal de advertencia. Todo cambia en un segundo.

Le doy vueltas al vaso entre mis manos.

—¿Piensas mucho en ella? —pregunto sin mirarla a los ojos.

—Siempre —contesta—. Y nunca dejaré de hacerlo.

Dejo escapar un suspiro al ver el recuerdo feliz que compartimos Em y yo y me doy cuenta de que la tía Jo tenía razón: hay que aprovechar cada instante de felicidad que tengas, porque no podrás regresar a ese momento. Abro la bolsita y saco el papel doblado que hay dentro, que reconozco al instante, porque proviene de la libreta que hay en la cocina. Lo desdoblo lentamente, como si se fuera a deshacer en mis manos si no tengo cuidado.

En el centro de la nota, escrito a mano por mi padre, hay cinco palabras:

El viejo perro de Jack

Nada de «Querida Nova», ningún «Sé que estarás confundida en este momento y molesta por todo lo que ha pasado» y, por supuesto, ningún dato de contacto.

Le doy la vuelta a la nota con el corazón desbocado y sin aliento, pero no hay nada más, ninguna marca sospechosa. Ni siquiera un

garabato emborronado.

Ash espera mientras observo la nota, que agarro con tanta fuerza que se rompe ligeramente entre mis dedos. Mi mente se pone en marcha. «El viejo perro de Jack se llamaba Angus. Y Jack fue el jefe de bomberos de Pembrook casi toda mi infancia, hasta que se retiró. Solía sentarse todos los domingos en la puerta del cuartel de bomberos con Angus, un periódico y una taza caliente de café solo. Lo saludábamos al pasar, como todo el mundo, pero no lo conocíamos muy bien. En realidad, era un poco cascarrabias. ¿Y qué leches tiene que ver Angus con este asunto?». Repaso los recuerdos que tengo de Jack y Angus en busca de algo que los pueda conectar con esta situación o que pueda decirme cuál es el siguiente paso, pero no se me ocurre nada.

Alzo la mirada hacia Ash con la cara fruncida por la concentración.

—¿Te suena de algo «el viejo perro de Jack» o el nombre de Angus?

Por cómo se le iluminan los ojos, sé su respuesta antes de que la diga.

—Pues sí, la verdad.

Ash sabe lo que significa y yo no. Otra vez. Darme cuenta de ello me golpea en el estómago. Esto no es como la nota en la colcha, esta es para mí, pero yo no la puedo descifrar. Mi padre me ha dado una pista que necesita de otra persona para poder descodificarla. Y, de repente, me enfurezco. ¿Y si Ash no estuviera aquí? ¿Me quedaría atascada con una nota sin sentido y preguntándome dónde está mi padre y qué le ha pasado? Que no me haya puesto nada personal ya me molestaba bastante, pero esto es mucho peor.

—Maldito. Perro. Viejo. De Jack —digo cada palabra en un susurro como si fuera un insulto. Es un insulto.

Noto la mirada de Ash leyéndome los gestos, pero no quiere presionarme para que le diga lo que pienso.

—Angus es uno de los mayores de Estrategia —explica—. Es un gruñón y de trato difícil, pero es un genio de la información. Sabe todo de todo el mundo.

Asiento sin controlar demasiado bien mis emociones.

—¿Y sabes dónde está?

—Sí —responde Ash con amabilidad, seguramente intente saber por qué una pista me está causando tanto dolor—. En Escocia.

—Claro —digo—. Pues claro que lo sabes.

—¿Y preferirías que no? —pregunta Ash.

—No, preferiría que… —Niego la cabeza, aún no estoy lista para

verbalizar mi sufrimiento—. ¿Sabes qué? Voy a rebuscar por el avión a ver si ese asesino de los Leones se ha dejado algo.

—De acuerdo —dice Ash y no lo miro a los ojos mientras me alejo.

Algo me sacude ligeramente y noto una mano en el hombro. Emito un gruñido.

—November —me llama Ash.

—¿Eh? —Abro los ojos y me incorporo tan rápido que veo motitas —. ¿Va todo bien? Solo me he...

Miro a mi alrededor en la cama en la que me senté para revisar los objetos que encontré en el avión. Como suele ser normal con los estrategia, no había ninguna información por escrito y nada en absoluto que identificara al asesino, ni siquiera una pista que indicara que el avión pertenece a los Leones. Pero ahora mismo la cama está vacía y bien hecha, sin nada más encima que yo misma. Supongo que Ash ha estado limpiando.

—Lo siento, no recuerdo haber cerrado los ojos —digo mientras me froto la cara con las manos—. ¿Dónde estamos?

—En las Tierras Altas —responde Ash.

Casi me caigo de la cama.

—¿Qué? ¿He estado durmiendo durante todo el vuelo? No me...

Me pongo las botas y estiro las sábanas.

—Te habría dejado dormir algo más, pero tenemos que irnos. Se hace tarde y tenemos trabajo que hacer esta noche —explica, y puedo notar cierta frialdad en su tono de voz.

Quería pedirle disculpas por ponerle en peligro en Pembrook después de investigar el avión anoche, pero es evidente que no lo he hecho.

—Ya, sí, claro. —Me pongo la chaqueta y cojo mi mochila militar.

Él apaga los motores del avión y bajo por la escalerilla.

—¿Otro granero? —pregunto mientras me sigue por el granero. Aunque este parece mucho más antiguo del que entramos, unos siglos más antiguo—. ¿Es algo normal en Estrategia? ¿Aparcar aviones en graneros? ¿Por eso sabías que buscábamos con la llave en Pembrook?

Ash asiente y se ofrece a llevarme la mochila con un gesto, pero yo me niego.

—En los sitios que frecuentamos o en lugares donde acontecen encuentros importantes, alquilamos graneros o almacenes durante todo el año. Y en el resto de sitios donde tenemos que viajar,

encontramos algún lugar que nos sirva. Pero este granero en particular es uno de los que mi familia usa todo el año —cuenta, y rodea el avión hasta un coche cubierto con una lona oscura.

Retira la lona y deja a la vista un Mercedes negro muy elegante.

—Guau. Pero ¿cuánto dinero tenéis? —pregunto, aunque no sé si es de educación preguntarlo.

Nunca he estado con gente que tuviera coches de repuesto en otros países por comodidad.

Ash se ríe por primera vez en mucho tiempo y no tardo en darme cuenta de lo mucho que echo de menos nuestras charlas. En las últimas cuarenta y ocho horas no hemos sentido nada más que tensión.

—No nos va mal. Como a todos los estrategia —replica, y saca las llaves de debajo del capó sobre la rueda.

Abre el maletero con un clic y tiramos nuestras mochilas en el interior.

—Eso parece —le digo—. Recuérdame que te pase mi lista de regalos cuando todo esto acabe.

Ash abre la puerta del copiloto por mí y me meto en el coche.

—¿Dónde vamos? —pregunto.

—A Nido de Cuervos—dice antes de sentarse junto a mí en su coche de James Bond.

Ash y yo cruzamos en coche los campos de Escocia. Voy pegada a la ventana, como he ido la mayor parte del camino. Sin lugar a dudas, es el lugar más bonito que he visto en mi vida, con colinas onduladas, pueblos de casas de piedra que parecen sacados de un cuento de hadas medieval y lagos rodeados de montañas nevadas que brillan a la luz del sol poniente. Me acuerdo de mi tía Jo y de mi promesa de disfrutar de cada instante de felicidad cuando llega. Solo me molesta que no sea seguro que lleve el móvil, porque estoy deseando hacer fotos, algo que creo que le he dicho a Ash unas cinco veces. Pero él lleva callado casi todo el viaje. Layla se queda callada cuando piensa, pero nunca he visto a Ash hacerlo antes. Es posible que esta situación requiera más contemplación de lo normal. Pero también es posible que esté enfadado conmigo.

—Lo siento, Ash —le digo, y me vuelvo para mirarlo.

Intenté hablar con él cuando nos metimos en el coche, pero me respondió de forma brusca y centramos la atención en el camino, en

echar gasolina y en comprar comida para el viaje. Y cuando intenté desviar el tema de conversación hacia la familia León, me dijo que hablaríamos más tarde.

—Vale —responde, y noto que algo no va bien.

Me resulta casi imposible dejar el tema cuando sé que alguien está molesto conmigo. Creo que mi insistencia no hace más que empeorar la situación, pero me siento incompleta cuando los problemas se quedan sin resolver.

—Estás enfadado —digo—. Está bien. Lo entiendo. Es normal que te enfades. Nos puse en una situación peligrosa.

—No estoy enfadado contigo, November —replica, pero su tono de voz no parece relajarse.

—Bueno, te pido perdón igualmente. Soy consciente del peligro que asumiste cuando decidiste venir conmigo. Cuando ese tío te golpeó… Joder, Ash, si hubiera sido un cuchillo en vez de un puñetazo… —vuelvo a decir temblando al recordar la imagen del asesino.

—Pero no lo fue.

—No, no lo fue. Pero es igual —le digo, buscando las palabras para decirle cuánto significa para mí que esté aquí y que tengo siempre en mente el riesgo tan grande que está asumiendo.

Normalmente esto sería pan comido para mí. He tenido que pedirle perdón a Emily tantas veces que creo que me he convertido en experta. Pero con Ash es diferente. Me da la sensación de que nos jugamos más, no solo por la situación peligrosa que vivimos, sino por nuestra relación.

Nos quedamos en silencio más de un minuto con la cadena de radio de la BBC rompiendo el silencio del coche.

De repente, Ash apaga la radio.

—¿Por qué crees que vine aquí contigo, November?

Tiene la misma expresión de máxima concentración que su hermana pone cuando piensa en un problema.

El pulso se me acelera.

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué dejaría a mi hermana gemela, mi entrenamiento en la academia y me jugaría la vida para estar aquí contigo? —pregunta, y noto que la respuesta es importante para él.

—Eh… —consigo decir. Mi padre siempre decía que hablaba por los codos, pero ahora mismo parece que el lenguaje se ha desvanecido de mi cerebro. Ash aguarda y yo trago saliva—. Bueno, quieres frenar

a los Leones, para empezar.

—No es la razón principal.

Nunca he visto a Ash tan serio y me cuesta pensar.

—¿Disfrutas con el riesgo?

—Me estoy enamorando de ti, November —dice, y mi corazón late tan fuerte que dejo de respirar con la esperanza de que se calme y no revele lo mucho que me afectan sus palabras—. Entiendo que a ti te parezca trivial. He visto las fotos que tienes en la habitación, he escuchado tus historias. Y estoy seguro de que has vivido rodeada de gente que te quiere de toda la vida. Pero para mí es algo nuevo. No nos animaban a querer a nadie que no fuera de la familia. De hecho, te advertían de lo contrario.

Recuerdo que me contó lo mucho que quería a su mejor amiga y cómo la quemaron viva en su casa. Yo también habría dejado de encariñarme con la gente.

—Me preguntaste por qué quería venir a esta misión contigo. Me enumeraste todas las razones por las que no debería venir. Pues es por esto. Esta es la verdad. Porque estar sin ti me resulta un sacrificio mayor que todo lo demás.

Me mira de reojo y mi estómago da un vuelco tan rápido que me llevo la mano a la barriga.

Me quedo mirándolo durante unos segundos. Quiero decirle que no es algo superfluo y que le tengo muchísimo cariño. Pero no consigo ordenar mis pensamientos o que mi lengua se ponga en funcionamiento.

—Yo...

—No, no tienes que decir nada. No es lo que espero —dice y, antes de que pueda responder, prosigue—: Pero tienes que confiar en mí. No me dijiste nada antes de ir a casa de Emily.

Me froto la frente con las mejillas sonrojadas.

—Lo sé. Es... Es que es Pembrook. Supongo que no estoy acostumbrada a decirle a nadie lo que hago por allí.

Cuando las palabras salen de mi boca, sé que no son ni un reflejo de lo que debería decir.

Ash se echa a reír, pero no porque crea que es gracioso, sino más bien triste.

—No quiero que me pidas permiso. Somos compañeros. Tenemos que consultar las decisiones que afecten el camino que estamos tomando. No solo queremos encontrar a tu padre, sino también derrotar y quizá atacar a la familia de Estrategia más poderosa del

mundo. Si no estamos sincronizados, los Leones nos aplastarán. Puede que nos aplasten incluso si lo estamos. Pero si cometemos un error en Reino Unido como el de Pembrook, acabaremos muertos.

Dejo salir el aire.

—Tienes razón. Toda la razón. No te lo dije porque creía que me convencerías de lo contrario. Y quizá no debería haber ido. Fue una decisión egoísta. Pero no podía soportar la idea de no volver a verla nunca más. En ese momento creí que no podría continuar si, al menos, no intentaba hacerle saber que estaba viva. Pero no lo pensé con detenimiento. Y mi descuido nos puso a ambos en peligro. Lo siento, de verdad.

Toco la caja que contiene la nota de mi padre.

—Te perdono —dice y sale de la autovía hacia un camino alineado con árboles.

Me miro las manos un buen rato. Ash no ha hecho más que darme el beneficio de la duda desde que empezó todo esto y yo le he devuelto el favor con malas decisiones y la incapacidad de decirle lo que siento.

«Ash me ha dicho que se está enamorando de mí». Ningún otro chico con el que he salido me ha dicho eso antes. Y lo cierto es que no quiero oírlo de nadie más que él. Y yo no he hecho más que tartamudear. Miro a Ash. Es tan guapo de perfil como lo es de frente. Y por muy divertido y valiente que sea, también tiene buen corazón. Si pudiera dar marcha atrás toda la conversación y enfocarla de otra forma, lo haría.

Él me mira de reojo con los labios curvados en una leve sonrisa. Se me sonrojan las mejillas y aparto la mirada para centrarme en la ventana y buscar las palabras adecuadas. «Compórtate, November». Los últimos rayos de sol titilan entre los árboles creando motas caprichosas por el camino. El sol baja por el cielo y abraza el horizonte, coloreando de rojo y naranja las ramas desnudas por el invierno.

De repente, los árboles se acaban y el camino se convierte en un círculo enorme con un césped bien cortado en el centro. A un lado del césped, hay una mansión colosal de piedra con capiteles que llegan hasta el cielo ensombrecido.

—La mansión Nido de Cuervos —informa Ash mientras me esfuerzo por cerrar la boca de la impresión. Ash rodea el círculo hacia la casa y cuanto más se acerca, más sorprendente me parece—. Es una mansión del siglo XII que se convirtió en hotel. En su interior está el

bar Cuervos, uno de los favoritos de los lugareños y un punto de encuentro entre los estrategia.

—Punto de encuentro... Pero ¿no estamos en territorio de los Leones? —pregunto para saber si debería preocuparme.

—Técnicamente, sí, pero estamos a las afueras. Y en todos los territorios familiares hay lugares como este, puntos de encuentro que se han establecido a lo largo de miles de años y que todas las familias utilizan para intercambiar información y hacer tratos.

Ash apaga el motor del coche y, antes de que pueda abrir la puerta, un mayordomo con guantes blancos y abrigo largo la abre por mí.

—Gracias —digo con un tono de voz chillón mientras miro la impresionante mansión gótica.

En la puerta hay una guirnalda enorme y en todas las ventanas hay una vela, lo que le da un toque mágico.

El mayordomo nos lleva las mochilas y Ash me ofrece el brazo. Si ya me sentía fuera de lugar en la academia Absconditi, no es nada comparado con este lugar. Subimos los amplios escalones que dan a la puerta principal y Ash abre la puerta.

El vestíbulo principal es una habitación con techos increíblemente altos y decorados con una bóveda arqueada. La madera de las paredes cuenta con cuadros de marcos dorados y guirnaldas de hojas de pino y frutos rojos. También hay un árbol de Navidad de casi cinco metros de altura que hace parecer soso al de la plaza de mi pueblo. Soltaría un grito de emoción si no estuviera segura de que Ash me mataría. «¿Dónde tengo la dichosa cámara?».

Ash me lleva hasta un enorme y antiguo escritorio en el extremo de la habitación. Detrás del mismo está sentado un hombre con una espesa barba y un traje de *tweed* de color verde oscuro.

El hombre barbudo sonríe.

—Encantado de verle, señor Ashai. Supongo que querrá su habitación de siempre —afirma con acento escocés.

Se levanta y coge una llave de aspecto antiguo de uno de los cajones del escritorio.

—Así es, Murray —dice Ash con el mismo acento escocés.

Me quedo anonadada. Nunca había apreciado la habilidad de Ash con los acentos ni mi incapacidad para pronunciarlos.

Ash acepta la llave.

—No tiene por qué acompañarnos. Nuestras mochilas apenas pesan.

Ash me suelta del brazo, le coge el equipaje al mayordomo que las ha traído y le da una propina. Luego me lleva por una impresionante escalera en espiral. A cada esquina me encuentro con algún detalle tan majestuoso que empiezo a cuestionarme a mis padres seriamente, que abandonaron esta vida de lujos para acabar viviendo en el tranquilo Pembrook.

Ash abre la puerta de la habitación familiar y enciende las luces.

—Te estás quedando conmigo —digo, y casi me tropiezo al entrar—. Es como si hubiéramos entrado en los aposentos privados de una reina del siglo XV.

En la habitación hay sofás de terciopelo negro, ventanas altas y arqueadas, techos abovedados, candelabros y estanterías empotradas.

—¿Te gusta? —pregunta con expresión divertida.

—¿Que si me gusta? Quiero mudarme aquí —respondo mientras doy vueltas por el salón y paso los dedos por los intrincados muebles que hacen que me sienta como si me hubiera adentrado en un reino de fantasía—. De verdad que esta es tu vida… ¿Tenéis aviones y coches en otros países y os hospedáis en sitios como este como si fuera de lo más normal? —Mi tono de voz delata cierta sorpresa.

Ash suelta una carcajada y me sonríe de oreja a oreja, lo que me indica que la tensión antes ha desaparecido entre nosotros. Y yo le devuelvo la sonrisa.

—Tenemos que prepararnos para ir al bar. Podemos cenar allí mientras observamos quién podría tener información sobre tu padre —dice, y miro mis vaqueros gastados.

—Teniendo en cuenta la elegancia que se gasta el servicio y el vestíbulo ese, supongo que los vaqueros no son lo más apropiado —digo, pero Ash ya va camino a una de las habitaciones contiguas con mi mochila militar.

Lo sigo hasta un dormitorio con una cama con cuatro postes de madera y un dosel de color negro transparente.

—Puedes quedarte la habitación de Layla —dice, y asiento con la boca abierta, prometiéndome a mí misma que, a pesar del peligro que nos acecha, voy a disfrutar de cada minuto de esta experiencia.

Mientras, Ash revisa uno de los armarios y saca un vestido largo de color azul zafiro que parece de princesa.

—Layla y tú tenéis más o menos la misma talla. Esto valdrá —dice, y me lo ofrece.

«Emily estaría flipando ahora mismo», pienso. Y, al hacerlo, toda la emoción que he estado experimentando hasta ese momento se

evapora. Emily está en Pembrook, preocupada y asustada, persiguen a mi padre y he matado a alguien sin querer en el bosque de detrás de mi casa. Nada volverá a ser igual. Nunca volveré a ser la misma.

ONCE

Estoy sentada ante el tocador de Layla y me estoy poniendo sombra de ojos ahumada. No me maquillaba desde antes de mi estancia en la academia y, aunque nunca me importó tanto como a Emily, me gustaba el momento de arreglarme. Como toque final, aplico un poco de brillo de labios con sabor a cereza, mi favorito, lo termino de extender presionando los labios y me levanto, pasándome las manos por la tela sedosa del vestido de Layla. Me sonrío en el espejo, pero mi buen humor se evapora cuando desde el reflejo veo de reojo la caja de lata en la cama.

No voy ni a intentar convencerme a mí misma de que «El viejo perro de Jack» tiene algún significado sentimental. Mi padre me mintió, hizo un trato con la directora de la academia para detener a su hermano y luego me dejó una pista que no podía descifrar por mí misma. Es como si la persona en la que he confiado toda la vida, la que siempre me ha apoyado y me ha hecho sentir segura, de repente decidiera cambiar de personalidad. Me doy la vuelta, echo un vistazo a la caja y salgo de la habitación con la esperanza de que la distancia minimice su impacto.

A Ash se le iluminan los ojos cuando me ve y se levanta. Sin embargo, un segundo después, su sonrisa se convierte en una mirada inquisitiva.

—¿Va todo bien?

—Sí —respondo con brusquedad.

Nos quedamos así durante un momento. Frunzo el ceño.

—Es que no sé... No sé por qué mi padre...

—¿Te dejó una nota tan vaga? —termina por mí.

—¡Exacto! —digo con demasiado énfasis.

Ash deja escapar el aire.

—Lo más probable es que se mostrara precavido por si alguien que no fueras tú encontraba la nota.

Niego con la cabeza.

—Pongamos que tienes razón y que no podía dejarme una dirección o un número de teléfono. Lo admito. Pero ¿qué me dices... de lo demás? Podría haberme dicho algo más. Cualquier cosa.

Ash asiente como si entendiera lo que no estoy diciendo: que esperaba más de mi padre, mucho más. Como decía mi tía Jo: «no basta con querer a una persona, lo importante es hacérselo saber».

—¿Quieres que hablemos...?

—No —respondo para dar carpetazo al dolor que siento, ya que solo hará más difícil que me concentre en lo que tenemos que hacer—. De eso no. Simplemente... ¿Por qué no me cuentas algo sobre el bar al que vamos?

—Bueeeno —dice Ash—. Es bastante civilizado. Hay una regla que impide asesinar a nadie.

Levanto una ceja. No me convence su definición de «civilizado».

—Si atacas a alguien aquí, no solo te echarían del hotel, sino de todos los establecimientos de este tipo que hay por Europa —continúa Ash—. Y, como podrás imaginar, estos sitios son los predilectos entre los estrategia para intercambiar información y, bueno, para alguna que otra frivolidad de vez en cuando.

—Por favor, dime que no acabas de usar la palabra «frivolidad» en lugar de ligoteo —digo, y mi frustración desaparece.

—¿Te molesta mi excelente vocabulario, aunque el inglés no sea mi lengua materna? —pregunta Ash con una sonrisa.

Intento esconder mi sonrisa y descruzo los brazos.

—No trates de hacerte el gracioso cuando es evidente que estoy de mal humor.

—No es culpa mía que creas que soy irremediablemente encantador —afirma.

Ahora sí que sonrío.

—¿Eso crees?

—Lo sé de buena tinta —dice—. Tu lenguaje corporal no para de gritar «atracción». Has descruzado los brazos y te inclinas hacia mí, lo que indica que estás mucho más abierta e implicada que hace un minuto. También has ladeado la cabeza ligeramente, lo que sugiere interés y hace que sea más fácil detectar tus feromonas. Y eso son solo un par de indicadores.

Sonrío aún más.

—Engreído.

Él se echa a reír.

—¿Quién dijo que la modestia es una virtud?

—Está claro que no fue un estrategia.

—Seguro que no —dice, y vuelve a ofrecerme el brazo.

Yo dejo escapar un profundo suspiro y lo acepto.

—Vale, vamos allá.

Y así, sin más, mi mente se vuelve a centrar en la tarea que tenemos entre manos. Mi padre me ha dejado una pista y, aunque es críptica a más no poder, esta es la única oportunidad que tengo de descifrarla.

Ash y yo bajamos las escaleras. Esta vez no nos detenemos en el primer piso, sino que seguimos bajando hasta lo que podría describir como una mazmorra suntuosa. Las paredes de piedra grisácea cuentan con apliques de metal y los muebles son de madera oscura y terciopelo rojo. La barra tiene un dosel por encima y está tallada con detalles picudos y capiteles siguiendo el estilo de la arquitectura exterior de la mansión.

Sin pensarlo dos veces, me dirijo hacia una mesita que hay junto a la chimenea y Ash no pone impedimentos. Nos ofrece una buena perspectiva de la sala y está lo bastante apartada del resto de mesas como para poder hablar sin que nos oigan. Además, el crujir de la leña enmascarará la conversación como si fuera ruido blanco.

Cuando cruzo el bar entre las mesas, se me acelera el pulso. Los clientes que nos rodean van vestidos de gala, parecen relajados, sin hacer otra cosa que beber, comer y hablar de asuntos triviales. Sin embargo, noto que me observan de forma sutil y perspicaz, tal y como hacían los alumnos de la academia. Nadie nos mira de manera obvia; sus movimientos son deliberados y controlados. Y caigo en la cuenta de que ya no veo el mundo como lo hacía antes, que la parte estrategia que hay en mí está creciendo.

Ash retira una de las sillas de la mesita y me aparto la larga falda del vestido antes de sentarme. La calidez de la chimenea me calma los nervios durante un momento. Ash se sienta frente a mí y, mientras oigo el murmullo de las conversaciones de la sala, me doy cuenta de que solo escucho acento escocés.

—Ay, madre —digo—. No creo que pueda hablar con acento escocés. No de forma creíble, al menos.

Ash asiente como si ya lo hubiera previsto.

—El acento estadounidense no supone un problema, en realidad —

dice con un acento escocés tan perfecto que me dan ganas de chillar —. Así pareces una turista, un personaje que podría adoptar cualquier estrategia.

—Bien —digo, pero no estoy convencida de que no llamaré la atención. Echo un vistazo rápido a la sala—. ¿Está él… aquí? —pregunto.

—En la barra —dice Ash en un tono de voz controlado—. Tiene una barba poblada. Está sentado solo.

Miro hacia arriba disimuladamente en dirección a la barra, como si estuviera pensándome qué pedir para beber. Allí, justo como Ash me ha indicado, hay un corpulento señor mayor con una chaqueta de *tweed* con coderas. Dejo escapar un suspiro de alivio. «Angus».

—No ha sido cuestión de suerte que lo encontremos aquí —dice Ash, que claramente puede leerme bien—. Es que está aquí siempre. Mis padres me contaron que es un cliente habitual del bar desde hace cuarenta años.

Puede que haya tenido que cruzar el mundo, pero al menos mi padre me ha dirigido hacia alguien que es fácil de encontrar. Supongo que podría haber ido peor.

—¿Qué sabes de él? —pregunto, y me doy cuenta de que debería haberlo preguntado antes.

—No mucho —replica Ash—. Layla y yo llevamos viniendo aquí con nuestros padres desde que éramos niños, pero nunca he hablado con él. Al parecer tiene reputación de ser una persona difícil.

Emito un gruñido. Un estrategia difícil es como una persona normal imposible.

—¿Y el resto de personas de la sala? —pregunto en un intento de comprender cómo funciona todo esto.

—La mitad son de Estrategia, la otra mitad son lugareños y turistas —dice, y confirma mi evaluación anterior—. Tanto los dueños como los jefes de sala son estrategia, pero la mayoría de los trabajadores no lo son. Eso nos permite escondernos a plena vista, controlar las reservas y mantener la discreción, al mismo tiempo que nos integramos en la comunidad de la zona. Por eso existe la regla de no asesinar a nadie, para asegurarnos de que estos establecimientos sigan siendo neutrales. En internet se pueden ver las maravillosas opiniones que hay de este lugar y los establecimientos de este tipo.

Él parece divertirse, pero yo enarco una ceja para marcar mi escepticismo. No estoy segura de que me guste la idea de que reservar unas vacaciones por Europa pueda llevarme fácilmente a un hotel

elegante que está lleno de asesinos de una sociedad secreta.

—Pero si estudias a los clientes con atención —prosigue Ash—, podrás distinguir a los que hablan de cosas triviales de los que están intercambiando información, planeando misiones y contratando un equipo.

Centro mi atención en la sala sin que parezca evidente.

—¿Qué tipo de misiones?

—De todo tipo. Recabar información, impedir crímenes, planear asesinatos, influenciar a los líderes políticos, proteger a gente sin que sepan que existimos —explica Ash, y recalca de nuevo que su normalidad está a eones de distancia de la mía.

—¿Cómo se llevan a cabo estas interacciones? ¿Nos acercamos a Angus y empezamos una conversación sin más? —pregunto.

—Querrás decir tú —replica Ash, y tardo un momento en darme cuenta de lo que intenta decirme.

Lo miro como si tuviera dos cabezas.

—Espera un momento. ¿Tengo que hablar con él a solas?

Ash me mira con cara de póker.

—Tu padre te dejó esa pista para ti. Está claro que quería que la conversación la tuvieras tú sola.

—Una pista que no habría descifrado de no ser por ti —replico.

Pero Ash niega con la cabeza.

—Como te dije, mi familia lleva años viniendo aquí; es probable que Angus sepa quién soy y de qué familia vengo. Si formo parte de la conversación, puede que arruinemos el plan. Aquí nadie te conoce. Hablar con él a solas es la mejor forma de conseguir información.

Escucho lo que dice, pero me cuesta aceptarlo. No es que quiera que Ash me lleve de la mano, pero sortear el mundo europeo de Estrategia por mí misma sin ninguna experiencia parece un plan abocado al fracaso. Los alumnos de la academia ya me lo pusieron imposible; ¿cómo voy a manejarme entre los adultos?

Alzo la vista hacia Angus, que en este momento busca algo en su bolsillo, y mi preocupación crece. ¿Busca la cartera? ¿Piensa irse? Porque lo único peor que empezar una conversación con él a ciegas sería perseguirle por el aparcamiento con este vestido tan limitante.

Antes de que pueda echarme para atrás, me pongo en pie. Los ojos de Ash se abren imperceptiblemente y lo conozco lo suficiente como para saber que se ha sorprendido de que me ponga en marcha sin haber discutido antes los pormenores. Pero no puedo quedarme sentada, no con todos estos estrategia observándome. Sabrán al

instante que estoy nerviosa y que hay algo erróneo o raro en mi comportamiento.

En su lugar, murmuro con toda la determinación que logro recabar:

—Deséame suerte.

Mantengo la cabeza alta y camino con paso seguro hasta la barra. Me siento en el asiento vacío que hay al lado de Angus. Ahora ya veo lo que buscaba en su bolsillo: un palillo de dientes. Se lo mete en la boca y lo mastica sin ganas.

Miro a Ash de reojo, quien toma asiento a una de las mesas comunales y se une a la conversación como si fuera lo más natural del mundo. Me vuelvo hacia la barra y me encuentro a un camarero delante de mí.

—¿Quiere el menú, señorita? —pregunta con acento escocés.

—Sí, por favor —respondo, contenta de tener algo en lo que concentrarme aparte de mis propios nervios. En un simple vistazo ya sé lo que quiero—: Tomaré una sopa de patata y puerro, puré de patatas y un bizcocho de caramelo con helado de vainilla.

Angus se vuelve hacia mí levemente y levanta una ceja despeinada.

—¿Vas a tomar patatas con patatas? —Tiene la voz rasposa y algo áspera.

No estoy segura de si me alivia o me preocupa que haya empezado él la conversación. Para empezar, no he tenido tiempo para pensar en la estrategia que iba a seguir. Sin embargo, me vuelvo hacia Angus con mi mirada más femenina.

—Y postre, por supuesto... Si no, no sería una comida completa.

No obstante, no reacciona de la misma forma en que lo haría la mayoría de las personas, con una risa o sonrisa educada o incluso charlando. En su lugar, me mira con dureza y su expresión se mantiene impasible.

—¿Y de beber? —pregunta el camarero. Como no respondo de inmediato, apunta—: Tenemos sidra de la zona.

—Me parece perfecto —digo con una sonrisa—. ¿Qué está tomando? —le pregunto a Angus, porque por mucho que lo intento, no encuentro ninguna otra forma de continuar esta conversación.

—Whisky —responde bruscamente, y se termina el vaso con un toque en la barra para que se lo rellene y sin dejar opciones para seguir hablando.

Hay un momento de silencio y yo continúo con una frase aburrida:

—Nunca he bebido whisky.

Angus se gira hacia mí y me mira con crueldad.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir con la farsa de la conversación trivial? Si tienes algo que decir, adelante.

Abro los ojos.

—Lo dice el tipo que ha empezado esta conversación —replico con el mismo tono de voz.

Él gruñe, lo que supongo que es mejor que el silencio, pero no mucho. La presión de tener que hacerlo bien pesa sobre mis hombros.

El camarero me pone una taza de sidra caliente. Le doy un sorbo de inmediato. Está más amarga que la sidra que solemos tomar en Pembrook, pero está caliente, me reconforta y tiene un palito de canela.

—¿Te crees que no me daría cuenta de que el chaval Lobo te ha mandado aquí para hablar conmigo? Son unos críos tan sutiles como mi tía de noventa años después de pimplarse una botella de vino —dice Angus mientras le da un sorbo a su whisky, y me pregunto si tendrá razón. Aunque Ash está mejor entrenado y tiene más experiencia que yo, sigue siendo joven.

Ahora soy yo la que gruñe.

—Y usted tiene tanto tacto como...

—No tengo tiempo de andarme con tacto. Soy demasiado viejo —dice.

Le doy otro sorbo a la sidra y decido que voy a enfocarlo de otra forma: con la verdad.

—Vale, está bien, lo cierto es que me han dicho que le buscara, pero no tengo ni idea de por qué, salvo que tiene información que necesito.

—Yo tengo información que necesita la mayoría de la gente, pero eso no significa que vaya a entregártela —replica, y ahora que me está mirando a mí directamente en vez de a su whisky, veo que tiene los ojos despiadados y escrutiñadores de los estrategia.

Se me acelera el pulso.

—Busco información sobre Christopher, el primogénito de los Leones, que desapareció hace más de veinte años —digo, y trato de ocultar el miedo que me da pronunciar el nombre de mi padre.

La mirada del anciano se vuelve penetrante y tomo un sorbo de sidra.

—¿De qué sirve una información que tiene veinte años de antigüedad?

La mano se me tensa alrededor de la sidra. ¿Está diciendo que no

sabe nada sobre mi padre? ¿O me está poniendo a prueba?

—No quiero información de hace veinte años —respondo, sin saber cuál es el protocolo a seguir. Siento que esta conversación es como bajar una montaña mientras me golpeo con los árboles que encuentro a mi paso.

—Hasta arriba —le dice al camarero levantando el vaso, y deja de mirarme sin pronunciar ni una palabra más.

Le doy un momento, pero no da señales de que vaya a seguir hablando.

—¿Y ya está? —le digo—. ¿Va a dejar de hablarme?

—Exacto —contesta sin mirarme.

Miro de reojo a Ash, que se ríe y gesticula mientras cuenta una historia. Mientras tanto, yo solo he preguntado una cosa y ya me la han negado. Y por más que lo intento, no se me ocurre una forma delicada e ingeniosa para convencer a Angus de que me ayude. Pero lo cierto es que no estoy segura de que el ingenio funcione con este tipo. Así que vuelvo a cambiar la táctica.

—¿Por qué?

Él hace una pausa durante un momento y me mira como si hubiera dicho algo raro.

—Porque eres una novata y una chapucera.

—Eso no significa que no tenga información para intercambiar —digo, y mi cabeza se siente rara, como si no le llegara aire suficiente.

—No me interesa —replica.

«Me cago en la leche». Nadie se cerraría tanto en banda si no supiera algo de verdad.

Doy otro sorbo a la sidra y hago acopio de determinación.

—Mire, no sé qué es lo que se supone que tengo que decir.

Angus se gira hacia mí y me mira como si estuviera loca, pero sé que, al menos, me está prestando atención.

—No he intercambiado información en mi vida —confieso apresuradamente—, así que no sé cómo funciona. Puede que sea chapucera, pero se arrepentirá enormemente si me evita por ese motivo.

Saborea el whisky en la boca como si intentara tomar una decisión. Se me queda mirando tanto rato que me empiezan a sudar las sienes.

—A ver, dime —dice, finalmente—, ¿qué podría contarme una jovencita a la que nunca he visto que yo no sepa ya?

Por cómo lo dice, entiendo que se dedica a saber lo que nadie sabe, y que se siente muy orgulloso por ello.

—¿Qué sabe de Christopher? —pregunto de nuevo.

—Así no funcionan las cosas —responde—. Me vas a decir lo que sabes y, si considero que es suficiente, intercambiaremos información. Si no, te irás de aquí sin nada.

El corazón me late más deprisa y me dificulta poder respirar embutida en este vestido tan apretado. No sé qué le puedo contar y qué no. Pero tampoco le puedo pedir que me espere mientras voy a preguntar a Ash.

—El hermano pequeño de Christopher trabajaba en la Academia Absconditi. Está muerto —digo, intentando mantener la voz firme y segura.

Él suspira, como si fuera predecible y decepcionante a partes iguales.

—Te diré lo mismo que le dije a la última persona que vino en su busca. No. Ahora deja que este viejo disfrute de su bebida sin parloteos.

El corazón se me sube a la garganta. ¿Ha venido alguien por aquí en busca de mi padre? La amenaza que me hizo Brendan sobre mi padre me cruza la mente.

Angus sonríe con satisfacción.

—Y ahora sé que no sabías que había otros buscándolo, lo que respalda mi primera impresión: eres una novata y no tienes nada que aportar.

Le doy un enorme sorbo a la sidra y coloco el vaso en la barra tan fuerte que salpica.

—Yo maté al hermano de Christopher —digo, aunque no sea exactamente cierto.

—Seguro —dice medio riéndose.

—Porque yo soy la hija de Christopher —contrarresto con fuerza. Y, como se dice en el póker, lo apuesto todo.

El anciano detiene el vaso a medio camino de su boca y se vuelve hacia mí, totalmente serio, y estudiando cada gesto de mi rostro. Su mirada me resulta incómoda, pero sé que dejar de mirarlo en este momento dará la sensación de que estoy mintiendo.

—Puede que usted no me conozca, señor. Pero si conoció a mi madre, Matilde, sabrá que me parezco a ella —digo con confianza y levantando el mentón—. Ahora es el momento de decirme si sabe algo sobre el paradero de mi padre. Creo que he superado con expectativas mi parte del trato.

Él sigue mirándome durante tanto tiempo que me preocupa que el

whisky le haya nublado la mente. Pero sea lo que sea que descubre en mi rostro, le convence de que estoy diciendo la verdad, porque después de una larga y dolorosa mirada, asiente y gruñe. Pero, como continúa sin decir nada, empiezo a dudar de mí misma, convencida de que no me cree y no me dirá nada.

—Sé que… —empiezo a decir, pero él me interrumpe mirándome con dureza.

Se inclina levemente hacia mí apestando a alcohol.

—Para los… interesados —dice eligiendo las palabras con cuidado —, Jag le ha puesto precio a la cabeza de Christopher. Será más alto si está vivo, pero pagará una buena cantidad igualmente.

Requiero de todo mi autocontrol para no caerme del asiento. «Vivo o muerto». Me agarro a la barra con más fuerza de la que debería y vuelvo a darle un sorbo generoso a la sidra. Me he centrado por completo en los Leones como nuestro enemigo, pero si la cabeza de mi padre tiene recompensa, cualquier persona de cualquier familia podría ir a por él.

Luego me doy cuenta de que Angus ha insinuado que hay gente que sabe lo de mi padre.

—Espere, ¿qué quiere decir con «los interesados»? —pregunto—. ¿Está diciendo que hay más estrategia que saben que está vivo?

—¿Quién sabe? —responde sin revelar nada.

Abro la boca para formularle un montón de preguntas, pero la vuelvo a cerrar. Ya me ha dicho que soy una chapucera. Me fuerzo a relajar los dedos que se agarran a la barra de madera pulida y le doy un trago comedido a mi bebida. Examino a Angus unos segundos. No estoy jugando con él como haría Ash ni estoy usando ninguna de las técnicas de engaño que aprendí en clase con Gupta. Solamente he sido honesta. De hecho, ni he mostrado la más mínima de las finezas estrategia. Sin embargo…

—Ha dicho que alguien buscaba a mi padre —digo mientras lo miro a los ojos—. Esa información no es privada, o no lo habría dicho en primer lugar. Y teniendo en cuenta de que me arriesgo mucho al decirle quién soy, lo mínimo que podría hacer es decirme a quién me enfrento.

Gruñe, pero la diversión aflora a sus ojos.

—No me digas.

—Usted lo sabe mejor que yo —replico.

Lo que no le digo es que me lo dijo antes de decidirse a compartir información conmigo, lo que me hace preguntarme si sabía quién era

desde el principio. ¿Intentaba advertirme de algo o ha estado jugando conmigo todo este tiempo? Recuerdo que el profesor Gupta decía en clase de engaños que un buen embustero te hará pensar que hay mentiras donde no las hay y verdades que no existen. ¿Me estaba engañando?

—El barquero —dice con el rostro inexpresivo mientras observa mi reacción.

«¿El barquero?», mi mente se pone en marcha. «¿La figura de la mitología griega que lleva a los muertos al otro lado del río? Madre mía. Eso no... No me quiero ni imaginar...».

—Si quieres saber más, ve a hablar con el herrero que está cerca de Edimburgo —dice el anciano, que interrumpe mi pánico callado, y deja de mirarme.

—¿El herrero? —pregunto, y noto la garganta increíblemente seca.

—Otro. —Alza el vaso y es evidente que nuestra negociación se ha acabado—. Y uno para aquí la señorita.

Intento mantener la compostura, pero todo parece del revés y equivocado. Alguien llamado «el barquero» va tras mi padre. Todavía no tengo ni la más remota idea de en qué parte de Reino Unido está mi padre. Si es que está aquí. ¿Y la única pista que me deja me indica un herrero desconocido? Mi cabeza parece estar en las nubes en vez de pegada a mi cuerpo como debería.

Le doy un sorbo a mi sidra y me quedo petrificada. Miro el vaso que ahora está vacío. «Mierda». Ya sé por qué la sidra sabía diferente. No era más amarga, llevaba alcohol. Sé que la edad legal para beber aquí es dieciocho y no veintiuno, pero cuando el camarero me la ofreció, no se me pasó por la cabeza que fuera una bebida alcohólica.

El camarero pone dos chupitos de whisky en la barra, delante de nosotros.

—Para mí, no —digo, y mi tono de voz suena ligeramente distinto.

—Anda ya —replica el anciano—. Hemos hecho un trato y ahora beberemos. Eso es lo que se hace cuando estás en una misión suicida, hija. Se disfruta del momento.

Yo titubeo. No tengo motivos para confiar en este tipo, sobre todo porque cabe la probabilidad de que me haya engañado. Pero quizá eso no sea determinante: no se puede confiar en los estrategia, porque todos intentarán engañarte... proactivamente. Miro de reojo a Ash, que está hablando con otra persona en el extremo opuesto de la sala. Es 22 de diciembre, han ofrecido una recompensa por mi padre, nos persiguen y no tengo esperanza de volver a casa por Navidad ni

nunca, posiblemente. A pesar de no ver la luz al final del túnel, no puedo evitar pensar que mi tía Jo no solo habría estado de acuerdo con disfrutar del momento, sino que se habría divertido con este tipo y su mal humor.

—A la mierda. Bebamos —digo, algo mareada.

—¡Así se habla! —exclama, y me da una palmada en la espalda.

—¿Podrás seguir el ritmo? —me pregunta el anciano meciéndose.

—Sííí. Vivo la vida siguiendo el ritmo —respondo, y parece que no me cree, pero no tiene ninguna opción mejor.

—¿Y te acuerdas de tu parte? Porque no quiero que me destroces la canción.

Me agarro a la barra para equilibrarme.

—*Ring ding diddle iddle I de oh, ring di diddly I oh.* Y luego repito el último verso que hayas cantado —le digo con entusiasmo, y me entra hipo—. Ahora deja de decir chorradas y échale huevos.

Angus se ríe.

—Más razón que un santo. Al final, esta noche va a acabar siendo la mar de divertida.

Se bebe un último chupito, que lo dedica a alguien llamado Mike Cross y me ofrece su mano para bajarme del asiento. El problema es que no sé si me está ayudando a mantenerme firme o a desequilibrarme más.

Me suelta, se mete dos dedos en la boca y silba alto y claro. La mitad del bar se vuelve hacia nosotros. Empiezo a dar palmadas al ritmo que me ha enseñado y él me sigue con el pie. Al cabo de unos segundos, algunos clientes se acercan a nosotros.

—*Well, a Scotsman clad in kilt left the bar one evening fair. And one could tell by how he walked he'd drunk more than his share** —canta como un rugido—. *He stumbled on until he could no longer keep his feet. Then he staggered off into the grass to sleep beside the street.*

Me mira.

—*Ring-ding deedle needle di-de-o Ring di deedle-o dee* —cantamos al unísono—. *He stumbled off into the grass to sleep beside the street.*

Una multitud se reúne a nuestro alrededor, algunos de ellos dan palmadas conmigo, y entonces me doy cuenta de que también estoy bailando.

—*Later on two young and lovely girls just happened by. And one says to the other with a twinkle in her eye* —canta el anciano, y se oyen

silbidos entusiastas entre el público. Un chico de mi edad se nos une junto a la barra, bailando y dando palmas—. *You see yon sleeping Scotsman so strong and handsome built. I wonder if it's true what they don't wear be-neath the kilt.*

La gente suelta una carcajada y se empieza a animar. Veo que Ash se abre camino hacia el frente de la multitud y le dedico una sonrisa.

—*Ring-ding deedle deedle di-do-o Ring di deedle-o dill.* —El chico que se nos ha unido canta conmigo, y más gente de la multitud repite el último verso—. *I wonder if it's true what they don't wear beneath the kilt.*

El chico da vueltas a mi alrededor y estoy bastante segura de que un «yupiii» se me escapa entre los labios.

—*They creeped up to the sleeping Scotsman quiet as could be. Lifted up his kilt above the waist so they could see* —canta Angus, y el público silba y grita—. *And there, behold, for them to view beneath his Scottish skirt was nothing but what God had graced him with upon his birth.*

El chico joven me sonríe y cantamos:

—*Ring-ding deedle deedle di-de-o Ring di deedle-o do. Was nothing but what God had graced him with upon his birth.*

El chico vuelve a dar una vuelta a mi alrededor y me pasa el brazo por detrás de la espalda. Al levantarme, veo que Ash se ha separado del grupo y viene directo hacia mí. Lo saludo para animarle a que se una a la canción, pero, en vez de hacer eso, me levanta en brazos.

La multitud anima y grita, pero cuando se aleja caminando conmigo en brazos, empiezan a abuchear. Ash no dice nada ni se da la vuelta. Se limita a acompañarme hasta la puerta y me saca del bar.

Estudio su rostro para descifrar la razón por la que parece tan incómodo y le toco la mejilla con el dedo índice, pero se me resbala por la cara.

—¿Te has puesto celoso del chico que estaba bailando conmigo? —le pregunto mientras subimos las escaleras, y me empiezo a reír hasta que el hipo me corta la risa—. No te había visto celoso nunca. Qué mono. ¿Los estrategia pueden ser monos? ¿O va en contra de las reglas?

—He estado en el extremo del bar durante poco más de media hora. ¿Cómo has conseguido congeniar con el viejo Angus y hasta montar una actuación en ese tiempo? —dice Ash mientras sigue subiendo las escaleras.

—¡Whisky! —exclamo con los brazos extendidos—. El anciano ese...

—Angus —dice Ash.

—Angus me dijo que sería la solución a... Bueno, no sé a qué, pero en aquel momento tenía sentido —explico.

Aunque sé que todavía está preocupado, esboza una sonrisa. Sus ojos de color castaño oscuro me miran de una forma que me hacen sentir la única chica a la que sonríe, aunque sé de buena mano que no es verdad.

—¿Por qué eres tan atractivo? —pregunto y él se sorprende—. No, en serio. Quiero saberlo. Es raro.

—¿Es raro? —Intenta mantener una expresión seria, pero su tono de voz indica que intenta evitar reírse.

—Sí. Superraro.

—Me temo que no sé cómo responder a eso —replica, y me pone en el suelo con suavidad delante de nuestra habitación.

Espera a que recupere el equilibrio antes de soltarme.

Me apoyo en la pared y en cuanto consigue abrir la puerta, le toco la mano. Él entrelaza sus dedos con los míos y yo lo atraigo hacia mí.

—Voy a besarte ahora mismo, Ashai, así que no te atrevas a impedirlo —digo.

Él esboza una sonrisa que hace que me tiemblen las piernas y le doy las gracias no solo a la pared que tengo detrás, sino al constructor de esa pared en particular y al inventor de las paredes en general.

Ash coloca la mano en mi nuca con suavidad y mi piel se estremece con su tacto. Sus labios se ciernen sobre los míos.

—Yo nunca rechazaría un beso tuyo.

Acerco mi boca a la suya y el estremecimiento que comenzó en la nunca recorre ahora todo mi cuerpo. Él se acerca un poco más y su cuerpo se encuentra con el mío, empujando mi espalda hacia la pared.

Entonces, de repente, se oyen voces por las escaleras y dejamos de abrazarnos. Ash me ofrece su brazo para entrar en la habitación, pero yo entro por mí misma a trompicones.

—Te voy a traer agua —se ofrece, y yo no puedo evitar fruncir el ceño por no seguir besándonos—. Y carbón activado. Aun así, mañana te vas a sentir como una mierda.

—¿He encogido? —pregunto.

—¿Cómo dices? —dice Ash a punto de echarse a reír.

—Me siento como si midiera medio metro —respondo, y me toco la cabeza para asegurarme de que sigue en su sitio—. Y tengo las manos como «maletas».

—¿Maletas? —dice Ash sonriendo—. ¿Qué intentas decir en realidad?

—Maletas, paletas, aletas. —Hago una pausa para considerar este extraño problema físico y frunzo los labios—. ¿Me estaré convirtiendo en una foca?

La risa de Ash me pilla desprevenida y casi pierdo el equilibrio.

—Quizá lo que estaba bebiendo no era whisky. Quizá era una poción mágica y ese viejo en realidad es un brujo —sugiero tras pensar con detenimiento en la situación.

—Angus no es un brujo —responde Ash como si mi comentario necesitara de respuesta.

—Tú crees que pensaba... No. Pensabas que yo creía... Mierda. Ya sabes qué quiero decir —suelto.

La sonrisa de Ash no para de crecer.

—La verdad es que no.

—¿Qué más da? La rosa no dejaría de ser rosa, tampoco dejaría de esparcir su aroma, aunque se llamara de otra manera —recito y me entra el hipo.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado.

Se lo está pasando demasiado bien a mi costa y no sé si me gusta. Lo señalo con el dedo. Ojalá se estuviera quieto y así no tendría que entrecerrar los ojos para mirarlo.

—Dijiste que te estabas enamorando de mí.

—Así es —dice.

—¿Cómo sabes que sientes eso? O sea, ¿cómo tienes el valor de decirlo?

Me agarro al sofá que está a mi espalda.

Ash reduce la distancia que nos separa y me coloca un mechón de pelo en su sitio. Me pasa el brazo por la cintura para que me mantenga en pie.

—Siempre me doy cuenta de las cosas que son importantes. Y tú, November, eres impresionante. Y no me refiero a que seas guapa, que lo eres, sin duda. Me refiero a que irradias amabilidad y alegría al mismo tiempo que superas a los demás con tus habilidades con el cuchillo. Confías en la gente y crees en su bondad, incluso cuando todos a tu alrededor te atacan y te traicionan. Nunca he conocido a nadie como tú en mi vida y sería la persona más estúpida del mundo si no te lo dijera.

—Vale, lo sabía... o al menos lo sospechaba —digo quedándome trabada con las dos eses de la palabra «sospechaba»—. Eres perrrfecto. ¿Tú te crees que eso es justo para los demás? Estoy segura de que me voy a casar contigo. Ahora no. No te flipes. Pero deberías ir diciéndole

a tu familia que se vayan pensando lo de casarte con alguien superchachi. —Gesticulo con las manos en el aire para enfatizar mis palabras.

Ash se ríe.

—Hablando del tema, creo que tienes que irte a la cama.

—Hablando del tema —empiezo a decir y me inclino hacia delante, pero antes de que llegue a sus labios, mi estómago gruñe—. Ay, no.

Me separo de sus brazos y echo un vistazo rápido y vertiginoso por la habitación hasta encontrar un precioso cubo de basura tallado a mano. Me pongo de rodillas y me agarro a ambos lados del cubo.

Ash me echa el pelo hacia atrás y vomito hasta que no me queda nada en el estómago. Luego me trae un paño mojado y un vaso de agua. No hace falta que llegue el día de mañana para que me arrepienta con toda mi alma de haber bebido y de profanar este cubo maravilloso.

Alguien llama a la puerta y Ash mira por la mirilla antes de responder. Al otro lado de la puerta aparece Angus.

—Ya me estaba echando de menos —digo desde donde estoy espatarrada en el suelo—. ¿Sabías que Angus viene del gaélico? Y no solo eso, además, significa «pura fuerza». Qué chulo, ¿no? —Hipo.

—Veo que les rindes homenaje a los dioses del whisky —me dice Angus y le da algo a Ash—. Se ha dejado la cartera en el bar.

Miro ese cuadrado marrón con los ojos entrecerrados e intento incorporarme.

—Eso no es mío. —Me río—. ¿Dónde voy a guardarme una cartera con este vestido? Pfff.

Gesticulo en su dirección como si estuviera peleándome con una mosca.

—Gracias, señor —responde Ash con tono de voz receloso.

Angus asiente hacia Ash y alza sus dos cejas despeinadas en dirección hacia mí antes de irse. Sorprendentemente, parece mucho menos borracho de lo que estoy yo, lo cual me parece más que injusto.

La puerta se cierra con un *clic*, Ash abre la cartera marrón y saca una tarjeta de visita. Abre mucho los ojos.

—Logan James Blacksmith. Conocido como... el herrero. —Me mira y su expresión se torna especialmente seria.

—Cierto —digo y me froto la cabeza como si eso ayudara a despejar la niebla—. Angus me dijo algo de un herrero.

Ash mira la tarjeta como si se estuviera concentrando con todas sus

fuerzas.

—¿Por qué te traería esto?

—¿Qué? —pregunto yo.

Ash niega con la cabeza.

—Se habla mucho de Logan. Nada bueno.

Algunos recuerdos de la conversación que he tenido con Angus afloran a mi mente y me incorporo. De repente no me siento tan libre como hace un minuto.

—Angus me dijo que alguien había venido en busca de mi padre. Que le han puesto precio a su cabeza. —Miro a Ash—. ¿Has oído hablar del barquero?

Ash deja escapar el aire en voz alta y el color desaparece de sus mejillas.

—Nos vamos al amanecer.

DOCE

Ash mete nuestras mochilas en el maletero del coche y veo que la mía está bastante más cargada que cuando llegamos. Supongo que ha metido algo de ropa del armario de Layla o de su habitación, pero la verdad es que no le he visto hacerlo, porque lo único que he podido hacer es engullir unas tostadas con mantequilla y zumo de naranja.

Cometo el error de mirar directamente al amanecer y la luz brillante del sol parece taladrarme la cabeza. Si no fuera porque estamos buscando a mi padre, volvería corriendo al interior y me metería bajo la almohada durante los próximos dos días.

—¿Te sientes mejor? —me pregunta Ash, y me abre la puerta del coche.

—Creo que el carbón está ayudando, pero te juro que no volveré a beber whisky nunca más —respondo desganada mientras me acomodo en mi asiento.

Ash me dirige una mirada cómplice.

—Tomo nota —dice, y cierra la puerta.

Me encojo al oír la puerta cerrarse y reclino la cabeza contra el asiento. Ash se sienta en el lado del conductor y enciende el motor.

—Me aseguraré de que no se sirva en nuestra boda.

Lo miro de reojo.

—¿En nuestra boda? —Entonces caigo en mis divagaciones de borracha de anoche—. Ay, madre. —Pongo la cabeza entre las manos mientras Ash conduce por la glorieta y se aleja de la mansión gótica—. Por favor, dime que no dije lo que creo que dije.

—Tengo que admitir que siempre pensé que si una chica me pedía matrimonio lo haría con más estilo que tú. Pero en ese momento, es posible que fueras una foca de medio metro. Y fue algo muy romántico para una foca.

—No tiene gracia —farfullo.

—Uy, no estoy de acuerdo —dice Ash mientras conduce por la carretera ensombrecida por las ramas de los árboles a la luz temprana —. Está claro que entra en el top tres de todas las conversaciones que he tenido en la vida.

—Esto sería mejor si no recordara lo que dije. ¿No se supone que te olvidas de todo lo que hiciste estando borracha? ¿Dónde está la querida amnesia? —pregunto, y Ash suelta una carcajada—. ¿Por qué no hablamos de algo menos molesto? Como lo terrorífico que es ese herrero.

—Te prometí que te contaría más del tema por la mañana, sí —coincide Ash para darme una escapatoria, pero sigue pasándoselo demasiado bien.

—Toda la razón —digo para impedir que siga discutiendo como si yo fuera un mamífero marino.

Ash conduce con la mano izquierda con tanta habilidad que no me sorprendería si llevara haciéndolo desde los seis años. Pero antes de que pueda decir nada, el comentario de Angus sobre el barquero inunda mis pensamientos.

—El barquero —suelto al recordar la reacción de Ash anoche—. Vi la cara que pusiste cuando dije su nombre. Sabes quién es, ¿verdad?

Su rostro se vuelve inexpresivo, y me pregunto qué oculta.

—Lo conozco.

Lucho contra el deseo de parlotear sin parar y, en su lugar, aguardo con una tranquilidad ansiosa y espero que me diga que el barquero es menos terrible que el asesino curtido que me estoy imaginando.

—Es… —empieza a decir Ash, y se detiene—. Su reputación le precede. Nunca lo he visto en persona.

—¿Qué reputación? —pregunto con el miedo asomando entre mis palabras.

—Eficiencia —contesta, y las costillas se tensan a mi alrededor, pero Ash decide guardar silencio.

—Sigue —digo, y se vuelve hacia mí.

—November…

—No, Ash. Dime. Sé que sabes más. Y si este tipo va a por mi padre, tengo que saber quién es.

Ash exhala. No suele evitar las preguntas directas.

—No pertenece a ninguna familia en concreto, sino que trabaja para todas. Casi nunca acepta misiones, pero cuando lo hace, siempre

las lleva a cabo. Tiene… habilidades.

El tono de voz reservado de Ash me dice todo lo que necesitaba saber. Cuando Ash dice «habilidades», en realidad lo que quiere decir es «un hábil asesino».

—Lo que no entiendo es por qué Angus me advirtió sobre él —digo, mirando a Ash para que él me lo explique.

Ya estaba algo borracha cuando intenté darle sentido anoche y no llegué a ninguna conclusión.

Ash me mira de reojo.

—Fue parte del trato que hicisteis, ¿no? —pregunta Ash y hay algo parecido a la preocupación en su tono de voz.

—No exactamente —respondo—. Antes de decidirse a compartir información conmigo, me dijo que ya había venido alguien preguntando por mi padre. No me lo habría dicho si no quisiera que lo supiera, ¿no?

—No, es cierto —coincide Ash con el ceño fruncido.

—¿Crees que Angus sabía quién era antes de que se lo dijera? —le pregunto, y mis preocupaciones de anoche se transforman en ansiedad —. Y si ya sabía quién era, ¿por qué se molestó en intercambiar información conmigo?

—No sabría decirte —replica Ash, y agarra el volante con algo más de fuerza—. Te contó lo de la recompensa y lo del barquero. Y luego señaló directamente al herrero, ¿verdad? ¿Me he perdido algo?

Niego con la cabeza.

—¿Es posible que mi padre hiciera algún trato con Angus para que me contara todas estas cosas?

—Para que te contara lo del herrero… Sí, es posible —dice Ash—. Angus se tomó la molestia de traerte la dirección de Logan mediante una acción deliberada y en persona.

Hay algo en la forma de elegir sus palabras que me pone nerviosa.

—Vale, entonces quizá mi padre quería que supiera que habían puesto precio a su cabeza, lo que tiene sentido, y luego nos indicó el próximo sitio en el que podíamos recabar información —digo—. Pero eso no explica por qué Angus me soltó que había otra persona persiguiendo a mi padre. Si el barquero es tan bueno como dices, Angus no habría querido hacerle enfadar dando a conocer sus planes, ¿no?

Y en cuanto razono, el estómago se me encoge. Siento que el calor abandona mis mejillas.

—No, no. Por favor, dime que estoy equivocada.

Ash presiona los labios.

—¿Ash? ¿El barquero quería que supiera que está persiguiendo a mi padre? ¿El barquero sabe que existo? —pregunto con las sienes retumbando.

Ash deja escapar el aire en voz alta.

—No paro de repasar lo que me has dicho una y otra vez, y es la única posibilidad que veo.

—¿Por qué el barquero quiere que lo sepa? —pregunto en un intento de encontrar otra razón que encaje mejor—. Que alguien sepa que estás persiguiendo a su padre no me parece típico de las tácticas estrategia.

—A menos que sea tan bueno en lo que hace que es la única forma de darle emoción —dice Ash, y me siento mareada—. El barquero es un cazador, November. Te está haciendo saber que eres un objetivo.

Miro a Ash y sé que me arrepentiré de preguntarle lo siguiente, pero no puedo evitarlo.

—¿Por qué lo llaman el barquero? —digo en voz baja.

Ash no me mira cuando responde.

—Porque cuando mata a la gente, deja una moneda en sus manos.

TRECE

Antes de llegar a Edimburgo, me doy cuenta de que Ash ha estado conduciendo todo este tiempo sin usar el GPS. Y veo en el salpicadero que el vehículo está equipado con esa tecnología. Vamos, el coche sabe cuándo está lloviendo y pone el limpiaparabrisas automáticamente. Te calienta o enfría la espalda y el trasero y te dice si hay coches u otros objetos demasiado cerca. Lo único que no te ofrece es una solución a tener que parar para ir al baño. Aunque no me sorprendería que consiguieran colocar un váter en los asientos del próximo modelo.

—¿Por qué sabes desplazarte tan bien por Escocia? —pregunto.

Desde que hablamos esta mañana, hemos tenido el tacto de evitar el tema del barquero, porque si me paro a pensarlo, mis pensamientos entran en una espiral de pesimismo.

Ash se encoge de hombros.

—Llevo años viajando por Europa, también he memorizado mapas y, si lo necesitaba, miraba mi atlas.

Casi me echo a reír.

—En un coche que tiene un sistema de navegación que funciona perfectamente.

—Los móviles, los ordenadores y los sistemas de navegación se lo ponen en bandeja a quien quiera rastrear dónde has estado —explica Ash—. De hecho, quitamos alguno de los microchips que vienen en el coche por si alguien reconocía que este coche pertenece a mi familia no pudiera encontrarnos.

—Ya veo —digo—. Tiene sentido.

En las semanas que pasé en la academia me sumergí en el antiguo mundo tradicional de Estrategia y no le di muchas vueltas a lo que las familias podrían hacer con la tecnología.

—Logan no es Angus, ¿sabes? —afirma Ash, y tardo un segundo en asimilar la incongruencia.

—El herrero —digo, y mis pensamientos se inclinan peligrosamente hacia el barquero.

—El herrero —repite Ash. Y este repentino cambio de tema me hace pensar que lleva pensando en Logan desde hace un rato—. Quiero decir que lo que hiciste con Angus no te funcionará con Logan. Angus es una persona decente para ser un León y, a pesar de sus toscas maneras, sigue la diplomacia tradicional. Logan no es así. Se dice que es un luchador despiadado y magnífico. Algunos de los que han intentado negociar con él han acabado muertos. Si no fuera la única pista que tenemos, no me arriesgaría.

Pues claro que Angus es un León. Gruño para mis adentros. ¿Cómo iba a esperar otra cosa que no fuera manipulación e intenciones ocultas?

—Creía que no habías visto nunca a Logan —digo.

—Así es. Pero su reputación le precede. Todo aquel que mata a un estrategia en una reunión de negocios y luego consigue resistir los numerosos intentos de venganza se vuelve alguien conocido —explica Ash, y por lo tensa que tiene la mandíbula, sé que no se siente cómodo con la situación.

Me remuevo en mi asiento y aparto la mirada de las colinas verdes y los árboles para mirar mejor a Ash.

—Si Logan es tan diferente de Angus, ¿cómo vamos a negociar con él?

—Voy a intentar persuadirlo con información privilegiada que no revele ningún dato sobre nosotros o nuestros planes —responde Ash —. Pero lo cierto es que no sé si funcionará. Solo he hecho tratos directos. Alguien como Logan se le asignaría a un miembro de la familia más experimentado.

—Entiendo, vale —afirmo.

Veo a Ash tan capaz y tan inteligente que a veces se me olvida que sigue siendo un alumno de la academia y que no lo sabe todo.

—Hagas lo que hagas, no le digas a Logan quién eres —prosigue Ash—. Hay una recompensa para quien capture a tu padre. No tiene nada de raro que preguntemos por él. Pero Logan no puede saber la verdadera razón. No es nuestro aliado. Por lo que tengo entendido, no es aliado de nadie.

El estómago me da un vuelco con la mención de la recompensa. Ahora que mi cabeza ha dejado de martillear y puedo pensar con

claridad, la ansiedad por mi padre se ha multiplicado. Exhalo en un intento de mantenerme anclada en el presente y no empezar con las suposiciones, pero no puedo.

—¿Y qué pasa si me interroga y no sé cómo responderle? ¿No sabrá que algo va mal cuando vea mi falta de conocimiento sobre Estrategia?

—Sí —admite Ash—. Pero eso no significa que no puedas jugar la carta del silencio. Fíjate en Layla. Ella nunca dice nada que no quiera decir y aun así nunca dudarías de ella.

—Cierto —coincido, y jugueteo con el extremo de mi sudadera rosa, mientras maldigo mi aversión pasada a la ropa negra, que ahora me habría permitido camuflarme mejor. ¿Seré capaz de mantenerme fría y calmada como Layla, que es básicamente lo contrario a mi personalidad efusiva y charlatana?

Ash gira hacia un camino de tierra de un sentido que cruza dos campos de cultivo y el coche se balancea sobre la superficie desigual.

—¿Estás lista? —pregunta, y me doy cuenta de que está desacelerando.

Quiero decirle que no, que quizá nunca esté lista, pero no puedo permitirme el lujo de decirle eso si quiero encontrar a mi padre.

—Lista —respondo, mientras trato de ocultar cualquier indicio de miedo en mi tono de voz.

Ash pasa de largo junto a una casa de estilo Tudor, blanca con un armazón de madera oscura, y detiene el coche delante de un pequeño granero de piedra con un letrero de madera colgado en la fachada, que reza HERRERO. Las piedras grises que componen los muros están manchadas de hollín.

Ash sale del coche y se acerca a mi puerta antes de que me dé cuenta de que me he quedado ensimismada sin moverme. Me propinaría un guantazo de película, pero si Logan puede ver el vehículo en estos momentos, parecería mucho más estúpido. En su lugar, salgo al frío exterior con una confianza fingida y Ash y yo nos dirigimos al granero de piedra. Intento imaginarme a los espías de las películas británicas que tanto le gustan a Emily e imito la postura tan guay que tienen.

Ash abre una de las enormes puertas de madera y las bisagras chirrían. El interior es una escena sacada de otro siglo: un fuego que ruge en una chimenea enorme, mesas de trabajo de madera antiguas, herramientas de hierro de otra época que cuelgan de las paredes. En el centro del granero, hay un chico con el pelo rubio enmarañado que

lleva un delantal negro y que golpea una herradura candente con un martillo. Por un momento me toma por sorpresa. Parece que tiene unos veinte años, así que no es el asesino fornido y viejo que me imaginaba, y la naturaleza benigna de martillear una herradura me desconcierta.

—Está cerrado —dice sin levantar la vista hacia nosotros y con un tono de voz áspero entre martillazo y martillazo.

Ash no intenta explicar quiénes somos ni por qué estamos aquí. En su lugar, se acerca con paso comedido, se detiene a unos tres metros de Logan y se inclina como quien no quiere la cosa sobre una de las mesas. Y espera.

Después de lo que parece un insoportable minuto, Logan deja el martillo y alza la vista. Cuando me mira, quiero apartar la mirada. Es atractivo de forma ruda, pero sus ojos están llenos de crueldad, como el príncipe villano de una película.

—¿Y bien? —dice, y hay una dureza implacable en su tono de voz.

A sus espaldas, en la pared, veo un letrero de madera que reza BAL DES ARDENTS. Solo sé algunas palabras en francés, pero estoy bastante segura de que *ardents* significa «intenso» o algo parecido, lo cual no solo encaja con su trabajo de herrero, sino también con su comportamiento.

—Hemos venido a negociar —dice Ash y parece que no está mínimamente preocupado. Aunque lo conozco lo bastante bien como para saber que es todo fachada—. A negociar información sobre Christopher.

—Estoy ocupado —dice Logan con un tono de voz aburrido.

—¿Tan ocupado que vas a dejar pasar la oportunidad de negociar con un Lobo? —pregunta Ash con total calma—. Por lo que he escuchado, no vienen muchos a visitarte desde que decapitaste a Charlotte.

Trago saliva. Ash me había dicho que Logan mataba a gente, no que había decapitado a alguien de su familia.

Logan aprieta los dientes y se limpia la frente con un trapo sucio que lleva en el hombro. Vuelve su mirada hacia mí y, de nuevo, siento la necesidad de salir corriendo.

—¿Y tú?

Entre el carbón de la forja y el fuego abrasador, el granero está a una temperatura tan alta que estoy asándome con el abrigo puesto.

—Si no sabes quién soy, entonces no necesitas saberlo —digo imitando a Layla lo mejor que puedo, y lo cierto es que estoy

sorprendida de lo convencido que ha sonado.

Logan emite un gruñido.

—Cómo no iba a ser engreída una Oso.

Lo miro sin confirmar ni desmentir su comentario y percibo un leve destello de aprobación en los ojos de Ash.

—Y cómo no iba a intentar un Chacal sonsacar información mediante insultos —dice Ash, y observo a Logan con atención.

Pues claro que este tipo es de la misma familia que Aarya: volátil, peligroso y seguramente hábil en todo.

Logan se encoge de hombros.

—Déjame que te ahorre los cumplidos, porque me importan un comino tu decoro y tus normas. Tengo información sobre Christopher, pero como no eres el primero que lo pregunta, hay pocas cosas que quiera negociar. Y no pienso quedarme aquí a escucharte llorar porque no acepto tus términos. Prefiero matarte y utilizarte como fertilizante en el campo.

El pulso se me acelera. Por su expresión y su lenguaje corporal, es evidente que no intenta intimidarnos. Lo que dice es verdad.

Ash parece tan relajado como hace un minuto, pero el brillo en sus ojos se ha vuelto más perspicaz y más serio.

—En ese caso, intercambiaremos todo lo que sepas sobre Christopher a cambio de la ubicación del punto de comunicaciones Lechuza-León.

Logan se mantiene en silencio durante unos segundos. Nos mira de hito en hito a Ash y a mí. Mantengo la respiración.

Logan suelta el martillo sobre la mesa con un sonido metálico que retumba.

—¿Cuál?

Yo dejo salir el aire, aliviada de que no se haya negado.

—El de Edimburgo —responde Ash y noto en su tono de voz que sabe que le está ofreciendo algo bueno. Pero también hay algo de tensión en sus ojos, como si físicamente le doliera tener que dar esta información.

Logan emite un gruñido.

—Conveniente.

—Por supuesto —dice Ash.

Logan se aferra a la mesa de trabajo que tiene delante con sus manos callosas y llenas de manchas.

—Esto es un intercambio, no un juego de adivinanzas. Suéltalo.

Supongo que así es como se aceptan los términos.

La más leve de las sonrisas aparece en los labios de Ash.

—El punto de entrega está en la Royal Mile.

—Christopher está en Londres —dice Logan y siento que me va a explotar el pecho.

Londres es enorme y encontrar a alguien que no quiere ser encontrado es todo un desafío, pero me aferro a sus palabras. Mi padre está cerca.

—Cerca o en el interior del cementerio Greyfriars —continúa Ash.

Logan asiente, como si por ahora la información que está recibiendo fuera aceptable.

—El yerno de Jag fue asesinado hace un mes en Edimburgo —dice él a cambio.

—Una de las guías del tour de fantasmas es una Lechuza. Ella es quien facilita la entrega —responde Ash y su interacción me recuerda a un partido de pimpón.

—Christopher es sospechoso de haberlo matado —suelta Logan y lucho por no abrir los ojos de la sorpresa.

«¿Hace un mes? No puede ser. Mi padre estaba en casa, en Pembrook…». Se me tensan los hombros cuando recuerdo que se encontraba más callado, que parecía preocupado y que visitaba frecuentemente a mi tía Jo. «No puede estar involucrado. Mi padre no mataría a nadie… ¿o sí?». Relajo la postura justo cuando Logan me mira.

—Encuentra a la guía del tour y encontrarás la ubicación del punto de entrega. Va cambiando el lugar cada vez —dice Ash, y se quedan en silencio.

Cambio la mirada de Ash a Logan y los dos continúan sumidos en un extraño silencio, hasta que Logan se vuelve para mirarme.

Logan se limpia el sudor de la frente con el dorso del brazo.

—Tengo que admitir que creo que he conseguido más de lo que he dado en este trato.

—Entonces deberías estar agradecido por tu buena suerte —replica Ash, y hay un deje de crispación en su tono de voz que no estaba antes.

—¿Ves? Ese tipo de respuesta —dice Logan señalando a Ash— me hace pensar…

Logan y Ash se miran el uno al otro y ninguno de sus rostros desvela nada.

—Si formas parte de la familia dirigente de los Lobos —termina Logan y, de repente, parece más interesado en la conversación—, y yo

diría con total certeza que eres un pariente cercano, teniendo en cuenta el parecido entre tus familiares y el acceso a la información que me has proporcionado. Si es así, ya deberías saber la mitad de lo que te he contado. Pero no es así, ¿verdad?

—Ahora soy yo quien cree que estamos perdiendo el tiempo —dice Ash y aparta el brazo de donde estaba apoyado en la mesa.

—Lo que significa que estás apartado de la sociedad... ¿Estás en la academia? —Los ojos de Logan se iluminan—. Lo que quiero saber es qué hacen dos mocosos de la academia negociando conmigo.

Lo más extraño es que no mira a Ash cuando habla, sino que su mirada está fija en mí. Su voz ha pasado de la agresividad a una cadencia suave; parece que se está divirtiendo. Mantiene una postura relajada y, cuando se aparta el pelo enmarañado de los ojos, casi puedo imaginármelo con ropa limpia charlando en una fiesta elegante. Y Logan, en modo encantador, da mucho más miedo que el Logan cascarrabias.

—Yo no me alegraría tanto de haber adivinado que somos jóvenes —dice Ash sin perder un segundo ni amedrentarse por los comentarios de Logan—. Eso lo podría ver cualquier persona que tenga una visión mediocre.

—No te he preguntado a ti —le espeta Logan—. Le he preguntado a ella.

Su mirada se fija en mí de una forma tan intensa que se me eriza el vello y rezo para que no se dé cuenta.

—Pregunta lo que quieras —afirmo con mi mejor imitación de Layla—. Eso no significa que vaya a responderte.

—Mmm... De acuerdo —dice Logan sin moverse del sitio donde estaba trabajando, aunque siento que me ha acorralado—. Un lobezno y una osezno en busca de Christopher Shawe. Si no fuera más astuto, daría por sentado que queréis la recompensa. Pero no, no creo que eso sea correcto, ¿me equivoco?

Sus últimas palabras salen con fuerza, como si ya supiera la respuesta.

«¿Shawe?», una ola de desconcierto me recorre y me devano los sesos. «*Shawe* en el inglés de la Edad Media hace referencia a alguien que vive en el bosque o en la espesura, que es lo contrario de lo que significa nuestro apellido. O de lo que yo pensaba que era nuestro apellido. *Adley* significa “claro”. ¿Lo eligieron mis padres a propósito para distanciarse de sus familias?».

Ash asiente en dirección a la puerta y vuelvo a la realidad. Doy un

par de pasos rápidos hacia la salida.

Logan emite un silbido largo y fuerte y antes de que consigamos avanzar tres metros, cuatro dóberman enormes aparecen en la puerta del granero. «Mierda». Vuelvo a mirar a Logan que está observándome.

—Esto es algo personal —dice mientras examina mi rostro. Logan no se molesta en pronunciar su suposición como pregunta—. Y no es una venganza.

Ash se queda a mi lado y no deja de pasear la mirada entre Logan y los dóberman una y otra vez. Luego suspira como si todo este tema fuera algo tedioso, lo cual es la última respuesta que esperaba.

—O haces algo o quítanos a los perros de en medio.

Barro el granero con la mirada. Casi todo lo que hay podría ser una posible arma: cuchillos, espadas, herramientas, aceite desengrasante. Y todas las superficies son duras y con ángulos afilados. No hay forma de luchar sin acabar herido. Hay demasiadas posibilidades de error y demasiados factores impredecibles.

—Si es personal —continúa Logan, aun observándome—, entonces es que conoces a Christopher. Y eres demasiado joven como para conocerlo de cuando vivía en Europa de niño, así que la única conclusión lógica es que lo conozcas de la época que ha pasado escondido.

De repente tengo tanto calor que no puedo respirar. Está sonsacando toda la información que Ash me dijo que no debía descubrir.

—Claro —replico—, porque tú lo sabes todo. ¿Por qué te molestas en hacer negocios cuando claramente eres omnisciente?

La mirada de Logan no duda.

—Y luego tenemos esta respuesta emocional y preocupada. Bien, ¿por qué te preocupas por Christopher? —Una leve sonrisa cruza sus labios, pero sus ojos delatan el mismo peligro que cuando entramos—. Si estabas con él en la época que ha pasado escondido... si tenemos en cuenta tu edad... —Hace una pausa—. ¿Sabes a quién te pareces mucho?

«¡Me cago en todo!». Miro a Ash en busca de ayuda y él ya está en movimiento. Se baja la manga de la chaqueta hasta cubrir la mano y agarra una de las barras de metal que hay en el fuego. El extremo brilla rojo ardiente. Antes de que pueda tomar aire, los perros corren hacia mí enseñando los dientes.

Uno de ellos salta en dirección a mi pantorrilla dando mordiscos al

aire y me arrojo sobre una de las mesas de trabajo justo a tiempo. Los cuatro perros me rodean, enseñando los dientes y gruñendo.

Logan levanta el martillo y se lo lanza a Ash, que consigue interceptarlo con la barra de metal que tiene en la mano. Para cuando Ash logra recuperar la postura, Logan ha cogido una espada de la pared que tiene detrás. Se hace evidente al instante que la barra de metal de Ash, que parece una plancha de hierro sin terminar o una herramienta de granja, no será rival para la larga espada de Logan.

Miro de reojo el cuchillo que llevo en la bota, pero Ash está entre Logan y yo, por lo que no tengo un tiro limpio y es muy probable que acabe deshaciéndome del arma sin motivo. En ese momento, uno de los perros salta hacia la mesa, con las patas arañando la madera, en un intento de alcanzarme los tobillos.

Echo un vistazo por la mesa, donde no hay nada salvo un viejo trapo, y luego a los lados, inspeccionando lo que me rodea. Hay una mesa cerca que tiene algunas herramientas de metal encima y que supondría un mejor ángulo para lanzar el cuchillo, pero no está lo bastante cerca como para saltar hasta ella. También hay algunos bancos a mi lado, pero son demasiado bajos y los perros me atraparían en un abrir y cerrar de ojos. Frunzo el ceño a los perros. Que me tenga que defender de gente horrible es una cosa, pero que tenga que defenderme de perros es otra historia muy distinta.

Logan da un mandoble en dirección a Ash. Este consigue evitar el golpe, pero veo la tensión en su rostro al intentar compensar el arma inadecuada que sostiene. Noto los latidos en las sienes y, durante un momento, me quedo quieta, petrificada, atrapada, sin ninguna solución a la vista. Otro perro salta hacia mí, abriendo y cerrando la mandíbula con maldad y me deja un hilo de saliva en la bota.

«Piensa, November, piensa». Vuelvo a mirar a la mesa que tengo más cerca. Si pudiera alcanzar las herramientas, quizá podría usarlas junto al cuchillo. Sin embargo, en función de la ubicación de Ash y Logan y la distancia que nos separa, no estoy segura de que sea la elección correcta. Alzo la vista hacia el techo, pero no hay más que vigas desnudas.

El consejo de mi padre sobre cómo sorprender a alguien con una daga de bota se cuela en mis pensamientos. «Solo porque no tengas un tiro limpio no significa que no puedas vencer. Siempre hay soluciones alternativas y formas de sorprender a tu oponente. Solo necesitas creatividad y evitar los límites autoimpuestos».

Logan vuelve a atacar y obliga a Ash a retroceder hacia el horno

ardiente. Un par de mandobles más y Ash acabará entre el carbón abrasado. «Carbón abrasado…». Y, de repente, se me ocurre una idea. Cojo el viejo trapo que tengo junto a los pies y me lo meto en el bolsillo de los vaqueros.

Me pongo en cuclillas y salto tan alto como puedo hasta alcanzar una de las vigas. Consigo agarrarme con la mano derecha a una de las vigas, pero la mano izquierda me falla, vuelvo a caer en la mesa y por poco no pierdo el equilibrio. Miro de reojo a los perros que no dejan de ladrar y me tienen rodeada. Están esperando que me equivoque para poder hacerme trizas. Respiro hondo, relajo las rodillas y vuelvo a saltar. «Conseguido».

Reajusto el agarre para poder sujetarme mejor y avanzo por la viga lo más rápido que puedo, consciente de que los brazos solo podrán aguantar mi peso durante un breve periodo de tiempo. No miro hacia abajo, pero los gruñidos y los chasquidos de las mandíbulas de los perros están justo a mis pies. Me desplazo hasta la pared y me agarro a la piedra con los pies sin más dilación, aliviada de poder quitar peso a los brazos y las manos. Examino la pared para idear un camino hasta la viga más cercana que me lleva hasta la otra mesa. Mis ojos se detienen en un perchero de madera tallada que hay colgado en la pared. Es un punto de apoyo estrecho, no es lo ideal, pero parece lo bastante robusto para aguantar mi peso. Estiro la pierna con la esperanza de poder agarrarlo con los pies, pero no está a mi alcance.

«Mierda».

Si no llego al perchero, no podré hacer nada más que volver a la inútil mesa de trabajo en la que estaba o intentar luchar con los perros con la daga de bota. A mis espaldas escucho a Ash gruñir y la frente se me llena de gotas de sudor. Me estoy quedando sin tiempo para tomar una decisión antes de que Logan mate a Ash o me vea obligada a dejarme caer por el cansancio de estar abrazada a la pared. «No queda otra que arriesgarme a saltar» —me digo a mí misma, porque suena mejor que decirme: «Es una idea horrible y seguramente acabaré destrozada de pies a cabeza».

Respiro hondo, le rezo a los dioses de la escalada y retiro los pies de la pared para balancearlos como un péndulo. «Una oportunidad. Solo tengo una oportunidad».

Cojo impulso, mis piernas llegan cada vez más lejos con cada balanceo hasta que ya no pueden más. «Ahora o nunca», pienso con los brazos doloridos. Me concentro en el perchero de madera que hay colgado en la pared. Mi bota alcanza el extremo del perchero y

aprovecho el impulso para lanzarme hasta la viga más cercana. La mano derecha consigue afianzarse sobre la tosca madera, pero, de nuevo, me falla la mano izquierda. Durante un terrorífico segundo, me quedo colgada de cuatro dedos sobre un mar de mordiscos.

Hago acopio de cada ápice de fuerza para que la mano izquierda alcance la viga y empiezo a trepar hasta la otra mesa lo más rápido que puedo. Me bajo sobre ella con las manos ardiendo y me cuesta respirar.

Logan ataca a Ash y, de nuevo, le obliga a dar un paso atrás.

Saco el viejo trapo del bolsillo, me lo meto en la boca y lo rompo en tiras. Cojo algunas herramientas de metal y las ato una a una a cada tira de tela. Saco del abrigo la caja de cerillas que Ash y yo usamos en el granero de Pembrook y le prendo fuego a las tiras de tela. Miro a mi alrededor y me fijo en todo aquello que pueda incendiarse en el granero.

Echo el brazo hacia atrás y apunto a un delantal de repuesto tirado sobre una montaña de leña y lanzo la herramienta como si fuera un cuchillo. Mi puntería no es la misma que con un puñal, pero tampoco es terrible y la tela en llamas acierta en su objetivo. A continuación, apunto a una butaca que hay en el extremo más alejado, y luego, a un cubo de madera.

Ash y Logan sostienen las armas en alto y cargan el uno contra el otro. Son del mismo tamaño y parecen igualados en fuerza, pero el arma de Logan es mejor que la de Ash y le hace retroceder de nuevo hasta estar a unos centímetros de las llamas que tiene a las espaldas.

—¡Dentro de treinta segundos todo tu taller estará en llamas! —le grito a Logan.

Ash me dijo que los estrategia no solían vivir en zonas rurales, que preferían vivir en la ciudad, donde podían integrarse, influir en la política y manipular a los líderes. Así que, si Logan vive de hacer herraduras, es por decisión propia. Y no hace falta ser un genio para darse cuenta de que este taller y su trabajo de herrero es su pasión.

Pasan dos segundos y Logan no reacciona. ¿Me he equivocado con estas suposiciones? El pie de Ash retrocede un centímetro más. Ato la última tira de tela al extremo de un martillo antiguo y largo y le prendo fuego.

—¿Quieres seguir haciendo lo que estás haciendo? Vale. Esto va a las camas de los perros.

Echo el brazo hacia atrás y el martillo aterriza con un tiro limpio sobre la montaña de paja que tiene una manta encima. Se prende casi

al momento.

Ash y Logan aguantan las armas cerca de sus respectivas gargantas, empujándose el uno al otro. Sin embargo, Logan mira por el rabillo del ojo para vislumbrar lo que he hecho. Un destello de furia en sus ojos me confirma que tenía razón respecto a la importancia del taller. Y cuando Logan vuelve a girar la cabeza para evaluar el incendio, Ash se aprovecha de la distracción momentánea. Agarra el extremo candente de la barra de metal con sus propias manos, domina a Logan y le quema la mejilla. El dolor de tocar el metal fundido es evidente en la expresión de Ash y me encojo de dolor con él. Pero funciona.

Logan gruñe y da dos pasos hacia atrás, rompiendo el bloqueo y permitiendo que Ash se aleje del horno. Pero, a diferencia de lo que yo esperaba, Logan no se toca la cara para comprobar la quemadura, sino que sus ojos buscan un extintor que hay en la pared más alejada. Mira de nuevo a Ash con la mandíbula apretada y veo cómo pelea consigo mismo. Solo tarda un segundo en darse por vencido con Ash y correr a por el extintor.

Ash se queda quieto un momento, como Logan. Parece que no quiere alejarse de la pelea, pero deja de dudar en cuanto se vuelve a centrar en mí. Coge el delantal en llamas con la punta de la barra de metal y la ondea con fuerza delante de los perros. Los animales retroceden y me dejan espacio para saltar al suelo. Y no perdemos ni un segundo en salir de allí. Abrimos las puertas del granero, las cerramos al salir y corremos tan rápido como podemos hasta el coche. El picaporte del coche prácticamente se me resbala de las manos del propio impulso.

Nos acomodamos en nuestros asientos y cerramos de un portazo. Mientras Ash gira la llave y el motor se enciende, la puerta del granero se vuelve a abrir y desvela a un Logan de aspecto salvaje entre nubes de humo. Los perros echan a correr hacia el coche y Ash pisa a fondo el acelerador. Nos alejamos de la entrada con un chirrido y nos adentramos en el camino de tierra tan rápido que, si aún siguiera sintiéndome mal, habría vomitado.

Busco a Ash con la mirada, pero no parece tan aliviado como se esperaría.

—Estás herido, Ash —le digo vislumbrando la marca roja e inflamada en su mano.

Él se centra en cambiar las marchas con agresividad y comprobar por el retrovisor que Logan no nos persiga.

—Todo lo que hagamos a partir de ahora dejará de ser un secreto.

—Quieres decir que Logan...

—Quiero decir que Logan se asegurará de que nos sigan. Sabe que iremos a Londres. Sabe qué estamos buscando y por qué. Y puede que adivine los sitios a los que vamos a ir. Tendremos que estar atentos todo el tiempo —explica sin ocultar su frustración.

Me encojo y recuerdo toda la información que no debí haber revelado durante la conversación.

—Ash, oye, sé que la he cagado...

Ahora sí me mira.

—¿Que la has cagado? November, nos has salvado. Sin ti estaríamos los dos muertos. Puede que se me dé bien la lucha, pero a él también y tenía un arma mejor. Yo la he cagado. He intercambiado información antes, pero nunca con nadie tan habilidoso y malvado como Logan. Debería haber supuesto que la cosa se torcería y haber planeado algo al respecto. Por mi culpa.

—Ah, no, ni te atrevas —replico—. No vas a asumir la culpa de esto. Estás aquí por mí, no porque de repente te hayan entrado ganas de cargarte a los Leones en una épica batalla estratégica. Y no te esfuerces en convencerme de que esa información que le has dado a Logan no era importante. Te miró como si hubiera encontrado oro.

En lugar de rebatirme, una ligera y divertida sonrisa cruza los labios de Ash.

—No tienes ni idea de lo mucho que se enfadará mi familia cuando sepan lo que he negociado. A mi primo le costó casi un año conseguir la información.

—No tenías elección —digo bajando la intensidad con un tono de voz más calmado.

La mirada que me dirige Ash es sorprendentemente amable.

—Ojalá pudieras enseñarle a mi familia lo que es el perdón.

Me echo a reír, sorprendida.

—¿Perdón? Ya te digo que no es así como me siento. Más bien es gratitud.

—Esperemos que las cosas estén más tranquilas en Edimburgo —dice, y me dedica una sonrisa, pero todavía noto cierta preocupación en su rostro.

Si le hubiera parado los pies a Logan como hizo él, ahora mismo me sentiría más que orgullosa, en vez de buscarle fallos a mi actuación. Pero claro, me crio mi padre, del que Emily siempre decía que era como tener mi propio equipo de animadoras, y Ash no es así.

Quiero devolverle la sonrisa, pero no puedo evitar acordarme de lo

que Logan ha dicho de mi padre.

—Ash, ¿quién es el hombre a quien supuestamente ha matado mi padre?

Ash asiente, como si supiera que iba a preguntarle eso.

—El yerno de Jag —contesta, y por su tono de voz tan serio, sé que es algo importante.

—Sí. ¿Sería… el padre de Brendan? —pregunto con un sentimiento terrible en el pecho. Aunque Brendan no me caiga bien, nunca le desearía algo así, y lo más importante, no me imagino a mi padre haciéndolo.

—Su padrastro —responde Ash—. Y el regente.

—¿Y qué es un regente exactamente? —pregunto.

Ash me echa una ojeada.

—Me sigue pareciendo increíble lo poco que sabes sobre Estrategia. Te pareces a nosotros, pero eres totalmente diferente. Lo que hiciste con el fuego en la herrería de Logan… Yo habría tirado el cuchillo, como habría hecho cualquier otro estrategia con tu puntería.

—¿Estás diciendo que debería haberlo hecho? —pregunto.

—Digo que fue una genialidad. No solo te diste cuenta de lo mucho que Logan aprecia su herrería, sino que creaste una distracción en vez de una pelea —afirma, y yo me sonrojo con el cumplido.

Nos detenemos en un semáforo en rojo y sus ojos se posan en mí. Tiene un toque de fascinación en su expresión que me asombra. Dirige una mirada a mis labios y noto el calor en mis mejillas. Tras unos largos segundos, la luz se torna verde y vuelve a mirar a la calle.

Ash se aclara la garganta.

—Regente… Es un título que hemos tomado prestado del antiguo sistema de la corte real y que hace referencia a la persona que ejerce como gobernante en caso de que Jag esté ausente o incapacitado. Un vestigio de la Edad Media que no supone más que un título honorario en la mayoría de las familias, porque es el consejo quien elige a los líderes. Pero los Leones no tienen consejo. Solo está Jag y el regente.

—La cosa es que no creo que mi padre lo haya matado —digo.

—¿Estás segura? —pregunta Ash y veo que no está convencido.

—Segurísima. A menos que el regente estuviera en Estados Unidos —replico en un tono de voz interrogativo.

Ash niega con la cabeza.

—Es posible, pero Logan dijo que lo mataron en Edimburgo.

Yo asiento.

—Logan también dijo que murió hace un mes, pero mi padre no se

fue del pueblo hasta principios de otoño. En realidad, no: sí que se fue unos días de viaje a ver a mi tía antes de que la asesinaran, pero no tanto tiempo como para hacer un viaje a Europa en secreto.

—Qué raro —dice Ash pensando en lo que le expongo—. A los estrategia no se les suele acusar de crímenes que no han cometido.

—¿Y por qué alguien como Logan sabría que han acusado a mi padre? —pregunto.

Ash frunce el ceño, concentrado.

—No estoy seguro. No es el tipo de información a la que él debería tener acceso, a menos que los rastreadores de Estrategia estén hablando del barquero, que supongo que es posible —vuelve a quedarse en silencio.

—Dime en qué piensas —le insto, a sabiendas de que hay algo que no me está contando.

—Intento entender y contextualizar la acusación —responde Ash—. No conozco al regente, pero por lo que he oído, es tan terrible como Jag. Corre el rumor de que Jag obligó a la madre de Brendan a casarse a la fuerza hace diez años, poco después de que Jag designara a Arlo como regente. Una ofensa doble, porque el título debería haber pasado a la madre de Brendan, de la que se dice que es una estratega brillante. Según mi familia, hay mucha gente que lo quiere muerto. Pero eso no explica por qué han culpado a tu padre del asesinato. No es un objetivo fácil de inculpar, teniendo en cuenta que, hasta hace bien poco, nadie sabía que estaba vivo.

—La madre de Brendan —repito, y me doy cuenta de que después de descubrir que Conner era mi tío, nunca consideré la posibilidad de que mi padre tuviera más hermanos. Creo que mi subconsciente no quería saberlo.

—Rose —añade Ash.

«Rose». Trago saliva y se me acelera el corazón.

—Mi segundo nombre es Rose —le cuento, sin saber qué hacer con el hecho de que quizá me pusieran el nombre por alguien que no solo no sabía que yo existía, sino que forma parte de una familia como la de los Leones.

Ash ha debido oír la vacilación en mi tono de voz, porque me mira de reojo y musita:

—Mmm...

—«Mmm...» me parece correcto —le digo y los dos nos quedamos en silencio unos segundos en un intento de desentrañar esta información tan rebuscada.

—¿Y Jag prefirió elegir a Arlo en lugar de a su propia hija a pesar de que es una gran estratega? —pregunto ofendida.

—Así es —responde Ash en un tono de voz que me indica que está de acuerdo con mi opinión—. Lo más extraño es que nadie en la academia hablaba de la muerte de Arlo. Logan tenía razón cuando dijo que ya deberíamos saberlo. La muerte del regente de los Leones es importante. Muy importante.

—Pero pasó hace apenas un mes. ¿La comunicación en la academia no está controlada y va con retraso? —pregunto.

—Sí, pero se lo habrían dicho a Brendan, igual que te lo dijeron a ti cuando mataron a tu tía —explica Ash—. Y esas son el tipo de noticias que se extienden con rapidez. Pero Brendan se lo ocultó al resto de la escuela.

—Puede que fuera porque no quería que la gente hablara del tema —sugiero, porque es lo que yo habría querido. Pero entonces recuerdo algo que Layla me dijo en uno de nuestros retos de medianoche: «Siempre esperamos que la gente reaccione de la misma forma que nosotros, que si les atacamos, nos devolverán el golpe, o que si les ayudamos, se mostrarán agradecidos y, cuando no se comportan como nosotros pensamos que harán, nos sorprendemos»—. No, déjalo, tienes razón. Debe haber una razón por la que no quería que la gente lo supiera.

—Una razón política más concretamente —especifica Ash—. Una razón que puede tener consecuencias en nuestro conflicto con la familia León, sobre todo, si han acusado en falso a tu padre.

—Una vez me dijiste que, a causa de lo separados en el tiempo que están los ataques de los Leones a mi familia, algo debió haber instigado este último. ¿Qué crees que es? ¿Crees que mi padre me mandó a la academia porque sabía que sería acusado y que los Leones vendrían a por él? —pregunto.

—Es posible —replica Ash, pero su tono de voz le traiciona con la duda.

Y de nuevo nos sumimos en el silencio y miro por la ventana, analizando esta nueva información.

—Hay algo más... —empiezo a decir, y me vuelvo hacia Ash—. Hemos obtenido información de Logan, pero no sabemos dónde debemos ir ahora.

—A Londres —responde Ash.

—Sí, pero eso no encaja con las pistas que ha dejado mi padre anteriormente —digo.

Ash me observa y espera a que continúe. Me muerdo el labio y repaso los mensajes que hemos recibido hasta ahora.

—La primera pista la encontramos en las fotos de mi habitación... que señalaban a un lugar concreto en el bosque —digo—. Ese mensaje señala a Angus, a una persona específica. Y luego Angus nos dijo que fuéramos a hablar con Logan, que es otra pista clara. Sin embargo, de Logan solo hemos sacado que mi padre está acusado de matar al regente y que está en Londres. Londres no es muy específico. No encaja con el patrón existente en las pistas de mi padre.

—Cierto —musita Ash lentamente, como si considerara mis palabras.

—¿Hemos pasado algo por alto? ¿Algo que Logan haya dicho o al contrario? —pregunto.

—Estoy repasando la conversación, pero no hay nada que considere que tiene un doble sentido. ¿Hubo algo que dijera que tú identificaras como simbólico o personal?

Niego con la cabeza lentamente.

—Nada.

—¿Qué me dices de algo que estuviera en el granero? —pregunta de nuevo.

—No mucho —replico, y me detengo para recrear la herrería mentalmente—. Tenemos herramientas en casa, pero ninguna que se use en una herrería. Y el resto de objetos eran poco específicos: bancos, chimenea, espadas... —Mi tono de voz se esfuma y miro a Ash a los ojos—. Espera... Había un letrero en francés...

—*Bal des ardents* —suelta Ash—. El baile de los ardientes. Fue un baile de máscaras que organizó Carlos IV en 1393, donde cuatro bailarines disfrazados se incendiaron y murieron.

—Un baile de máscaras —repito con rapidez con la voz destilando emoción—. Celebramos uno cada verano en Pembrook.

—¿Y crees que tu padre usaría un baile de máscaras como mensaje cifrado? —pregunta Ash.

—Es posible —contesto—. Encaja con el resto de pistas que solo significan algo para mí. —Hago una pausa para recapacitar sobre el significado de todo esto—. El baile de máscaras era una de las pocas fiestas en las que participábamos cada año. Los bailes siempre eran temáticos y durante ocho años mi padre y yo nos encargamos de la decoración. La construíamos nosotros y el profesor de dibujo del instituto la pintaba.

Las comisuras de los labios de Ash forman una sonrisa.

—¿Qué?

—Nada. O sea, nada que no haya dicho antes —explica Ash—. Solo que tu infancia ha sido completamente distinta a la mía. No puedo imaginarme hacer decoraciones para un baile con mis padres, a menos que estuviéramos instalando un sistema de vigilancia. Y, aun así, se lo encargaríamos a otra persona y nosotros solo supervisaríamos.

Yo también sonrío.

—En realidad era muy divertido.

—A eso me refiero —dice, y nos observamos mutuamente.

Durante un momento me siento agradecida por todo el tiempo que pasé con mi padre en ese pueblo tan aburrido, aunque eso suponga más dolor a la hora de abandonarlo.

—La cuestión es: ¿cómo sabía mi padre que Logan tenía ese letrero en la herrería?

—Es muy posible que Logan lo haya tenido durante mucho tiempo —dice Ash—. Tu padre podría haber ido a Escocia anteriormente y haberlo visto.

Intento imaginarme a mi padre negociando con alguien tan horrible como Logan, pero no puedo.

—Pero mi padre casi nunca salía de Pembrook y mucho menos iba al extranjero —replico—. Los únicos viajes largos que hacía mi padre eran con los compañeros de escalada de la universidad. —Pero en cuanto pronuncio esas palabras, me doy cuenta de lo ingenua que he sido—. Ay, Dios..., compañeros de escalada a los que nunca conocí, que hacían viajes a parques nacionales remotos o lugares sin cobertura, o eso decía mi padre. —Miro a Ash—. ¿Cómo no lo he cuestionado antes?

Ash me sonríe con empatía y, aunque no comprenda del todo este reajuste por el que estoy pasando, sabe que no es fácil.

—Volviendo al baile de máscaras de Pembrook —rectifico y me vuelvo a centrar en el mensaje—. Ahora solo tenemos que averiguar qué mensaje intentaba enviarme.

—¿Dónde se hacía el baile? —pregunta Ash.

—En el hotel Stella, a las afueras del pueblo —respondo—. En un granero restaurado. Todos los eventos del pueblo se hacían allí. También se hacían bodas, bailes de instituto y demás.

Ash parece concentrado.

—Layla y yo hemos ido a muchos eventos de Estrategia con nuestros padres en Londres, pero me temo que ninguno se hizo en un granero.

—¿Y alguno que se hiciera en un hotel? —pregunto.

—Hay algunos hoteles regentados por Estrategia que celebran eventos en Londres, pero todos ellos son propiedad de los Leones —contesta Ash con una arruga de preocupación en la frente—. Si tu padre quiere llevarnos a un hotel de Estrategia, no sé cómo vamos a enterarnos si celebran algo parecido a un baile de máscaras.

Me froto las sienes.

—¿Y si negociamos con alguien que conozca los eventos de los Leones?

—Es posible… —murmura Ash y su tono de voz se apaga—. Pero sonsacar información sobre las propiedades de los Leones es peligroso. No sé si podríamos negociar a la antigua usanza.

Lo observo con detenimiento, convencida de que está repasando ideas que no pronuncia en voz alta.

—Dices que no podremos negociar a la antigua usanza… ¿Hay alguna forma más?

Ash me mira de reojo, pero no responde. Pasa unos segundos más en silencio.

—¿Ash? —presiono.

—Bueeeno, vamos a ver —dice Ash y tengo el presentimiento de que no me va a gustar lo que sea que le haga dudar—. Hay un sitio en Londres donde socializan los estrategia independientes.

—¿Independientes? —pregunto.

—Son estrategia que aceptan encargos, que trabajan para varias familias en vez de en exclusiva para una sola. Mi familia ha contratado estrategia independientes para algunas misiones. Pero contactar con ellos es… complejo —añade Ash.

—¿Complejo en qué sentido? —pregunto.

—Porque no sé cómo hacerlo salvo ir a su bar… que es justo el tipo de sitio al que iría alguien como el barquero —explica—. Y si no está él, habrá otros que persiguen a tu padre.

Dejo escapar el aire.

—Cuando dices que los estrategia independientes aceptan encargos, ¿a qué te refieres? —pregunto.

—Digamos que son mano de obra extra en circunstancias especiales —dice—. Contrabandistas, ladrones. Pero la mayoría son mercenarios y cazarrecompensas.

Por la expresión de Ash, sé que, aunque cree que ir a ese bar no es seguro, es la única salida que tenemos.

CATORCE

Ash deja el coche en un aparcamiento subterráneo y subimos las escaleras hasta la calle, donde se alza el campanario de una iglesia de arquitectura gótica y maravillosos edificios medievales que se han reconvertido en cafeterías y tiendas. Al sol del atardecer, la ciudad muestra una cara deprimente y amenazante, que me hace vigilar con precaución a los viandantes. La fascinación por la arquitectura lucha en mi interior contra el miedo a encontrarme con algún estrategia.

—Bienvenida a Edimburgo —dice Ash—. Haremos una parada rápida antes de irnos a Londres.

Me dijo lo mismo hace media hora y, cuando le pregunté de qué se trataba, se limitó a decir algo típico de Ash: «Ya lo verás».

Nunca me interesó mucho viajar cuando vivía en Pembrook, ya que me imaginaba que sería algo que haría en algún momento. Pero dos minutos por la carretera de las Tierras Altas y dos segundos en Edimburgo y es evidente que estaba más que equivocada. ¿Por qué he ido todos los años a campamentos de fútbol en lugar de ahorrar dinero para ir a Europa? Tampoco es que mi padre me hubiera dejado si tengo en cuenta lo que ahora sé sobre nuestra familia, pero de todas maneras podría haberlo intentado.

—¿Así es como se pronuncia entonces, con un «brah» al final? ¿«Edin-brah»? —pregunto.

—Sí, como «sujetador» en inglés —responde Ash sonriendo ante mi reacción.

—Yo había pensado que era igual a «colega» en inglés —replico yo.

Ash levanta una ceja.

—¿Cómo dices?

—¿Nunca lo has escuchado? En inglés americano se pronuncia «bro» como «brah» en algunos sitios. Significa «colega» —le explico,

aunque estoy segura de que su magnífica educación no incluía términos típicos del surf.

—¿Por qué me da la sensación de que me voy a arrepentir de esta conversación? —pregunta él.

—Oye, Ash —le digo con un acento exagerado, a lo surfista—. ¿Dónde te metes, colega? —Y como no me contesta, añado—: En «Edin-brah».

Ash niega con la cabeza y me permito soltar una carcajada ante su indignación. Le cojo la mano que no tiene vendada, sobre todo porque quiero recordar este paseo con él por esta calle tan impresionante, pero también porque no quiero toparme con nada mientras sigo riéndome.

Durante unos instantes, Ash se tensa, y caigo en la cuenta de que ir de la mano seguramente no sea algo normal en los estrategia. Recuerdo lo agresiva que se puso Layla la primera vez que la detuve por el pasillo agarrándole el brazo. Casi me mata. Pero unos segundos después, Ash se relaja, entrelaza sus dedos con los míos y me acerca hacia él.

—Eres la turista perfecta —dice con una sonrisa.

—Pues claro que sí. Recuérdame que te insista para que me lleves de viaje de placer cuando todo esto acabe —respondo.

—Los estrategia no suelen viajar por placer. Viajamos por un motivo —replica, no como si intentara cortarme el rollo, sino más bien como si nunca hubiera considerado esa idea.

—Entonces te estás perdiendo muchas cosas —le digo.

—Cuanto más tiempo paso contigo, más me doy cuenta —dice Ash, y hay un deje de sinceridad en su tono de voz que hace que me duela el corazón.

Observa con atención la calle y los peatones. Entonces caigo en la cuenta: Ash me dijo que la mayoría de los estrategia viven en ciudades. Y así sin más, mi momento de esparcimiento se torna en sospecha.

No tardo en cuestionar lo que me rodea: la mujer que me mira un segundo más de la cuenta desde el escaparate de la pastelería. El señor que pasea a un caniche y que quizá agarre la correa del perro más fuerte de lo que debería. Un chico joven que vende paraguas y que podría esconder fácilmente algún cuchillo. Ash me dijo que, después de lo que había pasado con Logan, tendríamos que vigilar nuestras espaldas constantemente; no me di cuenta de lo en serio que lo decía.

Ash se detiene delante de un impresionante edificio de piedra con

pinta de haber pertenecido a un conde o mandatario en el pasado. Sobre la puerta se lee BIBLIOTECA CENTRAL, y las siguientes palabras talladas en piedra: QUE SE HAGA LA LUZ.

Miro a Ash sorprendida.

—¿Una biblioteca?

—No tardaremos mucho —contesta y lo miro inquisitiva. Me resulta raro que no quisiera decirme que veníamos aquí, pero puede ser que, al no tener internet, quiera consultar algo. Sin embargo, no tengo claro si a los estrategia les interesa estar en la red; mis amigos de Pembrook se quedarían perplejos con la idea.

—Hablando de Londres —suelto, ya que ahora me pregunto si me ha ocultado algún sitio de nuestro itinerario—. ¿Vamos a parar en algún lugar por el camino o vamos directos?

Ash echa un vistazo a la calle en la que estamos.

—Creo que será mejor que conduzcamos varias horas esta tarde, nos detengamos en algún camino a dormir y luego sigamos por la mañana. Por desgracia, mi familia no tiene ningún piso en Edimburgo, pero sí en Londres. En otras circunstancias, nos quedaríamos en el hotel que Estrategia tiene en Edimburgo, pero después de nuestro encuentro con Logan, creo que sería una idea categóricamente estúpida —dice en voz baja mientras observa a los viandantes que pasan a nuestro lado para entrar en la biblioteca.

—Podríamos buscar un hostal o algún sitio pequeño que pase inadvertido —sugiero, desalentada ante la idea de dormir en el coche en pleno invierno.

Ash niega con la cabeza.

—La razón por la que todas las familias tienen apartamentos en las ciudades más importantes o se hospedan en propiedades de Estrategia es porque los hoteles normales cuentan con cámaras de seguridad que se pueden controlar con facilidad y un personal al que sobornar sin problemas. Y lo que es más importante: esos sitios no siguen la regla de no matar a nadie.

—Vale —replico, y observo la calle con cautela en busca de posibles espectadores—. Pues dormiremos en el coche entonces.

Ash me dedica una sonrisa empática y cruzamos una enorme verja de hierro y las pesadas puertas de la biblioteca.

El interior es exactamente lo que uno se esperaría de un edificio tan majestuoso: techos abovedados exquisitos y paredes con oscuras estanterías empotradas. Ash me lleva entre las salas y por pasillos elegantes con la tranquilidad de quien sabe exactamente hacia dónde

se dirige. Lo observo mientras camino. Pensamos diferente, nos hemos criado de formas distintas, pero aun así tengo más en común con él que con cualquiera de los chicos del instituto de Pembrook.

Ash se detiene en una esquina escondida de la biblioteca, delante de una ventanilla con un letrero que dice MOSTRADOR DE REFERENCIA. La chica al otro lado va vestida completamente de negro y lleva el pelo corto y asimétrico. Se inclina sobre los codos en el mostrador y examina a Ash de una forma que me indica que es de Estrategia.

—¿Tienes algún material sobre Ciro II el Grande? —pregunta Ash como si tal cosa.

Para mi sorpresa, reconozco el nombre de una de las clases que me dio Layla. Ciro II el Grande fue el fundador del Imperio aqueménide persa, que es donde se originó la familia Lobo.

—*Audere es facere* —dice Ash en un susurro, y me acuerdo de la frase en latín que me dijo Matteo que usara en la farmacia de los Osos y que aún no le he contado a Ash.

La chica observa a Ash con dureza y desaparece en la sala que tiene a las espaldas sin decir una palabra.

Yo miro a Ash, que me guiña el ojo, pero antes de que pueda pedirle que se explique, la chica vuelve con un libro encuadernado con tela negra. Lo suelta sobre el mostrador con un «pum».

—Nombre y fecha —dice, y le acerca un libro de cuentas.

Ash escribe su nombre, coge el libro y caminamos hacia el extremo contrario de la sala, donde hay una zona con asientos libres y desierta.

Yo miro a Ash sorprendida.

—Has escrito tu nombre —susurro—. Creía que los estrategia no solían dejar nada por escrito.

—Un mal necesario de cuando en cuando —replica Ash calmado, mientras pasa las páginas del libro—. Y una forma que tienen las familias de guardar la correspondencia.

—¿La correspondencia? —pregunto, pero no necesito respuesta, porque Ash llega a una página que tiene varias letras rodeadas a lápiz.

Me quedo atónita. Me acerco a las páginas amarillentas a su vez y miro fascinada las letras. Por las manchas de la página y las leves marcas de goma de borrar, es evidente que los círculos se han dibujado y borrado en incontables combinaciones. Códigos secretos guardados en bibliotecas públicas a cargo de Estrategia: otro ejemplo de cómo se esconden a plena vista.

Ash observa atentamente la página con la frente arrugada por la concentración y me recuerda a su hermana gemela. En ese momento

en que pienso en Layla, me doy cuenta de lo mucho que la echo de menos.

Examino las letras con círculos en un intento de crear alguna combinación que tenga sentido. Lo intento al derecho, al revés, la letra siguiente en el abecedario, pero no deja de ser un galimatías. Y cuanto más observa Ash la página, más seria se vuelve su expresión.

Finalmente, cierra el libro y se levanta.

—¿Nos vamos? —me pregunta con un tono de voz animado, lo que viene a significar que no va a hablar del mensaje aquí, pero por algún motivo, su buen humor me suena a peligro.

Asiento y volvemos al mostrador de referencia. Ash pone el libro sobre el mostrador y la chica sella el libro de cuentas con un «Devuelto» como si no fuera más que una transacción rutinaria. Luego nos vamos de la biblioteca tan casualmente como entramos.

En cuanto ponemos un pie en el exterior, me vuelvo hacia Ash.

—La cotidianeidad de Estrategia me pone los pelos de punta —digo.

Ash levanta una ceja con sorna.

—No me digas.

—Están por todas partes… acechan en bibliotecas y hoteles y sabe Dios en qué otros sitios —le digo, y Ash se ríe.

—Querrás decir que estamos en todas partes —me corrige y caigo en la cuenta de que, aunque sé que formo parte de Estrategia, todavía no me siento cómoda al identificarme así.

A pesar de que las habilidades de los estrategia son inspiradoras y asombrosas, la brutalidad de la que he sido testigo es vomitiva. Y, de nuevo, la imagen del asesino muerto en el bosque acude a mi mente.

Sacudo la cabeza, como si esta acción pudiera borrar el recuerdo y la sensación de temor de la que viene acompañado.

—Bueno, y ese libro… —sigo—. ¿Las familias se dejan mensajes entre ellos de esa forma?

—Deja menos huellas que los correos o las llamadas de teléfono —explica—. Todas las familias tienen libros y códigos en las bibliotecas de las grandes ciudades.

—¿Y es seguro? —pregunto con la voz tan baja como me es posible —. ¿No podrían otros estrategia interceptar los mensajes de la misma manera?

—Sí, es seguro, y sí, podrían interceptar los mensajes —admite Ash mientras se pone los guantes—. Pero no lo hacen. Es como las salas de estudio de la biblioteca de la academia: todo el mundo respeta la

privacidad de los demás, porque no hacerlo supondría una invitación a las represalias. Y si se pilla a alguien husmeando entre la correspondencia de otra familia, no solo se castigaría a esa persona, sino que toda la familia perdería el privilegio de usar las bibliotecas. No merece la pena.

No sé si alguna vez llegaré a entender la naturaleza dicotómica de Estrategia: caótica y ordenada, engañosa y respetuosa.

—¿Y el mensaje que acabas de leer? —digo, dejando la pregunta abierta.

—Todavía no estoy seguro —contesta Ash y cambia de tema de inmediato—. Vamos a por un café y algo para comer antes de volver a la carretera. Hay una cafetería en este barrio, allí J. K. Rowling escribió *Harry Potter*. Y la vista del castillo de Edimburgo tampoco está mal.

Ash sonríe, pero sus ojos no le acompañan. Eso me reafirma en que tenía razón en sospechar que algo lo perturba.

—Vale, Ash, ¿qué pasa?

Cruzamos la calle y nos paramos delante de una cafetería con una fachada de color rojo intenso.

—¿Te refieres aparte de tomarnos un café y que nos persiga un herrero letal? —pregunta Ash, me abre la puerta y pone en pausa la conversación durante un momento.

Hay guirnaldas navideñas rodeando las pizarras y luces blancas que titilan entre las vitrinas que muestran dulces apetitosos. El ambiente huele a canela y a nuez moscada. Normalmente estaría disfrutando de cada segundo de esta temática invernal, pero en lo único que pienso es en lo que Ash no me ha contado.

Pido con rapidez y nos sentamos a una mesa en el extremo más alejado.

Me quito el abrigo y me inclino hacia delante para mirar a Ash directamente a los ojos.

—Obviaste el peligro de que nos siguieran —le digo retomando la conversación— y tomaste un desvío hasta la biblioteca. Y ahora estás haciendo todo lo posible por distraerme y que no sepa lo que has encontrado. Te falta hacer equilibrios con una foca en la cabeza. Mientras bailas.

Ash levanta una ceja al oír el comentario de la foca, como si no supiera cómo se me ocurren esas cosas.

—Por mucho que quieras un café —continúo—, no me digas que no es nada si pasa algo. Y es evidente que pasa algo.

Ash suspira.

—No estoy evitando contártelo —dice lentamente—. Es que solo he recibido un fragmento del mensaje y todavía no estoy seguro de qué significa.

Lo miro de reojo.

—¿Qué significa que solo has recibido un fragmento?

Ash se reclina en su silla. Mira por el rabillo del ojo al resto de los clientes y veo en su rostro que no ha encontrado nada fuera de lugar.

—Los códigos funcionan de la siguiente manera: solo ves la última parte de la correspondencia, pero puedes haberte perdido una larga conversación que sucedió antes. Puede ser difícil de interpretar sin contexto.

Frunzo el ceño.

—Vale, ahora sí que me estás poniendo nerviosa. No eres muy dado a suavizar las cosas.

Él titubea sin intentar negarlo. Un camarero nos trae la comida y la bebida y la coloca delante de nosotros.

Cuando volvemos a estar solos, Ash le da un sorbo a su café y me analiza. Lo que sea que ve en mi expresión debe indicarle que no voy a dejar pasar este asunto. Se inclina hacia delante con un suspiro.

—El mensaje decía: «Harry está muerto y habrá consecuencias».

En vez de comenzar a asimilar una gran revelación, mi nerviosismo pasa a ser confusión. «¿Ese es el mensaje que no quería compartir conmigo?».

—¿Quién es Harry?

Ash se echa el pelo hacia atrás, a pesar de que estaba en su sitio, y vuelve a observar a los clientes.

—El primo de Brendan. Tu primo. No es un primo cercano, pero sí segundo o tercero. Era uno de los favoritos de Jag. Los alumnos de la academia siempre bromeaban con que Harry era la razón por la que Brendan se aplicaba tanto, para demostrar que era mejor en todo. Que siempre le angustiaba que su abuelo acabara designando a Harry como líder de la familia en vez de a él —explica en voz baja y con un lenguaje corporal relajado.

Frunzo el ceño porque sé que hay un vínculo ahí que debería haber conectado, pero no consigo hacerlo. Lo tengo en la punta de la consciencia.

Ash se frota la nuca.

—No lo reconocí en el bosque. Estaba demasiado oscuro y la única vez que lo vi fue hace mucho tiempo y no llevaba barba por aquel

entonces —relata, y entonces lo entiendo todo como si me hubieran dado una bofetada.

Lo miro sin mover un músculo.

—Al principio pensaba que el mensaje estaba equivocado —continúa Ash—, que no podía ser Harry, porque Jag nunca lo habría mandado a Estados Unidos para que se sentara a esperar... Pero entonces me acordé del avión lujoso que seguramente pertenecía a un miembro importante de la familia. Y siempre cabe la posibilidad de que Jag sepa que existes, que supusiera que ibas a volver a Pembrook y que, por tanto, diera prioridad a esa misión.

—Por Dios, Ash —suelto en un tono de voz cada vez más bajo y con un nudo en la garganta—. ¿Estás diciéndome que... he matado a mi primo?

Intento sobreponerme a las ganas de vomitar cuando mi mente recuerda su cuerpo sin fuerzas y el charco de sangre.

—Sobreviviste a un ataque, November, nada más —dice Ash con un tono de voz insistente, como si no hubiera otra forma de verlo.

Niego con la cabeza como si de alguna forma pudiera olvidarme de todo esto.

—Puede que no lo matara queriendo, pero eso no quita que esté muerto —replico—. Y por mi culpa.

—Defenderse y asesinar a sangre fría son dos cosas muy distintas —dice Ash, y aunque quiero darle la razón, no puedo—. Créeme. Harry estaba haciendo cuanto estaba en su mano para matarte a ti en esos momentos.

No solo me pesa la muerte de Conner en la consciencia, sino que también la de Harry, y todo se vuelve aún más terrible cuando me doy cuenta de que ambos son parientes míos.

Me siento en el porche trasero y le tiro una piedrecita a una lata que está a unos seis metros de distancia. Acierto en el aro y cae en el suelo de madera. Está lloviendo tanto que el bosque de atrás se ve borroso tras las cascadas de agua y la humedad hace que se me pegue la camiseta.

—Llevas haciendo lo mismo desde hace una hora —dice mi padre mientras abre la puerta y me acompaña en el porche—. ¿Qué haces?

—Supuse que podría hacer algo útil hasta que dejara de llover y pudiera ir a casa de Emily —respondo tirando otra piedrecita.

Esta aterriza limpiamente sobre la lata.

—¿Y esto es útil? —pregunta mi padre.

—Lo es si quieres meterle un chicle en la sopa a alguien durante la

hora de la comida —contesto.

Por cómo me mira mi padre, entiendo que no da su aprobación.

—¿Qué? —pregunto con mi tono de voz más inocente.

—¿Estás practicando una habilidad para poder salpicar de sopa a alguien? —pregunta.

—¡Es que Matt Dorsey me pegó un chicle en la tapa de mi libro de matemáticas! Fue asqueroso —exclamo.

—Tus acciones importan, Nova —dice mi padre, y suspiro porque está claro que no ha entendido la parte en la que Matt profanó mi libro—. Lo que hagan los demás es cosa suya, pero tú eres responsable de todas y cada una de tus decisiones.

—Papááá —le digo—. Que es broma.

—Vale —dice él—. Bueno, ¿qué me dices si la próxima vez que aciertes te doy veinte pavos?

Se me ilumina la cara.

—¿En serio?

—Pero si no lo haces —continúa—, no podrás salir con tus amigos este fin de semana.

Lo miro sin saber qué decir.

—Entonces, ¿vas a probar suerte? —pregunta para meterme presión.

Yo dudo e intento evaluar cuáles son mis opciones. Por ahora he acertado seis de diez. No es una mala probabilidad, pero no son las mejores.

—No —resoplo.

—¿Por qué? —pregunta mi padre.

—Porque no merece la pena —respondo.

—Exacto —coincide mi padre y yo lo miro en un intento de averiguar qué tiene que ver esto con Matt y el estúpido chicle—. Piénsalo de esta forma: ¿cómo te sentirías si le salpicaras en la sopa y todo el mundo se echara a reír?

—No lo sé —respondo, porque ya no estoy segura.

—Vale, ¿cómo te sentirías si todo el mundo se echara a reír y él volviera a casa y se pusiera a llorar? —pregunta mi padre, y yo abro mucho los ojos.

—Fatal. Muy muy mal —contesto, nerviosa—. Se supone que es una broma. No quiero hacerle…

—Sé que no —me interrumpe mi padre con un tono de voz amable—. Pero cuando se tienen tantas habilidades como tú, Nova, es importante saber usarlas con sabiduría y precaución. Si no tienes cuidado, tus actos pueden conllevar consecuencias que no pretendías, consecuencias de las

que solo tú serás responsable.

Agarro la taza de chocolate para calentarme las manos cuando caigo en la cuenta de que he pasado por alto la segunda parte del mensaje de Ash. Lo miro con atención y le digo en un tono de voz serio:

—Me has dicho que el mensaje afirmaba que «Harry está muerto y habrá consecuencias». ¿A qué se refieren con «consecuencias» en una situación así? ¿Respecto a quién?

Ash asiente como si no pudiera estar más de acuerdo.

—Esa es la parte que no logro descifrar. Hay muchas formas en las que los Leones podrían vengarse de la muerte de un miembro cercano de la familia.

—Pongamos que era Harry el que estaba en el bosque de mi casa. Y pongamos también que saben o sospechan que lo he matado yo. ¿La venganza me atañería a mí? —miro a Ash directamente a los ojos.

—Sería de suponer —dice, y el miedo me asalta.

Mis pensamientos derivan hacia el castigo ojo por ojo de la academia.

—¿Cómo se vengan los Leones?

Ash sacude la cabeza.

—Esperemos que no tengamos que descubrirlo —sentencia, y rezo para que así sea.

QUINCE

El sol ya ha salido y despego la cara del asiento reclinado del coche. Me paso la mano por la boca y agradezco que no haya baba, ya que Ash ya está despierto y conduciendo. Pero teniendo en cuenta la zona rural por la que vamos y las granjas que veo por la ventana, diría que hemos salido no hace mucho.

El pelo y la ropa de Ash están impolutos, mientras que yo, tras mirarme con rapidez en el retrovisor, no tanto, y me veo una marca de las costuras del tapizado por la mejilla.

—Recuérdame que nunca vaya de acampada contigo —digo, incorporándome en el asiento y quitando la manta que compramos en un supermercado cuando salíamos de Edimburgo—. Eres el tipo que se levanta misteriosamente como si fuera a su graduación.

Ash me dedica una sonrisa y, bajo la luz matutina, no dejo de impresionarme.

—¿Un café te vendría bien? —pregunta.

Veo dos tazas humeantes en el salpicadero que hay entre nosotros. No he oído que parara a por ellos, pero no me sorprende, ya que tardamos en encontrar un lugar donde escondernos y nos levantamos cada dos horas para poner la calefacción.

—Sí, sin lugar a duda —replico y agarro la taza entre las manos, agradecida.

Ash me mira de reojo.

—Supongo que la graduación es algo bueno, ¿no? —pregunta.

Lo miro un momento, sorprendida de que Ash, que normalmente parece saber de todo, no sepa lo que es una graduación. Pero luego me doy cuenta de que es lógico. Nunca ha ido a un instituto normal, no ha tenido amigos normales y seguramente nunca haya visto series de televisión. Además, creo que es algo típico de Estados Unidos.

—Se hace un baile formal —le explico, y le doy un sorbito al divino café caliente—. Nos vestimos con vestidos de gala y esmóquines, alquilamos una limusina entre amigos y luego bailamos canciones de moda en algún local decorado con una temática concreta. Siempre nos hacemos fotos antes de salir en el jardín de la casa de alguien y tus padres te dicen que te pongas al lado de tu acompañante. Al final alguien siempre se la carga por entrar alcohol y puede que también alguien acabe vomitando en los arbustos.

Ash me escucha, entretenido con mi descripción. No puedo evitar pensar que seguramente le suene ridículo.

—Siempre me he preguntado cómo sería ir a un colegio normal —confiesa y lo miro inquisitiva.

—¿En serio?

—Pues claro —responde y le da un sorbo a su café.

Me desconcierta que una persona segura de sí misma, un experto estratega tan espléndido, se parara a pensar en algo tan mundano como el instituto.

—La mayor parte del tiempo se trata de ir a clases a una hora indecentemente temprana y de un montón de chavales que se pelean entre ellos. No te pierdes mucho.

—Tampoco he ido nunca al cine —afirma.

—¿Nunca? —pregunto con una sorpresa desmedida.

Ash niega con la cabeza.

—Joder, tío. Emily se lo pasaría pipa contigo —digo, y caigo en la cuenta de que es la primera conversación que tengo en mucho tiempo en la que me siento como era antes. Miro a Ash—. ¿Sabes qué? Cuando todo esto acabe, tendremos una noche de películas y veremos todos los clásicos de instituto. Para cuando acabe la noche, sabrás más sobre los institutos estadounidenses de lo que querrías. —Hago una pausa—. Entonces, si no ibas al cine ni a un colegio normal, ¿qué hacías?

—Layla y yo casi siempre estábamos entrenando —cuenta Ash—. Pasábamos los días y las noches con profesores y, cuando no estábamos entrenando, acompañábamos a nuestros padres y conocíamos a nuestros contactos en el extranjero. No había tiempo para mucho más. A veces íbamos de compras para buscar suministros o también había eventos sociales de Estrategia, claro, pero no hacíamos nada de lo que tú considerarías normal. No íbamos a tiendas de juguetes ni a parques de atracciones y, por supuesto, nada de parques al aire libre. Si hubiéramos mostrado nuestras habilidades, la

gente se habría dado cuenta al instante de que éramos diferentes.

—¡Ah! —exclamo, estudiándolo—. Eso...

Él me sonríe.

—No te contengas por mí.

—Eso suena fatal —le digo, y ajusto el tono de voz para que parezca una pregunta más que un insulto.

Pero él se limita a reírse.

—La verdad es que había momentos en que era así —coincide—. Aunque creo que Layla nunca se sintió de esa manera. Con tres años era exactamente igual a como es ahora. Antes de que pudiera leer, llevaba libros por ahí en una bolsita que le compraron en Londres, como si fuera una abogada en miniatura.

Hace una pausa y me doy cuenta de que es la primera vez que comparte cómo era su vida de forma consciente, no un recuerdo o una explicación, sino algo más casual, como si confiara en mí.

Me reclino en mi asiento.

—Así que así hubiera sido mi vida si me hubiera criado como a un estrategia, ¿eh?

Cambia la mano con la que está conduciendo.

—Sí y no. No todos los estrategia tienen los padres perfeccionistas que tenemos Layla y yo, pero siempre cuentan con algún tipo de entrenamiento, sobre todo los niños que quieren ir a la academia.

—¿Y qué pasa si necesitas un descanso? ¿Qué hacíais para divertiros? —pregunto, sin aceptar que es posible tener una infancia totalmente desprovista de hacer el tonto.

—Ponerle trampas a Layla —dice con una sonrisa maliciosa—. Una vez se le cayó un pastel en la cabeza en cuanto abrió la puerta del comedor. Me metí en muchos problemas, pero valía la pena. —Le da un sorbo al café—. Y si necesitaba tiempo para mí, me subía al tejado. Había partes que solo eran decorativas, bóvedas con restos de piedra y demás. Me colaba por cualquier recoveco. Estoy seguro de que mis padres sabían dónde estaba, pero nadie me molestaba allí arriba. ¿Y tú? ¿Cómo te sentías al estar todo el tiempo entre gente que no era de Estrategia?

Abro la boca ante la extrañeza de su pregunta, como si la palabra «amigo» no fuera parte de su vocabulario diario.

—La verdad es que nunca lo había pensado. Pero supongo que la mejor palabra para definirlo es relajación. Pembrook es pequeño. Todos mis amigos y yo crecimos juntos. No había muchas oportunidades de meterse en problemas, aunque está claro que me las

arreglé para aprovechar las que había. Y la gente era… feliz. Sé que seguramente suena aburrido comparado con viajar por el mundo y demás, pero para mí era perfecto.

Ash me sonríe como si le hubiera contado un secreto.

—Nunca he conocido a nadie que estuviera tan feliz de ser quien es.

—¿Qué? —suelto casi atragantándome con el café—. Ahora mismo desearía ser cualquiera menos yo.

—Claro que no —replica—. Te aferras a la vida. Incluso ahora, que te persiguen los Leones, admiras las calles de Edimburgo, te alegras al ver un árbol de Navidad en el vestíbulo de un hotel, haces miles de preguntas sobre los campos escoceses y planeas noches de películas con entusiasmo. Tú no buscas el destino final, tú aceptas el mundo cotidiano como si fuera algo especial y haces que para mí también lo sea.

Parpadeo en su dirección, desprevenida. Antes de que pueda decir nada, Ash mira por el espejo retrovisor y observa sin apartar la mirada.

—¿Va todo bien? —pregunto y me resisto a la necesidad de darme la vuelta.

Él me mira.

—Me refiero a lo que sea que tenemos detrás —clarifico.

—Ah, bueno, no estoy del todo seguro. De lo único que estoy seguro es de que nos están siguiendo. —No parece tan asustado como yo esperaba.

Miro nerviosa por el espejo retrovisor, pero no veo a nadie detrás.

—¿Cómo lo sabes? ¿Crees que es Logan?

—Es una corazonada —dice.

Contemplo al otro lado de la ventana y me pregunto si tiene razón, si Logan está tan enfadado como para seguirnos.

—Logan es meticuloso —dice Ash y su tono de voz se enciende como cuando analiza a la gente—. ¿Te fijaste en su trabajo? Su artesanía es excepcional y lo hace todo a la antigua usanza, con precisión y cuidado, lo cual no solo es más duro, sino que también se tarda mucho más. Si tuviera que adivinarlo, diría que es una persona con paciencia para ser rastreador y que prefiere el camino largo. Seguramente supongamos un desafío interesante. Además, la información sobre ti valdrá muchísimo ahora mismo. Así que, incluso aunque no le haya calado bien y no nos esté siguiendo, no será tan idiota como para no vender lo que sabe. Sea como fuere, parece que

nos están siguiendo.

Ash mira por el retrovisor por enésima vez desde que entramos en Londres. Ha intentado quitarle hierro al asunto todo el trayecto, contándome historias sobre él y Layla de cuando eran niños, poniendo la BBC en la radio, en la que daban consejos de pareja desternillantes, y señalándome monumentos conforme pasábamos. Pero la conversación no ha vuelto a ser tan desinhibida como la de esta mañana. No sé qué tienen las mañanas, que poseen la habilidad de hacerte olvidar y ofrecer algo de paz antes de que el mundo empiece a girar.

Dejo escapar el aire sonoramente cuando Ash dice que estamos cerca del bar donde socializan los estrategia independientes. Hace un par de meses, lo más emocionante en mi vida era la oferta de dos magdalenas por una en la pastelería del pueblo.

—¿Podemos hacer algo para no llamar tanto la atención? ¿Me vendría bien teñirme el pelo o vestirme de otra forma? —pregunto.

Ash niega con la cabeza.

—Solo tenemos que ir rápido y tener cabeza. Aunque no sé si lo que estamos a punto de hacer entra en alguna de esas categorías.

Asiento. Sé que cree que es una mala idea, pero es la única pista que tenemos para descubrir si ese letrero en la herrería de Logan está relacionado con mi padre.

—¿Hay algo que deba saber sobre los estrategia independientes? —pregunto.

Ash desacelera el coche al entrar en un vecindario ajetreado, lleno de callejones enrevesados de piedra con poca iluminación, vendedores callejeros y adoquines por todas partes.

—A ver —dice, pensando en la pregunta—. Todo dependerá de si están dispuestos a trabajar con nosotros o no. Si les preguntamos sobre eventos de los Leones sin acordar algo antes, le estaríamos diciendo cómo encontrar a tu padre.

Frunzo los labios. Qué desastre.

—Entonces, empezamos con algo más general, ¿no? ¿Sobre los Leones?

—Eso es lo que tenía pensado —afirma—. Como te dije, los estrategia de este bar no son como los que has conocido hasta ahora. Aunque mantengan alianzas con algunas familias, son más bien agentes libres o… especialistas. Se arriesgan mucho y se les compensa

por ello.

—¿Se ganan la vida haciendo cosas como capturar a mi padre? —Espero a que Ash me lo niegue, pero no lo hace, así que continúo—: En Nido de Cuervos parecía que conocías a la gente... ¿es posible que aquí haya alguien al que conozcas?

Ash sacude la cabeza.

—No estoy seguro. Solo sé que este sitio existe porque mi primo me habló de él, pero nunca he estado aquí ni he hecho tratos con un equipo de este tipo.

Examino su rostro.

—Entonces, ¿vamos a improvisar?

—Más o menos —responde, y mantiene su tono de voz seguro, pero lo conozco lo suficiente como para saber que está incómodo.

—¿Debería preocuparme?

Ash vuelve a mirarme.

—Debería preocuparme yo porque puedas leerme tan bien últimamente.

—¿Últimamente? —suelto con bravuconería y sorna para que el miedo no se note en mi tono de voz—. Que no se te olvide que fui la única que descubrió tu mentira en clase de engaño.

Ante esa respuesta, me sonríe de oreja a oreja.

—Nunca lo olvidaré.

Y durante un segundo, el caos desaparece y solo estamos Ash y yo sonriéndonos el uno al otro.

Luego suspira.

—En realidad, escuché algo en Nido de Cuervos que podría ser relevante.

—¿Qué escuchaste? —pregunto mirándolo con curiosidad.

—¿Te acuerdas de la conversación a la que me uní en el bar? Estaban hablando de un equipo de aquí, de Londres, de que algo fue mal y que Jag acabó asesinando al hermano del jefe del equipo y a un par de miembros más —me cuenta.

—¿Crees que estarán lo bastante cabreados con Jag como para convencerles de que nos ayuden? —pregunto.

—La verdad es que no lo sé. Me parece improbable.

—Pero merece la pena intentarlo, ¿no? —le digo y, al escuchar la nota esperanzadora en mi tono de voz, Ash frunce el ceño.

Nunca le había visto tan preocupado y me pregunto si no me contó lo que pasó con este equipo, porque no quería arriesgarse a venir aquí.

Por primera vez, Ash no intenta ver el lado bueno.

—Tenemos que entrar y salir lo más rápido posible —explica—. Aquí no existe la regla de no asesinar.

Por un instante me pregunto si no estaremos cometiendo un terrible error. Pero no tengo tiempo para considerarlo, porque Ash ya ha salido del coche y se dirige a mi puerta. Me ofrece la mano y me ayuda a salir.

Observo los vaqueros que me puse en un área de descanso.

—¿Voy bien así? Por cómo pinta el barrio, no creo que vayamos a ningún sitio elegante.

—Más que bien. De hecho, es posible que vayas más arreglada de la cuenta —contesta él, y me guía por una calle adoquinada que está cerrada al tráfico.

A ambos lados de la calle, hay tiendecitas que van desde casas de empeños hasta negocios especializados en la venta de bourbon. Me da la sensación de que hay una buena cantidad de mercancía que roza la ilegalidad en este sitio.

Giramos hacia un callejón estrecho lleno de bares que me recuerda al lugar donde los piratas y contrabandistas de antaño venían a pasar sus noches en tierra, a beber hasta desmayarse apoyados en barriles. Inspecciono a las muchas personas que hay en el callejón, preguntándome quiénes serán de Estrategia, y me ajusto el abrigo más fuerte.

Ash me lleva hasta una taberna llamada Roca Mugrienta, que hace honor a su nombre, ya que las suelas de las botas se me pegan al suelo al instante. No nos paramos en la barra ni en ninguna de las mesas rayadas de madera. Vamos directos al fondo, pasamos por una puerta batiente y entramos en una cocina de olor acre, donde parece que se fríe toda la comida.

Miro a Ash inquisitiva, pero él cruza la cocina como si estuviera haciendo lo más normal del mundo. Lo más extraño es que el personal de cocina no nos mira. Siguen a lo suyo como si no estuviéramos.

Ash abre una puerta sin distintivos al otro lado de la cocina y me hace señas para que vaya hasta allí. Observo lo que parece ser una despensa y considero decirle que he cambiado de opinión y que quiero volver al coche. Pero, en su lugar, respiro hondo y me adentro de mala gana en un espacio que huele a limón y lejía. La puerta se cierra a nuestras espaldas, nos deja a oscuras y mi corazón late con fuerza. Se oye un chasquido cuando Ash tira de un cordón de luz y una bombilla desnuda se balancea lanzando sombras descontroladas en el reducido espacio.

—¿Ash? —susurro y me sonríe con confianza.

Observa con atención la pared del fondo de la despensa y lo contemplo. Toca la pared y pasa los dedos por la madera, concentrado. De repente, su rostro se relaja y presiona un tablero. Para mi sorpresa y, posiblemente, horror, la pared se abre y deja entrever una puerta. El bullicio se cuela en la despensa.

—Detrás de ti —dice, y me cuelo por la apertura, convenciéndome a mí misma de que merece la pena arriesgarme si me ayuda a encontrar a mi padre.

Cuando veo la sala, el corazón se me desboca. «¡Un bar secreto!». Sin embargo, es totalmente distinto al lugar por el que hemos entrado. Es más antiguo, más sencillo, con vigas gruesas de madera que encuadran los muros de piedra, muebles de madera rústica desgastados pero limpios, y una chimenea enorme con un caldero inmenso sobre las llamas que parece contener sopa. Hay candelabros de hierro con velas de verdad que cuelgan sobre las largas mesas comunales acompañadas de bancos en vez de sillas individuales.

Estos hombres y mujeres no son como los alumnos y profesores de la academia, salvo por su inclinación por la ropa negra. Estos estrategia están relajados, hablan en voz alta y golpean las cervezas en las mesas con tanta fuerza que hay líquido por todas partes. Los clientes se agolpan sobre las mesas y se inclinan hacia la barra, moviendo las manos y golpeándose las rodillas con los puños cuando hablan. Quizá sea solo porque están borrachos, pero aquí no encuentro ni rastro de la precisión y la rigidez a las que Estrategia me tiene acostumbrada. Las risas y las charlas llenan la sala sin ventanas y no puedo evitar sorprenderme ligeramente por esta escena.

Ash mira a su alrededor y le sigo la mirada. No sé cómo identificar al equipo que recibió el castigo de Jag, pero espero que Ash sí. Pasan tres largos segundos antes de que su mirada se tope con una mesa con hombres y mujeres junto al fuego. A juzgar por cómo alza ligeramente la cabeza, entiendo que ha encontrado a alguien interesante.

—Es posible que tengamos que ser más rápidos de lo que pensaba en un principio —me dice al oído y no estoy segura de si está reaccionando ante algo en concreto o si, como yo, se ha dado cuenta de que solo hay una puerta y ninguna ventana a la vista, lo que hace casi imposible salir si surgiera algún problema.

Ash y yo nos abrimos paso por el bar hacia la mesa que hay junto al fuego y, cuando llegamos, un hombre de mediana edad con la barba moteada de canas, nos mira a los ojos.

—Ya puedes sentarte —dice dando un sorbo a la cerveza—, a no ser que tu plan y el de la señorita sea mirarnos desde lejos toda la noche. No es que te culpe, en vista de mi irresistible porte y belleza, claro.

Usa las dos manos para atusarse la barba. El tipo se echa a reír y, aunque el tono de voz es desenfadado, lo noto. Su humor es calculado.

Examino el bar de una pasada, pero nadie parece prestarnos especial atención, lo que a estas alturas sé que significa lo contrario: todos saben que estamos aquí.

—No sé cómo alguien podría resistirse a esa invitación —le digo con una sonrisa antes de que Ash pueda responder.

El hombre suelta una carcajada. Puede que no esté versada en hacer negocios con los estrategia, pero mi instinto me dice que charlar un poco no nos hará daño.

—Así se habla —responde el tipo con barba, y se hace a un lado para dejarnos sitio. Le da un golpe al banco con la mano.

Ash sonríe de forma amistosa y pasa por delante de mí para sentarse al lado del hombre y me deja en el extremo del banco. Teniendo en cuenta que lleva todo el viaje abriéndome la puerta y dejando que pase primera, me resulta difícil creer que de repente quiera cambiar su *modus operandi*. Debe tener otra razón, como querer poner una barrera entre quien sea ese tipo y yo.

El hombre con barba hace un gesto en el aire y se acerca un chico de mi edad mientras se limpia las manos en el delantal.

—Trae dos pintas más y un par de jarras a la mesa —pide el hombre—. Y una cesta de patatas fritas.

El chico asiente y suspira, como si hubiera tenido la misma comanda toda la noche y estuviera muerto de aburrimiento. Recuerdo que Layla me dijo en su momento que todos los estrategia servían a sus familias, ya fuera asesinando gente o, aparentemente, como camareros.

El hombre con barba se vuelve hacia nosotros.

—Vale... vamos a ver, el delgaducho ese es Willy —dice señalando al otro lado de la mesa a un hombre con una cabellera negra y fina recogida en una deshilachada coleta alta y de una complexión parecida a la de Ash—. Pero no dejéis que su apariencia os engañe. Es más fuerte que Eddie.

—Podría aplastarlo con el dedo meñique y comérmelo para merendar—afirma Eddie con una voz de barítono grave.

Sin lugar a duda, es el ser humano más musculoso que he visto

nunca. Tiene la cara y los brazos llenos de pecas y el pelo cobrizo.

—Venga ya, Eddie —le responde Willy en un tono de voz paciente y más bien cansado—. La última vez que empezaste con la retahíla, estuviste días de mala leche.

Eddie finge que no le ha oído.

—Mary —continúa el hombre de la barba, y señala a una mujer tosca con el pelo completamente blanco, a pesar de que parece ser más joven que mi padre—. Tu mejor aliada si te pilla una tormenta terrible en el mar o te acorralan en un callejón. Ha capitaneado nuestro destartalado barco y la tripulación en las peores condiciones posibles.

Mary asiente brevemente de forma indiferente y me paro a pensar en estas descripciones. Es la primera vez que veo a un estrategia dar información sobre sí mismo y los demás. Pero Ash me dijo que los equipos independientes se ganan la vida aceptando trabajos extraños. ¿Quizá esto forme parte del proceso?

—Jenny, nuestra especialista en armas, con el mandoble más rápido de toda Europa. Antes de que alcances tu cuchillo, ya te habrá ensartado —relata el hombre de la barba, y señala a una mujer joven con una serie de trenzas entrelazadas hasta un moño elegante en la parte de arriba de la cabeza. Lleva un pendiente de una espada plateada que va desde la oreja derecha hasta el hombro, y luce una chaqueta noventera de cuero y pintalabios morado.

—Y yo soy Hawk —dice el tipo de la barba, y se limpia la espuma de cerveza que tiene en el bigote con el dorso de la mano—. Bueno en casi todo, mejor en lo demás.

«Hawk...» —pienso y empiezo a analizar su nombre de inmediato —. «*Hawk* significa “halcón”, un tipo de ave conocida por su ferocidad y buena vista. Pero, al contrario que otros estrategia, Hawk no tiene una procedencia antigua, lo que me lleva a preguntarme si es un nombre que ha elegido él mismo, en vez del nombre de nacimiento. Además, todos los nombres del equipo de Hawk terminan en i, lo que no determina de dónde vienen, pero quizá ese sea el objetivo. Quizá todos tengan un nombre elegido. Todos suenan británicos, pero sé que eso no quiere decir nada».

—Dicen que eres flexible —dice Ash, y lo miro, preguntándome si es algo que escuchó en Nido de Cuervos o si pone a prueba a Hawk. Lo que me lleva a cuestionarme: ¿por qué necesita que Hawk sea flexible?

Lo más curioso es que Ash no le ha dicho a Hawk nuestros

nombres, ni reales ni inventados, después de esta larga presentación. Y si Ash está yendo al grano de esta forma, es que quiere que nos vayamos de aquí tan rápido como sea posible. Me imagino la sensación de unos ojos en la nuca y me resisto a la necesidad de mirar el bar por encima del hombro.

Hawk se ríe, sin dejar entrever nada.

—Me gusta que las negociaciones empiecen así. Significa que puedo cobrar muchísimo más.

Observo a los miembros del equipo para ver si percibo algo, pero siguiendo la norma de Estrategia, me resulta imposible sacar conclusiones.

El chico del delantal vuelve y deja dos vasos delante de Ash y de mí, dos jarras de cerveza en el centro de la mesa y una cesta de patatas fritas recién hechas delante de Hawk. El mero olor a alcohol hace que me duela la cabeza con el recuerdo.

—Salud —dice Mary en castellano con un tono de voz autoritario que parece contradecir su brindis.

Levanta su vaso con cerveza. Todos la imitamos y consigo beber un poco de ese líquido amargo antes de dejarlo de nuevo sobre la mesa. Las miradas sutiles que nos llegan de la mesa de al lado parecen estar acompañadas de un trasfondo de hostilidad. Es evidente que estamos fuera de lugar y empiezo a tener la sensación de que algunos de los presentes no están contentos de que estemos en ese bar.

—Todo el mundo en la ciudad parece estar involucrado en la misma caza —dice Ash sin miramientos y casi me atraganto—. Pero a nosotros nos interesan más los cazadores que el botín.

Miro a Ash y a Hawk de hito en hito. Madre mía, ¿está admitiendo que queremos fisgonear en los secretos de los Leones?

—¡Aaah! —replica Hawk, y coge un puñado de patatas. Tienen tan buena pinta que me animo a coger algunas. Y él se da cuenta. Percibo que está intrigado por el gesto casual—. Así que intentas contratarnos para una misión suicida, entonces.

Ash se encoge de hombros.

—Si crees que no puedes hacerlo…

—Nadie ha dicho que no podamos —dice Hawk con un tono de voz orgulloso—. Pero acabar como enemigo de Jag es la forma más rápida de perder esta vida de lujos a la que me he acostumbrado —levanta las patatas como prueba.

Aunque lo dice como quien no quiere la cosa, su tono de voz tiene un matiz serio, un reto.

Da la impresión de que Ash está relajado, pero tiene la mirada concentrada.

—Por lo que he oído, tu equipo sufrió una baja por culpa de los asesinos de Jag a principios de este año.

Un sentimiento de odio sobrevuela el ambiente de la mesa, como si Ash acabara de escupir en su comida.

—Te has pasado tres pueblos para pedirnos un favor. —El tono de voz de Mary hace que me lata más fuerte el corazón y, para empeorar las cosas, los clientes del bar nos observan sin reparo.

—No es un favor —replica Ash, que parece no amedrentarse por la tensión que se respira en la mesa—. Es un trato. Algo que nos beneficie a todos.

—Cuando la gente hace referencia a «todos», hablan de sí mismos —dice Mary, que se termina la pinta y hace sonar el vaso con fuerza contra la mesa.

Yo me encojo. Mary se levanta.

—Me voy a la barra —le dice a Hawk y no se molesta en mirarnos.

Hawk le frunce el ceño y percibo que haber perdido la aprobación de Mary no es un buen presagio. Y, como si alguien hubiera apagado un interruptor, el equipo deja de interesarse por nosotros y empiezan a hablar entre ellos como si nos hubiéramos ido de la mesa. Miro a Ash por el rabillo del ojo y en sus ojos leo que recuperarnos de esta es improbable.

—Bueno, lo dejamos así —sentencia Hawk.

Empiezo a sudar sin remedio. No podemos dejar esto así, no tan rápido, no después de arriesgarnos a exponernos al venir aquí.

—De dejarlo nada —digo lo bastante en alto como para que me escuche Hawk, pero no tanto como para que se escuche sobre el ruido del bar. Me gano una reprimenda con la mirada de Hawk.

Ash continúa donde lo he dejado.

—Además de saber que necesitas desesperadamente reparar tu embarcación, y pongamos que eso cueste unos 60.000 euros, también sé que no eres el típico que olvida y perdona.

«Vaya manera de convencer, Ash». No tengo claro si todo esto lo sacó de sus conversaciones en Nido de Cuervos o si se lo está inventando, pero, sea como fuere, Hawk baja la cerveza y nos mira con seriedad.

—Tienes toda mi atención —dice, y su estado calmado y bromista brilla por su ausencia—. Pero no estoy seguro de que eso sea algo bueno. A menos que esté equivocado y solo por haberte sentado aquí

ya nos hayas puesto en peligro.

Hawk señala con la cabeza una de las mesas, cuyos ocupantes nos han observado como si fueran a comernos para cenar.

En otro contexto, habría salido por patas, pero esta situación no es una cualquiera. Así que, en su lugar, le doy un sorbo a mi cerveza como si no pasara nada y barro con la mirada el resto del bar.

—Teniendo en cuenta que aquí hay unas treinta personas, yo diría que al menos cinco o seis acabarán diciéndole a los Leones que hemos hablado con vosotros.

No tengo ni idea de si es verdad o no. Puede que Hawk no sepa quiénes somos, pero está claro que sabe que somos un problema, así que no tiene sentido que intentemos negarlo.

—Ahora bien —continúa Ash sin perder el tiempo—, puedes elegir. Puedes hacer negocios con nosotros, un trato importante. Uno con el que puedas reparar tu barco y vengarte de los Leones. O si lo prefieres, puedes rechazarnos y tratar de molestar a los Leones por tu cuenta, solo porque por culpa de esta conversación quizá no puedas seguir haciendo tratos en Londres.

Hawk se inclina hacia delante de forma amenazadora.

—Es una idea. Otra idea es que te mate aquí y ahora y te deje en la puerta de Jag con un arco atado alrededor del cuello roto.

Miro de forma instintiva hacia la puerta, pero hay un grupo de gente de pie entre nosotros y la puerta y no podríamos salir de forma directa y rápida.

—¿Es que estás deseando hacerle un favor a Jag? —replica Ash.

Algo parecido a un gruñido escapa de la boca de Hawk y su equipo se da cuenta.

—Si tuviera que elegir entre tú y Jag en este momento…

—Es que así es —dice Ash, y veo cómo la mano de Jenny se mueve hasta el cinturón, donde seguro que tiene numerosas armas guardadas. Me arrastraría hasta debajo de la mesa y me mimetizaría con el suelo si pudiera.

—Piénsalo bien —continúa Ash como si todo el asunto no hubiera descarrilado horriblemente—. Puede que nunca vuelvas a tener la oportunidad de pillar a Jag, no de esta forma. Por mucho riesgo que te suponga, para nosotros es mucho mayor.

Observo a Ash, que parece aumentar la apuesta que yo había hecho. Estamos embarrados hasta el fondo.

Hawk gruñe y se queda en silencio un largo segundo. Pasa la mirada de Ash hacia mí y me observa como si buscara algo en mi

rostro. Mi corazón se detiene al recordar el momento en que Logan me descubrió.

—Escucha —digo con precaución y lentitud en un intento de relajar el rostro y las manos que se aferran bajo la mesa—. Tal y como yo lo veo, todos nos hemos visto en problemas a causa de los Leones con poca o nula esperanza de que algo cambie. Ahora todos tenemos elección. Dar un paso adelante y luchar. O escondernos como cobardes.

Una risa socarrona escapa de los labios de Hawk.

—No creerás ni por un segundo que este discurso motivacional sobre la unión nos va a convencer de arriesgar nuestras vidas por ti, ¿no?

—Estoy totalmente segura de que no lo harás por nosotros. Creo que lo haréis por vosotros mismos —respondo—. No te voy a mentir, no sé qué baja sufristeis, pero si has pasado por un tercio de la experiencia que yo he sufrido con Jag, entonces no querrás rechazarnos tan a la ligera.

Solo espero que odien a los Leones tanto como les temen.

—Más gilipolleces sentimentalistas —replica Hawk y agita la mano a modo de rechazo.

—No sé, jefe —interviene Eddie—. La verdad es que aprecio el sentimiento. En el viejo mundo Estrategia se habría considerado esta oferta.

Willy pone los ojos en blanco.

—Estupendo. Ya empezamos con la nostalgia por los viejos tiempos. —Willy le aleja la jarra de cerveza—. Te corto el grifo antes de que empieces a cantar baladas.

—No sé qué quieres decir con eso. Tengo una voz encantadora —dice Eddie.

La cara de Jenny se ilumina, divertida. Hawk frunce el ceño y baja la cerveza.

—Tenéis que iros.

Todo se derrumba. Se acabó. Esta era nuestra oportunidad de conseguir la información que necesitábamos para encontrar a mi padre y la hemos desperdiciado. Por el rabillo del ojo, veo que Ash observa la mesa al fondo del bar. Si está mirando una mesa que no es la de Hawk, solo puede ser porque algo o alguien es más importante que esta conversación.

—¿No me has oído? —pregunta Hawk con una amenaza más palpable.

Ash se pone en pie. Yo no me pongo en pie de inmediato, pero, por la forma en la que Ash deja de mirarme para observar la mesa del fondo, sé que, si no me muevo rápido, no solo tendremos que contener a Hawk.

—Y yo que pensaba que nos íbamos a llevar bien —le digo a Hawk cogiendo una última patata frita y metiéndomela en la boca—. Tenía intención de invitarte al baile de máscaras.

Es una indirecta muy directa, pero el tiempo se nos acaba.

Hawk mira de reojo a todos lados para comprobar que nadie me haya escuchado. Cuando vuelve a centrar su atención en mí, está furioso.

—Voy a suponer que ha sido un error de novata por tu tierna edad. —Su tono de voz es un graznido y acaricia con suavidad el cuchillo que tiene en el cinturón—. Pero déjame que te lo explique: si te veo allí o en cualquier sitio, husmeando en mis negocios, te entregaré a Jag encantado.

Me pongo en pie y doy un paso atrás con el corazón desbocado. Hawk no solo me ha confirmado que hay un baile de máscaras, sino que, en un cúmulo de horribles coincidencias, él estará allí. No tengo claro si estoy profundamente aliviada por haber descubierto parte de la pista de mi padre o si estoy aterrorizada por haberme enemistado con Hawk.

Ash me agarra del brazo y, en cuanto alzo la vista, comprendo el por qué. Dos hombres de la mesa del fondo se han puesto en pie y se dirigen hacia nosotros de una forma que me indica que saben quiénes somos.

No titubeamos. Nos desplazamos a toda velocidad hasta la salida, sorteando estrategia y mesas. Todo alivio que sintiera por la información sobre el baile de máscaras ha quedado reducido ahora al pánico.

Ash abre la puerta de un golpe y me adentro en la despensa a oscuras. Cojo el pomo de la puerta que da a la cocina y la abro. Durante un instante, busco un candado, pero, obviamente, no hay ninguno. En ausencia de más opciones, me hago con una rejilla para secar los platos y, en cuanto Ash sale, la meto entre la puerta y el extremo de la encimera, donde hay un chico cortando cebolla.

Todos los que están en la cocina se dan la vuelta a la vez para mirarnos y todo se queda en un silencio inquietante. El personal de cocina no intenta esconder su preocupación, lo que me indica que no forman parte de Estrategia.

A mi espalda, la puerta de la alacena se choca contra la rejilla y se abre un poco, pero la barricada aguanta. La inquietud del personal crece y algunos nos miran como si fueran a atacarnos.

—¡Corre! —exclama Ash, mientras aparta a un trabajador de la cocina que se interpone en nuestro camino.

De pronto, caigo en la cuenta de que, aunque no sean de Estrategia, puede que les hayan dado orden de intervenir si ocurre algo semejante. En cuanto lo pienso y antes de que pueda moverme un centímetro, el chico que cortaba cebolla levanta el cuchillo.

Sin detenerme, cojo una olla vacía y la golpeo con todas mis fuerzas contra su mano. Pero en lugar de echarse hacia atrás o apartarse ligeramente de la trayectoria, el chico da un respingo y suelta el cuchillo al levantar las manos. «Está claro que no son de Estrategia».

La puerta vuelve a chocar con la rejilla, esta vez con más fuerza, y algunos platos se caen y acaban rompiéndose contra el suelo. Ash y yo no miramos atrás, corremos por la cocina, por el suelo pegajoso del bar y hasta llegar al callejón oscuro. En cuanto el aire de la noche me da en la cara, me echo a temblar y no por el frío, sino porque solo tenemos unos segundos de ventaja antes de que nos pillen.

Seguimos corriendo por el callejón abarrotado, por lo que llamamos la atención más de lo que sería inteligente. Miro por encima del hombro antes de girar hacia una calle más ancha y adoquinada, pero los hombres del bar aún no han salido. Hago un esfuerzo con las piernas, mientras sorteo a grupos de borrachos y compradores de última hora.

En cuanto veo el coche, me recorre por el cuerpo una explosión de energía. Ash acciona el mando a distancia y me aferro a la manija de frío metal, pero antes de que pueda abrir la puerta del vehículo, un dolor repentino me abrasa el hombro, como si me hubiera picado un tábano o una abeja.

—¡Au! —exclamo, y me toco el área dolorida.

Mis dedos encuentran una delgada asta de metal y miro hacia abajo. Ahí, incrustado en el hombro, tengo un dardo. Ash se queda petrificado y se acerca hacia mí para revisar el dardo y buscar de inmediato al atacante. Por encima de su hombro vislumbro una cabellera de color rubio ceniza… ¡Logan! Cojo la manija del coche, pero se nubla y parpadea frente a mis ojos. Intento pedir ayuda, pero las palabras se me atragantan y se esfuman. Me tiemblan las piernas y doy un tumbo hacia delante.

—Si te atreves a usar esa espada, te meteré una de tus herraduras por el… —dice una voz en la lejanía.

La reconozco, pero no le pongo cara. Todo se vuelve oscuridad y, de repente, caigo al suelo.

DIECISÉIS

Lentamente, la habitación deja de dar vueltas y vuelvo a distinguir su interior: la tela de color crema del sofá que hay bajo mi mejilla, una mesita de café, una chimenea, una alfombra antigua y desgastada de color azul marino y rojo sobre un suelo de madera, un par de sillones y un escritorio robusto. La decoración tan simple y las antigüedades medievales me recuerdan a la academia, pero la habitación tiene más luz y corre el aire. Me incorporo hasta quedarme sentada y noto un fuerte dolor en la cabeza, que hace que la resaca de ayer sea un dolorcillo sin importancia.

Me froto la frente y, de repente, me acuerdo del dardo. Me levanto de un salto buscando a Logan, a Ash o a cualquiera que me explique dónde estoy. El dolor de cabeza se multiplica por diez.

—Mierda —suelto con la mandíbula apretada.

—Será mejor que te sientes y que te bebas ese brebaje asqueroso que te ha preparado Ash.

Durante unos segundos creo que estoy alucinando. Anoche me pareció oír su tono de voz, pero el dardo me dejó fuera de juego tan rápido que no estaba segura.

—Sí, sí. Qué sorpresa te has llevado al verme. No te puedes creer que sea real. Soy un sueño hecho realidad, tu caballero de reluciente armadura. —Toma aire—. Ahora bébete ese fango negro para que podamos ponernos en marcha. Muy amablemente, Logan mezcló el sedante del dardo con veneno; por eso te duele la cabeza. Te dimos el antídoto a tiempo… obviamente. Bueno, más bien fui yo. Pero es evidente que tiene efectos secundarios.

No puedo dejar de mirarla sin moverme un ápice. Viste de negro, con un atuendo parecido a los uniformes de la academia, con un cinturón de herramientas en la cintura repleto de cuchillos y viales

con sabe Dios qué. Tiene el pelo tras las orejas y lleva un delineador negro que nunca le había visto. Me recuerda a un cartel de una película de asesinos. Malota total.

Cuando consigo abrir la boca, lo único que puedo decir es:

—Aarya... pero... no lo entiendo. ¿Estás aquí?

Ella pone los ojos en blanco.

—A veces se me olvida lo lenta que eres. Que. Te. Bebas. La. Cosa. Negra. Esa.

Me siento en el sofá, agradecida por el apoyo que me dan los cojines, y cojo el vaso de la mesita de café. No hablaba en broma cuando lo llamó «asqueroso». Sabe como si fuera una mezcla de barro, baba de caracol y aguas estancadas. Decido que cuanto antes mejor y me lo bebo de golpe. Cuando me lo termino, me llevo la mano a la boca, con miedo de vomitarlo.

Aarya se desploma sobre una de las sillas afelpadas que hay delante de mí y pone las piernas sobre uno de los brazos, como si todo fuera de lo más normal.

—¿Dónde está...? —empiezo a decir.

La bebida, aunque es una medicina horrenda, empieza a hacer efecto. Me rebaja el dolor y puedo pensar mejor.

—¿Ash? —dice Aarya para terminar mi pregunta—. Volverá enseguida.

—Pero ¿qué ha pasado con...?

Aarya levanta la mano para que me calle.

—Toma aire, no me eches la pota en la alfombra y te contaré todas mis hazañas.

Sonríe y levanta las cejas.

En cualquier otro momento habría considerado su respuesta una molestia, pero ahora mismo no puedo estar más contenta de verla. Aarya se saca algo de entre los dientes y respira hondo.

—Vamos a ver... ¿Por dónde empiezo? —Tamborilea los dedos en el cojín de la silla—. Ah, sí, empecemos por mí. A ver, cuando Ash y tú os fuisteis de la academia, todo se volvió un aburrimiento. Volvió a ser lo que era antes de que vinieras: grupitos, manipulaciones sutiles, políticas familiares muy obvias. No había asesinatos, ni sorpresas ni misterio. Layla iba prácticamente cantando por los pasillos de lo contenta que estaba.

Sacudo la cabeza. Mi pesadilla es su fuente de diversión.

—Debes ser la única persona del mundo que cree que el caos es el estado ideal de la existencia —le digo.

—Ay, pues muchas gracias —responde, y ronronea—. A ver, ¿por dónde iba? Ah, eso, aburrido. Estaba un poco enfadada, ya sabes, porque Ash y tú os largasteis a Londres para enfrentaros a Jag en un alarde de estupidez extrema y ni se os pasó por la cabeza invitarme —me mira—, así que me he autoinvitado. Y la verdad sea dicha, ha sido tan fácil encontraros que es decepcionante. Fuiste a la herrería de Logan unas horas después de que accediera a intercambiar información con él sobre ti si te daba por aparecer y, predeciblemente, así fue. Podría haberos encontrado mientras dormía. No me lo habéis puesto muy interesante.

—Logan... —musito con mi mente dándole vueltas a los comentarios despreocupados de Aarya.

—Es mi primo. Primo lejano y un tonto de remate —dice ella, y gruño ante la obviedad del asunto: cómo no iba a ser su primo—. Pero también cuenta con mucha información y es un hábil rastreador.

Entonces Logan sabía que apareceríamos. Me pongo furiosa por un instante.

—¡Que ha intentado matarnos!

—Sí —replica sin remordimientos.

Los hombres del bar aparecen en mi pensamiento.

—Y había dos tipos en la Roca...

—¿Los rastreadores que os reconocieron? —pregunta Aarya—. Sí, Ash me lo comentó.

—¿Cuánto te apuestas a que ellos estaban allí por culpa de Logan? —pregunto.

Unos segundos después, Aarya se echa a reír.

—Sí, eso es típico de Logan —coincide—. Al escapar del bar se lo pusisteis en bandeja.

Me froto el hombro en la zona dolorida por el dardo.

—Tienes razón. Es tonto de remate —le concedo, pero el adjetivo me suena raro, porque no suelo decirlo.

—Cosas de familia —dice Aarya como si estuviera de acuerdo conmigo—. Pero por suerte para ti, mis habilidades de negociación rápida se hicieron con el triunfo, conseguí dar con el antídoto del veneno que contenía el dardo y logramos salir de allí antes de que vinieran los rastreadores del bar. Para entonces, Ash ya se había arrodillado a mis pies para rogarme, como era su obligación, y te trajimos aquí, al piso de mis padres.

Es difícil saber cuánto de lo que dice Aarya es verdad y cuánto es producto de su retorcido cerebro, pero ahora mismo su ego es el

menor de mis problemas.

—Vale, ¿y con quién más habló Logan? —pregunto—. ¿Cómo sabes que Logan no les pasó información a los Leones?

No intento ocultar mi frustración.

—Lo cierto es que a Logan solo le importa su herrería y esos perros del demonio —contesta Aarya—. Lo único que quiere es ganar lo suficiente para vivir esa desagradable vida de ermitaño sin que le molesten demasiado. No le importaría vender información sobre ti a los Leones, pero solo si no tuviera otra forma de ganar dinero a tu costa, porque los odia como todos los demás. Y, aunque no podía garantizar que acabaras pasándote por la herrería, Logan es un erudito de la información y te garantizo que se habría dado cuenta de que eras una fuente de dinero nada más verte. Además, que Logan contratara a los rastreadores para que os sacaran del bar no significa que les dijera quién eres. De hecho, dudo mucho que lo hiciera. Deberías agradecérmelo —dice, y levanta una ceja enfadada.

Miro a Aarya y no estoy segura de si es un genio y nos ha salvado o si se tiró a la piscina y podríamos haber acabado capturados… o algo peor.

—Pero lo que hicisteis en el bar es otra historia —continúa y su tono de voz se vuelve más serio—. ¿En qué coño estabais pensando cuando fuisteis a ese sitio? ¿Y para luego salir corriendo como si tuvierais el culo en llamas? —Niega con la cabeza como si se avergonzara de mí—. Por suerte para ti, nos quedaremos en este piso por ahora. Los Chacales no son como los demás estrategia. No disponemos de pisos lujosos en barrios ricos que se pueden localizar con facilidad. Tenemos cabeza. Y también pisos modestos en barrios modestos, así que estamos más a salvo que los demás.

Mis ojos se abren al escucharla hablar en plural. ¿Por qué demonios está aquí y nos deja quedarnos en el piso de su familia? Aarya puede ser muchas cosas, ninguna de las cuales me sorprendería, pero nunca pensé que entre sus atributos tan inesperados se incluyera la generosidad.

—Ash y yo seguíamos una pista que podría llevarnos hasta mi padre —digo.

—¿Qué pista? —pregunta Aarya inclinándose hacia delante.

Antes de que pueda contestar, la puerta se abre. Ash entra con un par de bolsas y una pizza familiar. El estómago me gruñe en cuanto la veo. Y junto a él está Inés, con sus trenzas rojizas entrelazadas a lo mohicano. Me quedo anonadada. Tiene sentido que Aarya no haya

venido sola, pero me cuesta creer que estemos todos aquí.

Ash me sonríe y hay algo tan genuino en su felicidad que, a pesar del dolor punzante, le devuelvo la sonrisa.

—Comida tailandesa, patatas asadas con queso y, por supuesto..., pizza —enumera, y deja las bolsas y la caja sobre la mesita de café.

—Ay, tío... Gracias —digo, y de inmediato, abro la caja de pizza y cojo una porción. El queso sigue caliente y se estira cuando lo muerdo.

—Estos estadounidenses —dice Aarya con cierto prejuicio, y alcanza la bolsa que tiene la comida tailandesa.

—¿Inés? Estás aquí. ¿Por qué estás aquí? —pregunto algo sorprendida mientras devoro la pizza, que, irónicamente, es mucho mejor que la que tomaba en Estados Unidos—. ¿Felix también está aquí?

Inés niega con la cabeza y la ira ilumina los ojos de Aarya por un instante.

—Felix se quedó allí —dice Aarya con su falta de decoro habitual y, por su tono de voz, es evidente que el asunto queda zanjado.

Ash se sienta a mi lado y me examina las heridas.

—¿Habéis escuchado algo sobre mi padre desde que estáis en Londres? —le pregunto a Aarya y a Inés, incapaz de ocultar la esperanza en mi tono de voz.

—Hemos sabido de la recompensa increíblemente alta que dan por su cabeza —dice Aarya, y silba—. Jag no se anda con chiquitas en su obsesión por encontrarlo.

Ash la mira como si no pudiera ser más insensible ni aunque lo intentara.

—Aún no han encontrado a tu padre —responde Inés y, aunque ya la he oído hablar alguna vez, su tono de voz es tan reconfortante que me pilla desprevenida—. Y eso ya es algo, con la cantidad de rastreadores y asesinos que andan por Londres ahora mismo. Debe ser una persona excepcionalmente estratégica e inteligente.

Sonrío por su amabilidad tranquilizadora.

—Lo que también resulta una complicación para encontrarlo —replica Aarya mirándonos a Ash y a mí—. Supongo que eso es lo que hacemos aquí, ¿no? Buscar a tu padre y usar su conocimiento sobre la familia para pisotearlos como las viles bestias que son. Pero lo que quiero saber es cuál era la pista que encontrasteis Ash y tú.

Ash me mira como si le sorprendiera que le haya contado a Aarya que encontramos algo.

—Aún no lo sabemos —dice sin desvelar nada.

Aarya bufa.

—Dime que es una broma, Ashai, una broma de mal gusto que vaya a juego con tu sentido del humor. Inés y yo hemos dejado la academia, hemos manipulado a Logan por vosotros y os hemos ofrecido un lugar seguro en el que quedaros... No estarás ocultándonos información, ¿verdad?

Ash levanta una ceja, inseguro.

—La Aarya magnánima no es la versión que va más contigo, así que no gastes energía. Y no finjas que nos hiciste ningún favor con lo de Logan. Te arriesgaste al venir a buscarnos y nos pusiste en peligro.

Los miro de hito en hito y me pregunto cuánto tiempo he estado fuera de juego y cuánto habrán discutido sobre el tema.

—Es de bien nacido ser agradecido, Ashai —replica Aarya mientras mastica—. Supongo que tú no estarás de acuerdo, ¿verdad, November?

Ni siquiera sé cómo empezar a responder a eso. De ninguna forma elegiría a Aarya antes que a Ash, pero es cierto que ella ha aparecido en momentos cruciales y no estoy preparada para rechazarla por completo. Busco pistas en Inés, pero ella está sentada en silencio en el otro sillón, comiendo.

A Ash no parece afectarle las fanfarronadas de Aarya.

—La pregunta correcta, Aarya, es: ¿por qué estás aquí?

—Para cargarme a Jag —suelta Aarya como si fuera lo más lógico del mundo—. No os echéis a llorar ni os pongáis sentimentales como si hubiera venido aquí por pura amabilidad. Nadie se ha atrevido a ir a por Jag de esta forma y no pienso perdérmelo.

—Ni por un segundo hemos pensado que estabas aquí por pura amabilidad —le dice Ash y se retan con la mirada.

El pulso se me acelera al oír el comentario de Aarya. Me he centrado tanto en encontrar a mi padre y mantenernos ocultos que no he considerado el hecho de que seamos unos asesinos.

—Cuatro estudiantes de la academia se cargan al líder de la familia más poderosa y despiadada —dice Aarya con entusiasmo renovado—. ¿Te imaginas que nos sale bien? Compondrán canciones sobre nosotros.

Ash frunce el ceño, como si creyera su respuesta, pero también que hay algo más que no nos ha contado.

—Venga, dadme la pista —dice Aarya y me mira.

Yo no contesto de inmediato.

—A menos que creas que no necesitáis un par de manos extra —

presiona Aarya—. Que Ash y tú sois tan sigilosos y duchos que lo tenéis todo controlado y no necesitáis a nadie más.

Emito un gruñido. Sabe que estamos desesperados por tener ayuda. Y aunque Ash no se fía de Aarya, la balanza se inclina a su favor por haber dejado la academia para venir aquí.

—Baile de máscaras —contesto en voz baja.

—¿Baile de máscaras? —repite Aarya considerando la idea.

—Lo dejé caer en el bar —digo, y me encojo al recordar la reacción de Hawk—. En la conversación con el equipo. Y la respuesta fue seria. Hawk me dijo que, si nos veía por allí, nos entregaría directamente a Jag.

Aarya silba.

—Estupendo. Entonces, no solo tenemos setenta y dos horas o menos para preparar lo que sea, sino que además el anfitrión es Jag y vosotros dos, como idiotas, les dijisteis a un equipo que trabajaba allí que vuestro plan era colaros.

Para mi más absoluta sorpresa, Ash sonríe.

—No sé si deberías acompañarnos si tienes miedo del desafío, Aarya.

Ella levanta una ceja.

—Si esa es tu forma de pedir perdón por cagarla, no lo acepto.

—No, esa es mi forma de decirte que, si no crees que vales para esto, deberías quedarte en casa —replica Ash.

Inés y yo pasamos la mirada del uno al otro y me doy cuenta de que esto es lo único que Ash y Aarya tienen en común: a los dos les gusta meter cizaña y superar obstáculos imposibles.

También me doy cuenta de que hemos pasado por alto lo que ha dicho Aarya.

—Un momento, ¿qué quieres decir con «setenta y dos horas o menos»? ¿Cómo sabes cuándo es el baile si no sabías ni que había un baile hace un minuto?

Aarya parece encantada consigo misma.

—Porque nadie contrata a un equipo con más de una semana de antelación, así que la media sería de cuatro días. Cualquier periodo más largo pondría en riesgo la seguridad y dejaría a los equipos a la merced de los sobornos, que es básicamente lo que vosotros dos disteis a entender. Si se descubre que el equipo ha aceptado un soborno, serán ejecutados, así que tenéis suerte de haber salido de allí de una pieza y sin acabar en el estofado.

Trago saliva y miro a Ash. Ahora entiendo por qué me dijo que no

mencionara nada en concreto.

—Era un riesgo que valía la pena correr —dice Ash, aunque no estoy segura de si debería defenderme en estos momentos—. Si no lo hubiéramos hecho, no tendríamos ninguna prueba.

Aarya abre la boca para responder, pero Inés la interrumpe.

—Entonces, dentro de unos días Jag va a celebrar un baile de máscaras —interviene—. Lo primero que debemos averiguar es dónde se va a celebrar. Se me vienen a la cabeza, al menos, cinco propiedades.

—Sabemos que será algo extravagante, porque Jag tiene varios equipos trabajando en el baile —dice Ash, dejando a un lado su pelea con Aarya—. No es la típica reunión de estrategia. Además, las mascaradas suelen hacerse para celebrar algo.

—No sabía que los estrategia celebraran cosas —afirmo algo sorprendida.

Ash se reclina en el sofá.

—No celebramos ninguna festividad, pero sí celebramos bodas, sobre todo, cuando suponen la unión política entre familias.

—O el ascenso de alguien en la administración dentro de una familia —interviene Inés.

—Cierto —coincide Aarya—. Pero Jag no tiene consejo, así que no hay ninguna administración.

Ash y yo nos miramos el uno al otro.

—El regente —decimos al mismo tiempo.

—¿El regente? —pregunta Aarya, que quita las piernas del brazo del sillón y nos mira con seriedad—. ¿A qué te refieres con el regente?

—Por lo visto lo mataron hace un mes —explico—. Y acusaron en falso a mi padre de su asesinato.

Aarya abre mucho los ojos.

—¿El regente de los Leones fue asesinado hace un mes y me entero ahora?

—Me sorprende que no lo sepas, Aarya. Fue tu primo quien nos lo dijo —dice Ash, como si tuviera mal sabor de boca.

Aarya frunce el ceño.

—No. No me dijo nada de eso. Estúpido embustero. Solo me contó lo del barquero.

Me tenso.

—Espera. ¿Qué te dijo sobre el barquero?

—Que había una recompensa por la cabeza de tu padre, pero que la mayoría de los rastreadores no estaban interesados porque el

barquero ya estaba trabajando en ello —explica Aarya.

Como no reacciono de inmediato, Aarya pone los ojos en blanco como si hablara con un niño de cinco años.

—El barquero es una leyenda. Forma parte de uno de los mejores equipos. Es el que desmanteló el intento de asesinato de la familia real británica hace un par de años. Y detuvo el ataque a la ONU de hace unos cuantos años más.

La escucho, pero me cuesta asimilarlo. ¿Cómo puede alguien que ha hecho cosas tan buenas querer cazar a mi padre? Y si los rastreadores no compiten contra él, ¿qué posibilidades tenemos de encontrarlo antes de que lo haga el barquero?

—Pero volviendo al tema del regente —continúa Aarya—. Ante todo, felicitaciones a tu padre. Ese tío era una amenaza.

—Él no lo hizo —le digo, aunque no tengo claro si a Aarya le importa. Sin embargo, a mí sí que me importa—. Él estaba en Estados Unidos. Estoy segura.

Aarya se queda perpleja durante un segundo.

—¿Estás segura? Los estrategia no suelen acusarse por cosas que no han hecho —dice ella, repitiendo lo que ya me había dicho Ash.

—Totalmente segura —contesto, aunque aún sigo intentando convencerme de que es cierto.

Aarya mira inquisitivamente a Ash, como si pudiera estar equivocada, pero al no ofrecerle respuesta, continúa:

—En segundo lugar, si el regente está muerto y ha pasado un mes, tiene todo el sentido del mundo que Jag nombre a otra persona. Y ese tipo de nombramiento suelen suponer eventos políticos grandiosos. Un baile de máscaras es el tipo de demostración arrogante por la que se conoce a Jag.

—Así es —coincide Ash—. Y que sea de disfraces le permite invitar a las familias aliadas de los Leones sin arriesgarse a ser descubiertos. Habrá comida, alojamiento y entretenimiento para los que vienen de fuera.

—Entonces necesita un local grande —digo.

—Y muchas habitaciones —añade Aarya, y ella, Ash e Inés se miran expresivamente.

Mi corazón se desata.

—Lo sabéis, ¿verdad? Sabéis dónde va a celebrarse el baile. —Mi tono de voz es optimista.

—Hay un hotel de referencia en el centro de Londres —explica Ash —. Es una de las propiedades más grandes y elegantes de todas las que

hay en Reino Unido. Sin embargo, también es popular entre los turistas y, por eso, no se suele usar para asuntos de Estrategia. Pero nombrar un nuevo regente a plena vista… Es una decisión lógica.

Me echo sobre los cojines del sofá, aliviada de seguir adelante.

—Yo no estaría tan contenta, Ember —dice Aarya, volviendo a usar ese horrible apodo que me puso—. Esa ubicación y un nombramiento de un regente son noticias de mierda. Estará lleno de Leones, contratarán equipos para aumentar la seguridad y todos los pasajes secretos y salidas de emergencia estarán custodiados.

Ash e Inés asienten para darle la razón.

Aarya saca un teléfono móvil y casi salto de la emoción.

—¿Tienes un móvil? —pregunto mirando a Ash de reojo como si él me lo hubiera prohibido.

Ella me mira como si fuera un niño pequeño que se emociona por comerse una tarta.

—Es de prepago. No tiene internet ni es posible rastrearlo. Solo tiene lo básico. ¿De verdad pensabas que soy tan tonta?

—No, es que…

Pero antes de que pueda responder, cruza la habitación y saca lo que parece ser una guía telefónica enorme. Observo cómo señala un número de una página y empieza a marcar.

—Hola, sí, me gustaría reservar una habitación para este fin de semana —dice con un tono de voz de aristócrata autoritario y acento británico—. ¿Está reservado para un evento privado? ¿Qué noche? —Nos mira con regodeo—. Vaya, qué desafortunado.

Cuelga antes de decir «gracias» o «adiós».

Aarya sonríe y se vuelve a tirar en el sillón afelpado.

—Dos días. El baile de máscaras es dentro de dos días.

El estómago me da un vuelco y frunzo el ceño en un intento de entender cómo mi padre, que siempre ha sido la persona más precavida que conozco, se las ha arreglado para enviarme, primero hasta Logan, y ahora hasta la guarida de los Leones con apenas cuarenta y ocho horas para prepararnos. ¿Por qué me deja un largo rastro de pistas que suponen tanto riesgo cuando podría haberme dejado una fecha y una dirección?

—¿Cuál es el objetivo final? —pregunto en voz alta con la esperanza de que alguien me responda y me ayude a entender—. Quiero decir que es evidente que hay miles de lugares más seguros a los que mi padre podría mandarme en vez de a un evento privado de Jag en un hotel propiedad de los Leones.

Ash niega con la cabeza.

—Cuestiónate el significado de la vida en otro momento —replica Aarya con una ausencia total de empatía—. Esto es lo que tenemos. Y tenemos una importante falta de tiempo para idear un plan antes del baile. Eso sin contar que tenemos que contener al barquero.

Entiendo la reacción de Aarya. Los estrategia viven en un mundo enigmático. Están acostumbrados a situaciones caóticas y complicadas que requieren que estés desprovisto de sentimientos y acabes el trabajo. Pero yo no. Nunca he seguido un camino sin preguntarme por qué estaba ahí para mí, incluso aunque ese camino fueran pistas que me llevan hasta mi padre.

Ash se acerca a su mochila, saca el atlas y hace sitio en la mesita de café.

—¿Habéis ido alguna vez al hotel? —le pregunta a Aarya e Inés mientras pasa las páginas y se centra en una en concreto del centro de Londres—. Layla y yo nos hospedamos allí con nuestros padres, pero fue hace años y recuerdo la distribución muy vagamente.

—Fui a tomar el té con mi madre hace dos años —contesta Aarya y la miro con atención. No puedo imaginarme un mundo en el que Aarya vaya a tomar té. O que tenga madre, ya puestos.

Nos arremolinamos frente al mapa e Inés añade más leña al fuego. Pero yo sigo pensando en el porqué de todo esto. Es diferente a todo lo que mi padre ha hecho antes y me molesta no poder razonar su motivación. Parece como si algo estuviera... mal.

DIECISIETE

Aarya, Inés, Ash y yo estamos sentados alrededor de una rústica mesa de comedor llena de comida india que Aarya ha preparado por su cuenta. No solo está deliciosa, sino que llevaba un delantal mientras cocinaba y ha usado todo tipo de jerga culinaria que nunca había oído, mientras le daba órdenes a Inés en la cocina. Llevo mirándola de reojo desde entonces. No sé muy bien cómo tomarme su personalidad de múltiples capas. Hasta Ash parece impresionado.

—Sois unos completos inútiles —dice Aarya y aleja el plato, lo que supongo que significa que ya ha terminado de comer y que alguien debería recoger.

—Sí, claro, nosotros somos el problema —replica Ash—. Porque tú nos has deslumbrado con tu inteligencia toda la mañana.

—Lo sé —dice Aarya, y suspira teatralmente—. Lo que tengo que aguantar.

Todos sentimos la presión del tiempo. Anoche nos fuimos a la cama a las cuatro de la madrugada después de hablar en círculos delirantes durante horas y con la esperanza de que todo tendría más sentido si lo consultábamos con la almohada. Pero ahora estamos almorzando sin un plan concreto y solo queda un día para el baile.

La única persona que parece tranquila es Inés, que ha comido el doble que los demás y sonríe levemente ante los dramas de Aarya.

—Aunque nos colemos en la propiedad, la única forma de que nos funcione —dice Ash inclinándose hacia delante— es distrayendo o desorientando a un par de guardias. Queda descartado dejarlos inconscientes. Se darían cuenta de su ausencia de inmediato y quedaría claro que hay huéspedes sin invitación. Y fingir que somos guardias también queda descartado. Nos arriesgaríamos a que nos reconozcan.

—Estamos hablando de guardias muy cualificados de Estrategia y matones a sueldo. Nos descubrirán hagamos lo que hagamos y será tan obvio como si nos quitamos a un par de guardias de encima —contrarresta Aarya—. Al menos, si eliminamos a los guardias, ganaremos diez minutos, más o menos.

—Diez minutos si tenemos suerte —replica Ash—. Y ni siquiera sabemos qué buscamos en el interior. No descartes que hagamos todo el esfuerzo de entrar para acabar huyendo antes de que encontremos lo que sea que el padre de November quería que viera.

Me revuelvo nerviosamente en la silla al pensar lo cerca que estamos de mi padre, pero sin tener ni idea de cómo llegar a él.

—Y ya estamos en el punto de partida otra vez —suelta Aarya, sentándose en la silla con exasperación—. Si seguimos así, no podremos ir al baile.

—Cenicienta —digo, reflexiva.

Aarya gruñe.

—Ojalá tuviéramos un hada madrina o, no sé, que viniera la profesora Hisakawa a prepararnos un brebaje.

Me quedo quieta, ya que sus palabras me hacen recordar una conversación que casi había olvidado.

—¡Matteo! —exclamo.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —dice Aarya—. Pero no te quepa duda de que estoy intrigada ante la perspectiva de un plan que incluya a Matteo como hada madrina.

—De hecho, podría ser —respondo, sin estar segura de cuánto puedo decir sin romper la promesa que le hice—. Fui a ver a Matteo antes de que Ash y yo nos fuéramos de la academia para preguntarle, bueno, más bien, rogarle, que me ayudara de alguna manera.

Ash me observa inquisitivamente.

No lo miro a los ojos, porque me siento culpable de no haber encontrado el momento de decírselo.

—Matteo me dio información sobre un contacto en una botica de aquí de Londres, pero...

Ash abre la boca, pero antes de que pueda decir nada, Aarya golpea la mesa.

—¿Estás de coña? ¿Tenías información sobre un boticario Oso? ¿Por qué no empezaste con eso?

—Matteo me hizo prometer que no compartiría esa información con nadie —contesto mirando de reojo a Ash.

—Circunstancias atenuantes —dice Aarya, como si eso fuera una

razón—. Además de poder darnos algo para colarnos en el baile, un boticario es, sin ninguna duda, uno de los mejores recursos para conseguir información para matar a Jag.

—No, Aarya —replico—. No pienso romper la confianza de Matteo y traicionar los secretos de los Osos.

—Para empezar, a Matteo ni siquiera le caes bien —contraataca Aarya—. Segundo, tú no eres un Oso. Y tercero, no tienes ni idea de cómo manejar una interacción con un boticario. Son los guardianes de los secretos en Estrategia. No se andan con tonterías y solo ayudan a quienes quieren ayudar. Si vas tú sola, no durarás ni cinco minutos.

Ash frunce el ceño y por su expresión es evidente que no le gusta nada esta situación.

—Y si vas sola —aclara Ash—, tendríamos que saber dónde estás y estar cerca. Por mucho que odie decirlo, Aarya tiene razón en que los boticarios son complicados. Hay tantas probabilidades de que te hagan daño como de que te ayuden.

Me quedo en silencio un momento.

—Entiendo que quieras asegurarte de que estoy a salvo, pero le di mi palabra a Matteo y no pienso traicionarlo.

Aarya empieza a hablar, pero Inés la interrumpe.

—Aarya, quieres ir porque los boticarios son difíciles de encontrar y un recurso muy valioso. Y, créeme, entiendo la curiosidad. —Nos dedica una mirada breve a Ash y a mí—. Yo quiero ser boticaria. Pero aprovecharse de la información de Matteo acabará mal y eliminaría toda posibilidad de que November se gane la confianza de Matteo en el futuro, una confianza que necesita a toda costa. Y por muchos problemas en los que se meta November si va sola, será imposible que vayamos todos. ¿De verdad crees que un boticario Oso le daría información y veneno a un Lobo, una Chacal y una Zorro?

Aarya refunfuña y Ash se queda mirando su plato con frustración.

—Además —continúa Inés, levantándose de la mesa y cruzando la habitación—, no tenemos mucho tiempo. Si November va a ir, tiene que ser hoy. —Inés desaparece en el salón y vuelve con la guía telefónica. La suelta en la mesa delante de mí—. Esté donde esté el boticario, deberías poder encontrar su dirección aquí.

Ash también se levanta.

—¿Y tú adónde vas? —le pregunta Aarya, que parece enfadada por no haberse salido con la suya.

—A comprar más teléfonos de prepago —contesta Ash mientras va a por su chaqueta—. November debe tener una forma de ponerse en

contacto con nosotros.

El estómago me da un vuelco. Estaba tan concentrada pensando en cómo mantener la promesa que le hice a Matteo que no había caído en la realidad de la situación: voy a ir sola.

Salgo del taxi, que parece sacado de los años cuarenta y me cubro la cara con la capucha. Sé que es absurdo si tenemos en cuenta lo que está pasando, pero tiene algo de estimulante ir en la parte trasera de un taxi británico y pagar con libras esterlinas. Sin embargo, en cuanto giro la esquina, mi emoción se evapora. Ante mí se extiende una fila de antiguos edificios con escaparates muy elegantes, y uno de ellos es de una tienda de antigüedades con un letrero pintado a mano que reza MENTE ARCANA, justo como me dijo Matteo.

Examino la acera, donde la gente sale de una pastelería con pan recién horneado y cafés calientes. Van con prisa, se colocan las bufandas alrededor del cuello y agachan la cabeza para protegerse del viento. Pero, en vez de disfrutar de los clientes entusiastas que se dedican a comprar por las fiestas, yo los estudio, los evalúo uno a uno como posible amenaza. Si hay un boticario en este barrio, es muy posible que también haya algún estrategia.

Me dirijo con paso rápido hasta la tienda y agacho la cabeza como los demás viandantes, aunque lo que quiero hacer es analizar los alrededores. Pero si hay algún otro estrategia por aquí, mirarlos directamente me delatará al instante. Así pues, me detengo ante el escaparate y le echo un vistazo sopesado como si hubiera venido a echar un ojo.

A diferencia de la tienda de antigüedades de mi pueblo, donde las cosas están apiladas unas encima de otras, este escaparate es artístico y está decorado con luces blancas que parpadean por las fiestas. No me sorprendería si solo hubiera objetos de coleccionista y de subasta, cosas tan frágiles y caras, por las que nunca traerías aquí a tus hijos por miedo a que rompieran algo que vale más que tu coche.

Un viandante cargado de bolsas llenas de regalos envueltos pasa junto a mí y me doy cuenta de que estoy dudando frente a la entrada. Respiro hondo, repito mentalmente lo que tengo que decir una vez más y abro la puerta.

El interior de la tienda rebosa de extravagancia y del color azul. No se parece al estilo oscuro y gótico de los Lobos, pero la precisión es la misma. A mi izquierda, hay un mostrador de madera rústica,

decorado con una pluma, un libro de cuentas y un timbre. Al otro lado del mostrador hay un chico delgado y guapo, con el pelo hasta los hombros y que no parece tener más de veinte años. Frunzo el ceño. Un boticario no debería ser tan joven, ¿no? Después de observarlo unos segundos, me doy la vuelta y casi tropiezo con una señora de mediana edad que lleva un vestido largo de color azul. Tiene el pelo con canas en las entradas y rizos recogidos en un moño alto, su postura es impecable y tiene unos ojos negros aún más penetrantes que los de Ash.

Mi estómago se hunde como si estuviera en caída libre.

Ella me mira a mí, luego al chico detrás del mostrador y, cuando vuelve a mirarme, me da la sensación de que ya ha conformado su opinión.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta con una voz profunda y grave, tanto como su quijada.

Asiento con la cabeza y se me olvida por completo lo que debería decir. Hay algo en ella que me hipnotiza y me intimida, que me deja sin palabras.

—¿Quieres decírmelo o quieres que te muestre nuestras últimas adquisiciones? —pregunta la mujer, y hay dureza y peligro en sus ojos, como si me estuviera retando a moverme en la dirección equivocada.

El corazón me late y me paso la lengua por los labios resecos intentando desesperadamente recordar la frase. Dejo de mirarla a los ojos y, por el rabillo del ojo, veo que el chico del mostrador nos observa. Examino lo que supongo que es un confesionario medieval que se ha restaurado en estantería y decorado con flores secas de color azul y libros viejos. Me basta alejarme brevemente de la intensidad de su mirada para que me venga a la memoria.

—*Aut cum scuto aut in scuto* —digo en voz baja, repitiendo la frase en latín que pronunció Matteo y que significa «con escudo o sin escudo», y que me sale con una entonación extraña.

—Ya veo —replica tras un instante.

Me mira de una forma que me impide moverme, como si al parpadear más de la cuenta, fuera a decirme que no puede ayudarme y que me vaya.

—Es posible que tengamos lo que buscas en la parte de atrás —dice, y se da la vuelta.

El pecho se me deshincha aliviada, pero la sensación es fugaz. Cuando se abre paso entre los muebles en silencio, me siento incapaz

de seguirla. Hay algo en esa mujer que me deja desequilibrada, como cuando pierdes agarre en escalada.

Nos dirigimos a la parte de atrás de la tienda, donde la boticaria se saca unas llaves antiguas del bolsillo y abre una pesada puerta de madera. Sé que he venido aquí para poder hablar con ella en privado, pero no me emociona la idea de desaparecer con ella tras unas puertas cerradas.

La boticaria me mantiene la puerta abierta y me indica que entre. Y eso hago. Me adentro en un pasillo alargado iluminado con dos candeleros. Las paredes cuentan con revestimiento en la parte baja y, por arriba, con un papel pintado de color azul oscuro y un diseño aterciopelado que hace que el pasillo parezca más oscuro. Miro instintivamente por encima del hombro, justo en el momento en el que la boticaria cierra con llave la puerta que tenemos a la espalda. Toco el bolsillo del abrigo por fuera, donde está el móvil, y respiro hondo para tranquilizarme con que puedo enviar un SMS de ayuda si lo necesito. De hecho, puedo mandar mensajes desde el bolsillo, una habilidad que dominé en el instituto cuando quería mensajearme con Emily sin que me quitaran el móvil.

—Todo recto hasta la puerta del fondo —dice la boticaria, y mi calma se desvanece conforme me alejo de la puerta.

Se parece a lo que siento en los sótanos oscuros, la sensación de que me siguen y de que debería salir corriendo.

Giro el frío pomo de cobre de la puerta que me ha indicado la boticaria y las bisagras chirrían al abrirse. Del techo cuelgan lámparas de vitral, que arrojan una luz intermitente, y hierbas y flores que reconozco por la obsesión por las plantas que tenía de pequeña. Las paredes tienen estanterías empotradas de hierro forjado llenas de viales y recipientes de cristal. También hay una chimenea muy profunda encendida de la que cuelgan varios calderos pequeños. Las mesas de madera nudosa están cubiertas de todo tipo de objetos, desde cristales hasta dagas ornamentadas.

Por un breve instante, mi miedo es eclipsado por el asombro y entiendo por qué Inés quiere aprender este oficio. Pero mi fascinación se acaba pronto, porque la boticaria pasa junto a mí, me roza la pierna con su larga falda azul y ese mero contacto casi me hace dar un respingo.

La boticaria se acerca a una de las mesas, que está llena de botellas de cristal medio llenas y hierbas amontonadas. Parece que se dispone a clasificarlas y no dice ni una palabra.

Me acerco a la mesa y me quedo de pie al otro lado, con cuidado de no tocar nada. Ella alza la mirada y, cuando establecemos contacto visual, trago saliva.

—Me gustaría comprar algunos productos —digo, y mi tono de voz parece fuera de lugar en esta habitación aislada y en silencio.

Ella no dice nada.

—Eh... Algo para confundir, si tienes, y un veneno potente —enumero, y entono la frase más como una pregunta que como una afirmación.

Ella no se mueve. De hecho, está tan quieta que parece petrificada. Respiro hondo. Ash, Aarya e Inés me dijeron que fuera al grano, que hiciera el pedido y fuera cortés.

Pasan los segundos y mi instinto me dice que hable, que llene el silencio con cualquier cosa que no sea esta ansiedad que me produce el silencio.

—Le estaría muy agradecida —añado finalmente, con la esperanza de que mi tono de voz la saque de esa postura tan espeluznante.

Pero mis palabras parecen perderse en la quietud.

Y, de nuevo, siguen pasando los segundos.

—¿Quieres que diga algo que no he dicho ya? —pregunto y cierro la boca de sopetón. «¿Qué leches ha sido eso?». Se me ha escapado antes de pensarlo—. Tengo dinero. Una cantidad ridícula, la verdad, y me han pedido que te entregue lo que quieras y prometerte más si así lo quieres. Hablando de cantidades ridículas, ¿has cogido un taxi últimamente? Qué experiencia más chula, la verdad, pero madre mía, los precios.

Mi mano va con rapidez a la boca. Dios santo, ¿qué chorradas estoy diciendo? Intento recomponerme, pero me tambaleo y el suelo está resbaladizo, como si fuera líquido en vez de madera.

—No, no. —El pánico se aferra a mi estómago y miro hacia la boticaria—. ¿Qué me has hecho? —le espeto.

Una sonrisa aparece en su rostro, hasta ahora, inmóvil.

—Interesante —dice para sí, y rodea la mesa hasta donde estoy.

Echo mano al bolsillo, con un control prácticamente nulo de mis movimientos y, al tercer intento, consigo meter la mano. Pero para mi desesperación, no hay nada dentro. Saco la mano, examino la palma vacía y veo que en la muñeca tengo restos de algo aceitoso. «Cuando ha pasado junto a mí... ha debido... ¿cómo no me he dado cuenta?». Froto torpemente el aceite, pero lo único que consigo es que empeore la sensación de hallarme en una neblina.

Me doy la vuelta hacia la puerta, pierdo el equilibrio, me tropiezo con otra de las mesas y me golpeo la rodilla con una de las patas. Me incorporo con la cabeza tambaleándose en busca de la postura adecuada. La boticaria se coloca entre yo y la puerta.

—O bien eres tonta por pensar que podías venir a mi tienda y usar un código de familia privado o estás desesperada. ¿Cuál de ellas eres tú? ¿La tonta o la desesperada?

Me mira como si fuera a comerme.

Me agarro a la mesa. Matteo me dijo que quizá estuviera dispuesta a ayudarme si pensaba que era una prima lejana de los Osos, pero está claro que no es el caso. Sabe que soy una extraña.

—Desesperada —le digo, con una boca que vuelve a moverse sin permiso —«¿Por qué le he dicho eso?»—. Necesito tu ayuda para encontrar a mi padre.

«Joder. Joder. ¿Qué estoy diciendo? ¿Me ha dado una especie de suero de la verdad?». Vuelvo a mirar hacia la puerta y sopeso correr hacia ella, pero no creo que mis piernas puedan soportar mi peso ni mucho menos rodearla para llegar hasta la puerta. Enarca una ceja.

—Yo de ti me olvidaría de salir. Estarás aquí tanto como yo quiera. Si es que sales, claro.

Abro los ojos con el corazón desbocado. Estoy atrapada entre dos puertas pesadas al final de un pasillo largo, incapacitada, soltando secretos y sin teléfono. Nadie va a venir a ayudarme, porque nadie sabe dónde estoy y dudo que nadie me oiga si grito.

—Ahora dime —dice mientras lucho por mantener el equilibrio y el agarre a la mesa—, ¿quién es tu padre?

Me resisto tanto como puedo, a ella y a la terrible sustancia que me ha dado.

Mi padre se ríe, lo que causa que frunza aún más el ceño hacia el suelo, donde está la espada de madera que me acaba de quitar de las manos.

—¿Probamos otra vez? —pregunta.

—Como quieras —farfullo entre dientes, y recojo la espada con un bufido.

Mi padre me mira con empatía.

—Si no te gusta perder, entonces la esgrima no es lo tuyo. Porque no vas a ganar siempre. Y la necesidad de ganar solo hará que te sientas desgraciada... como en este preciso instante.

—Tu espada es más grande que la mía —replico y golpeo las hojas.

—Tienes diez años. Claro que mi espada es más grande —contesta de

forma realista.

—Y ni siquiera son de verdad. Son de madera —digo en un intento de excusar por qué lo estoy haciendo tan mal.

—Bueno, deberías estar agradecida. No estás preparada para una espada de verdad —apostilla mi padre, y agarro con más fuerza la empuñadora de madera, frustrada.

—Estoy lista —le contradigo, desafiante.

—No, no lo estás. Y por cómo estás actuando ahora mismo, no creo que estés lista para ninguna espada. Ni siquiera una de madera.

Pongo los ojos en blanco y golpea de nuevo con su espada, por lo que la mía vuelve a salir volando. Abro la boca para protestar, pero antes de que pueda decir una palabra, recoge mi espada de práctica y echa a andar en dirección a nuestra casa.

—¡Oye! —le grito, y corro para alcanzarlo—. ¡Devuélvemela!

—Cuando estés lista —dice con un tono de voz calmado que me pone de los nervios.

—¿Cómo voy a estar lista si no me das la espada? —pregunto.

Mi padre se detiene y me encara.

—No me refiero a tus habilidades. Podrías ser la mejor espadachina del universo, pero tu actitud acabaría contigo.

Frunzo el ceño.

—¿Te acuerdas cuando hace dos semanas te peleaste con Emily en el colegio y volviste a casa de mala leche? —pregunta—. Te fuiste al bosque con tus cuchillos. ¿Y qué pasó?

Lo miro, precavida, sin saber a dónde quiere llegar.

—Los tiré mal y acabé llorando.

—Así es —coincide él bajando un poco la voz—. No fue porque de repente tus habilidades cambiaran, sino porque lo hicieron tus emociones. Te enfadas cuando no se te da bien algo, Nova. Y lo que es peor, te enfadas cuando pierdes. Pero que algo se te dé mal o perder no es tan malo como piensas y no supone lo que tú crees que supone. Es humano. Así es como se aprende. Y lo más importante, te da la libertad de no ser siempre la ganadora perfecta.

Lo miro dubitativa.

—¿Y ser la ganadora perfecta es malo?

—Pues lo es si no siempre puedes serlo. Es una trampa que te pones a ti misma en la que siempre acabas decepcionada. La gente más valiente que conozco, la gente con mejores habilidades, pierden y se les dan mal algunas cosas. Pero lo reconocen. Y como lo reconocen, la gente confía en ellos. —Me mira de forma penetrante—. Ser capaz de aceptarte a ti misma por lo

que eres y por lo que no es una forma de poder.

Me resisto a la necesidad de contarle quién es mi padre. No me imagino una situación en la que esto acabe bien si descubre que es un León.

—Mi padre es un León —suelto en cuanto lo pienso—. ¡Mierda! —exclamo y golpeo la mesa, por lo que casi pierdo el equilibrio y me caigo al suelo.

—Un León —repite, toma aire, y dice con un tono de voz peligroso —: Creíste que iba a ayudar a un León.

Se saca una daga del cinturón.

Me tambaleo hacia atrás e intento pensar a pesar de la confusión. Ahora sí que me arrepiento profundamente de no haberle dicho a Aarya y a Ash adónde iba.

—No me puedo creer que haya protegido tu ubicación.

«Y encima lo digo en voz alta». Estoy tan frustrada que quiero gritar.

—¿A qué te refieres? ¿Nadie sabe que estás aquí? —pregunta, y las comisuras de sus labios se tornan en una sonrisa terrorífica.

—Exacto —contesto, cada vez más molesta.

—Ahora que lo pienso —dice echando un vistazo por la habitación —, se me están acabando algunos ingredientes. —Señala los recipientes de cristal—. Quizá puedas ayudarme con eso.

Me quedo inmóvil unos segundos; ni siquiera puedo pensar en cómo reaccionar. Mi mente quiere rechazar sus palabras y convencerse de que no ha dicho que quiere usarme para sus tinturas o venenos o las otras cosas desagradables que hace aquí. Mis ojos se posan en las jarras llenas de ingredientes secos que hay en las estanterías y, de repente, me entran ganas de vomitar. Vuelvo a mirar a la boticaria, que pasa los dedos por el mango de su daga, pensativa. El sudor me cae por la frente.

—Oye —la llamo, en un intento desesperado por concentrarme en algo que no exponga a mi padre—. Entiendo por qué no quieres aprovechar la oportunidad de ayudarme.

—Es que no voy a ayudarte —me corrige.

—Pero te equivocas —digo y agito la cabeza, enfadada conmigo misma.

—Me parece de lo más improbable —dice ella dando un paso adelante.

—¿Puedes parar? —exclamo—. ¿Puedes quedarte quieta y no

amenazarme con esa daga durante un minuto? No puedo pensar y no puedo decirte lo que quiero decirte.

—Que no puedas pensar no es problema mío —sentencia, impávida ante mi pataleta.

Respiro hondo e intento poner en orden mis pensamientos sin ser presa del miedo.

—Te equivocas con que no merece la pena ayudarme —repito intentando recomponerme.

—No lo tengo yo tan claro.

—No soy quien crees que soy. Soy una Oso —explico, y mi cerebro lucha por decir algo que no parezca típico de una niña de primaria.

Lo que me haya dado me ha quitado la habilidad de filtrar y razonar.

—Si tienes un padre León, no puedes ser una Oso.

—Mi madre era una Oso. Si me miras con atención, te darás cuenta —digo con rapidez y, de inmediato, alejo mis pensamientos de mi madre antes de revelar nada más.

La boticaria saca un vial de uno de los bolsillos de su cinturón y lo descorcha. Yo abro mucho los ojos.

—Y... y... —tartamudeo mientras me desplazo por la mesa e intento poner algo de distancia entre nosotras—. Lo que estoy haciendo es lo que los Osos intentan hacer desde hace décadas. Trato de detener a los Leones, impedir que Jag use su poder para hacer daño al resto de los estrategia.

Ella levanta una ceja.

Me agarro a la mesa, consciente de que cada segundo cuenta y de que, si acabamos en una pelea, en mi estado actual seguramente pierda.

—La frase en latín que te he dicho, el código secreto, es para ayudar a aquellos que luchan contra los Leones. Significa que no hay que rendirse nunca. Con un código como ese, supongo que detener a los Leones es algo importante para ti.

Ella niega con la cabeza como si la conversación se hubiera vuelto tediosa e introduce la punta de la daga en la botella.

—Tal y como yo lo veo, voy a detener a un León ahora mismo.

Gotas de sudor me caen por la frente. «¿Y si me paraliza antes de despedazarme? ¿Y si estoy despierta para ver todo el proceso?».

—Leones. Jag. Luchar —digo de inmediato para instar a mis pensamientos y mi boca en la dirección correcta.

La boticaria cierra el vial, vuelve a ponerlo en su cinturón y, de

nuevo, centra su mirada en mí. Da un paso adelante y otra vez pierdo hilo de mis pensamientos.

Por un instante miro a mi alrededor en busca de un arma o algo que le impida el paso, pero, al girar la cabeza, aunque sea con el más mínimo movimiento, hace que me maree. Veo una estantería a unos tres metros. Si salto, es posible que pueda agarrarme a ella y tirarla al suelo antes de que me alcance. Aunque también podría quedarme atrapada debajo de la estantería. E incluso si pudiera superar la estantería con mis movimientos torpes, dudo seriamente que pueda abrir dos puertas cerradas con llave y salir de la tienda antes de que me alcance y me raje la garganta.

—Yo de ti no lo haría —me dice con dureza al seguir mi mirada.

Me muerdo el labio y sacudo la cabeza con tanta frustración que podría echarme a llorar. Vuelvo a mirar a la boticaria, que se acerca a paso firme.

—Vale. De acuerdo. Tú ganas. Tú ganas. No logro salir de esta y has conseguido que no pueda controlar mi propio cuerpo. Así que aquí estoy, atrapada contigo y tu terrible daga. Y quizá...

Una leve sonrisa aparece en sus labios.

—Me asombra lo simples que son tus pensamientos. Básicos, en realidad. Esperaría más de un estrategia de seis años.

Ignoro su insulto.

—Júzgame todo lo que quieras, pero al menos no soy una hipócrita. Al menos, no uso un código que sugiere que estás enfrentándote a los Leones cuando lo único que haces es interponerte en el camino de los que sí se atreven a intentarlo.

Ella entrecierra los ojos y coloca la punta de la daga bajo mi mentón.

Pero no retrocedo.

—Cuando descubrí que era una estrategia, lo odié. Lo último que quería era formar parte de esta sociedad secreta, asesina y hambrienta de poder. Pero entonces descubrí algo más, algo sobre Estrategia que me hizo reconsiderarlo: hacen todo lo posible para que la historia no se repita y evitar las tragedias que saben que podrían pasar. Y aquí estoy buscando a mi padre, cuando me doy cuenta de algo... que no puedo volver. No volveré a tener la vida que conocí antes de ser de Estrategia. Pero sí que puedo elegir algo, elegir qué tipo de estrategia quiero ser. Y aunque no sé mucho, aunque sea «básica» como tú dices, sé que Jag es una tragedia que merece la pena detener. Y, a pesar de que algunos estrategia están de acuerdo, nadie se opone a ellos

activamente. Pero yo sí.

Se detiene con la daga todavía en contacto con mi piel y cambia su expresión. Por primera vez, me da la sensación de que he dicho algo que ha captado su atención.

—¿Qué te hace pensar que puedes frenar a Jag? —pregunta—. Si no puedes ni salvarte de mí.

Me agarro a la madera con todas mis fuerzas e intento no moverme por temor a que decida abrirme en canal.

—Porque todo y todos los que quiero en este mundo dependen de ello.

Gruñe y, durante unos segundos, parece que intenta decidirse. Nos quedamos mirándonos la una a la otra y el tiempo se estira en un silencio insoportable.

Entonces, sin previo aviso, retira la daga y la guarda en el cinturón.

No me atrevo a hablar por miedo a que cualquier cosa le haga cambiar de opinión y se decida a trocearme.

Saca un vial estirado de un bolsillo.

—Bébetelo —dice sin dar explicaciones.

Miro el vial y titubeo.

—Yo de ti me lo bebería, a menos que tengas intención de salir de aquí a gatas —añade con tono de voz impaciente.

Respiro hondo, cruzo los dedos y me bebo el líquido de sabor ácido. Me quema al bajar por la garganta. Me dan arcadas y toso, como si tuviera la garganta en llamas, y me pregunto si es posible que me haya envenenado. Sin embargo, de inmediato, dejo de sentirme mareada. Siento las piernas con fuerza y la niebla de mi cabeza desaparece. Ya no tengo la necesidad de soltarle todos mis pensamientos.

La boticaria cruza la habitación con paso decidido y coge un par de objetos de las estanterías. Coloca un recipiente del tamaño de un brillo de labios en el borde de la mesa.

—Confesiones de borrachera —dice—. Es el aceite que he usado. Una pincelada en la piel dura una hora aproximadamente.

De repente me siento confusa. ¿No va a matarme y encima me vende las hierbas? Asiento en vez de hablar por miedo a que cambie de opinión.

La boticaria coloca dos viales finos de cristal en una pequeña cartuchera de arpillera y la cierra con un nudo.

—Dos dados con veneno relámpago. —Coge de la mesa un vial de

cristal del tamaño de un carrete y lo coloca junto al resto de los objetos—. Y sueño de ángel. Un par de gotas en la comida o en un puñal conseguirá que un hombre de tamaño considerable duerma durante horas.

También pone mi móvil junto al veneno. Estoy segura de que mi rostro refleja asombro.

—Eh… G-gracias —consigo decir con la mente dándome vueltas—. ¿Cuánto te debo?

La boticaria alza la mirada para encontrarse con la mía mientras saco la cartera.

—No acepto dinero.

—Puedo conseguir más si… —empiezo a decir.

—No —me interrumpe.

Me quedo muy quieta, sin saber qué trama o por qué lo hace.

—Tráeme el collar de oro con garra de oso de Maura y estaremos en paz —dice.

Me quedo mirándola, confundida. «Maura… Es el femenino del nombre latino Maurus, que significa "oscuridad". Pero eso no me dice nada». Lo único que se me ocurre es que esa tal Maura pertenezca a la familia Oso y que debe ser lo bastante importante como para que reconozca su nombre.

—No tengo tiempo de ir a Italia en estos momentos —replico, sin saber cómo sortear esta petición.

Estoy segura de que es mala idea decirle que no sé dónde está Maura. Miro los viales y frunzo el ceño. Estoy tan cerca.

Ella mira el reloj que hay en la pared.

—Bueno, por suerte para ti, resulta que está cenando en La Cucina Della Nonna —comenta—. Y si eres una Oso como dices y haces lo que afirmas que haces, no debería ser un problema convencerla de que es una causa justa.

«Si se ha atrevido a decirme dónde está Maura, es porque quiere ese collar a toda costa. Y si lo quiere a toda costa, es porque tiene mucho valor o es importante… lo que significa que será casi imposible de conseguir». Espiro con fuerza.

—Ahora sal de aquí —suelta.

Me tira el móvil y salgo prácticamente corriendo por la puerta.

DIECIOCHO

Me alejo tres manzanas de la botica antes de detenerme y sacar el móvil. Me quito los guantes con los dientes y le envío un mensaje a Ash, Aarya e Inés.

Yo: *La boticaria nos dará lo que queremos… algo para confundir y veneno relámpago, pero exige un trato.*

Solo tengo que esperar unos segundos antes de que una respuesta aparezca en la pantalla.

Aarya: *¡¡¡*VENENO RELÁMPAGO*!!! Haz lo que te pida. Me da igual si tienes que vender tu ojo derecho.*

Ash: *¿Qué tipo de trato?*

Yo: *El collar de Maura. ¿Quién es Maura?*

Las respuestas se detienen durante un instante, como si estuvieran hablando entre ellos.

Ash: *La madre de Matteo.*

Casi dejo caer el móvil a la acera. Mi madre se llamaba Matilde y el verdadero nombre de mi tía Jo era Magdalene. No me sorprendería si el nombre de su hermana también empezara por eme. Me quedo petrificada un buen rato y, cuando vuelvo a mirar hacia la pantalla, hay más mensajes.

Aarya: *Joder. No tenemos tiempo de encontrarla. ¿La boticaria no acepta cualquier otra cosa?*

Aarya: *¿?*

Yo: *No. Maura está aquí en Londres. La boticaria me ha dicho dónde está cenando.*

Aarya: *¿Y qué haces hablando con nosotros en vez de ir en su busca?*

Ash: *Los restaurantes suelen ser una tapadera típica en las propiedades de Estrategia. Si la boticaria sabe que está en ese, es porque seguramente haya otros Osos. No es seguro. Vuelve al piso. Ya nos la apañaremos de*

otra forma.

Aarya: *Eso sí que no. Necesitamos ese veneno.*

Ash: *No va a meterse en una propiedad Oso a robarle a una líder Oso, Aarya. Es la cosa más estúpida que he oído. Acuérdate de cómo reaccionó Matteo con ella.*

Aarya: *Si lo que buscabas era seguridad, Ash, deberías haberte quedado en casa. Lo haré si a ti te da demasiado miedo. Dame la dirección.*

Frunzo los labios cortados y miro a mi alrededor. Dos puertas más abajo hay una bodega y, antes de que tome una decisión, me dirijo hacia allí. No quiero darle a Aarya la ubicación de mi tía para que le robe. Sé que no tiene sentido que la mantenga en secreto, ya que seguramente a Aarya se le dé mejor conseguir el collar. Además, nunca he visto a Maura y Ash tiene razón con que no sería seguro. Pero Matteo me contó que su madre quería a sus hermanas y eso es importante para mí, así que, si alguien tiene la oportunidad de conseguir ese collar, seré yo, y no se lo robaré. Abro la puerta de la bodega y me acerco al mostrador.

—¿Puedo ayudarte? —dice el anciano.

—¿Por casualidad tiene alguna guía de teléfonos? —pregunto.

El anciano mira mi móvil y luego a mí.

—No.

—No tengo internet —le digo alzando el móvil como toda explicación.

—¿Qué estás buscando? —pregunta—. Quizá lo conozca.

Dudo. Me he acostumbrado a que todo sea secreto y tardo un instante en darme cuenta de que preguntar dónde está un restaurante es de lo más normal, sobre todo, para una turista estadounidense. Examino su rostro en busca de la mirada conocedora y dura de los Estrategia, pero no encuentro nada.

—La Cucina Della Nonna —respondo y me doy cuenta de que no se me da mal el italiano, a pesar de no haberlo hablado en mucho tiempo.

—Ah —dice y señala—: Sigue por esta calle, cinco manzanas más allá, a mano derecha. —Y añade—: Una pasta maravillosa. De las mejores.

Le doy las gracias efusivamente, emocionada por lo fácil que ha sido, y salgo de la tienda. Miro a ambos lados de la acera. En un radio de diez manzanas, hay una botica Oso y un restaurante donde va a comer la líder de los Osos. ¿Estoy en un barrio Oso?

El móvil vibra e interrumpe mis pensamientos.

Aarya: ¿NOVEMBER? *A pesar de lo que pueda parecer, la paciencia no es la mejor de mis virtudes.*

Yo: *Está cerca. Voy a pasarme caminando.*

Aarya: *¿Dirección?*

Ash: *¿Dirección?*

Inés: *Buena suerte, November.*

Yo: *Os escribo cuando llegue.*

Camino por la calle a paso ligero y cuento las manzanas. Sé que ir sola no es la mejor de las ideas, sobre todo después de lo que me ha pasado con la boticaria. Pero si la hermana de mi madre está en ese restaurante, quiero verla.

Cuando estoy a cuatro manzanas de distancia, veo el letrero de La Cucina Della Nonna y aminoro el paso. «Voy a pasar lentamente», me digo. «Voy a echar un vistazo por la ventana». Pero cuanto más me acerco, más fuerte me late el corazón. «Se parecerá a mi madre y a mi tía Jo? ¿La reconoceré? ¿Y si me ve? ¿Me reconocerá ella a mí?».

Me detengo a metro y medio de la ventana del restaurante y saco el móvil. Dejo marcado el número de Ash por si tengo que salir corriendo y dejo el pulgar sobre el botón de llamar. Pero antes de que pueda dar un paso más, alguien me agarra de la muñeca y me tira el móvil de la mano. Me doy la vuelta y me resisto para que el asaltante afloje el agarre en mi muñeca. Levanto el otro brazo.

—November —dice una voz que me resulta familiar, justo cuando mi puño entra en contacto con su cara.

Matteo da un paso atrás con rapidez y levanta las manos.

—¿Matteo? —digo totalmente anonadada.

Él se frota la mandíbula.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —exclama claramente enfadado.

Lo miro como si no estuviera segura de si el aceite de la boticaria aún me produce alucinaciones.

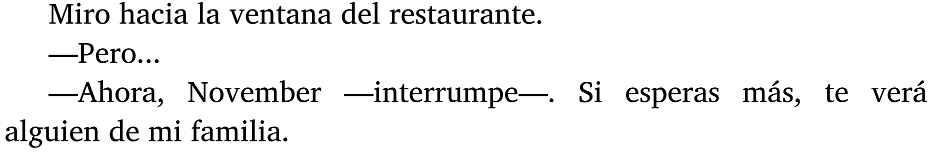
—¿Qué hago aquí? ¿Qué haces tú aquí? —Recojo el móvil de la acera y vuelvo a guardarlo en el bolsillo. Observo su mandíbula, donde le he propinado un puñetazo—. Lo siento, te he dado...

Él rechaza mis disculpas y me interrumpe.

—Te he seguido desde la botica —dice, como si eso fuera una explicación razonable.

—¿Que qué? —digo en un intento de darle sentido a sus palabras.

—¿Podemos alejarnos de la calle un momento? —pregunta.



Miro hacia la ventana del restaurante.

—Pero…

—Ahora, November —interrumpe—. Si esperas más, te verá alguien de mi familia.

Mi corazón se encoge. Quiero decirle que también es mi familia, pero sé que no aceptará esa respuesta. Lo sigo de mala gana por la calle y giramos hasta una calle residencial.

Matteo se detiene en la acera delante de un bloque de pisos y se vuelve hacia mí.

—Ahora dime: ¿qué hacías en ese restaurante? —pregunta como si fuera una acusación.

—¿Qué hacías siguiéndome? —replico con la misma frustración.

—No pienso jugar a esto contigo, November —resopla Matteo—. Responde a mi pregunta y responderé a la tuya.

Lo miro en busca de algún signo de engaño, pero parece que dice la verdad.

—La boticaria… —empiezo a explicar intentando averiguar cómo decir lo que quiero decir.

—¿Qué pasa con la boticaria? —pregunta Matteo con una insistencia frustrante.

—Quiere el collar de oso de tu madre a cambio de los productos que necesito —respondo, y opto por un enfoque directo, aunque sé que suena fatal.

Matteo frunce el ceño.

—¿Me estás diciendo que has venido a robarle el collar a mi madre?

—No, no… —contesto con rapidez—. Iba a pedírselo.

Matteo me mira como si hubiera perdido el juicio por completo.

—Que ibas a… No, November. No. ¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Me lo dijo la boticaria —respondo.

El ceño de Matteo se frunce todavía más.

—Entonces está claro que no vas a pedirle a mi madre que te dé el collar.

Lo miro con el mismo descontento.

—Eso no lo decides tú, Matteo. Si alguien tiene que negarse, será tu madre, no tú. Tengo que cumplir mi trato con la boticaria. Es importante.

—Pues no vas a cumplirlo entrando en ese restaurante —dice con contundencia.

Nos miramos el uno al otro por un instante y me pregunto si le

ganaría en una carrera. Seguramente haya un millón de razones por las que es una mala idea, pero lo único en lo que puedo pensar es que la hermana de mi madre, mi tía, apenas está a unos metros de distancia y que tiene algo que me ayudaría a encontrar a mi padre.

Antes de que pueda responder, Matteo se baja la cremallera del abrigo y saca un collar de debajo del jersey. Tiene una delicada garra de oso tallada en oro.

—Tú tienes el...

—Todos lo tenemos —dice Matteo—. Yo, mi madre, mi abuelo, tu madre y la tía Jo.

Me quedo en silencio un segundo. Nunca les he visto estos collares a mi madre o a mi tía. ¿Los tenían escondidos? ¿Y por qué Matteo sabe cosas sobre mis familiares y yo no?

—Esto es lo que vamos a hacer: te daré este collar si me das tu palabra de que te mantendrás alejada del restaurante —dice.

Gano un objeto que me ayudará a encontrar a mi padre, pero tengo que renunciar a conocer a mi tía. Dejo de mirarlo a los ojos por un momento.

—Es un trato especialmente bueno —dice Matteo, como si no hubiera escuchado su oferta.

Como no respondo al momento, su mirada muestra confusión.

—¿Me estoy perdiendo algo?

—No. Tienes razón. Es un buen trato —replico y me cuesta mirarlo a los ojos, así que cambio de tema—. ¿Por qué lo quiere la boticaria?

Matteo niega con la cabeza.

—Quizá porque son imposibles de conseguir. Quizá sepa que tienen un compartimento secreto para guardar veneno. O quizá sabe quién eres y ha decidido entrometerse. Es difícil de saber con los boticarios. Son todo secretos y engaños, pero son tan letales e inestimables que nadie se mete con ellos.

—No te equivocas con la letalidad —le digo con un gruñido, y Matteo me mira inquisitivo, pero no me pregunta qué quiero decir—. Vale, ¿y por qué me estabas siguiendo?

—Layla —responde, pero antes de que pueda decir nada más, le interrumpo.

—¿Qué? —exclamo asombrada y miro a mi alrededor como si estuviera escondida en alguno de los callejones—. ¿Layla? Eso no es... ¿Qué?

—Aquí no —dice—. Pero sí en Londres.

—Pero no lo entien... —empiezo a decir.

—Lo sé —me interrumpe—. Y ahora mismo no te lo puedo explicar. Si no voy a cenar con mi familia, mi madre me cortará el cuello. Se supone que debería haber llegado hace una hora.

—¿Cómo es que Layla está aquí? —pregunto con más insistencia—. ¿Y por qué no lo sabía? ¿Lo sabe Ash?

—No —dice Matteo y su tono de voz suena a amenaza—. Y no puedes decírselo a Ash.

Lo miro de reojo.

—¿A qué te refieres con eso? Que no puedo decírselo.

Matteo levanta las manos como si esto no fuera con él.

—Esto es cosa de Layla. Es evidente que no fue idea mía —dice, como si quisiera dejar claro que no quiere saber nada de mí.

—¿Y de dónde le digo a Ash que he sacado el collar si no puedo contarle nada sobre ti y sobre Layla? —pregunto.

Él deja escapar el aire y se pellizca el caballete de la nariz.

—Dime que no le has contado a Ash dónde está el restaurante.

—No —le respondo—. Supuse que era un secreto de los Osos.

Al principio parece sorprendido de que me importe algo así, y luego desaparece su enfado.

—Vale, bien, dile lo que ha pasado, que te encontraste conmigo de camino al restaurante y que te di el collar. Nada más.

Refunfuño.

Él se pasa el collar por encima de la cabeza y me lo da.

—¿Me lo prometes?

Suspiro.

—Te lo prometo.

Me deja el collar en las manos.

—Pero dime una cosa: ¿por qué Layla no quiere que Ash sepa que está aquí? —pregunto, para intentar obtener información.

—Lo siento, no puedo decírtelo —responde, y mira en dirección al restaurante—. Podrás preguntárselo a Layla tú misma. Ven a vernos a Clarence Hill Road, 12, en Hampstead, a las cuatro de la madrugada.

Da un paso hacia atrás.

—Espera —le insto, pero él se limita a encogerse de hombros mientras camina de espaldas.

—Nos vemos esta madrugada —dice, y se aleja de mí.

Me quedo ahí un rato, desconcertada. ¿Qué cojones está pasando aquí? Primero Aarya e Inés y ahora Matteo y Layla. ¿Por qué haría algo así Layla: despedirse de nosotros en la academia y luego seguirnos en secreto? Supongo que tendrá un buen motivo, pero no se

me ocurre ninguno.

Observo el delicado collar dorado que tengo en la mano y desearía no tener que dárselo a la boticaria. ¿Tendría mi madre uno así?

Me vibra el móvil en el bolsillo y me saca de mis pensamientos. Enciendo la pantalla y hay diecisiete mensajes nuevos. En lugar de leerlos, simplemente escribo: *Tengo el collar. Voy a cumplir el trato. Nos vemos en el piso pronto.*

DIECINUEVE

El sol empieza a ponerse mientras contemplo desde la ventana del taxi las calles tranquilas de Londres, decoradas con luces blancas. Y entonces caigo en la cuenta: hoy es Navidad. Me he perdido la emoción y el chocolate caliente con menta. Me he perdido el árbol engalanado de la plaza de Pembrook, el coro que canta villancicos y la terrible actuación de Navidad en el teatro local. Y me he perdido el encendido de la menorá de Lucille, donde Emily y solemos ir a comer dónuts recién hechos hasta que nos duele la barriga. Y, sobre todo, he perdido a mi padre.

El taxi frena en la esquina del piso de Aarya. Pago al taxista en efectivo y salgo a la calle.

Meto el código en el teclado que hay en la puerta y subo las escaleras dándole vueltas a todo lo que ha pasado. Llamo dos veces a la puerta del piso y, antes de que pueda retirar la mano, se abre. Ash está al otro lado.

—November —dice, y parte de la tensión que tenía en los hombros desaparece.

Está claro que ha estado haciendo lo que quiera que haga Ash cuando se pone nervioso desde que me fui.

Me quito el abrigo, lo cuelgo en el perchero, saco los recipientes y la cartuchera. Cuando vuelvo a mirarlo, parece que quiere decirme algo, pero que no está seguro de cómo hacerlo. Antes de que consiga decir nada, Aarya aparece en el vestíbulo. Sus ojos se iluminan al ver los recipientes.

—Bueno, pero qué ven mis ojos. Feliz Navidad a todos —dice con un entusiasmo que parece fuera de lugar en esta noche tan estresante.

Ash la mira como si no estuviera del todo de acuerdo mientras pasamos al salón. Inés está sentada en el sofá, rodeada de máscaras y

montañas de gasa, encajes y otros adornos.

—Estoy intentando modificar las máscaras para que nos cubran más las caras —explica, y recuerdo todo el tiempo que pasaba en la academia con su libreta de dibujo.

—Sí, sí, Inés es alucinante. Siempre lo ha sido —dice Aarya—. Pero lo que quiero oír es cómo demonios has conseguido el collar. Yo no hubiera dado ni un penique por ti. ¿Y qué hay exactamente en esos recipientes que llevas en la mano?

Casi se cae al cogerlos. Es increíble cómo Aarya puede ser tan amable y horrible a la vez.

—Dos dardos con veneno relámpago —respondo, y pongo la cartuchera de arpillera sobre la mesita de café.

Aarya los recoge con evidente deleite.

—Se ve que has hecho algo bien.

—«Hacer algo bien» no es como describiría la tarde —replico.

—Pues te equivocas. Estas cosas son excepcionalmente únicas y casi imposibles de conseguir —dice Aarya con más vitalidad que nunca.

Frunzo el ceño. Les da vueltas a los viales para examinarlos.

—La mayoría de los venenos tardan en hacer efecto y cuentan con un antídoto. El veneno relámpago es instantáneo y no tiene antídoto. Es uno de los secretos mejor guardados de los boticarios de Estrategia. —Al ver que no me sumo a su entusiasmo, resopla—. Seguramente, Jag es el tipo de persona que siempre va con antídotos encima. Pero esto es algo para lo que no puede prepararse.

—Ah —exclamo, ya que aún me incomoda hablar de asesinatos. Pongo otro recipiente pequeño sobre la mesa—. También traigo confesiones de borrachera.

Ash lo coge y abre la tapa para oler la pasta aceitosa que hay en el interior. Aarya observa por encima del hombro de Ash.

—No sé qué es —afirma—. ¿Tiene que ingerirse?

—Se extiende sobre la piel —digo—. Te desorienta, hace que te tiemblen las piernas y que digas cualquier cosa que se te pasa por la cabeza. Es una experiencia bastante horrible.

Ash me mira y deja de interesarse por el ungüento para centrarse en mí.

—¿Cómo sabes que es tan horrible?

—Lo ha usado conmigo —respondo—. Nada más entrar por la puerta. La verdad es que no sé cómo he salido de allí con vida.

Aarya silba, sorprendida. Ash frunce el ceño.

—Había oído rumores de que los boticarios prueban sus productos en clientes desprevenidos, pero nunca he conocido a nadie que le haya pasado. ¿Estás bien? ¿Por qué no nos llamaste?

Antes de que pueda responder, Aarya empieza a hablar.

—Está bien; mírala —dice restando importancia a la preocupación de Ash—. Aquí lo importante es que, si ha estado soltando todo lo que se le ha pasado por la cabeza, ¿qué le ha contado November?

—Me quitó el móvil —respondo a la pregunta de Ash—. Y no le he dicho nada de nuestro plan, salvo que queremos eliminar a Jag del mapa.

A Aarya se le escapa la risa.

—¿Me estás diciendo que conseguiste que una boticaria testaruda cambiara de opinión al decirle que te ibas a cargar a Jag?

Niega con la cabeza.

—Soy muy convincente —contesto.

—Ya veo —replica.

—Y bueno, también ayudó que lo dijera de verdad. Creo que ese ungüento tiene algo de suero de la verdad —añado.

Aarya observa la pasta aceitosa como si fuera un pastel de chocolate.

—Qué cosa más fascinante.

—Y, también, sueño de los ángeles —digo poniendo el vial de cristal sobre la mesa—. Una especie de sedante.

—Uno potente. Está hecho con belladona —dice Aarya y escucho la voz de Hisakawa en mi mente: «*Atropa belladonna* o belladona, sin más. La sirena gótica de todo boticario que se precie». Pero en lugar de emocionarse como había hecho con el veneno, Aarya mira a Inés, que se ha puesto en tensión.

Ash coge el vial de sueño de los ángeles.

—Necesitamos dardos para esto.

Inés sale en silencio de la habitación. Ash también se da cuenta de la reacción de Inés. Miramos a Aarya en busca de una explicación, pero se encoge de hombros.

—Bueno, dinos —dice Aarya cambiando de tema—. ¿Cómo conseguiste el collar?

—Matteo —digo sin vacilar, ya que temo que, cuantos más detalles dé, más probabilidades hay de que mi lenguaje corporal me acabe traicionando.

—¿Qué? —exclaman Ash y Aarya a la vez.

—Creedme, estaba más sorprendida que vosotros. Me paró en la

calle, delante del restaurante. De hecho, le pegué un puñetazo antes de darme cuenta de quién era.

Aarya suelta una carcajada.

—¿Cómo me he perdido eso? ¿Y por qué tú te llevas la diversión y yo me tengo que quedar cuidando de Ash?

—¿Por qué está Matteo aquí? —pregunta Ash ignorando a Aarya —. En Londres, de entre todos los sitios.

Niego con la cabeza. No caí en la cuenta de que Matteo estaba en territorio enemigo; me quedé demasiado embelesada con el trato del collar y la conversación sobre Layla. No me extraña que Matteo insistiera tanto sobre no contarle a Ash dónde está el restaurante; una propiedad Oso en territorio León es algo que debe mantenerse en secreto.

—Seguramente esté planeando alguna venganza por la muerte de Stefano —dice Aarya, y me pregunto si tendrá razón y, si es así, cómo lo habrá convencido Layla para que venga.

—O haciendo negocios familiares —interviene Ash—. Si tenemos en cuenta que la madre también está aquí.

—Puede ser —coincide Aarya—. Pero no me has explicado cómo conseguiste el collar.

—Porque no paras de hablar —le digo, y Ash se sonríe.

Aarya me saca los dedos como si fueran garras y ronronea.

—Le conté a Matteo lo que había pasado con la boticaria y resulta que todos los líderes Oso tienen el mismo collar. Él me dio el suyo —explico— a cambio de mantener en secreto lo del restaurante y alejarme de él y de su familia.

Aarya sonríe.

—Está claro que te odia.

Ash mira a Aarya con dureza.

—Estoy seguro de que estaban haciendo negociaciones importantes y que no quería arriesgarse a que los interrumpieran.

Aarya no parece convencida y no la culpo. Yo tampoco estoy convencida.

VEINTE

Me meto en la cama provisional de mantas y almohadas que hemos montado en el suelo del salón de Aarya. Inés se fue a la cama hace una hora y Aarya está en el baño lavándose los dientes. Todavía no hemos decidido un plan para mañana y hemos pasado la mayor parte de la noche dándole vueltas a cuántos guardias habrá en el baile y la mejor forma de usar el ungüento que nos ha dado la boticaria. A medida que decaía la conversación, empecé a estresarme sobre cómo escaquearme para ir a ver a Layla y Matteo.

Ash se detiene para mirar la puerta del baño y frunce el ceño.

—¿Qué? —pregunto, aunque estoy bastante segura de lo que va a decir.

Se sienta en el montón de almohadas y mantas que hay en la alfombra a mi lado.

—No me fío de ella —dice.

Yo también miro de reojo la puerta del baño.

—Es una excéntrica y un verdadero incordio a ratos, pero tengo que admitir... que esté aquí disipa un poco las dudas respecto a su confianza.

—Ni por asomo —replica Ash—. No tenemos ni idea de por qué está aquí salvo querer formar parte de la destrucción de Jag, que entiendo que es una razón, pero no lo bastante buena como para arriesgarse en una misión de este tipo.

—Tienes razón, pero... —empiezo a decir.

—Y por cómo te animaba a robar el collar... —interrumpe, sacude la cabeza, pero no termina la frase.

Me muerdo la parte interior de la mejilla. Odio tener que dudar de ella. No me parece correcto después de todo lo que ha pasado. Y aun así entiendo por qué Ash pone a Aarya en tela de juicio. Es lo lógico.

—Además, Felix no ha venido —añade.

—De eso tengo que estar agradecida. No estoy segura de que pudiera comportarme como es debido con él después de que me empujara del árbol —digo.

—Cierto —coincide Ash—, y Aarya lo sabe.

Lo estudio un momento.

—¿Estás diciendo que lo dejó atrás a propósito para ganarse nuestra confianza?

—Eso es justo lo que quiero decir —dice Ash—. Hay algo que no nos están contando y tengo intención de descubrirlo.

Asiento. Y nos quedamos sentados unos segundos, mirando el fuego y sumidos en nuestros pensamientos. El silencio trae de vuelta mis preocupaciones sobre Layla y Matteo.

—Estás dándole vueltas a algo —dice Ash, y me doy cuenta de que miro el fuego con demasiada intensidad—. Me conozco esa mirada como la palma de mi mano, porque Layla siempre está ideando algo, y lleva siendo así desde que empezó a hablar. Tú no sabes lo que es que una niña de dos años se coma la cabeza, pero Layla era experta en eso.

Sonrío al imaginarme a una Layla pequeña y seria. Sin embargo, no puedo contarle en qué pienso en este momento, porque la lista total de cosas que me ponen nerviosa es demasiado larga.

—No tengo claro el plan.

Ash se echa a reír.

—Nadie tiene claro el plan. Tendremos suerte si lo averiguamos para la hora del baile.

—Me refiero al plan final —digo—. Encontramos a mi padre, digamos que podemos usar sus conocimientos sobre los Leones para interferir en el liderazgo actual... ¿y luego qué?

Ash parece pensarlo.

—¿Te refieres a si volveríamos a la academia o nos quedamos en Europa?

—Sí y no —respondo—. Yo no me crie como una estrategia, es como si toda mi identidad hubiera cambiado de la noche a la mañana y no estoy segura de qué implica eso de cara al futuro o si me parece bien.

—Siempre fuiste una estrategia —dice Ash.

—Sí, pero no lo sabía —replico.

—Claro que sí —afirma con tanta seguridad que lo miro de reojo —. No tenías una palabra que lo describiese, pero eso no quita que lo supieras en tu interior. Me has dicho muchas veces que siempre te

gustaron los cuchillos y las espadas, que te encantan los juegos de estrategia y que tu padre se tomó todo el tiempo del mundo en ponerte retos y enseñarte tácticas de supervivencia. No te criaste con profesores de historia estirados como Layla y yo, ni te mandaron a luchar con los guardias mientras tus padres te criticaban, pero aprendiste lo que era necesario de igual forma. No has cambiado de la noche a la mañana. Solo te han dado contexto y una palabra para describir tu identidad. Y entiendo que haya que asimilarlo, pero eres tan estrategia como siempre lo has sido.

Abro la boca para discutir, pero la cierro. La comisura de los labios de Ash se alza ligeramente.

—¿Ves? Hasta tú estás de acuerdo.

Me sonrío.

—Te crees muy listo.

—Eso es porque soy muy listo —dice con una sonrisa maliciosa.

—Y humilde —añado.

—Una de mis muchas maravillosas cualidades.

Compartimos una sonrisa.

—La cosa es que... No sé si puedo volver a mi antigua vida —explico—. Sé que dijiste que cabía la posibilidad cuando lo hablamos en el bosque, pero lo he repasado miles de veces y no creo que sea posible. Aunque pueda ir de visita una vez al año, no es lo mismo que vivir allí. Nunca he considerado establecerme fuera de Pembrook, pero vivir allí supone poner en peligro a la gente que quiero. ¿Cómo voy a volver sabiendo eso?

—Mi pregunta es: ¿de verdad quieres vivir allí? —pregunta Ash—. No como una idea nostálgica, sino de verdad. ¿Eso te llenaría?

Cojo la taza de chocolate con menta caliente y absorbo el calor a través de mis manos enguantadas, mientras Emily y salimos del restaurante de Lucille.

Lo muevo bajo mi nariz.

—Mmm...

—Parece que el chocolate es tu novio —dice Emily, mientras cruzamos la calle hacia el césped que hay en el centro de la plaza.

—No sé qué hace Lucille para que esté tan bueno, pero soy una adicta total —declaro.

Nos sentamos en el banco de siempre en el cenador, que tiene una vista directa al árbol de Navidad.

—Em, ¿cómo crees que seremos cuando seamos viejas? —pregunto.

Emily le da un sorbo a su sidra y se echa hacia atrás.

—Bastante parecidas a como somos ahora. Solo que me habré hecho cargo del restaurante de Lucille y lo habré transformado en una librería moderna de las que sirven café y champán. Ah, y perros.

Me río.

—¿Una librería que sirve perros? Parece un negociazo.

—No, idiota. Una librería en la que puedes ir con tu perro.

—Vale, y yo seré…

—Profesora de educación física —me interrumpe Emily.

—Eh, no. ¿Tú vas a tener una librería moderna y yo soy profesora de educación física? No sabía que me tenías en tan alta estima —replico.

—Bueeeno —dice Emily, sonriendo—. Intentarás tener algún trabajo relacionado con deportes de riesgo, pero el único sitio en el que puedes hacer eso es en Hartford. Inevitablemente, me echarás tanto de menos que tendrás que mudarte aquí de nuevo, donde el único puesto de trabajo disponible será el de profesora de educación física. Por supuesto, tras unos años de penitencia por haberte alejado de mí, te dejaré trabajar en la librería.

Sonrío.

—Y llegado el momento, seremos tan cascarrabias como Lucille. La única diferencia será que podremos echarle la culpa de nuestros pedos a los perros.

Emily apoya la cabeza en mi hombro.

—Y todo será como debe ser.

—Siempre lo he dado por sentado —musito.

Pero lo que no digo es que el dilema real es Emily: no veo cómo puedo ser la mejor amiga de Emily y ser una estrategia al mismo tiempo.

Ash me observa y tengo la sensación de que sabe en qué pienso.

—Lo único que no voy a hacer —digo forzándome a dejar de pensar en Emily— es matar a alguien más.

Ash suelta una carcajada tan repentina que hasta él se sorprende y tose.

—November, nadie quiere que mates a alguien más. Una cantidad sorprendente de estrategia viven tranquilos sin hacerle daño a nadie.

—Eso dices tú —replico—, pero me las he arreglado para matar a dos personas en un mes. Y es que… Yo no soy así. No pienso hacerlo.

—En primer lugar, tú no mataste al doctor Conner —dice Ash—. Lo apuñalaste, pero fue en defensa propia para salvarnos a los dos.

Blackwood lo mató. Y segundo, yo fui quien te dijo que rompieras la rama; así que la muerte de Harry es tan culpa tuya como mía. Además, no sabíamos que esa caída le mataría. No podíamos saber que habría una roca.

Yo titubeo, sin estar segura de si creerle ni tampoco de que esté equivocado.

—¿Y qué pasa con los Leones? —pregunto—. ¿Qué plan tenemos? Porque por cómo habla Aarya del tema, parece que ella se cargaría a toda la familia si pudiera.

Ash suspira.

—No olvidemos que el acercamiento de Aarya siempre será volátil. Partiendo de ahí…

—¡Que te he oído! —exclama Aarya desde el pasillo y aparece por la puerta.

Ash la escudriña y casi puedo ver cómo se mueven los engranajes en su cabeza para añadir «espiar» a la lista de razones por las que no confiar en ella.

—Y si alguien aquí tiene un acercamiento desquiciado, esa es November —dice Aarya.

—¿Porque no me gusta la idea de matar a la gente? —pregunto.

—Porque Jag mató a tu madre. Mató a tu tía. Es responsable de la muerte del padre de Felix por haberlo mandado en busca de tus padres. Mató a Stefano usando su influencia. Y en este mismo instante intenta matarte a ti y a tu padre. Sin contar la cantidad de gente inocente a la que les ha arruinado la vida —dice Aarya con afección.

Me quedo mirándola.

—Así que tú sigue con tus chorradas de santurrona —espeta—. Pero yo no. Si tengo la más mínima de las posibilidades, lo mataré. Y luego bailaré sobre su tumba.

Se da la vuelta sin decir más y pega un portazo al entrar en su dormitorio.

Nos quedamos en silencio un segundo.

—No sabía qué decir después de eso —confieso.

—No creo que nadie pueda responder a eso —coincide Ash—. Pero diría que los Leones son un caso especial. A menos que un estrategia sea muy retorcido, como Jag y Conner, solo suelen matar si es necesario o en defensa propia. Piénsalo; es mucho más fácil superar o eludir a tu adversario que matarlo. Es como suele decir el profesor Gupta: cuanto más aprendas en la clase de engaños, menos tienes que aprender en las otras. Ser de Estrategia no implica ser un asesino,

significa que tienes una serie de habilidades especiales, habilidades que pueden tener un gran impacto en el mundo si se usan correctamente.

Escucho y considero sus palabras. Lo que dice tiene sentido, aunque esa no haya sido mi experiencia como estrategia hasta el momento. Y, si soy sincera conmigo misma, Aarya también tiene razón. De hecho, hoy mismo he estado discutiendo la destrucción de Jag cuando estaba bajo la influencia del suero de la verdad y he dicho que era una tragedia que merecía la pena detener. Quizá no me conozca tanto como pensaba, o quizá no estaba dispuesta a aceptar quién era de verdad. Sea como fuere, no hay retorno posible a la vida que tenía y no puedo cambiarlo por mucho que me duela. Tengo que empezar a tomar una decisión respecto a qué tipo de estrategia quiero ser.

Los labios de Ash dibujan una sutil sonrisa, como si pudiera oír lo que pienso.

—Y no es que quiera añadir leña al fuego, pero pretendes derrocar a la familia más poderosa de Estrategia. Eso, combinado con el legado de tus padres, significa que no volverás a ser anónima. De hecho, si conseguimos llevar esto a cabo, serás una de las estrategia más conocidas del mundo moderno.

Frunzo el ceño y, a pesar de todo, me río.

—Gracias, Ash. Yo aquí asimilando esta nueva identidad e intentando averiguar qué será de mí a partir de ahora y me entero de que voy a ser famosa.

Sonríe con picardía.

—A mandar. —Pero en vez de apartar la mirada, me sigue observando—. Y ahí estaré yo.

Ladeo la cabeza, inquisitiva.

—¿Ahí dónde?

—Contigo —dice, y el afecto en su tono de voz me envuelve como un abrazo.

—Ah..., claro, me encantaría... O sea, guay, sí, estaría bien —balbuceo.

La sonrisa de Ash se amplía.

—Bien dicho, November.

Me sonrojo y me río.

—¿A que sí? Soy pura gracia y elegancia.

Ash también se ríe y me sienta bien estar aquí con él, quitándole importancia a mi ineptitud en el amor. Nuestras conversaciones han

versado tantas veces sobre estrategia y muerte que es fácil olvidarse de disfrutar del tiempo que pasamos juntos. Y aunque me encanta que esté conmigo, no tengo claro que adonde sea que me lleve la vida es un sitio en el que Ash quiera estar, o en el que su familia le deje estar.

—Es una de las cosas que me llamó la atención de ti —dice Ash—. Tu humor.

—¿En serio? —pregunto verdaderamente sorprendida—. Siempre pensé que era muy seria en la academia. Sería diferente si me hubieras conocido en Pembrook. Lo mío era reír hasta llorar. Pero quizá no te habría gustado si me hubieras conocido allí. —Muevo las cejas con sorna—. Habría sido una plebeya para ti.

Ash niega con la cabeza.

—Creo que estás muy equivocada, November Adley. Habría sabido que eras perfecta, da igual dónde te conociese.

—¿Perfecta? —digo—. Venga, vale, ahora ya sé que eres un mentiroso. Lo último que soy es perfecta.

—Perfecta para mí —responde con una intensidad en su rostro que me da la sensación de que me voy a derretir.

Y, sin que me dé cuenta, el espacio que había entre nosotros ha desaparecido.

Abro la boca, de nuevo, confusa.

—Bueno…, yo…, ya…

Ash se acerca, me pasa el pulgar por el labio inferior y recorre mi mandíbula hasta la nuca.

—Si esa respuesta no se merece un beso, yo ya no sé.

Esta vez no suelto ninguna tontería. Me acerco más.

—¿Y a qué estás esperando? —pregunto con nuestras caras a unos centímetros de distancia.

Ash pone fin a la distancia que nos separa. Sus labios se abren al caer sobre los míos. Baja la mano de mi nuca hasta la espalda baja y me atrae hacia él. Y en este momento, solo somos Ash y yo frente a una reconfortante chimenea en una maraña de mantas.

Abro los ojos por enésima vez y echo un vistazo al reloj, que indica que son las 3:27 de la madrugada. Una descarga de adrenalina me recorre y me incorporo. Observo a Ash, dormido a mi lado en la cama provisional, en busca de algún signo de movimiento. Escucho cómo respira, una respiración larga y pesada, propia de un sueño profundo.

Con cuidado, retiro las mantas y me pongo los calcetines. Vuelvo a

mirar a Ash antes de despertarme. Voy de puntillas por la alfombra del salón y compruebo que la madera no cruje antes de pasar por encima. Retiro el abrigo del perchero en silencio, busco dinero en los bolsillos y cojo las botas. Luego, abro la puerta del piso a una velocidad minuciosa para asegurarme de que no chirría.

En cuanto la cierro, me pongo las botas y el abrigo. Aguardo un instante para asegurarme de que nadie del piso me sigue y luego salgo corriendo por el pasillo, bajo dos tramos de escaleras y emerjo en la calle fría y oscura.

Solo tengo que caminar una manzana hasta encontrar un taxi vacío y tardo quince minutos en cruzar la ciudad. No paro de mirar por la ventana de atrás para cerciorarme de que ni Ash ni las demás me han seguido.

El taxi me deja en una calle comercial llena de cafeterías y tiendas completamente a oscuras a estas horas. Compruebo el letrero de la calle y los números del edificio de la dirección que me dio Matteo. Es un cambio extraño haber pasado de mirar el mapa en mi móvil a, de repente, tener que usar atlas y confiar en mi propia orientación.

Me quedo ahí en medio de la calle, en plena oscuridad, mirando al edificio, que parece ser una tienda ruinosa de la época victoriana con las ventanas selladas. En las desgastadas letras doradas del letrero se lee MERCERÍA. ¿Será verdad? ¿Matteo quiere que quedemos en una tienda abandonada?

Caigo en la cuenta de que nunca he cuestionado la invitación, no después de mencionar a Layla. Pero a Matteo no le caigo bien. Y sin previo aviso, aparece en Londres, me sigue desde la botica, me dice que quede con él en un sitio, porque Layla está aquí, y también me dice que no se lo cuenta a Ash. Frunzo el ceño y me meto las manos bajo las axilas para calentarme.

Durante un instante, considero la idea de dar media vuelta, coger otro taxi y volver a la cama. Estoy muy cerca de encontrar a mi padre y aquí estoy, arriesgándome con Matteo, cuando nadie sabe que me he ido del piso ni adónde he ido.

—Mierda —digo entre dientes, y una nube blanca se forma delante de mí.

«No. Esto es ridículo. Matteo te dio información sobre la boticaria; te dio el collar. ¿Por qué te iba a ayudar para después traicionarte? A menos que intentara tentarte con una falsa sensación de seguridad para poner en marcha su gran plan».

Me miro las botas, en donde, por primera vez, no tengo ningún

cuchillo escondido y sacudo la cabeza, enfadada conmigo misma. Saco el móvil y escribo un mensaje borrador para Ash con la dirección. Ya son las 3:58 de la madrugada. Bloqueo el móvil y camino hacia la puerta principal de la tienda abandonada. Me agarro al pomo y, para mi gran desesperación, se abre.

—¿Layla? —susurro en la oscuridad—. ¿Matteo?

Pero nadie responde. Miro hacia la oscura calle por encima del hombro y me doy cuenta de que debo tomar una decisión: o entro o salgo, porque cuanto más me quede en la puerta de una tienda abandonada, más voy a llamar la atención.

—Joder —suelto, y entro en el edificio a oscuras.

El corazón me late tan fuerte que me resulta complicado escuchar en la oscuridad. Saco el móvil e ilumino la pantalla, pero lo único que consigo es alumbrar la zona que tengo más cerca e imposibilita que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Así que vuelvo a guardarlo en el bolsillo y me quedo quieta, rezando en silencio para no haber tomado la peor decisión de mi vida.

Entonces, de repente, se enciende una llama al fondo de la habitación, doy un respingo y casi choco con la puerta. Pero, detrás de la vela, emergiendo de la escalera, hay una chica con una coleta alta y expresión seria.

—¡Layla! —exclamo, aliviada porque Matteo estaba diciendo la verdad y estoy encantada de verla.

—Cierra la puerta —dice con su tono de voz autoritario de siempre, pero incluso a esta distancia sé que está sonriendo.

Cierro el pestillo de la puerta y me dirijo hacia ella, entusiasmada. A la luz de la vela, vislumbro madera exquisitamente tallada que, en algún momento, debió de haber estado pintada de blanco, y estanterías de cristal con encajes y volantes. Hay unos viejos maniquíes de tela que llevan vestidos desgastados de la época victoriana y sombreros de ala ancha olvidados por el suelo.

Layla sigue mi mirada.

—Esto solía ser una tienda de ropa que tenía uno de mis parientes a finales del siglo XIX —explica—. A Ash y a mí nos gustaba venir aquí de pequeños cuando intentábamos escaparnos de nuestros padres.

Le doy un abrazo. Y, cuando me aparto, parece algo avergonzada, como si no estuviera segura de por qué hago estas cosas, pero tampoco quisiera que dejara de hacerlo.

—Descubrí que éramos los propietarios de esta tienda cuando estaba revisando unas cuentas a los seis años —sigue antes de que

pueda acosarla con preguntas sobre por qué está en Londres—. Tardamos un año en poder venir a verla, pero me quedé encantada cuando vi que básicamente era un edificio olvidado, perdido en otra era. Se convirtió en nuestro escondite.

La sigo por una escalera estrecha.

—¿Por qué no me sorprende que estuvieras revisando cuentas cuando tenías seis años? —comento, y ella parece satisfecha con mi apreciación.

Cuando llegamos a lo alto de la escalera, aparece ante nosotras un apartamento de una habitación iluminado con velas. Tiene una cocina pequeña, un sofá delante de una chimenea, una cama con dosel, un armario y una alfombra grande. Aunque está lleno de polvo y huele a talco, el apartamento está decorado con colores crema y distintos tonos de azul que le dan un aspecto hogareño. Casi puedo imaginarme a la costurera que vivía aquí dando vueltas con una falda enorme.

Matteo está sentado en una de las cuatro sillas que hay alrededor de la mesa con los brazos cruzados.

Paso mi mirada de Matteo a Layla, que se sienta a su lado.

—Vale, ¿qué leches pasa aquí? —pregunto—. ¿Cómo habéis venido hasta aquí? ¿Por qué estáis aquí? ¿Por qué no puedo contárselo a Ash? Sois las últimas personas que esperaba...

—Siéntate, November —me interrumpe Layla y me señala una silla vacía—. Matteo nos traerá un té.

Matteo ladea la cabeza, como si no supiera que tenía que hacerlo, pero está dispuesto a ello. Y me siento en una de las sillas de madera mientras él se dirige a la reducida cocina.

Quiero soltar veinte preguntas más, pero Layla ya me ha dejado claro que no piensa responder con ese tipo de enfoque. Así que, en su lugar, espero con la mayor paciencia que logro reunir y espero que lo explique.

—Sé que no puedes quedarte mucho tiempo antes de que mi hermano se dé cuenta —dice, y el alivio que había sentido hace un rato se transforma en incertidumbre—, así que intentaré ser lo más sucinta posible. Estoy aquí por la misma razón que sospechas: mi hermano y tú intentáis hacer algo que podría mejorar la situación de Estrategia en los próximos años y lo tendréis complicado sin mi ayuda.

Sonrío levemente, porque tiene razón en que no somos tan buenos sin ella, y porque esa forma de hablar directamente es tan típica de Layla que me encanta.

—Estoy de acuerdo. Pero ¿por qué no viniste con nosotros cuando

nos fuimos? Es decir, nos hiciste pensar que no abandonarías la academia bajo ningún concepto.

—Finge ir hacia el este mientras atacas el oeste —recita Layla, sentada totalmente recta en la silla.

Hago una pausa.

—¿La clase de juegos mentales de la profesora Liu? —pregunto, y recuerdo el día que Liu nos explicó las 36 estratagemas colgando dos cuerdas en medio de una habitación con una bandera entre ellas.

—La sexta estratagema establece que el factor sorpresa es una herramienta inconmensurable. Una vez que tu enemigo ha centrado sus tropas en un único lugar, tú le aventajas al atacar una posición que ha dejado sin defensas —argumenta Layla, como si eso lo explicara todo.

Miro de reojo a Matteo con la esperanza de que me ofrezca una explicación más sencilla de cómo eso afecta a nuestra situación actual, pero está ocupado hirviendo el agua de espaldas a nosotras.

—Entonces, ¿no viniste con nosotros y no quieres que se lo cuente a Ash porque tienes intención de atacarnos mientras dormimos? —pregunto.

Matteo suelta una risa parecida a un gruñido a mi espalda, pero Layla no aprecia mi broma.

—No seas ridícula —espeta—. Vamos a atacar el punto débil de Jag.

Matteo vuelve a la mesa con una bandeja que tiene una tetera llena, tres tazas con platillo y unas pastas. La pone en medio de la mesa.

—¿Cuál es su punto débil? —pregunto, y Layla suspira.

—Depende de la estrategia que escojamos —dice—. Piénsalo de esta forma: la mayor preocupación de Jag en cualquier conflicto seréis tu padre y tú. Está centrando toda su energía en ese problema. No preverá ayuda del exterior, porque nadie en su sano juicio osaría enfrentarse a él. Eso es una debilidad de la que Matteo y yo nos aprovecharemos.

Le echo una ojeada a Matteo mientras sirve el té.

—¿Y por qué Ash no va a saber de esta jugada? —pregunto.

—Por varias razones estratégicas —explica Layla—, pero la más importante es la misma: centrará toda su energía en Jag. Se verá forzado a planear y actuar como si tuviera que enfrentarse a él por su cuenta, sin saber que tiene ayuda. Si no lo consigue, ahí estaremos.

Contar con el factor sorpresa tiene un sentido táctico lógico y,

aunque no comprendo todos los detalles, confío en Layla. Es la persona más inteligente que conozco.

—Aarya e Inés están con nosotros —digo.

—Qué interesante —replica Layla, y cruza la mirada con Matteo.

No parece especialmente sorprendida.

—¿Es que ya lo sabías? ¿Te lo dijeron? —pregunto y me planteo si hay más secretos ocultos que deba repasar.

—No —contesta Layla—, pero nos lo preguntamos. Dejaron la academia el día después de que os fuerais Ash y tú, igual que Brendan.

—¿Brendan? —espeto y casi me atraganto con el té—. ¿Me estás diciendo que Brendan está en Londres…? —Me detengo y los miro. No me extraña que la amenaza de las mazmorras funcionara tan bien en el comedor. Estoy segura de que Brendan quería atacarme ese día y lo habría hecho si no hubiera puesto en peligro su propia huida—. ¿Pero por qué ha dejado la acad…? —Me callo—. Mi padre.

—¿Tu padre? —repite Layla—. No te entiendo.

Dejo la taza de té en la mesa.

—Mi padre es sospechoso de haber matado al regente —explico con rapidez—. Al padrastro de Brendan, Arlo. Hay un baile de máscaras esta noche y estamos seguros de que es para celebrar el nuevo nombramiento. ¿Qué posibilidades hay de que ese nuevo nombramiento sea para Brendan?

Nadie parece sorprendido.

—Sí —dice Layla—. Eso es lo que está pasando.

Durante un rato, me quedo callada. Miro de hito en hito a Matteo y a Layla.

—Espera, ¿ya lo sabíais? Hemos arriesgado nuestras vidas en varias ocasiones para averiguarlo y tú… —Me echo a reír, aunque no tiene ni la más mínima gracia—. Pues claro que lo sabes. Eres Layla.

Layla sonríe discretamente.

—Por mucho que aprecie la confianza que tienes en mí, es Matteo quien se lleva todo el mérito.

Aguardo un instante a que alguno lo explique, pero Matteo sigue callado. Layla suspira.

—¿Matteo?

Él me mira un poco más, como si se resignara una vez más a compartir secretos conmigo.

—En los círculos más íntimos de mi familia —murmura Matteo en voz baja— se rumorea que no fue tu padre quien mató al regente.

—Pues claro que no, pero ¿cómo…? —empiezo a decir, aunque

Matteo me mira de una forma que hace que me olvide del resto de la frase.

—No sé los detalles concretos, pero algo en el estilo del asesino daba a entender que podría haber sido… Jo —dice Matteo.

Me quedo muy quieta durante un segundo, parpadeando en su dirección, convencida de que he oído mal. ¿Mi tía Jo?

—Lo que podría explicar su reciente muerte —continúa Matteo con algo más de empatía de lo que esperaba.

Intento tragar, pero tengo la garganta muy seca.

—Espera —consigo decir en un intento desesperado por liberarme de este horrible momento—. ¿Estás diciendo que mi tía Jo mató al regente de los Leones? ¿Acaso es eso posible?

—Tú deberías saberlo mejor que nosotros —repone Layla, y los dos me dan un minuto para ordenar mis pensamientos.

Pero no necesito un minuto. Cuando Logan me dijo que mi padre era sospechoso de asesinato, sabía que algo no encajaba, que no era verdad. Esta vez no he tenido las mismas dudas. A pesar de que he empezado a considerar a mi familia como parte de Estrategia hace poco, puedo imaginarme sin problemas a mi tía matando al regente de los Leones, sobre todo si tenía un motivo importante.

—Sabemos que no sabías nada de las políticas de tu familia —dice Layla para devolvernos suavemente a la conversación—, pero ¿tienes alguna idea de por qué tu tía se atrevió a hacer algo así?

Alzo la vista hacia Layla al darme cuenta de que me estoy mirando las manos. Solo hay una respuesta que me encaje.

—Mi madre —digo—. Mi tía Jo lleva enfadada por su muerte desde hace once años, nunca lo superó. Mi padre me dijo que fue un accidente de coche, pero ahora que sé lo que sé… es evidente que no me contaron la verdad.

—¿Y crees que el regente fue uno de los asesinos? —pregunta Layla.

Ajusto mi postura en la silla.

—La verdad es que no lo sé. Pero lo que sí sé es que, si mi tía hubiera tenido la oportunidad de cargarse al asesino de mi madre, no me cabe duda de que lo habría hecho.

—Mm —murmura Layla y ella y Matteo se miran.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué me estoy perdiendo?

—No creo que te equivoques —dice Layla—. Es bastante posible que sea la razón por la que lo mató. Pero eliminar a un miembro de alto rango de otra familia es la mayor de las ofensas.

—Eso sería típico de mi tía Jo —comento, y recuerdo todas las diatribas que soltaba sobre la familia de mi padre y su afición por gesticular dramáticamente.

Para mi sorpresa, un amago de sonrisa aparece en el rostro de Matteo.

—Aun así —insiste Layla—, nadie lo ha hecho nunca.

La miro de reojo.

—¿Quieres decir que, en los miles de años de existencia de Estrategia, nadie ha asesinado a un miembro de alto rango de otra familia? ¿Cómo es posible?

—No ha habido asesinatos de ese tipo desde que se estableció el Consejo de Familias —explica Layla con un énfasis de gravedad que me da a entender que no he considerado la importancia de la situación—. Es la regla de oro de las políticas internas de Estrategia: no usamos la fuerza para interferir con otra familia. ¿Te imaginas el caos que supondría si lo hiciéramos y las bajas que tendríamos? Podríamos causar un daño irreparable por toda Europa y el mundo a causa de una guerra civil entre familias.

La escucho y frunzo el ceño.

—¿Qué supone entonces que mi tía Jo haya matado al regente?

—Se ha acusado a tu padre, al menos en privado —contesta Layla —. Aun así, diría que, incluso aunque haya algunos estrategia al tanto de esa información, seguramente no se la crean. Es como acusar a un fantasma. Eso es el primer asunto que debemos tener en cuenta: que Jag está mintiendo respecto de la muerte del regente para dar la imagen que le convenga. Y lo segundo que debemos considerar es la motivación. Sé que has dicho que tu tía quería vengarse por la muerte de su hermana y, aunque entiendo que eso es una razón, no estoy convencida de que sea suficiente.

—¿En serio? Mi tía Jo era, bueno, era un torbellino con el que había que lidiar y no era lo que considero una fiel seguidora de las normas —digo, y Matteo resopla, aunque no sé si es por diversión o desdén.

—Creo que no lo estás entendiendo —insiste Layla—. Colectivamente, hemos conseguido evitar la muerte de líderes mundiales, desmantelar ataques terroristas antes de que el propio gobierno lo supiera y evitar guerras. Si usamos nuestras fuerzas para pelearnos entre nosotros, se abandonarían todas estas misiones.

Le doy un sorbo al té, deseando que esta bebida caliente me reconfortara algo más.

—Tienes razón. Aunque mi tía odiaba a Jag, tenía un gran corazón. No sé si se habría arriesgado a algo así sin un buen motivo.

—Justo lo que comentaba —coincide Layla y se reclina en su silla con una postura perfecta—. Lo que me lleva a preguntar… ¿Qué está pasando aquí exactamente?

—Entiendo —digo, aunque ya no estoy segura. Miro a Matteo—. ¿Por eso está tu familia en Londres? ¿Por la tía Jo?

Matteo titubea.

—Mi familia está aquí porque es evidente que algo importante está pasando y el nombramiento de un nuevo regente tiene repercusiones políticas de gran alcance. Todo lo demás no es asunto tuyo.

—Mira, lo pillo. No te caigo bien. Seguramente tú tampoco me caerías bien a mí si fuera tú, pero si las cosas son tan graves como decís, entonces tengo que saber todo lo que pueda. Esta situación es bastante dura de por sí —digo.

—Dime —dice Matteo—. ¿Tú estás aquí por tu padre o para desmantelar a los Leones y restaurar el equilibrio en Estrategia?

—Las dos cosas —respondo enfrentándome a su intensa mirada.

—¿Y si tuvieras que elegir entre las dos cosas? —pregunta, y mi estómago da un vuelco. No tengo ni que pensarlo, porque elegiría a mi padre sin miramientos.

Matteo no espera a que responda.

—Justo lo que pensaba. Y ese es el problema. Las consecuencias de la muerte del regente ya están en marcha. Lo cierto es que no importa si lo mató la tía Jo o tu padre; ahora tenemos una oportunidad que no ha surgido en décadas, algo que ha desbaratado la confianza en el poder absoluto que tenía Jag. Pero tú no lo entiendes porque no te has criado como nosotros. E incluso después de ver el daño que causó el doctor Conner en la academia, tu objetivo sigue siendo egoísta. ¿Por qué iba a darte información que solo serviría para ayudarte a ti y no a Estrategia?

Me quedo en silencio durante un rato. Primero me gritó Aarya anoche y ahora lo hace Matteo, y lo más extraño es que están de acuerdo. Se me sonrojan las mejillas. Quiero responderle, pero defenderme solo le daría más fuerza a la opinión que tiene de mí. Tampoco debería importarme. Entonces, ¿por qué siento esta extraña necesidad de demostrar mi valía en su presencia?

—El baile de máscaras —interviene Layla para cambiar de tema—. Estoy segura de que esa información no la conseguisteis con facilidad. Entiendo por qué es importante en el contexto político, pero ¿qué

tiene que ver con encontrar a tu padre?

—No estoy del todo segura —contesto echando un vistazo al móvil, todavía avergonzada por lo que ha dicho Matteo. Son las 4:36—. Pero la cuestión es que mi padre me ha estado dejando pistas desde que salí de la academia y una de ellas parece ser que está en el baile.

Layla parece desconcertada.

—¿Y entiendo que habéis decidido que es buena idea colarse en un evento de la familia de los Leones?

—Por desgracia, es inevitable —replico, porque me he estado preguntando lo mismo: ¿por qué mi padre me ha mandado a un evento de los Leones?

—¿Y cuál es el plan? —pregunta Layla.

—Aún se está puliendo —respondo vagamente—. Pero si tienes un móvil o alguna forma con la que pueda contactar contigo, te iré informando.

—Más te vale —dice Layla como si no estuviera satisfecha con esa respuesta—. Me da hasta miedo preguntar, pero ¿hay algo más que deba saber?

Hay algo que me reconforta en su reacción tan familiar. No estoy segura de que vaya a volver a verla y aquí está, bebiendo té y echándome la bronca.

—El baile es lo principal. ¡Ah! —añado—: El barquero está persiguiendo a mi padre.

De nuevo, Layla y Matteo intercambian una mirada.

—Lo sabemos. —La expresión de Layla se vuelve amable—. Matteo y yo haremos lo que podamos para ayudar.

Matteo aparta la mirada y descarta el intento de Layla de suavizar las cosas.

—Pero el tiempo se nos acaba. Tenemos que ser eficientes e inteligentes —continúa Layla, prácticamente repitiendo lo que dijo su gemelo palabra por palabra.

Al mencionar el tiempo, vuelvo a mirar el móvil: 4:43. Antes de que pueda decir nada, Layla asiente.

—Lo sé. Tienes que volver —dice—. Danos tu número y mantennos informados de cómo se desarrolla el plan de esta noche. Estoy segura de que nos necesitaréis en algún momento.

Abro la puerta del piso cargada con chocolates calientes, cafés y una bolsa de dulces para desayunar y casi me tropiezo con Aarya. Dejo

escapar un leve grito de sorpresa y rescato a duras penas la bandeja de cartón antes de que se caiga al suelo.

—Joder —murmura Aarya, pero su mal humor desaparece instantáneamente al ver lo que llevo en las manos.

—¿Un chocolate caliente? —le ofrezco con una sonrisa y le paso la bolsa y las bebidas, que acepta con gusto.

A pesar de estar animada por la ayuda de Layla y Matteo, no dejo de pensar lo que ha dicho Matteo sobre mi tía Jo y sobre mi egoísmo. Me quito el abrigo y los guantes y saco de debajo del brazo el periódico del domingo que he cogido en la cafetería. Cuelgo el abrigo y me dispongo a encontrar un sitio cómodo en el que leer y comer los dulces, pero Aarya me intercepta el paso hacia el salón.

—¿Has decidido levantarte a las cinco de la mañana para ir a por café? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—No podía dormir —respondo, en parte porque es verdad— y quería levantarme pronto.

Cojo uno de los chocolates calientes de la bandeja, le doy un sorbo y la rodeo.

—¿Tienes hambre? —le pregunto a Ash mientras Aarya pone la comida en la mesita de café.

Me tiro en el sofá con la bebida en una mano y el periódico en otra y, por un momento, recuerdo las mañanas de domingo con mi padre. Cuando era pequeña, me daba las tiras cómicas, pero en los últimos años, nos intercambiábamos las secciones y las íbamos leyendo de cabo a rabo. Por supuesto, la aplicación de noticias de mi móvil es más completa que el periódico, pero los dos disfrutábamos de ese ritual juntos.

Ash se frota la cara y coge un café, pero Aarya me mira con cautela.

—¿Y qué has pensado? —pregunta.

—¿Cómo dices? —digo, sin saber a dónde quiere llegar.

—No podías dormir y querías levantarte temprano, así que se te habrán ocurrido ideas nuevas. ¿Cuáles son? —pregunta, y solo espero que esta agresividad sea un vestigio de la conversación de anoche y que no sospeche de mí.

Ash deja de mirarme para mirar a Aarya y frunce el ceño, pero cuando vuelve a mirarme, hay un destello de curiosidad en sus ojos. Estoy a una mentira de que sepan que estoy ocultando algo.

Le doy un sorbo a mi bebida caliente para ganar unos segundos.

—Bueno —digo, buscando desesperadamente algo que decirles para que me crean y se distraigan de las posibles señales de engaño que dejo entrever inconscientemente—, he estado pensando... Los Leones han acusado a mi padre de asesinar al regente, ¿no? Y aunque sé que es mentira, me pregunto si estuvo involucrado.

Aarya ladea la cabeza y noto que, al menos, he captado su atención.

—Continúa.

—Veréis, poco antes de que mi padre me mandara a la academia, fue a ver a mi tía Jo varias veces, a la hermana de mi madre, a la que los Leones mataron al poco de llegar a la academia —explico—. Nunca me lo había planteado, bueno, al menos no así, pero ahora me pregunto si mi padre estuvo involucrado en el plan, aunque no lo llevara a cabo él mismo.

Y ahora que lo digo, me pregunto cómo es posible que no me diera cuenta antes. Ash se sienta conmigo en el sofá con un café.

—¿Quieres decir que fue tu tía la que asesinó al regente?

Miro a Ash y asimilo lo que sospecho que es la verdad.

—Eso creo. Y creo que la mataron por venganza. —Trago saliva—. La cosa es que... todo este tiempo he dado por sentado que eran los Leones los que perseguían a mi familia y que fue instigado porque mi padre me mandó a la academia. Pero creo que no es eso lo que pasó en realidad. Si mi padre y mi tía tuvieron algo que ver en el asesinato del regente, tuvieron que planearlo. Lo que significa que mi viaje a la academia también fue planificado. Quizá durante años.

Lo que no digo es que esto es otra cosa que añado a la larga lista de mentiras de mi padre.

—Tiene sentido —dice Ash—. Esta es la pieza del puzle que nos faltaba: el suceso que empezó toda la reacción en cadena. Ahora tenemos el contexto.

—¿En qué estás pensando? —pregunto.

—Bueno, para empezar, nos indica que las pistas que te dejó tu padre no son el camino de miguitas de pan que deja un hombre que se oculta. Son pistas que se han planeado y colocado estratégicamente —dice Ash, y casi puedo ver cómo se mueven los engranajes en su cerebro—. Explica por qué sabía que Logan tenía ese letrero y también le dio tiempo para negociar con Angus que te señalara en su dirección.

—Todo encaja —digo y, aunque me alegro de tener más información, no me entusiasma saber que mi padre siempre tuviera en mente abandonarme en la academia y hacer que fuera imposible

seguirlo.

—Si él y tu tía planearon el asesinato del regente, aún nos queda la cuestión del porqué —continúa Ash—. Tuvieron que elegir ese momento por algún motivo.

Aarya asiente y se limpia de la comisura de la boca una mancha de chocolate derretido del cruasán.

—Aunque no sepamos por qué actuó ahora, sabemos que tu padre debe tener algún aliado en la familia de los Leones —dice Inés al entrar en el salón, y coge un café—. Necesitaría información privada para llevar a cabo el plan de asesinar al regente.

Todos nos quedamos sentados unos segundos pensando en los acontecimientos recientes.

—Bueno, una cosa está clara —dice Aarya—. Hay que ponerse a trabajar. Si tu padre ha estado planeando esto durante lo que supongo que han sido años y parte del plan es que vayamos al baile de los Leones, más nos vale cumplir nuestra parte. —Se pone en pie—. Voy a preparar una frittata, y luego nos ponemos.

Ash le da un sorbo al café, sumido en sus pensamientos, y desdoblo el periódico con un chasquido en busca de algo reconfortante o familiar más que por ganas de leer las noticias. Estiro las páginas, pero antes de que pueda leer el titular, me incorporo y casi me tiro el café por encima de la camisa. En la esquina izquierda inferior de la página hay una foto y un pie debajo: «Leones fuera de lugar confunden a los trabajadores del zoo».

—¡Eh, chicos...! —exclamo, y extiendo la página encima de la mesita de café que tengo delante.

Ash se acerca de inmediato.

—«Hallan misteriosamente a la familia de leones del zoo de Londres en el hábitat equivocado» —digo leyendo el titular.

Aarya vuelve a aparecer por la puerta. Leo en voz alta.

—«Los leones que tanto amamos y de los que nos orgullecemos del zoológico de Londres fueron encontrados a las 8 de la mañana del día de Navidad en el hábitat de los antílopes y viceversa. Lo que desconcierta a las autoridades locales es que, según las huellas, el intercambio parece haberlo orquestado una única persona. Según el director del zoo, que un hombre o una mujer pueda mover cuatro leones y seis antílopes sin ninguna herida ni incidentes es más que asombroso, ni siquiera nuestros trabajadores podrían lograr semejante hazaña. La policía local ha revisado los vídeos de seguridad, pero no tienen imágenes claras del mágico intruso. Los animales ya han vuelto

a sus hábitats y están sanos y salvos, nos asegura el director del zoo, que bromea: “Raro será el día en el que la presa suplante al depredador”».

Aarya se inclina sobre la mesita de café, ensombreciendo el periódico y, para mi sorpresa, empieza a reírse.

—¡Madre mía, qué genialidad! Dime que ha sido tu padre.

Alzo la vista, sin saber si me parece divertido o más confuso todavía.

—Tiene que serlo, ¿no? —digo, suponiendo que, si hubieran sido Layla y Matteo, me lo habrían comentado antes—. Se ha planificado para que la historia apareciera en el periódico del domingo, que solemos leer mi padre y yo juntos. Pero ¿qué significa?

—¿Estás de coña? Es un aviso descarado para los Leones —afirma Aarya.

—Eso es evidente —replico—. Pero ¿qué más?

—El momento —interviene Ash—. Tu padre mató al regente y lo planificó para que coincidiera con el nuevo nombramiento de Jag.

«Brendan», pienso, pero no lo digo. Observo el artículo.

—Entonces está intentando provocar a Jag.

—Evidentemente —coincide Aarya—. Y está claro que quiere hacerlo público. Bueno, no público de verdad, pero público a lo Estrategia. Está atacando la reputación de Jag y dejando claro que no es tan intocable como todos pensamos. Tu padre tiene estilo.

«¿Seguro?». No es que esté en desacuerdo con las palabras de Aarya, pero la persona que describe no parece mi padre.

Releo el artículo en busca de otro significado o que le dé sentido. Pero no encuentro nada y vuelvo a sentir que la persona que pensaba que era mi padre es una mentira.

VEINTIUNO

Ash, Aarya, Inés y yo vamos sentados en el taxi en silencio. Me apoyo en la ventana y observo las calles iluminadas de Londres a medida que las vamos dejando atrás. Meto las manos en los bolsillos de la sudadera, todavía apenada porque no hemos podido traer los abrigos. Aarya insistió en que no tendríamos dónde ponerlos cuando nos colásemos en el hotel, o, al menos, ningún lugar en el que pudiéramos recogerlos luego. Presiono lentamente los botones del móvil que tengo en el bolsillo y tecleo «de camino» en un mensaje para Layla y Matteo.

Llevo mandándole mensajes todo el día, poco a poco, conforme íbamos desarrollando el plan, algo que, en un principio, pensé que me daría confianza. Pero Layla se ha limitado a sacarle fallos a todas nuestras estrategias. Y me sentía rara con la situación, como si fuera un agente doble, borrando todas las pruebas de los mensajes y sin contarle a Ash, Aarya e Inés lo que hacía.

Dejo la mano sobre el móvil, pero no sé si me han contestado porque lo he puesto en silencio. Me muerdo el interior de la mejilla y mi mente rememora el momento en que Matteo me dijo que era una egoísta. Quiero rebelarme en contra de ello, negar que es mentira, ya que me he arriesgado en numerosas ocasiones durante el mes pasado. Pero tampoco estoy segura de que pueda argumentar que mis acciones tuvieran más motivo que mantenerme con vida y proteger a mi padre.

El taxi se detiene e interrumpe el tren de mis pensamientos. Nos bajamos a unas cinco manzanas del hotel y, cuando subo a la acera, siento la presión reconfortante de la daga que llevo escondida en la bota. Toco con suavidad la cuerda que tengo atada al cinturón y me recoloco la mochila en el hombro, que está llena, pero no pesa, ya que solo contiene el vestido de gala y la máscara. El aire está especialmente frío, pero teniendo en cuenta la falta de abrigo, nadie

parece prestarle atención.

Inés y yo caminamos detrás de Ash y Aarya por una acera ajetreada, llena de gente que se dirige a los restaurantes de moda y clientes de bares exclusivos. El ánimo está caldeado y hay luces navideñas por todas partes. Desde que hemos salido del taxi, Ash y Aarya han estado discutiendo sobre la ruta a seguir, lo que es asombroso, ya que ya habíamos tardado una hora en ponernos de acuerdo antes de salir.

Inés anda despreocupada, como si no le importara nada en el mundo, pero tiene una mirada tan atenta que no me sorprendería si pudiera describir de memoria las últimas cincuenta personas que han pasado por nuestro lado. Yo también examino a la gente en busca de esos ojos penetrantes típicos de los estrategia que quedan fuera de lugar en este ambiente relajado.

Caigo en la cuenta de lo diferente que es mi vida en este momento. Seguro que he paseado mil veces por la calle con un grupo de amigos en Pembrook, riéndome y charlando. Y aquí estoy ahora, caminando con otro grupo de amigos, pero de camino a colarme en un baile en Londres, donde la condena si te pillan es, sin lugar a dudas, la muerte.

Ahora que estamos por la acera de enfrente, a una manzana de distancia del hotel, veo a dos hombres vestidos de guardias de seguridad en la puerta de entrada. Uno es especialmente corpulento, con el pelo cobrizo, y otro es delgado, con una coleta alta.

«¡El equipo de Hawk!».

Miro de reojo a Ash y noto que comparte mi inquietud por la arruga de preocupación que aparece en su frente. Como si no fuera a ser difícil colarse en una propiedad gigantesca, bien iluminada y custodiada por guardias, ahora nos encontramos con gente que, no solo va a reconocernos, sino que nos amenazó con entregarnos a Jag.

Me subo la capucha para ocultar mejor el rostro y cruzamos la calle hasta la esquina del hotel, demasiado cerca de los guardias para estar cómodos. Eddie y Willy supervisan la acera que tienen enfrente y toman nota de todo aquel que se acerca a la puerta. Eddie mira en nuestra dirección. Cojo a Inés del brazo y apoyo la cara en su hombro, riéndome, un gesto casual que solíamos tener Emily y yo, que no es muy propio de los estrategia. Eddie pasa de largo con su mirada y nosotros seguimos caminando por la acera del hotel, alejándonos de su vista. Vuelvo a enderezarme e Inés asiente con curiosidad y aprobación. E incluso aunque estoy bastante segura de que no nos han visto, echo un vistazo por encima del hombro para asegurarme.

El complejo hotelero es gigantesco y ocupa una manzana de toda la ciudad, pero el edificio en sí solo tiene cuatro pisos. Le damos la vuelta al hotel, hacia la parte trasera, donde el hotel se integra con un parque con jardines y árboles altos, y seguimos hacia delante hacia el otro lateral. Todas las entradas salvo la principal están cerradas y han colgado señales que redirigen a los clientes hasta la fachada del edificio. Por un momento creo que quizá tengamos suerte y haya menos guardias que sortear.

—Una lástima —dice Ash—. Si el equipo de Hawk custodia la única entrada, será prácticamente imposible salir si algo va mal.

Aarya se queda mirando a Ash con el cejo fruncido.

—¿Ese es el equipo de Hawk? Supongo que eso me pasa por juntarme con vosotros en contra de mi buen juicio.

Meto la mano en el bolsillo.

Yo: *Todas las entradas están cerradas salvo la principal. Necesitamos distraer a los guardias en caso de tener que salir huyendo.*

Y, en cuanto lo escribo, le estoy eternamente agradecida a Layla por haber decidido seguirnos.

—Mantengo que sería más fácil abrir el candado de una de las puertas laterales que confiar en las habilidades de escalada de November —continúa Aarya bajando la voz y mirándome con desconfianza.

Ash niega con la cabeza.

—¿Y arriesgarnos a encontrarnos cara a cara con el guardia de seguridad que muy probablemente esté vigilando al otro lado de la puerta? No, gracias.

—Podríamos quitar de en medio al guardia con facilidad con el sueño de los ángeles —replica Aarya, sacando a relucir una de las muchas opciones que ya hemos discutido con anterioridad.

—Aarya, ya está todo hablado —dice Inés con calma, de la misma forma en la que se les dice a los niños que recojan los juguetes.

Aarya frunce el ceño.

—No me tienes ni una pizca de lealtad.

Así, deshacemos el camino hasta la parte trasera del edificio, donde se junta con el parque.

—Bueno, pues esperemos que November no la líe —añade Aarya, pero nadie le responde.

Nos acercamos a la pared del hotel y nos detenemos bajo un balcón que da a una habitación del segundo piso. Por lo que veo desde el suelo, las luces están apagadas y las cortinas están echadas.

Examinamos con rapidez el parque para asegurarnos de que no hay nadie cerca. Todos nos miramos los unos a los otros y acordamos en silencio que solo tenemos una oportunidad.

—¿Lista? —pregunta Aarya y asiento.

Inés mira hacia el parque en busca de posibles merodeadores y Aarya se queda con los brazos cruzados y una expresión amarga. Se ha pasado el día llevándome la contraria y no sé por qué. Quizá todavía no ha superado las sospechas que le suscité cuando llegué temprano esta mañana, o quizá siga enfadada porque no quiero arrancarle la cabeza a Jag con los dientes. Es difícil de saber.

Me agarro a la piedra blanca de la pared y me levanto. Hay muchos salientes y muescas en cada una de las piedras y son lo bastante profundos como para escalar la pared sin problemas; podría agarrarme a estos asideros mientras duermo.

Me pongo de puntillas en un saliente, me estiro y me agarro a la barandilla del segundo piso. Me sujeto bien con las dos manos y balanceo las piernas hacia un lado para aterrizar silenciosamente en el balcón de piedra. Barro con la mirada el parque que tengo a mis pies. Un grupo de cuatro veinteañeros, todos con gorritos de Papá Noel y hablando a gritos, caminan por uno de los senderos del parque. Miro hacia abajo y mis amigos han adoptado una postura casual y están charlando.

En cuanto pasa el grupo escandaloso, saco la cuerda del cinturón, la ato firmemente alrededor de la barandilla con un apretado nudo doble y la tiro hacia abajo. Ash es el primero en subir y me guiña un ojo.

—Buen trabajo —me susurra, y le devuelvo la sonrisa.

Es bastante emocionante poder poner en práctica mis habilidades de escalada.

Ash saca una herramienta para forzar cerraduras y, cuando Aarya e Inés suben, consigue abrir la puerta.

Inés desata la cuerda de la barandilla y entramos en la habitación cerrando la puerta a nuestras espaldas. Incluso en la oscuridad, sé que la habitación es muy lujosa. Cuenta con unas cortinas pesadas en las ventanas, una cama de matrimonio enorme con un cabecero alto y un sofá a los pies, y una puerta abierta que lleva a un salón igual de elegante. Hay maletas abiertas en un portaequipaje de madera y, en una de ellas, veo la esquina de una máscara. El pulso se me acelera al verla. «Estamos en la habitación de un estrategia». Me acerco a la puerta que da al salón y echo un vistazo. Todo en silencio, pero

¿durante cuánto tiempo?

Aarya mira la maleta.

—Pongámonos en marcha y salgamos pitando de aquí —susurra, y sé que ella también ha visto la máscara.

Ash se va al salón y me dirijo al baño y cierro la puerta detrás de mí. Me descuelgo la mochila y abro la cremallera. La falda de tul blanca y negra se expande al abrir la mochila. Anoche me pasé mucho tiempo intentando comprimirla. Saco el vestido y me quito la sudadera, que ato firmemente a mi cadera. Meto los guantes en los bolsillos de los vaqueros y el gorro en la bota izquierda para no presionar la daga que llevo en la bota derecha. Me paso el vestido por la cabeza y me muevo para colocar el corsé negro ajustado. El tul es tan acampanado que esconde por completo los vaqueros y la sudadera que llevo debajo.

Saco el móvil y lo desbloqueo. Tengo un mensaje sin leer de Layla.

Layla: *Te cubrimos. Estamos cerca.*

Yo: *Estamos dentro. No podré responderte de aquí en adelante. Deséame suerte.*

Apenas tarda un momento en responder.

Layla: *Entendido. Y no es suerte; es habilidad.*

Sonrío al mensaje antes de borrar el hilo y meto el móvil en un bolsillo oculto de la falda, algo que añadió Inés para que pudiéramos esconder las armas y el ungüento, y que me quita una preocupación.

Salgo del baño cuando Aarya está ayudando a Inés a ponerse una peluca sobre su llamativo pelo pelirrojo. En cuestión de minutos, todos estamos con ropa formal, excepto por las botas, y me pongo una máscara blanca y negra. Me cubre toda la cara, salvo la parte inferior de la nariz y la boca.

Ash vuelve del salón con una capa larga de terciopelo echada por encima del hombro y una máscara que parece esculpida en una hoja dorada. Lo miro asombrada mientras recoge las mochilas, sale al balcón y las tira en unos arbustos cercanos.

Cierra la puerta corredera del balcón y, en el momento en que hace *clic*, se oyen voces amortiguadas por el pasillo. Inés corre hacia la puerta que da al pasillo con pasos rápidos pero silenciosos. Mira por la mirilla y todos nos disponemos a salir huyendo, aunque trepar por un edificio cargada con cantidades ingentes de tul es una buena forma de romperse un hueso.

Inés se da la vuelta.

—Despejado —susurra, y dejo escapar un profundo suspiro de

alivio.

Inés vuelve a mirar por la mirilla y abre ligeramente la puerta. Se asoma por la abertura y mira en ambas direcciones. Cuento hasta cinco en mi cabeza. Inés se da la vuelta, asiente, y luego sale al pasillo. No perdemos tiempo en seguirla. Pero, en cuanto la puerta se cierra a nuestra espalda, el estómago me da un vuelco. No hay vuelta atrás. Estamos en un hotel de Estrategia regentado por Leones, sin invitación, y con todas las posibles salidas custodiadas por guardias.

Caminamos por el largo pasillo a buen ritmo y el corazón me late tan fuerte que me sorprende que Aarya no me haya regañado por ello. Delante de nosotros se alza una enorme escalera curva y, cuanto más nos acercamos, más me cuestiono las pistas de mi padre. Todas tenían relación conmigo, pero al final me resultaban inútiles si no tenía a mis amigos de Estrategia para que me ayudaran a descifrarlas. ¿Intentaba protegerme al no dejar que lo hiciera sola? Pero volvemos a lo mismo, si quería protegerme, ¿no me habría dicho dónde estaba y me habría protegido él mismo?

Bajamos por las escaleras hasta un vestíbulo majestuoso que tiene una zona de asientos cómodos, un bar y la entrada a un restaurante. Por todas partes hay estrategia con vestidos de gala y esmóquines. Me gustaría levantarme la falda al bajar las escaleras, pero no quiero arriesgarme a que se vean las botas o, Dios no lo quiera, los vaqueros.

Nos dirigimos al bar y examino la sala mientras andamos. En un extremo hay una cuerda de terciopelo roja. Y delante de la cuerda está Hawk. Tomo aire con prisa y lo aguanto unos segundos. Aunque llevo una máscara y sé que es casi imposible que me reconozca desde el lado opuesto de la sala, me pone nerviosa. Ash y yo compartimos una mirada y sé que piensa lo mismo que yo: menuda mala suerte.

—¿Qué? —sisea Aarya cuando se sienta en la parte más alejada de la barra, por donde salen las bebidas.

Me siento al lado de Aarya, pero Inés y Ash siguen de pie.

—El líder del equipo está junto a la cuerda —digo en voz baja.

Hawk saluda a dos invitados cuando llegan y se levantan las máscaras. Los observa con atención mientras un camarero les ofrece una copa de champán. Les asiente brevemente y pasa al siguiente invitado, que se levanta la máscara.

Aarya fulmina a Ash con la mirada.

—¿Queréis hacer algo más que complique todavía más las cosas? ¿Lo mismo queréis correr por la sala… o prenderle fuego a una cortina?

Ash le guiña un ojo y se apoya como quien no quiere la cosa en la barra.

—Ya sabíamos que este equipo nos traería problemas. Me sorprende que te sorprenda.

Aarya vuelve a dedicarle una mirada fulminante.

Algunos estrategia van directos hacia la cuerda de terciopelo, pero otros no parecen tener prisa y están charlando en los sofás o bebiendo sentados a las mesas. Y, afortunadamente, también hay grupos de gente que no son de Estrategia que nos sirven de referencia.

Meto la mano en el bolsillo, pongo la clave para desbloquearlo y le mando un mensaje a Layla.

Yo: *Problemas en la entrada. Actualizo por el camino.*

—Cuatro, a la derecha —dice Ash y sigo su mirada.

Hay cuatro hombres que no pertenecen a Estrategia que parecen muy absortos en la conversación mientras beben whisky. Hay bastantes vasos vacíos en la mesa, lo que indica que ya han consumido una cantidad respetable.

—Cierto —coincido—. Parece que han bebido más de la cuenta.

Inés asiente.

Y aguardamos mientras examinamos la sala en busca de otras posibles referencias con las que crear una distracción. Sin embargo, por mucho que lo intento, mi mirada sigue desviándose hasta Hawk y, aunque no puedo oír lo que dice, estoy segura de que ha memorizado la lista de invitados, lo que supone que es más organizado y entendido de lo que pensaba en un principio. Observo al camarero del champán que hay a su lado. Por su expresión desinteresada y el hecho de que no deja de mirar el reloj de la pared contraria, apuesto a que no es de Estrategia y que es un simple trabajador del hotel.

—¿Qué hacemos con el chico del champán? —pregunto, y miro a Ash.

—Lo he pensado, pero derramar la bebida no será suficiente para distraer a alguien como Hawk —dice Ash.

—Podría funcionar si formara parte de una distracción mayor —argumenta Aarya—, pero tendríamos que acercarnos a una distancia comprometedora. ¿Estáis seguros de que no os reconocerá con las máscaras?

—Mirad —intervengo—, está hablando con todas y cada una de las personas. Si nos colocamos para que tú e Inés vayáis delante, podría funcionar.

—Yo voto que sí —dice Inés y todos nos giramos hacia ella—.

Puedo desestabilizar al camarero si November consigue tirar las bebidas encima de Aarya.

—Eso está hecho —afirmo—. Y si la distracción no funciona, monta un numerito, Aarya; vete al baño y nos reagrupamos allí.

Aarya sonríe.

—Montar numeritos es lo que mejor se me da.

—Entonces estamos de acuerdo —dice Ash, y todos nos quedamos callados, la típica calma nerviosa que se percibe antes de subirte a un escenario o correr una maratón.

Al lado de Ash, el camarero prepara una bandeja con cuatro vasos y los rellena con el mismo alcohol de color ámbar que los cuatro hombres están bebiendo.

Yo: *Preparaos.*

Le doy la mano a Ash y le paso el pequeño recipiente que contiene el ungüento de confesiones de borrachera. Inés cambia de posición con fluidez para entorpecer la vista del resto de la sala. Ash se saca un palillo de la chaqueta, descorcha la tapa del recipiente y retira un poco del pringue trasparente. Cuando el camarero se da la vuelta para devolver la botella de alcohol en la estantería, Ash pasa el palillo por la parte de debajo de los vasos, donde el cristal es más ancho y la mancha no se ve. También supongo que será menos probable que el camarero toque el ungüento sin querer.

Apenas pasa un minuto y una mujer de mediana edad con el mismo uniforme que el camarero del champán recoge la bandeja con las cuatro bebidas. Tal y como esperábamos, las deja en la mesa de los hombres que no son de Estrategia.

Aguardamos a que la camarera recoja los vasos vacíos. Cuento los segundos. A los cinco segundos, uno de los hombres es el primero en coger un vaso. Dos después, otro lo imita. Y cuatro segundos más tarde, los otros dos les siguen. En ese momento, el primer hombre se inclina hacia delante y se agarra a la mesa con la cabeza agachada. «Bingo». El segundo, que también parece haber perdido el control de sus movimientos, gesticula exageradamente y tira el vaso del otro de la mesa. Se rompe con un sonoro estallido contra el brillante suelo de piedra.

Todos los que están en el vestíbulo se vuelven para mirar, incluido Hawk, y la camarera se apresura a traer algo con lo que limpiarlo.

El primer hombre intenta enderezarse, claramente molesto con el segundo, pero se queda a medio camino de la silla antes de que se agarre a la mesa de forma extraña. La mesa cede bajo su peso y los

vasos que quedan se vuelcan y caen con estrépito al suelo.

—Ahora —susurra Inés, y nos acercamos con paso confiado hasta la cuerda de terciopelo, deteniéndonos brevemente para observar el caos e imitar al resto de la sala.

Llegamos a la cuerda con Inés y Aarya una al lado de la otra y yo con Ash detrás. Me obligo a relajarme a cada paso que nos acerca a Hawk, aflojando los puños y bajando los hombros.

Hay dos camareros en la mesa donde están los hombres, que intentan desesperadamente arreglar el desastre. Escucho que uno de ellos les dice a los hombres que se comporten y todos empiezan a subir el tono de voz.

—Si me acompañan… —dice el camarero.

—¡Pues no! —exclama uno de los hombres, indignado—. No he acabado.

—Me temo que sí —replica la camarera.

Desde el bolsillo, tecleo «Ahora» en el móvil y le doy a enviar, con la esperanza de que Layla y Matteo consigan distraer a Eddie y Willy en la entrada.

Nos detenemos junto a Hawk, que mira a Aarya de reojo.

—Bienvenida —dice Hawk con un tono de voz rasposa y desvía la mirada momentáneamente hacia la discusión de los borrachos—. Retírense las máscaras y sírvanse una copa de champán.

—¿Tú sabes quién soy? ¿Sabes cuánto dinero me he gastado en este hotel? —grita uno de los hombres con un tono de voz atronadora —. No puedes echarme. No pienso irme.

Escucho lo que creo que es una silla rompiéndose a mis espaldas.

«Bueno, ahí está el suero de la verdad del ungüento».

—¡Quítame las manos de encima! —exclama el hombre.

Hawk le presta atención a la pelea y frunce el ceño.

Inés coge una copa de champán y la empuja hacia delante con rapidez hasta dejarla en el borde de la bandeja, lo suficiente para desequilibrarla. El camarero del champán no mira a Inés, se ha quedado embobado con los hombres del altercado como todos los demás.

—Ten cuidado —le dice Inés al camarero que, de inmediato, intenta recolocar la bandeja tambaleante.

En ese momento, me acerco para fingir que le ayudo, doy un paso adelante y me cruzo en su camino. El chico se tropieza con mi tobillo, levanto el brazo para mandar la bandeja, que ya casi estaba estabilizada, hasta Hawk y el champán acaba empapándole a él y al

dobladillo de la falda de Aarya.

Hawk gruñe al camarero como si se lo fuera a comer.

—Lo siento. No sé qué ha... Lo siento —dice el camarero mientras recoge los trozos de cristal roto del suelo.

—¡Mira mi vestido! —exclama Aarya, molesta, y mi corazón se encoge. Debe pensar que no tendremos oportunidad de cruzar la cuerda.

Hawk da unos pasos y se aleja de nosotros. Contengo la respiración y mantengo la esperanza al ver que coge un par de servilletas de tela de una mesa vacía, pero cuando se da la vuelta hacia nosotros, el aire se me escapa. «Mierda». Antes de que pueda volver hasta nosotros, la pelea de la mesa se desata. Miro hacia allí en el momento en el que uno de los hombres pierde el equilibrio, se tropieza con el camarero y acaban los dos en el suelo.

Hawk se saca el *walkie-talkie* del bolsillo.

—Eddie —gruñe por el aparato.

Espera un instante, lo vuelve a intentar, pero no obtiene respuesta. Y, en ese momento, le estoy agradecida a Layla. Pero también siento algo de orgullo, como si fuera mejor estrategia de lo que pensaba en un principio.

—Mierda —farfulla Hawk, y me tenso. Tengo miedo de parpadear. Hawk se vuelve hacia el camarero del champán—. Deja eso y llama a uno de los guardias de seguridad de la entrada.

El chico se pone en pie y, durante un instante, creo que Hawk va a volver hacia nosotros. Pero no lo hace; se dirige al altercado. No perdemos más el tiempo. Rodeamos la cuerda y nos colamos por la puerta.

El salón de baile está a rebosar de estrategia. Trago saliva. Aquí hay más de trescientas personas. Lo primero que hago es buscar salidas alternativas. Desgraciadamente, solo hay otra puerta más, sobre la cual hay un letrero que pone WC con una caligrafía elegante. Estoy bastante segura de que se refiere a los baños, por lo que no es una salida. Además, hay guardias en el interior. Y las ventanas son de esas enormes tipo ventanales que no se abren, lo que significa que, si nos descubren o montamos un numerito aquí, sería un desastre.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta Ash, y me saca de mis pensamientos.

—Todavía no lo sé —respondo y, con rapidez, me fijo en los detalles del salón, que está decorado con una temática de fantasía invernal.

Los altos techos están decorados con luces blancas que se arremolinan en el centro y cuelgan hacia abajo como si fuera nieve resplandeciente. Siguiendo la línea de las paredes, hay árboles artificiales de color blanco con luces parpadeantes; y las mesas están vestidas de blanco, con candelabros plateados y vajilla frágil, y un grupo de música toca canciones navideñas.

Conforme caminamos entre la multitud y las mesas, se hace visible una plataforma con una única mesa encima. Sentados a la mesa, como si de la familia real se tratase, hay tres personas con la misma máscara roja y dorada: un hombre mayor con el pelo plateado hasta los hombros, que supongo que es Jag; una mujer con el pelo cobrizo recogido en una intrincada trenza, que debe ser Rose; y un chico joven con un mechón de pelo rubio claro.

Miro a Ash y le ofrezco mi mejor expresión de asombro detrás de la máscara, y sus ojos imitan mi sorpresa. Menos mal que llevo la mayor parte de la cara cubierta, porque no parece darse cuenta de que yo ya sabía que Brendan estaría aquí.

—Será una broma —exclama Aarya al verlo, y no tengo claro si está contenta de tener la oportunidad de eliminarlo o si está molesta de encontrarse con otro obstáculo.

Cuando se ponen a discutir sobre este descubrimiento, aparto la mirada de mis familiares Leones y me obligo a centrarme en el salón.

—Bien, vamos a ver —digo más para mí misma que para los demás —. Mi padre y yo nos encargábamos de las decoraciones de las mascaradas todos los años. Si tuviera que adivinar, diría que lo que buscamos está relacionado con la decoración.

—¿Había alguna temática común en las decoraciones que hacíais? —pregunta Ash, y la conversación sobre Brendan desaparece.

Niego con la cabeza.

—Cada año era diferente.

—¿Hay algo que parezca personal o un mensaje oculto? —pregunta Aarya.

—Puede que los árboles —digo—. Es decir, crecí al lado de un bosque y pasábamos mucho tiempo allí, pero aquí debe haber como cuarenta y tres árboles y parecen todos iguales, así que diría que no se trata de eso.

Examino el salón empezando por un extremo y pasando estratégicamente hasta el otro en busca de cualquier cosa que me recuerde a algo o que destaque. Pero, al igual que los árboles, la mayoría de la decoración no tiene nada de especial, es solo un adorno

que se repite por toda la sala. Nos movemos entre las mesas y me detengo en una para observarla mejor. El centro de mesa consta de un jarrón con ramitas blancas, flores blancas y un puñado de piñas con las puntas pintadas de color blanco. Y, junto al jarrón de cristal, hay velas y, en esta mesa, una tarjeta con el número 32 escrito a mano.

Los demás se quedan a mi lado mientras observo la decoración.

—No es que aquí no haya cosas personales —digo—. De hecho, hay muchas cosas. La nieve falsa, de cuando mi padre y yo nos sentábamos en el porche a beber chocolate caliente para ver la primera nevada del año. Las piñas, porque las decoraba en el colegio cuando estaba en primaria con purpurina y ojitos saltones para que se parecieran a mí y a mis padres. Y los árboles, como ya os he contado.

Todos se quedan mirándome.

—Qué asco —dice Aarya, e Inés le da un codazo—. ¿Qué? —le suelta a Inés—. Es ridículo lo sentimental que se pone.

—Yo creo que es bonito —replica Inés, y hay un deje de melancolía en su tono de voz.

—¿Es posible que el mensaje sea como el de tus fotos? —me pregunta Ash—. ¿Alguna combinación entre esas historias?

Considero la posibilidad.

—Yo diría que no —respondo—. Esas fotos estaban combinadas de una forma muy específica. Esto no. Eso sin contar que estos adornos se repiten por todo el salón. Esta es la mesa treinta y dos y debe haber casi cincuenta mesas con el mismo centro de mesa. No tiene sentido que mi padre nos hiciera rebuscar entre cincuenta mesas o árboles para encontrar algo.

El grupo de música termina una canción, pero en lugar de empezar otra, se queda en silencio, al igual que la sala. Jag se pone en pie detrás de la mesa de la plataforma y levanta la copa de champán.

—Familia y amigos —dice con un tono de voz profunda—. Estamos encantados de que hayáis podido acompañarnos en este día tan especial.

Tiene un tono de voz seguro y cálido y una apariencia relajada que hace que sea fácil prestarle atención. Dejo de hacerlo por un instante. ¿Cómo es posible que alguien tan terrible pueda ser tan carismático?

La máscara de Jag no le cubre tanto como a nosotros y le deja la mitad del rostro a la vista. Tiene una mandíbula fuerte, como mi padre, e incluso el mismo nacimiento de pelo. El parecido es inquietante.

Mi padre pone un bocadillo de queso y sopa de tomate en la mesa que tengo delante, mientras estoy sentada en el suelo del salón, rodeada de libros de la biblioteca que hablan del origen de los nombres según el país, la mitología, las raíces de las palabras latinas y la lingüística.

—Tómate un descanso y come antes de que se te enfríe —dice, y se sienta en el sofá con un libro.

—Mmm… —musito a modo de asentimiento.

—Los libros etimológicos seguirán ahí cuando termines —dice, pero detecto la presencia de una sonrisa en su tono de voz.

Siempre me ha animado a descubrir nuevos temas, no solo para que aprendiese, sino para que me sumergiera en ellos y los despiezara poco a poco como si fuera a reconstruir un motor.

—Es que es muy interesante —replico, me como un trozo del bocadillo de queso que previamente he mojado en la sopa de tomate y sigo mirando el libro—. Todo tiene un significado: los apellidos, los nombres propios. Todos. Y una vez que le coges el truco, es bastante fácil descifrarlos. Pregúntame un nombre, cualquier nombre. —Pero antes de que pueda decirme nada, sigo hablando—. Por ejemplo, tu nombre es inglés, pero proviene del griego antiguo, Christophoros, que significa «el que resiste» o «el que aguanta», lo que tiene sentido, porque siempre has tenido muchas responsabilidades. Los nombres de las personas te cuentan cosas sobre ellas.

Mi padre baja el libro y me escucha; siempre lo hace.

—¿Y qué pasa si la gente no conoce el significado de su propio nombre? ¿Crees que el significado deja de tener relevancia o que es importante que lo sepan o no? —pregunta, y alzo la vista del libro para considerar su pregunta.

—Yo diría que —hago una pausa para revisar los nombres de quienes conozco y las cualidades que tienen— es importante. Tanto si lo saben como si no, su nombre dice algo. Pasa igual con las palabras, como con canela y hedor. «Canela» te trasmite felicidad y te recuerda a algo agradable. Sin embargo, «hedor» es desagradable. —Me tomo una cucharada de sopa de tomate—. Adelante, pregúntame algo.

Mi padre se lo piensa unos segundos.

—Hamilton —dice finalmente.

—¿Hamilton? —pregunto—. ¿Alexander Hamilton de los fundadores de los Estados Unidos?

—El nombre de mi padre —responde, y por un momento me quedo anonadada.

Nunca habla de su familia. Una vez me contó que sus padres murieron

antes de que yo naciera y que nunca estuvieron muy unidos. Cuando le pedí más información, se limitó a decirme que no había nada más que contar. Ni siquiera sabía cómo se llamaba su padre.

—¿Tu padre se llamaba Hamilton? —pregunto con curiosidad—. Pues tuviste suerte de llamarte Christopher. Podrían haberte puesto Hamilton Junior.

—No sabes hasta qué punto —contesta y, aunque me devuelve la sonrisa, sé que el corazón no le acompaña.

—Vale, Hamilton —repito—. Viene del inglés antiguo y hamel *en inglés antiguo significa «deshonesto».*

—Interesante —dice.

—¿A que sí? —coincido con todo mi corazón.

Jag barre el salón con la mirada.

—El nombramiento del regente no es solo un gran honor, sino también una gran responsabilidad. Brendan es joven, pero fuerte, como yo lo era a su edad —relata.

Brendan sonríe ante el cumplido, pero no de forma arrogante y segura de sí misma, como hacía en la academia. Este Brendan parece más reservado, casi tímido.

Nos miramos de reojo los unos a los otros y confirmamos en silencio la desgraciada realidad en la que Brendan va a ser regente. Recuerdo que Ash me dijo que Jag se hizo cargo de su familia cuando solo era un adolescente y que todo se torció desde entonces. No creo que el poder le siente mejor a Brendan.

—Por supuesto, este nombramiento llega con un gran pesar tras la muerte prematura de su padrastro —prosigue Jag, como si fuera una tragedia—. Pero como siempre digo, uno no debe dejarse vencer ante el dolor en estos momentos, sino confiar en la lógica y la estrategia...

Por todo el salón, la gente asiente y Jag asimila sus gestos.

—Un plan estratégico para apresar al responsable de este ataque imperdonable, que creemos que también ha insultado a nuestra familia al desplazar al león de su hábitat natural —dice Jag, y el público parece absorto con sus palabras.

Miro a Ash para ver si piensa lo mismo que yo, que mi padre provocó a Jag intencionadamente con esa broma del zoo, porque sabía que Jag no lo dejaría pasar sin decir nada.

—Sea quien sea el criminal, os aseguro que no solo será eliminado, sino que servirá de ejemplo —continúa Jag—. Pondremos en marcha todos los recursos de los que disponemos. Y, además de nuestros

rastreadores de primera, hemos contratado al barquero para que se encargue de este asunto tan delicado.

Se oyen murmullos de aprobación por la sala. Aunque la información ya la conocía, suena más amenazante en labios de Jag.

Jag espera el silencio del público.

—Y me place informaros que las novedades son de lo más prometedoras. De hecho —pausa para darle emoción—, es posible que tengamos al culpable antes de que acabe la noche.

La sorpresa recorre el salón y me quedo petrificada. Los estrategia enmascarados empiezan a susurrar entre ellos.

Aarya me mira con preocupación en los ojos. Si Aarya está preocupada, quiere decir que Jag no está fanfarroneando, y que mi padre está en peligro, real e inmediato.

—Ahora —dice Jag—, no gastemos más tiempo en asuntos desagradables. A fin de cuentas, esto es una celebración. —Levanta la copa de champán—. Por mi nieto, Brendan.

—Por Brendan —corea la multitud, y Jag vuelve a su asiento.

Miro a Ash por el rabillo del ojo, con el corazón desbocado, pero él no me mira a mí, sino al público del salón. La banda vuelve a tocar y todo el mundo empieza a hablar con emoción.

—November —insiste Aarya, y me vuelvo hacia ella—. Ya. Tienes que encontrar el mensaje de tu padre ya.

Asiente en dirección a la puerta. Hawk está dentro de la sala y examina a los invitados como si buscara algo. Y me apostaría lo que fuera a que me busca a mí.

Se me acelera la respiración y la mente me da vueltas, lo cual me impide concentrarme. Vuelvo a repasar los adornos en busca de algo que pueda reconocer. Pero me siguen pareciendo tan sencillos como hace unos minutos. Quiero llorar de la frustración. Todo lo que veo es un callejón sin salida. La multitud se aparta un poco de nosotros, y Aarya nos empuja hacia el centro del salón y lejos de Hawk.

—November —vuelve a decir Aarya con insistencia.

—Lo sé —replico con la misma sensación de urgencia e intentando acallar mis ataques de pánico.

—Bueno, lo sepas o no, tenemos que salir de aquí —insta.

—Basta, Aarya. No estás ayudando —dice Ash.

—¿Ayudando? Intento que sigamos con vida —replica Aarya.

—No te obceques con el salón, sino en lo que sabes —interviene Inés, y me vuelvo hacia ella—. Nos has dicho que hacías decoraciones para una fiesta con tu padre, ¿no? ¿Qué hacías exactamente?

Sopeso la pregunta de Inés y me obligo a no mirar las amenazas más acuciantes.

—Las construíamos desde cero. Íbamos a la tienda de manualidades y a la ferretería y nos pasábamos dos semanas del verano haciéndolas —explico.

—Empecemos con eso. La mayoría de las decoraciones no son artesanales —dice Inés, y me doy cuenta de que tiene razón—. Seguramente no haya nada artesanal en este salón salvo los centros de mesa.

Ash asiente para darle la razón.

—Y en esos centros de mesa, lo más artesanal es la rama de piñas, que tienen las puntas pintadas de blanco y las han tenido que pegar a la rama —añade, y antes de que termine de hablar, miro con esperanza los centros de mesa.

—Vale, de acuerdo, piñas con significado —dice Aarya con urgencia para indicar que nos estamos quedando sin tiempo—. Empecemos a mirar.

Nos movemos entre las mesas e inspeccionamos de forma sutil las piñas que hay en cada jarrón. Pero todas las mesas tienen la misma decoración: una rama, cuatro piñas y ningún mensaje. El estómago se me retuerce y el pecho se me tensa. Mi mirada busca nerviosamente a Hawk. Si nos hemos equivocado con las piñas, no tendremos tiempo de buscar una alternativa.

De nuevo, la banda deja de tocar, solo que esta vez es Rose quien se pone en pie.

—Por favor, tomad asiento todos, la cena está a punto de servirse —dice, y su forma de hablar es fría, carente del carisma que con tanta facilidad le salía a su padre—. En vuestras invitaciones tenéis la ubicación de vuestros asientos. Sin embargo, si no tenéis claro cuál es vuestra mesa, preguntadle al caballero de la entrada. —Señala a Hawk—. Disfrutad.

—Mierda —suelto y todos nos miramos.

En cuanto la gente se siente, estaremos claramente fuera de lugar.

—Si tenemos suerte, habrá algún asiento vacío en una mesa o dos —dice Ash disculpándose—. Pero es poco probable que consigamos sentarnos sin llamar la atención. Lo siento, November, es hora de irnos.

Lucho contra el pánico.

—El barquero va a capturar a mi padre esta noche. No pienso irme de aquí ahora que estamos tan cerca.

—No merece la pena morir por encontrar un mensaje —dice Ash cuando no me muevo.

Dudo durante un segundo más y busco alguna excusa que nos permita quedarnos. Pero, por mucho que me moleste, sé que Ash tiene razón: no encontraremos a mi padre si Jag da con nosotros.

Aarya mira a Hawk.

—No podremos salir por esa puerta, a menos que montemos un numerito.

—Nos arriesgaremos con los baños —dice Ash, e Inés le da la razón con la cabeza, pero no les pregunto a qué se refieren, porque sigo concentrada en las piñas.

Aarya lleva la delantera hacia la puerta con el letrero de WC y un enorme guardia de seguridad. Pasamos junto a las mesas veintidós y veintitrés, que escaneo con una esperanza imperturbable. Pero, al igual que los demás centros de mesa, las piñas no tienen nada de especial. Tengo ganas de gritar, estoy muy enfadada conmigo misma, con mi padre y con la situación en general.

Cada paso que damos hacia la puerta se convierte en un fracaso.

—November —me llama Ash cuando aminoro el paso.

—Cincuenta mesas, Ash, y solo hemos mirado unas quince —protesto—. ¿Por qué demonios nos ha dejado mi padre tantas mesas que buscar? Al menos podría haberme indicado el número de mesa en la última pista. —En cuanto lo digo, dejo de caminar y miro a Ash con determinación—. Ash, ¿en qué fecha fue el baile histórico del letrero de Logan? El *bal des ardents* —digo con rapidez.

Ash también se detiene y frunce el ceño momentáneamente.

—En el año 1393. —Se calla—. ¿Puede que en enero?

—Nunca saldremos de este salón —insiste Aarya, como si no entendiéramos la gravedad de que nos pillen—, si no salimos por esa puerta.

—Inés, ¿cuándo fue el *bal des ardents*? —pregunta Ash ignorando a Aarya.

—El 23 de enero de 1393 —responde Inés y en sus ojos aparece el destello de haber reconocido la pista que faltaba.

—La mesa veintitrés —dice Ash.

—O la mesa uno —replico—, por enero. —Y, en cuanto lo digo, me doy cuenta de mi error—. Marchaos. Ahora os alcanzo.

Me doy la vuelta y me acerco con rapidez a las mesas sin pedirles que me acompañen. Con más de la mitad de los invitados ya sentados, es un riesgo que no quiero que corran.

«Si uno es enero, entonces once sería noviembre».

Pero cuando me acerco a las mesas, caigo en la cuenta de que no puedo examinar las piñas delante de una multitud que va a cenar. Y no tengo ninguna excusa para llevarme la rama de piñas del centro de mesa. Voy a parecer una loca de remate o que estoy tramando algo. Me clavo las uñas en la palma de la mano. «Piensa, November, piensa, es tu única oportunidad».

Estoy tan concentrada en llegar a la mesa once que me tropiezo sin querer con una mujer estrategia que lleva una copa de champán y casi se la tiro.

—Disculpe —me excuso con mi mejor imitación de la educada Layla, y me alejo de ella tambaleándome—. Creo que me he tomado demasiadas copas —digo con una sonrisa para dar una explicación rápida a mi torpeza tan poco propia de un estrategia.

—No pasa nada —responde, como si no lo sintiera, y antes de que pueda examinarme más de cerca, me doy la vuelta y zigzagueo entre las mesas.

Y entonces se me ocurre: si esa mujer ha aceptado la disculpa de una borracha, puede que otros también lo hagan. Después de todo, esto es una celebración y parece que hay cantidades ingentes de alcohol. Me detengo abruptamente delante de la mesa once, que ya está casi llena.

—La buena mesa veintiuno —digo con hipo y me desplomo con cierta torpeza en la silla en la que hay una bufanda de mujer.

El hombre a mi lado me frunce el ceño, molesto.

—Esta mesa es la once —dice—. Y estás en la silla de mi mujer.

—Madre de Dios bendito —exclamo ignorándole—. ¿Habéis visto un centro mesa más bonito que este? —Señalo a la rama de adorno con el dedo índice—. Es que —se me escapa otro hipo en lo que considero que es una imitación perfecta de cuando me emborraché de whisky— es precioso, precioso, precioso.

—Les pido disculpas —dice la voz de Ash a mis espaldas, me echo hacia atrás y casi me caigo de la silla. Me agarro a la mesa para aguantarme—. Hemos ido al bar demasiado pronto —comenta, y me agarra del brazo para levantarme.

Me tambaleo y birlo la rama con las piñas.

—No te vas a salir con la tuya tan fácil, guapetón —le digo a la rama, y me callo como si me estuviera contestando—. ¡No! ¡Tú estás tonteando! —Vuelvo a callarme—. Ay, está bien, pero uno solo...

Y entonces pongo la piña en la mejilla del hombre y hago un

sonido de un beso. Su rostro refleja tanta sorpresa que no tengo que fingir la risa. La carcajada que me sale por la boca es real.

Ash no tarda en mostrarme la salida a la vez que les dedica una mirada arrepentida por encima del hombro y me recreo en mis bamboleos mientras me abrazo a la rama de piñas. Evito mirar a Brendan o a Hawk. A cada paso que damos parece que va a ser el último.

Algunas personas se dan cuenta de nuestra presencia y voy hipando conforme paso y apoyándome en Ash mientras caminamos. «Solo hay que salir del salón. Seis metros más y estaremos a salvo». Cuando llegamos a la última mesa, miro con detenimiento a Aarya e Inés. No se han ido, pero están demasiado cerca de la salida.

Cuando nos acercamos, Aarya no nos mira a nosotros, sino a nuestras espaldas, y noto en su rostro que no le gusta lo que ve.

—Hawk está mirando hacia aquí —dice, y tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no salir huyendo.

En su lugar, andamos a una velocidad razonable hasta la puerta mientras me tambaleo entre risas.

—Tengo entendido que por aquí se va al baño, ¿cierto? —pregunta Inés al guardia como si fuera la dueña del hotel, y la confianza de su tono de voz me sorprende.

El guardia asiente y nos mira uno a uno, deteniéndose cuando llega a mí y a la rama a la que me agarro. Ladea la cabeza, inseguro, como si quisiera decirme que la suelte. El corazón me late contra las costillas y hago lo único que se me ocurre en ese momento. Lamer. Lamo la rama de arriba abajo, porque hasta los niños saben que nadie quiere tocar algo que ha chupado otra persona.

El guardia entrecierra los ojos y Ash me endereza cuando trastabillo.

—¿Piensas abrirnos la puerta? —pregunta Aarya con impaciencia y reta al guardia a objetar—. ¿O es que formas parte del atrezo? Si es así, apártate.

El guardia farfulla por lo bajo ante la mala educación de Aarya, pero el reto funciona y nos abre la puerta.

Inés asiente para darle las gracias y Ash me ayuda a salir del salón. En cuanto se cierra la puerta, nos permitimos una fracción de segundo para estudiar el pasillo vacío con dos puertas al final. No hay ningún pasillo de vuelta al vestíbulo, ni ventanas por las que salir trepando. No hay salida.

Miro a Ash con los ojos muy abiertos.

—Por favor, dime que no nos hemos quedado encerrados.

Pero él no me mira a mí, sino que sigue caminando, como las otras dos.

—No estoy seguro.

Me agarro a la rama con más fuerza, como si la estuviera protegiendo de una amenaza invisible y los sigo hasta el final del pasillo.

Aarya abre la puerta del baño de mujeres e Inés y yo la seguimos. Se agacha con rapidez y comprueba todos los compartimentos. Vuelve a abrir la puerta y le indica a Ash que entre. Este cierra la puerta al entrar.

Mira el baño como si planeara una batalla.

—No hay ventanas.

—Ni una —coincide Aarya—. Y, a pesar de mi magnífico trabajo con ese guardia, diría que tenemos unos diez minutos antes de que venga a buscarnos.

Registro el baño y me detengo en un conducto junto al techo.

—¿Los edificios comerciales no tienen unos conductos enormes de calefacción y aire acondicionado? ¿Podríamos...?

—Eso solo funciona en las películas —dice Aarya.

—Aunque algunos sistemas de ventilación son lo bastante grandes como para que quepamos, si intentamos ir a gatas por ahí, haríamos un ruido indecible —explica Ash.

—Entonces, ¿qué es lo que...? —empiezo a decir, pero me callo cuando me doy cuenta de que están mirando hacia arriba.

Podría preguntar si vamos a trepar por el techo, pero no tiene sentido. Es la ruta más lógica en estos momentos. Y, de repente, me acuerdo de la profesora Basurto y de lo que dijo en mi primera clase de escalada por los árboles: «Y luego está mi uso favorito de los árboles: escapar. Son el método de huida perfecto, porque ofrecen un terreno impredecible». Aunque aquí no hay árboles, ofrece el mismo principio básico de huida al usar los elementos que te rodean de forma inusual.

Ash coge un cubo de basura muy elegante que tiene un agujero en la parte de arriba y una tapa ancha. Se sube encima y aparta una de las baldosas del techo.

Mete la cabeza por el agujero.

—Es bastante ancho —informa, y en cuanto lo dice, Aarya e Inés empiezan a quitarse los vestidos.

—Te sugiero que te cambies ya si no quieres que la falda se te

enganche en unos cables y acabes desplomándote desde el techo —dice Aarya, y no pierdo el tiempo.

Ash se quita la capa negra y dorada, la arroja al interior del techo con un ligero golpe y luego trepa hasta allí. Yo me quito la falda por la cabeza y la tiro al suelo. Aarya la recoge, se sube al cubo de basura y le pasa a Ash los tres vestidos y las máscaras. Oigo cómo caen en diferentes partes del techo del baño a medida que las va tirando, lo que supongo que tiene más sentido que intentar llevarlas con nosotros.

Me coloco bien la sudadera, meto el móvil en el bolsillo y compruebo la daga de la bota. Inés mira nerviosa por el rabillo del ojo a la puerta y caigo en la cuenta de que no solo tenemos que preocuparnos por el guardia, sino por los demás estrategia.

Aarya se aúpa al techo y Ash asoma la cabeza.

—Inés, tú eres la siguiente, porque November es la más alta.

La idea de ser la última en dejar el baño me provoca una descarga eléctrica. Inés se sube con rapidez al cubo de basura y miro a la puerta por encima del hombro como si fuera a morderme. Me ofrece la mano para coger la rama de piñas y se la paso de mala gana.

—Deja el cubo donde estaba —dice Ash hablando deprisa y, en cuanto las piernas de Inés se alzan del suelo, lo dejo de nuevo contra la pared.

—Ahora quita el pestillo de la puerta y comprueba el pasillo —continúa Ash, y la urgencia en su tono de voz me indica que odia dejarme la última tanto como a mí—. Si está despejado, déjala abierta y ven hacia mí. —Ash se coloca con los brazos colgando del techo—. Si das un buen salto, podré cogerte...

Ash deja de hablar y me mira con intensidad.

Se oyen voces de mujer en el pasillo y el sonido amortiguado de una puerta que se cierra detrás.

—Deja la puerta con el pestillo —dice Ash.

—Ni se te ocurra dejarla cerrada —rebate Aarya.

—Ahora, November, salta ya —urge Ash en un susurro autoritario, pero ya estoy corriendo a la puerta del baño.

Aarya tiene razón. Ash intenta protegerme, pero si la dejo cerrada, esas mujeres sabrán de inmediato que algo va mal, por lo que los guardias vendrán a por nosotros y echaremos a perder la ventaja que tenemos. Corro el pestillo, me dirijo donde está Ash, doy un salto y me agarro a sus brazos por encima de los codos.

Él tira de mí con fuerza y me introduce en el estrecho espacio que hay junto a la viga de metal, tan rápido que me araño el estómago. Al

recoger las piernas, le doy una patada suave a una de las baldosas del techo antes de encontrar una viga a la que agarrarme. La puerta se abre y Aarya coloca la baldosa desplazada en su sitio, cerrando el último centímetro con tanta parsimonia que mantengo la respiración. Y nos sumimos en un completo silencio. Ash me agarra de las manos mientras me equilibro con el estómago sobre la fina viga. Saca el móvil y usa el leve destello de la pantalla para enseñarme la estructura del falso techo.

Las vigas de metal conforman una cuadrícula de apenas un metro cuadrado y solo tengo unos cuantos centímetros sobre mi cabeza, por lo que la única opción para avanzar hacia delante es arrastrarme sobre el estómago como hacen en el ejército. A la derecha hay una tubería enorme de metal para la calefacción y el aire acondicionado y supongo que es la razón por la que tenemos tanto espacio. También hay marañas de cables junto a ella.

Ash señala hacia delante con el tenue resplandor de su móvil y, para mi alivio, nos alejamos del salón de baile, por lo que no pasaremos por encima. Aarya le da su aprobación con el pulgar y nos arrastramos lenta y metódicamente siguiendo la débil pantalla del móvil de Ash.

Los codos y las rodillas se clavan en el metal conforme nos desplazamos y estoy segura de que mañana todos tendremos moratones. Nos movemos tan rápido como podemos mientras seguimos en silencio y miro a Inés, que lleva la rama de piñas entre los dientes. Apenas hemos recorrido unos metros, cuando Ash levanta la mano y nos indica que nos detengamos. Levanta la esquina de una baldosa y mira por la rendija unos segundos. Señala a su derecha para que cambiemos ligeramente nuestra dirección y lo seguimos.

Ash vuelve a detenerse, levanta la esquina de otra baldosa y, esta vez, se oye a un grupo de adultos hablando del baile de esa noche y riéndose. Ash espera mientras sigue mirando por una rendija de luz plateada. Oigo el sonido del ascensor y, cuando se cierran las puertas, la charla se interrumpe de forma abrupta. Ash levanta los dedos en una cuenta atrás: tres, dos, uno. En el instante en el que baja el último dedo, aparta la baldosa, se agarra de la viga de metal y se descuelga hacia abajo. Yo soy la siguiente y, para cuando pongo pie en el suelo, Ash ya está a tres puertas de distancia dándole al botón del ascensor.

Inés baja y Aarya la sigue. Las puertas del ascensor se abren y nos metemos con rapidez en el cubículo vacío. Ash presiona el botón del segundo piso y, cuando las puertas se cierran, Inés me devuelve la

rama, que acepto de buena gana. El aire entre nosotros se espesa por miedo a que el guardia haya ido al baño y se dé cuenta de nuestra desaparición. Ninguno decimos una palabra mientras el ascensor sube y las puertas se vuelven a abrir.

Salimos, miramos a ambos lados del pasillo, comprobamos los números de las habitaciones y nos reorientamos. Nadie tiene que decirnos que nos demos prisa, simplemente echamos a correr y doblamos la esquina más rápido de lo que deberíamos, hasta el pasillo de la habitación donde nos cambiamos. Aarya da un toque rápido en la puerta. Pone la oreja contra la puerta y, tras tres segundos insoportables, decide que no hay nadie en el interior. Ash saca sus herramientas para forzar cerraduras y, en cuanto se abre, nos adentramos.

Nos apresuramos por el salón y el dormitorio hasta el balcón. Ash vuelve a abrir la puerta del balcón con sus herramientas y ato la cuerda. Vamos bajando uno a uno. En el instante en que Inés toca el suelo, le tiro con delicadeza la rama y desato la cuerda. Me agarro con las piernas al balcón y no pierdo el tiempo en cogerme a la mampostería decorativa. Escalo por mi cuenta tres cuartos de la distancia al suelo y salto los últimos metros hasta caer en el césped.

Ash me pasa mi mochila, que ha sacado de los arbustos, y guardo la rama mientras salimos del aparcamiento. Cuando nos hemos alejado tres manzanas sin que nadie nos persiga, Aarya me mira y su expresión seria pasa a ser divertida.

—Estás como una cabra, lo sabes, ¿no? Anda que ponerte a lamer la rama... —Se ríe—. Siempre pensé que eras rara, pero esto ha sido brillante.

—Y porque no has visto darle un beso al hombre de la mesa con una piña... Nunca olvidaré su mirada de desconcierto y terror absoluto —añade Ash con una sonrisa.

Y ahora que estamos en la calle pidiendo un taxi, con la rama en mi poder y sin que Hawk nos aceche, me permito soltar también una carcajada.

VEINTIDÓS

Estamos sentados en el salón de Aarya. Abro mi mochila y saco la rama. Paso los dedos por ella rezumando ansiosa anticipación. Tiene cuatro piñas, todas iguales y todas pegadas a la rama. Cojo el cuchillo de la bota y empiezo a quitar el pegamento hasta sacar con facilidad la primera piña.

Examino la parte de abajo y le quito el pegamento restante. Busco alguna anomalía en las escamas y observo la rama, pero no hay nada más que piña y madera. Así que empiezo con la siguiente, que resulta ser igual.

—¿Tienes algo? —pregunta Aarya con impaciencia.

Niego con la cabeza mientras quito la tercera piña y para examinarla. Pero tampoco tiene nada especial y ningún mensaje de mi padre. «¿Y si me he equivocado? ¿Y si no era la mesa once o sí lo era, pero la pista no estaba en las piñas?». Sujeto la cuarta piña en la mano con el cuchillo listo para cortarla.

—Yo de ti me daría prisa —dice Aarya—. O el barquero matará a tu padre mientras tratas con delicadeza esas piñas.

Ash mira a Aarya con dureza e Inés sacude la cabeza.

—¿Qué? Solo digo lo que es obvio —añade Aarya.

—Pues si es obvio, no hay necesidad de decirlo —replica Ash.

Pero Aarya se encoge de hombros.

—Qué mal humor.

Corto la cuarta piña y le doy la vuelta. La madera de la parte de abajo es suave y regular. Pero, cuando le quito el pegamento de la base del cono, se me ilumina la cara. Hay un agujero en la base de la piña y, dentro, un trozo de papel enrollado.

Lo pongo sobre la palma de la mano y lo desenrollo con rapidez. Hay un mensaje escrito con la caligrafía de mi padre. Lo leo en voz

alta:

> Nos acercamos a la calle de la traición:
> bienvenidos a la primera y moribunda estación.
> Llegó la hora de cambiar; ya fue escogido el momento
> en el que todo León acabará muerto.

La cabeza me da vueltas.

—¿Una rima? —pregunto, confundida.

Me quedo en silencio un instante y Aarya tamborilea los dedos sobre el brazo del sillón.

—En voz alta, November, lo que sea que estés pensando, dilo en voz alta.

Niego con la cabeza.

—Es que... Nunca he escuchado a mi padre recitar una rima y mucho menos escribirla.

Ash observa el papel a mi lado.

—Dejemos a tu padre arrítmico aparte, tenemos que descifrar el significado —insta Aarya, y se inclina hacia delante con curiosidad en los ojos, como si quisiera quitarme el papel de la mano si pudiera—. Es una amenaza a Jag, eso seguro. Pero es evidente que no es todo. Si sigue el patrón del resto de pistas que te ha dejado, entonces deberías poder entenderla.

—¿November? —pregunta Ash.

Miro el papel, extremadamente consciente del poco tiempo que tenemos y la presión infranqueable. No se me viene nada a la cabeza, lo vuelvo a leer, pero las palabras surcan por el papel sin sentido. Resoplo.

—¿Por qué me hace seguir pistas por dos continentes? —exclamo más para mí que para los demás—. Aquí estoy intentando entender una rima absurda cuando debería advertirle de que el barquero se acerca.

Aarya gruñe.

—¿Estás de coña? Si fuera mi padre, me habría mandado por los cinco continentes para acabar donde empecé... cabreada.

—Mi padre no es como la mayoría de los estrategia —digo, pensativa.

—¿Estás segura? —suelta Aarya en un tono de voz que me da a entender que tiene sus dudas—. Porque poner a prueba a los hijos de una manera frustrante e incómoda es lo más parecido a la crianza de

Estrategia que he visto. Y siento reventar tu preciosa burbuja, pero te ha mandado a una propiedad de los Leones y a una celebración del mismísimo Jag. No es que intente mantenerte a salvo precisamente.

Abro la boca para discutírselo, enfadada de que sugiera una cosa así. Todas las decisiones que ha tomado mi padre durante toda mi vida han sido para mantenerme a salvo. Me quiere. Lo hace por mí. Pero teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, tampoco estoy segura de que esté equivocada.

—Vamos a relajarnos todos y supongamos que November conoce mejor a su padre que tú, Aarya, y démosle un minuto para asimilar el mensaje —dice Ash.

—Ay, no, no uses el sarcasmo conmigo, Ashai —contesta Aarya con una teatralidad exagerada—. ¿Cómo voy a seguir viviendo?

—Con la misma rutina de payaso psicótico que has llevado desde hace años —replica Ash.

—Grrr —gruñe Aarya y le saca las uñas como si fuera un gato enorme.

Pero apenas presto atención, porque aún estudio el mensaje, leyéndolo sin parar, sin retener las palabras y con la mente totalmente en blanco. Exhalo de frustración. «Para. Contrólate. Es como cuando aprendiste esgrima. Cuantas más emociones muestres, más inútiles serán tus esfuerzos».

Alargo la respiración para desacelerar el pulso y echo los hombros hacia atrás. Y vuelvo a mirar el mensaje. Lo diseccionaré, lo traduciré, lo escribiré del revés... Todo lo que haga falta para que tenga sentido.

—Vale —digo—. Lo que he estado haciendo hasta ahora no funciona, así que voy a pensar en voz alta. Interrumpidme si os dais cuenta de algo, porque ahora mismo estoy fuera de mis casillas.

Aarya se pone la mano en el pecho como si se horrorizara.

—Como si creyeras que me voy a guardar mis opiniones y privaros de mis pensamientos.

Paso la mirada del papel a Ash e ignoro a Aarya.

—Lo que sabemos es que todas las pistas hasta la fecha han requerido que tanto yo como Ash la descifremos, así que supongo que esta será igual. Seguramente haya cosas aquí que vosotros sepáis y yo no. —Me aclaro la garganta—. Veamos... La primera parte dice: «Nos acercamos a la calle de la traición». —Hago una pausa—. Esta parte no me dice nada. Ni siquiera suena como algo que diría mi padre, la verdad. —Alzo la vista para ver si tienen algún comentario, pero nadie dice nada—. Luego sigue: «Bienvenidos a la primera y moribunda

estación». Lo que me extraña es que le oí decir lo de la «estación letal» una vez cuando tenía seis años.

—¿Espera que te acuerdes de eso? —pregunta Ash.

—Lo cierto es que sí —respondo—. Es parte de una historia que hemos contado docenas de veces. Y... espera... ¿Sabes qué? —digo con una leve sensación de esperanza—. «Llegó la hora de cambiar, y hemos escogido el día» también podría ser una variación de esa historia. —Leo la línea siguiente—. Pero «en que los Leones perecerían» no tiene más significado que las connotaciones evidentes de matar a Jag.

—Un código basado en experiencias personales —dice Ash—. Eso encaja en el patrón.

—Cierto —coincido.

—Pues, veamos, Ember —dice Aarya—, ¿cuándo te dijo tu padre esas cosas?

Levanto una ceja de advertencia por el mote.

—Mi madre murió el mes de octubre en que cumplía seis años —explico—. Cuando llegó diciembre, no estábamos tan alegres como de costumbre. Todo era... distinto.

Inés me mira con empatía, pero Aarya parece que desee que acabe con el asunto.

—Entonces, una noche —continúo—, mi padre vino a mi habitación con un montón de revistas navideñas... ¿Teníais alguna? De esas en las que sale gente con jerséis navideños feísimos y están impecables mientras hacen patinaje sobre hielo.

Inés niega con la cabeza.

—Bueno, da igual, vino, dejó las revistas sobre mi cama y me dijo que me incorporara. Me contó que el invierno siempre había sido la estación favorita de nuestra familia y que no tenía intención de que pasara de uno de los momentos más felices del año a una estación moribunda. Me dijo que íbamos a considerar ese invierno como el primer invierno.

—Entonces con «estación moribunda» se refiere al invierno —dice Ash.

—Exacto —afirmo sintiéndome más segura—. Me dijo que sería el primer invierno y que era hora de cambiar. Que eligiera un día, cualquier día de diciembre, y que empezaríamos una nueva tradición, algo que fuera nuestro y que no tuviera nada que ver con los años anteriores. Así que elegí el día veinte.

—Mmm... —murmura Aarya, como si estuviera considerando todo

el asunto—. Invierno y el veinte de diciembre.

—Lo extraño es que han pasado cinco días de esa fecha —digo—. Y el veinte de diciembre está claro que es en invierno, así que ¿por qué la redundancia?

—A menos que lo de diciembre no sea necesario —interviene Inés, y la miro.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Según tu historia, tenías que elegir un día, ¿verdad? Y elegiste el día veinte. ¿Y si habla de invierno y del número veinte? —dice—. Por ejemplo, en una dirección.

Abro mucho los ojos. ¿Sería esta la pista que he estado esperando todo este tiempo?

—Inés, creo que eres un genio.

Ash coge el atlas del Reino Unido y lo abre sobre la mesa. Pasa las páginas hasta dar con un mapa de Londres y todos nos reunimos a su alrededor.

En unos segundos, Ash señala con el dedo.

—Lo encontré. Calle Invierno.

—Y avenida Invierno —dice Aarya, señalando a una zona en la dirección opuesta.

Nos quedamos en silencio un momento.

—«Nos acercamos a la calle de la traición» —recitamos Ash y yo al mismo tiempo.

—En ese caso —dice Aarya sonriendo—, calle Invierno número veinte.

—O calle Invierno número uno —digo—, si tenemos en cuenta que la rima dice «primera y moribunda estación». Podría ser calle Invierno número uno, apartamento veinte, por ejemplo.

Aarya me mira con algo parecido al respeto.

—Sí, es posible.

—Pero ¿y la última línea? —pregunto.

—Si tuviera que adivinarlo —dice Ash antes de que Aarya pueda intervenir—, la puso para que pareciera una amenaza, por si la encontraba otra persona. La verdad es que es un código espectacular.

—Una dirección —repito, y me pongo en pie, con la necesidad de ir hacia allí. Tengo que decírselo a Layla.

Aarya ya está en pie y comprueba las armas que lleva en las botas y en el cinturón.

—Aunque entiendo que tenemos un tiempo realmente limitado para encontrar a tu padre, quiero que sepáis que es una idea terrible ir

a una dirección que puede estar en manos del barquero sin haberla vigilado previamente.

—Si lo que buscabas era seguridad, Aarya, deberías haberte quedado en casa —dice Ash, sacando a relucir el comentario que hizo ella cuando hablamos por el móvil.

Cojo el abrigo y los guantes y le tiro a Ash los suyos. Y en menos de un minuto estamos saliendo por la puerta.

Ash conduce por las calles de Londres y voy sentada en el asiento del copiloto, golpeándome la rodilla y repitiéndome en silencio, esperanzada, que encontraremos a mi padre y que no es la ubicación de una pista más. Estamos compitiendo contra el barquero y ni siquiera estoy segura de que vayamos en busca de mi padre. Ojalá no vea ni una sola pista en los próximos diez años.

Ash me mira de reojo para leer mi rostro de tanto en tanto.

—¿Hay algo que debamos saber? —pregunta.

Sacudo la cabeza.

—No exactamente. Es solo que... ese mensaje de mi padre era... —Miro a Ash—. Era una rima. Mi padre no rima —reitero mi objeción anterior.

—Parece ser que sí —dice Aarya desde el asiento de atrás.

—¿Crees que el mensaje está manipulado? ¿Que no lo escribió él? —pregunta Ash ignorando a Aarya.

—No. Era su letra —contesto—. Y sigue el patrón de todas las pistas que nos ha dejado. Es solo que, de repente, después de criarme durante diecisiete años en un pueblo alejado de los estrategia, hablándome de forma poco estrategia y enseñándome valores distintos a los de Estrategia, cambia radicalmente.

—¿No fue tu padre el que te mintió durante toda tu vida? —pregunta Aarya, y se gana una mirada de desaprobación desde el retrovisor por parte de Ash.

—Así es —admito—. Y estoy empezando a aceptarlo, aunque no me guste. Pero que me mande a la herrería de Logan y al baile de los Leones es otra cosa. ¿Por qué me pone en peligro deliberadamente? ¿Para ponerme a prueba? En mi interior, creo que no lo haría; sin embargo, aquí estamos con una dirección que podría haber escondido sin problemas en un árbol al lado de casa en vez de en un evento de los Leones. ¿Qué tipo de padre le hace algo así a sus hijos?

—El mío —responden Ash y Aarya a la vez, y pongo fin a mi

rabieta.

—Lo siento —digo—. No quería decir…

—Sí querías y no pasa nada —me interrumpe Ash—. Tienes razón. Los padres de Estrategia no son tan cariñosos ni amables como el resto de padres. Pero tienen un nivel de responsabilidad que el resto de padres no tienen. Saben que sus hijos tendrán que detener desastres, impedir ataques, intervenir en guerras… y hacen lo que es necesario para que nos preparemos. Cuando te preocupas por alguien, siempre hay que hacer sacrificios personales. Los estrategia no somos perfectos.

—Habla por ti —dice Aarya.

Asiento, porque no sé qué decir. Lo que dice Ash tiene todo el sentido del mundo y, desde un punto de vista crítico, es lógico. Pero no vengo de un punto de vista crítico y no es lo que quiero. Quiero a mi padre, el que he tenido siempre, el que me quiere tanto que lo arriesgaría todo por mantenerme a salvo.

Ash desacelera y veo el letrero de la calle Invierno. Pasamos junto a un restaurante que está recogiendo para cerrar y una chocolatería cerrada con el número seis en el toldo. Y, en cuanto Ash aparca, salgo por la puerta.

Camino con rapidez hasta un edificio de apartamentos con molduras blancas, ventanas mirador y un número uno de color bronce. En unos segundos, Ash, Aarya e Inés están a mi lado. No hablamos; simplemente caminamos hacia la puerta como si tal cosa, y Ash saca sus herramientas para forzar cerraduras como si fueran llaves. Me quedo a su lado para impedir que le vea algún viandante y, en cuestión de segundos, estamos dentro.

El vestíbulo es modesto, pero limpio, con buzones junto a la entrada y un tramo de escaleras con una barandilla de madera pulida. Nos acercamos a la escalera con paso comedido y evitamos cualquier movimiento que indique que estamos fuera de lugar. Subimos sin prisa, pero sin pausa, dos pisos, hasta donde los apartamentos empiezan con el número dos.

Tres puertas más adelante está el apartamento número veinte y mi corazón late cada vez más fuerte conforme nos acercamos. Tomo aire, esperanzada, levanto la mano y llamo. Pasan cuatro segundos. Vuelvo a llamar. Nada.

«Por favor, que mi padre esté aquí. Por favor».

Miro a Ash y saca las herramientas y las mete en la cerradura. Se oye ese chasquido tan familiar y abre la puerta unos centímetros. Echa

un vistazo por la abertura, pero, en vez de tomarse tiempo para evaluar el interior como imaginaba, abre la puerta de par en par.

Por un instante, intento convencerme de que ha visto a mi padre, pero en mi interior sé que no es así. Y en cuanto vislumbro la habitación, entro en pánico. El salón está hecho un desastre: los muebles volcados, cristales en el suelo y sangre.

Me adentro en la habitación.

—¡Papá! —grito, pero no hay respuesta.

A mis espaldas, Ash ha sacado el cuchillo e Inés está preparando un dardo. Pero ahora mismo no puedo pensar en armas. Lo único en lo que puedo pensar es en que hay sangre en el suelo que pertenece a alguien y espero que no sea de mi padre.

Corro hasta el dormitorio, extrañamente ordenado con una colcha doblada a los pies de la cama y la mochila militar a cuadros de mi padre, que es igual que la mía, está en el suelo junto a un armario. Se me encoge el corazón.

—No —digo, y salgo del dormitorio.

Ash me toca un brazo.

—November...

Me zafo.

—No estoy... Esto no es... No —repito en un intento de olvidar este horror.

Intento entrar en el salón, pero Ash me intercepta el paso.

—¿Qué estás...? Aparta, Ash —le ordeno.

—Necesito que me escuches —dice con un tono de voz que requiere mi atención—. Lo que haya pasado aquí ha sucedido no hace mucho.

Lo miro en un intento de darle sentido a lo que dice, pero lo único en lo que puedo pensar es en las salpicaduras de sangre que hay en el salón.

—Lo que significa que no tenemos tiempo —sigue diciendo, y su mirada es dura y seria, no amable y reconfortante como sería la de una persona que no perteneciera a Estrategia—. Los Leones volverán para limpiar este apartamento y revisar las cosas de tu padre. Es nuestra última oportunidad de investigar y necesitamos tu ayuda. Eres la única que sabría si tu padre te ha dejado algo.

En cuando Ash me lo sugiere, parte de la niebla emocional se disipa.

—Está bien —le concedo con un tono de voz tensa—. Lo entiendo.

Ash se aparta después de estudiarme con la mirada y volvemos al

salón.

Inés está arrodillada junto al suelo e inspecciona unas gotas de sangre que hay sobre la madera.

—Yo diría que ha transcurrido menos de una hora —dice—. La sangre es fresca.

—No me extraña que Jag diera ese discurso —comenta Aarya paseándose por la habitación y observando los muebles destrozados—. Seguramente el barquero venía de camino mientras hablaba. —Camina de un lado a otro y da un tajo al aire, como si estuviera simulando la pelea—. Aunque si te digo la verdad, diría que el barquero no estaba solo. Creo que había tres o cuatro personas en esta pelea si nos basamos en los destrozos y en la ubicación de la sangre.

Inés asiente para darle la razón.

Paseo por el salón intentando no venirme abajo y examino todo lo que parezca personal o que mi padre podría haberme dejado para que lo encontrara. Hay una mesita de café y un sofá con una manta gris ceniza delante de una chimenea, un par de sillas bocabajo, una mesa rota junto a la ventana y una estantería con libros esparcidos por el suelo. El problema es que todo lo que hay en esta habitación es anodino; no hay nada que me recuerde a Pembrook o que me resulte familiar.

Aarya e Inés registran sistemáticamente el apartamento, pasando las páginas de los libros y comprobando los cajones de la cocina en busca de falsos fondos. Ash está en la ventana mirando la calle entre las cortinas. Supongo que está vigilando por si vienen los asesinos de los Leones.

—¿Habéis encontrado algo? —pregunta al cabo de unos minutos.

—Una nada como una casa —responde Aarya y asiento en acuerdo.

—Voy a registrar el dormitorio —digo mientras me dirijo hacia allí y recuerdo el día que estuvimos en mi casa, cuando estaba segura de que Ash no encontraría nada allí. Y, para mi sorpresa, Inés me sigue.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta.

—La colcha —contesto—. En mi casa había un mensaje escondido en una de las costuras.

Y, sin perder un segundo, se pone manos a la obra. Cojo la mochila militar de mi padre. «Manta a cuadros, mochila a cuadros. Parece una relación obvia. Además, nadie excepto yo sabe que tenemos la misma mochila».

Repaso el exterior de la mochila militar con los dedos y reviso las

costuras y la tela en busca de algún posible bulto, pero no encuentro nada. Abro la mochila y está vacía, con un ligero aroma a menta por la loción de después del afeitado de mi padre. Frunzo los labios y sacudo la cabeza para obligarme a concentrarme. Y, entonces, lo veo: en el bolsillo lateral está el cuchillo preferido de mi padre, que tiene el mango tallado con forma de lobo.

Lo saco de la mochila y de la vaina, pero no hay nada en la hoja. El corazón se me encoge: ¿y si no tuvo tiempo de dejarme un mensaje? Me meto el cuchillo en la bota, incapaz de dejarlo allí para que lo encuentren los Leones y paso al armario. Abro las puertas de par en par y, en su interior, solo hay colgada ropa negra y gris oscura, justo lo que se espera en el armario de un estrategia. Reviso las camisas y los pantalones y meto las manos en los bolsillos y bajos en busca de cualquier cosa que no encaje.

Aparto el último par de pantalones y, en la última percha, está la bufanda de lana gris de mi padre. En realidad, hay dos bufandas de lana de color gris. Frunzo el ceño. Ha llevado la misma bufanda durante toda mi infancia y ahora me entero de que ni siquiera es algo especial, porque son dos. Agarro la tela de la primera y la reviso con los dedos. Uno de los extremos está deshilachado. En ese momento, recuerdo el juego al que jugaba con mi madre, en el que tenía que distinguir dos objetos que parecían idénticos a simple vista.

—¿November? —dice Inés mirándome.

—Creo —de repente, me noto la garganta seca— que esto es de mi madre. —Quito la bufanda de la percha y la aprieto contra mi cuerpo —. Pero no sé por qué está… —Me callo. Mis dedos han encontrado la etiqueta y hay un pequeño bulto en la tela.

Separo la tela de la etiqueta y, en efecto, hay un trocito de papel doblado en su interior con la caligrafía de mi padre.

—¡Lo tengo! —exclamo, e Inés sonríe.

Vuelve a doblar la manta para dejarla tal y como estaba cuando entramos. Me envuelvo la bufanda de mi madre alrededor del cuello y meto la nota en el bolsillo. Cierro las puertas del armario, cierro la cremallera de la mochila militar y la dejo donde estaba. En un segundo, estamos todos en el pasillo, bajando las escaleras y en dirección al coche.

Meto la mano en el bolsillo para mandarle un mensaje a Layla.

Yo: *Han capturado a mi padre. Hemos encontrado una nota.*

Nos metemos en el coche y Ash se aleja de la acera.

—Vale, escuchemos qué dice —insta Aarya desde el asiento

trasero.

Saco el trocito de papel del bolsillo y lo desdoblo. Al contrario que el resto de notas, en la que la letra era clara, esta parece que se escribió con prisa. ¿Sabría mi padre que estaba en líos cuando la escribió?

Leo en voz alta:

El portero alto del bar también trabaja
como guardia en el caserío de los Leones. Se dirige
allí al terminar el turno de las 2 de la madrugada.
Te quiero, mi niña bonita.

Miro la última línea. Aunque no es la parte importante del mensaje, la leo una y otra vez y me trago las lágrimas que amenazan por salir.

Aarya silba.

—No sé si esto es motivo de celebración o lo peor que he escuchado nunca.

—El caserío de los Leones —repito—. Eso es la casa de Jag, ¿no?

—Sí —responde Ash, y frena en un semáforo—. Pero los caseríos de los líderes familiares son más que una casa. Además de la familia líder, también viven otros familiares, guardias y personal. Son propiedades enormes, con salas de reunión, vestíbulos grandiosos y mazmorras.

El corazón se me desboca. «Mazmorras».

—¿Y crees que el barquero ha llevado a mi padre al caserío de los Leones? —pregunto.

—Sin lugar a dudas —responde Aarya—. Pero no nos podremos colar en una propiedad familiar de este tipo. Podríamos pasarnos semanas ideando una forma de entrar con un equipo y aun así no habría tiempo de hacerlo como es debido.

Asiento.

—No espero que vengáis conm...

—Yo voy —suelta Inés y me giro hacia ella, sorprendida—. Ya son las doce y media de la noche. Si vamos al bar ahora, llegaremos a tiempo para seguir al portero.

—¿Quieres ir esta noche? —pregunta Aarya con incredulidad y mirando a Inés como si estuviera loca de remate—. ¿Ni siquiera nos vas a dar un día para recapacitar? Para eso podríamos entregarnos directamente a Jag.

—Haz lo que quieras —resuelve Inés—. Pero no nos distraigas, por

favor. Cada minuto cuenta.

Aarya se queda boquiabierta, pero Inés no parece amedrentarse.

—¿Dónde está el bar ese? —pregunto.

—En el mercado de Londres —contesta Ash y, por la tensión que capto en su tono de voz, sé que no es algo bueno.

—¿En el centro de Londres? —digo.

—Por debajo —me corrige.

Lo miro.

—¿Por debajo de qué?

—Por debajo del centro de Londres —explica Ash y, en ese instante, entiendo las objeciones de Aarya—. Es un mercado de Estrategia en medio de un laberinto subterráneo.

El estómago me da un vuelco.

—¿Entonces las únicas personas de este mercado son estrategia? —digo—. Y como estamos en Londres, ¿los estrategia serán mayormente Leones?

—Madre mía, lo va pillando —dice Aarya, claramente disgustada por la situación.

—El bar se llama Guarida de Leones —dice Ash como si eso fuera toda la explicación necesaria. Pisa el pedal de aceleración—. Vamos a necesitar más armas.

Le envío un mensaje a Layla de inmediato.

VEINTITRÉS

Ash, Aarya, Inés y yo nos movemos por el piso de Aarya con rapidez mientras nos guardamos algunas armas y comprobamos que las que teníamos están en un lugar de fácil acceso. Meto el cuchillo tallado de mi padre y la bufanda de mi madre en la mochila militar para no perderlos y compruebo por tercera vez dónde está mi daga de bota favorita.

Me meto en el baño y saco el móvil.

Layla: *Cuando estéis bajo tierra, no tendrás cobertura. Tomaré un camino independiente hacia allí y os seguiré cuando des con el portero.*

Yo: *Ash cree que tanto él como Aarya son reconocibles, así que seremos Inés y yo quienes sigamos al portero y ellos nos esperarán al salir del mercado. Espero que sepas dónde está eso para que no te cruces con ellos por accidente.*

Layla: *Entendido.*

Tiro de la cadena y salgo del baño para unirme a mis amigos, que están en el salón.

Ash está junto a la mesita de café atando unas pequeñas cartucheras de arpillera. Nos da una a cada una.

—Hay diez dardos en cada una, todos bañados en sueño de los ángeles —dice.

Aarya saca algo envuelto en tela de su mochila.

—Toma —dice mientras desenrolla la tela y me pasa una cerbatana de madera—. Sé que Ash te ha dejado una que le sobraba, pero esta es mucho mejor.

Cojo la cerbatana y la meto en el bolsillo del abrigo.

—Gracias, Aarya —le agradezco, y Ash me mira como si no estuviera del todo cómodo con el gesto.

—Por cierto —dice Aarya—, sobre el veneno relámpago…

Ash levanta las cejas, como si supiera que iba a decir algo.

—¿De verdad crees que es buena idea que November lleve los dos dardos? —Aarya me mira a mí—. ¿Y si quedas incapacitada? Es de cajón.

—Déjame adivinar —interviene Ash como si estuviera preparándose para discutir—. ¿Crees que tú deberías llevar el otro?

—Yo no —replica Aarya con una inocencia fingida—. Y tú tampoco, ya que todos sabemos que, si le pasa algo a November, seguramente irás detrás de ella para hacer alguna cosa estúpida y salvarle la vida. Simplemente, no creo que debamos arriesgarnos, teniendo en cuenta que solo tenemos dos dardos de veneno relámpago, por eso sugiero que le demos uno a Inés.

Ash la mira con sospecha.

—Estoy de acuerdo —digo antes de que pueda intervenir Ash. Sé que no confía en Aarya, pero Inés es otra historia—. Es demasiado peligroso tener dos dardos en el mismo sitio. Necesitamos un plan de emergencia.

Saco uno de los viales de cristal del bolsillo del abrigo y se lo doy a Inés.

—Estupendo —dice Aarya, pero por la expresión de Ash, está claro que no está de acuerdo.

—¿Hay algo más que deba saber sobre el mercado? —pregunto mientras me pongo el abrigo.

—Tú solo ve con la capucha echada y mira hacia delante con seguridad. Los estrategia huelen la debilidad —dice Ash mientras se pone los guantes—. Lo bueno es que nadie quiere llamar la atención en el mercado; casi todo el mundo hace negocios allí o se dedica a reponer materiales y no les gusta que los demás los miren.

Y sin más, dejamos de hablar y nos dirigimos a la puerta. Con cada paso que doy, mis pensamientos se inundan con la esperanza de que mi padre esté bien y con los miedos de que no sea así. «Espera, papá, ya vamos».

Ash y Aarya nos llevan a un callejón estrecho y adoquinado que hay entre un restaurante caro italiano y una librería con un escaparate colorido. Aunque las farolas de la calle principal están encendidas, cuanto más nos adentramos en el callejón, más oscuro se vuelve.

Yo: *Ya casi estamos en el mercado.*

Casi al final del callejón, Aarya se detiene delante de una puerta

vieja de madera y saca del bolsillo unas herramientas para abrir cerraduras. Se escucha un ligero chasquido y se abre. Todas nos metemos dentro con rapidez. Ash echa un vistazo rápido por el callejón y cierra la puerta a su paso.

Nos quedamos en la más absoluta oscuridad un momento. Luego se prende una cerilla e ilumina el rostro de Aarya como un foco. Mueve la llama hacia la pared para dejar ver dos lámparas de aceite y baja una de ellas para encender la mecha que hay dentro.

La habitación se ilumina al instante y deja ver estanterías con cajas y objetos que indican que estamos en el almacén de la librería. Aarya nos lleva hasta la pared del fondo, que veo recubierta de madera oscura y lámparas eléctricas.

Aarya presiona un trozo de metal decorativo del lateral de una de las lámparas y una de las paredes se abre revelando una puerta. Puertas secretas, bares secretos, mensajes en código en libros de una biblioteca, hostales privados góticos... Es como descubrir que todo lo que sospechabas de niño que podías encontrarte al cruzar el armario hacia otro mundo fuera real.

Aarya abre la pared del todo y Ash la cruza, ofreciéndome la mano. Entrelazo mis dedos con los suyos y lo acompaño por una escalera de piedra. Los escalones están desgastados de forma irregular, parecidos a los que había en la academia. Sobre nuestras cabezas hay arcos de piedra y prácticamente no veo nada delante de mí. La temperatura se me asemeja a una cueva, de las que mi padre siempre decía que se mantenían a diez grados independientemente de la estación.

Ash y yo nos detenemos al final de la escalera y la lámpara de aceite que lleva Aarya arroja luz sobre una parte del callejón de piedra. Miro en ambas direcciones, pero no veo ninguna diferencia específica.

—El laberinto —me susurra Ash al oído, y trago saliva.

Observo con atención mientras seguimos a Aarya por el pasillo, hasta una puerta, y hacia una sala grande y rectangular de piedra. Miro a Ash en busca de una explicación.

—Una casa medieval —susurra Ash y señala—. Se sabe por la chimenea en la pared.

Abro los ojos.

—¿La gente vivía bajo tierra? —pregunto y, aunque no tengo frío, se me eriza el vello.

Él niega con la cabeza.

—No siempre estuvo bajo tierra. De hecho, el pasillo por el que hemos venido era una calle. Y esto era el primer piso de una casa. Esta ciudad ha cambiado radicalmente con el tiempo y, para intentar nivelar algunas calles, ciertos edificios, mercados y casas se quitaron y se pavimentó encima. Algunas zonas de la ciudad se quedaron atrapadas bajo tierra.

Me estremezco ante lo espeluznante que me resulta. Y de esa forma en la que la oscuridad suele provocar pensamientos grotescos, empiezo a imaginarme a alguien contagiado por la peste al que le atiende un médico con una de esas máscaras macabras con forma de pico.

Salimos por la pared del fondo de la habitación y nos volvemos a encontrar en una calle subterránea. Serpenteamos durante unos quince minutos aproximadamente. Y, aunque no me da miedo la oscuridad, siento el impulso de examinar las sombras y los rincones en busca de monstruos. No quiero imaginarme el miedo que sentiría si surcara las calles sola con nada más que una lámpara de aceite.

Entonces, sin previo aviso, nos topamos con una puerta de piedra e Inés se apoya en ella para usar todo su peso y abrirla. La seguimos y Ash la cierra a nuestro paso. Ellos dejan de hacer ruido al caminar y les imito. Ya no pasamos junto a casitas, calles y tiendas, sino que estamos en lo que parece ser una habitación infinita con techos altos y abovedados y columnas de piedra.

Ash me susurra al oído:

—Catacumbas de una vieja iglesia.

Aunque la mampostería es preciosa, la idea de caminar sobre las tumbas de otras personas me pone la piel de gallina.

Aarya frena ante una pared de piedra que parece sólida, aunque ahora sé que no debería dar eso por sentado, y frunce el ceño.

—Cálmate, November. Estamos a punto de entrar en la periferia del mercado y te juro que parece que te está persiguiendo una momia.

Cierro los ojos unos segundos y me concentro en todas las partes del cuerpo que mantengo en tensión. Cuando los vuelvo a abrir, Ash asiente para dar su aprobación.

Inés nos mira de reojo a todos, como si nos deseara buena suerte.

—*In omnia paratus* —dice, y creo que podría traducirse aproximadamente como «lista para todo».

Empuja con fuerza la piedra de la pared a la altura del hombro. En efecto, se vuelve a abrir otra puerta secreta, esta vez con el marco serrado para seguir los bordes de las piedras.

Aarya apaga la lámpara de aceite, lo que nos deja prácticamente a oscuras, y deja la lámpara en las catacumbas. Es la primera en cruzar la puerta con Inés a su lado y Ash y yo siguiéndole los talones. Ash cierra la puerta con un movimiento fluido.

Aarya e Inés no caminan deprisa, pero sí van a paso ligero. Y han dejado esa apariencia casual que llevaban en las calles de la superficie de Londres para moverse de forma deliberada y observar con atención. A mi lado, Ash tiene la misma expresión que tenía cuando le conocí: ojos penetrantes y una pizca de bravuconería. Hincho el pecho y neutralizo mi propia expresión mientras me bajo la capucha un poco más para ensombrecer mi rostro bajo la luz tenue de las antorchas.

Al girar en la primera esquina, nos encontramos con calles siniestramente vacías. Sin embargo, cuanto más nos adentramos, más oigo el zumbido de conversaciones y la promesa de una multitud. Cuando giramos en la segunda esquina, Ash me coge de la mano y me aprieta los dedos. Me mira a los ojos momentáneamente, inclina la cabeza para darme ánimos, y luego él y Aarya se alejan del grupo. Mi estómago se agita con nerviosismo cuanto más se aleja.

Inés empieza a andar junto a mí cuando nuestros amigos se alejan y salimos del pasaje abovedado hacia un patio grande de piedra. El techo que se cierne sobre nosotras está conformado por una cúpula abovedada y el patio está a rebosar de vendedores y compradores de todas partes del mundo. Hay puestos de madera que exhiben todo tipo de cosas: desde dagas únicas a venenos letales. Y los escaparates están iluminados con lámparas de aceite y candelabros. Es la versión medieval y homicida de la plaza de mi pueblo.

Me concentro en mantener mi rostro impasible, pero mire donde mire hay alguna posible amenaza. Camino con determinación, como me sugirió Ash, pero, aun así, temo que cualquier estrategia que pase por delante sabrá que no pertenezco a este sitio.

No aminoramos el paso mientras nos movemos por la ajetreada plaza central hasta una calle lateral adoquinada que es mucho más ancha que por las que hemos ido antes. Está bien iluminada con antorchas y lámparas de aceite y es una versión antigua de las animadas calles de Londres sobre la superficie. Dejamos atrás varios restaurantes y una tienda de espadas antiguas antes de detenernos delante de un bar.

Inés empuja la puerta para abrirla y examino con rapidez el interior. Es exactamente lo que me imagino que debe de ser una taberna: acogedora, ruidosa, con un puñado de mesas de madera y

una barra animada. El lugar apenas está iluminado con antorchas, lo que juega a nuestro favor por las sombras que arrojan. Me dirijo sin perder el tiempo a una mesita en la esquina que hay junto a la ventana, desde la que podemos escondernos del resto de clientes y evitar con precaución el contacto visual con cualquiera que pase.

Me siento en una silla que me deja ver el bar que hay al otro lado de la calle, que parece mucho más grande y elegante que el que estamos. Sobre la puerta del bar hay un enorme letrero de madera con el nombre «Guarida de Leones» escrito con letras doradas. Y junto a la puerta, hay dos hombres de rostro serio, y uno de ellos calculo que mide más de dos metros. Trago saliva. Mi padre tenía razón cuando lo describió como alto.

Echo un vistazo al móvil que tengo en el bolsillo por si Layla me ha escrito antes de que entráramos y perdiera la cobertura.

Layla: *Ten cuidado. Nos vemos en el caserío de los Leones.*

Borro el mensaje de Layla cuando Inés se sienta delante de mí. No dice ni una palabra ni yo, tampoco; agachamos la cabeza y observamos discretamente al portero como si nuestras vidas dependieran de ello.

Los segundos pasan a ser minutos y sudo tanto que, si alguien me viera la cara, seguramente se preguntaría si estoy enferma. «Por favor, vete. Vete ya». Suplico y grito en silencio al portero alto que deje su puesto y se vaya al caserío de los Leones, pero no sirve de nada. Se queda de pie en la puerta del bar con los brazos cruzados. Así que empiezo a contar, que es lo único que se me ocurre hacer para mantener la calma.

Cuando he contado exactamente hasta ciento treinta y ocho, oigo cómo arañan el suelo las sillas que tenemos a nuestras espaldas. Por cómo suena, diría que se están sentando seis o siete personas. Y al llegar al ciento cuarenta, oigo una voz familiar retumbar detrás de mí. Dejo de contar.

«Hawk». De todos los sitios a los que podría ir después del baile, ¿tenía que venir a esta taberna?

—Lo levanté en el aire... No tenía ni la más mínima oportunidad. —Está alardeando y casi puedo ver cómo gesticula hacia su equipo—. Mary y Jenny fueron las encargadas de organizarlo desde el principio. Y no es la primera vez que trabajamos con el barquero.

—No me digas —dice una voz que no reconozco—. Sería como el becerro de oro. No sé si podremos pagar tanto.

—Entonces puede que no seamos el equipo adecuado para ti —

replica Hawk, y es evidente por su tono de voz que le encanta negociar.

Me enderezo, rígida, e Inés me propina una patada bajo la mesa. «¿El barquero? ¿Mary y Jenny? ¿Lo levantó en el aire?». La furia me corroe, aprieto los puños y tenso la mandíbula. Con gran esfuerzo, dejo escapar la tensión con una exhalación y dejó escrito un pagaré mental para Hawk. Y, de repente, mi deseo cambia: ahora quiero que el portero se quede donde está hasta que Hawk se mueva para no tener que pasar por su lado.

Como si el universo conspirara contra mí, echo un vistazo a los porteros y, en efecto, han llegado dos hombres para ocupar sus puestos. Tenso los músculos por temor a nuestra salida. «No, no, no». Llevo lo que me parecen años esperando a que cambien el turno y lo hacen cuando Hawk se sienta a mi espalda y dice que ha participado en la captura de mi padre. No puede ser verdad.

Inés aparta su silla de la mesa. A regañadientes, me levanto, con cuidado de mantener agachada la cabeza cuando me doy la vuelta. Lo malo es que todo el equipo de Hawk está en la mesa, junto a un hombre calvo de mediana edad que no había visto antes. Lo bueno es que Hawk está totalmente absorto en la conversación y consiente al hombre calvo de la misma forma que lo hizo conmigo y con Ash. Pero son seis personas sentadas a una mesa para cuatro y prácticamente nos han acorralado. Incluso a Inés, que es más delgada que yo y más grácil, le cuesta pasar entre ellos y la ventana.

Y entonces ocurre: Hawk se ríe, se echa hacia atrás, poniendo la silla a dos patas, y choca con Inés que pasa por detrás. Ella apenas se tambalea, pero hay tan poco espacio que, al inclinarse hacia delante, se tropieza con el hombre calvo y se le derrama la pinta de cerveza en el regazo. Casi sincronizados, Hawk y su equipo se vuelven para mirarnos a Inés y a mí. «¡No!».

El hombre calvo gruñe y agarra a Inés de la muñeca. La mano que tiene libre se dirige con rapidez hacia el cinturón bajo el abrigo, donde sé que tiene guardados varios cuchillos.

—Espero que estés intentando coger la cartera, guapa, porque, si no, te vas a arrepentir enormemente —le dice el hombre calvo a Inés de una forma que me indica que está acostumbrado a mirar por encima del hombro a la gente.

La furia destella en los ojos de Inés y tengo la impresión de que, en otras circunstancias, se habría arriesgado y habría peleado con este tipo. Sin embargo, no sé cómo ayudarla, porque Hawk me está

mirando y yo a él. Y al momento es evidente que me ha reconocido. Mis ojos se posan en Mary, la mujer seria que nos rechazó aireadamente a Ash y a mí cuando intentamos contratarlos, y su expresión es más dura que nunca.

—Te pagaré otra —dice Inés con la mandíbula apretada, y se libera la muñeca del agarre del hombre calvo. Y, por un momento, no puedo creer que esté imponiendo civismo. ¿Está esperando a ver qué hace Hawk o es que sabe algo que yo no sé sobre los equipos independientes?

—Ay, ay, ay —dice el hombre calvo, y recuerdo lo que Aarya me dijo sobre que los estrategia huelen la debilidad—. No sé si me gusta tu tono de voz. No pareces muy… arrepentida.

Jenny, la experta en armas con una espada larga como pendiente y la chaqueta de cuero, tensa la mandíbula. Pero nadie en la mesa se atreve a mover una ceja. El tiempo prácticamente se detiene, mientras todos calculan qué movimiento van a hacer sin tomar una decisión definitoria.

—Lárgate ya —le espeta el hombre calvo a Inés, mientras aparta todavía más la silla y me impide llegar a la salida—. Nos quedaremos a tu amiguita hasta que vuelvas.

Miro al hombre calvo. Mis posibilidades de escapar son una auténtica basura: puedo saltar sobre la mesa y rezar para llegar al otro lado sin que Hawk me haga daño o puedo intentar abrirme paso más allá de este capullo, que seguramente acabe de la misma forma.

El hombre calvo se vuelve hacia mí limpiándose los labios con el dorso de la mano, una mano llena de anillos, uno de ellos, una enorme lechuza plateada. Pienso al instante en Nyx y en la familia Lechuza. Y, en ese momento, el tiempo vuelve a acelerarse.

Antes de que pueda reaccionar por haberme quedado encerrada, Inés agarra la cerveza casi vacía del hombre calvo y le da un golpe con ella en la cabeza. «Ay, Dios. Mierda. Estamos muertas». Me esperaría algo tan impulsivo de Aarya, pero jamás se me habría pasado por la cabeza que Inés pudiera perder los papeles.

Me llevo la mano al cuchillo y los cuatro hombres de la mesa de al lado se ponen en pie, listos para pelearse. Miran de hito en hito al hombre calvo, a mí y a Inés, y me doy cuenta de que deben ser amigos del hombre o trabajan para él. Si teníamos pocas posibilidades de vencer al equipo de cinco de Hawk, ahora no tenemos ninguna para vender a diez.

Para mi absoluta sorpresa, Mary también se levanta. Sin embargo,

no se gira hacia nosotras, sino hacia los cuatro hombres.

—Si queréis seguir siendo tan guapetes —les dice—, yo me volvería a sentar.

Me quedo mirándola con la boca abierta. Quizá no le caía bien el hombre calvo desde el principio, o quizá se ha dado cuenta de lo jóvenes que somos, pero sea cual sea el motivo, juega a nuestro favor.

El resto del equipo de Hawk también se levanta, en solidaridad con Mary. Ella hace crujir los nudillos. Los cuatro hombres no se amedrentan y ella le propina una patada lateral al que tiene más cerca. Le acierta en las costillas y lo manda a la mesa que tiene detrás. Y, como una escena de película del oeste, empieza una trifulca entre el equipo de Hawk y el del hombre calvo.

Todo el bar se vuelve para observar la pelea e Inés y yo dejamos de ser las protagonistas.

—Nos debes un favor por el trabajo que nos acabas de costar —gruñe Hawk en dirección al hombre calvo, y comprendo que los estrategia independientes son solo eso: independientes.

No trabajaron para Ash y para mí, porque era demasiado arriesgado, al igual que nos habrían entregado porque el baile era su trabajo, pero en cuanto el baile termina, vuelven a ser agentes independientes.

Antes de que pueda responder, Hawk le quita a Eddie de encima uno de los amigos del hombre calvo y le propina al chico un puñetazo en la mandíbula. Inés me ofrece la mano y la cojo para saltar por encima del hombre calvo inconsciente. Salimos por la puerta y nos adentramos en el callejón en cuanto el bar empieza a atraer a una multitud. Pero mi alivio dura poco, porque, cuando echo un vistazo a la Guarida de Leones, me doy cuenta de que tenemos un problema más importante: el portero no está.

VEINTICUATRO

Inés y yo nos quedamos quietas durante un milisegundo delante de la Guarida de Leones mientras evaluamos la calle hasta que echa a andar con decisión en dirección al centro del mercado. Pero sigo sin ver al portero y, teniendo en cuenta que mide medio metro más que la mayoría de la gente, no estoy convencida de que lo haya pasado por alto.

—¿Sabes si ha ido en esta dirección? —pregunto en voz baja.

—No —responde, pero no me mira.

—¿Estás improvisando?

—Estoy improvisando —dice, y vuelve a acecharme el pánico.

Salimos al mercado abovedado y oteo a la multitud. Sin embargo, el portero no aparece por ninguna parte. Miro de reojo a Inés y, aunque su expresión es impenetrable, siento cómo irradia ansiedad. Si lo perdemos, se acabó. Fin. Nunca encontraremos el caserío de los Leones o a mi padre a tiempo.

Sigo oteando la multitud consciente de que cada vez que levanto la mirada, me arriesgo a que me descubran. Tengo todos los músculos del cuerpo en tensión y me obligo a tomar aire para relajar la postura.

Entonces, del lado contrario de la plaza, el guardia alto sale de una tienda. El alivio que siento es tan intenso que se me saltan las lágrimas. Sé que Inés también lo ha visto, porque echa a andar.

El portero alto sale del mercado por una puerta abovedada, pero, en vez de seguirlo directamente, Inés me lleva por una puerta diferente que hay a la derecha. En cuanto salimos, el ruido disminuye, al igual que la luz. El par de antorchas que ilumina la calle arroja sombras enormes. A unos treinta metros de nosotras, el portero gira a la izquierda y silenciamos nuestros pasos. Luego, sin previo aviso, algo me agarra de la manga.

Me doy la vuelta con la mano en el cuchillo y veo a Ash y a Aarya detrás de nosotras. Con solo una mirada rápida, sé que hay tensión entre ellos. No he oído cómo se acercaban y no tengo ni idea de dónde han salido, lo que me causa intranquilidad. Somos todos tan hábiles escondiéndonos de los demás que nunca sabes quién te está siguiendo.

Cuando giramos en la esquina que tomó el portero, reducimos el paso. Inés echa un vistazo por la puerta y Ash examina la calle de la que venimos. Se asienten el uno al otro y nos metemos en un apartamento abandonado mientras sorteamos una mesa rota y algunas sillas. Inés se asoma a la puerta contraria, mira a ambos lados y señala hacia la derecha. Y seguimos al portero, pasando de calles alumbradas con antorchas a otras totalmente a oscuras, donde ha debido usar una lámpara de aceite porque, de repente, vemos un atisbo de luz delante de nosotros. Ash entrelaza su mano con la mía y le agradezco el gesto reconfortante.

El guardia vuelve a girar en otra puerta y antes de que Inés le alcance, la luz desaparece y nos sume en la más absoluta oscuridad. Ash me obliga a detenerme y los cuatro nos quedamos en silencio durante un par de segundos horribles.

—Yo lo sigo —susurra Ash de una forma que sugiere que debemos quedarnos quietas. Me suelta la mano.

No me atrevo a hablar, pero cuando se aleja su calor corporal, crece mi ansiedad. Extiendo la mano hasta encontrar la manga del abrigo de Aarya y me agarro como un ancla. Pero ella no lo consiente. Me agarra la mano y la empuja hacia delante hasta colocarla firmemente contra la fría pared de piedra, como si dijera «agárrate aquí», y se aleja de mí. Quiero preguntarle a Ash qué ha encontrado, pero antes de que consiga superar los nervios, vuelve a haber luz en el pasaje abovedado.

Inés echa un vistazo cauteloso por la puerta y Aarya saca un cuchillo. Pero lo que sea que haya visto Inés no le parece una amenaza, porque sigue caminando con seguridad. Aarya y yo la seguimos hacia lo que parece ser una zapatería abandonada. Hay mesas de trabajo llenas de herramientas para hacer zapatos y las estanterías muestran botas que imagino que tienen cientos de años. Ash está en el centro de la tienda olvidada con una vela en la mano, estudiándolo todo con determinación y, entonces, entiendo perfectamente por qué: no hay más salida que por donde hemos venido, así que, a menos que el portero se haya esfumado sin más, tiene que haber usado una puerta secreta.

Inés saca una vela del bolsillo de su chaqueta y la enciende. Nunca se me habría ocurrido llevar una vela encima, pero ahora entiendo que ha sido un descuido por mi parte: la luz de una llama real es más potente que la de una linterna y no tienes que preocuparte por quedarte sin pilas en un momento crítico.

Bajo la luz que arrojan las dos velas, observo con atención las paredes de la habitación en busca de algún indicio de una puerta. En la pared opuesta, Aarya inspecciona las herramientas que cuelgan de ganchos de metal, Inés se dirige a la chimenea y Ash se arrodilla para pasar los dedos por el suelo.

—Este sitio está impoluto —susurra—. Ni huellas de botas en el suelo ni polvo en las mesas.

No se me había pasado por la cabeza, pero ahora que lo menciona, la habitación tiene algo raro. Carece de la mugre que tenían las otras tiendas o apartamentos. Supongo que está hecho a propósito para impedir que otros estrategia consigan dar con el camino hasta la puerta secreta, como huellas en la nieve.

—Espero que podamos encontrar la puerta antes de que aparezca algún León —dice Aarya y, aunque no lo había pensado, ahora soy mucho más consciente de la amenaza.

—Me sorprende que no sepas dónde está la puerta —musita Ash entre dientes sin dirigirle la mirada.

Si no tenía claro si pasaba algo entre ellos, ahora estoy segura. Me acerco a uno de los extremos de la estantería de zapatos para inspeccionarla y Ash se acerca al extremo contrario.

Aarya se da la vuelta con los ojos abiertos, ofendida.

—*Excusez-moi?* He arriesgado mi vida diez veces por vosotros dos ¿y así es como me lo agradeces? —replica, y una parte de mí está de acuerdo con ella.

¿Por qué demonios elige Ash este momento para empezar una pelea?

Pero Ash no lo deja estar.

—Si vas a mentir, Aarya, que sea con algo original. Sé que se te ocurren cosas mejores que esa respuesta manida.

Incluso a la tenue luz veo que se le sonrojan las mejillas y estoy bastante segura de que parte de la furia se debe a que la ha llamado poco original.

—Menuda acusación de alguien que hasta hace bien poco trabajaba con el doctor Conner para matar a November —dice Aarya y, por cómo se tensa el rostro de Ash, sé que ha tocado una fibra

sensible.

Se aleja de la estantería para confrontarla.

—¿Adónde has ido, Aarya? Cuando November e Inés estaban en el mercado, ¿dónde estabas tú?

—Justo donde dije que estaría —responde, aunque su tono de voz pierde entusiasmo.

—No, por supuesto que no —replica Ash—. Vuelve a intentarlo, Aarya. He ido por la parte este del mercado y tú no estabas allí.

Por mucho que quiera ignorarlos, no puedo. Miro de reojo a Inés, que me devuelve una mirada preocupada.

Aarya se pasa la lengua por los labios recreándose en la pelea.

—Tú siempre te crees que sabes lo que está pasando, que eres buenísimo leyendo a la gente. Pues entonces dime, si eres tan experto, ¿cómo es que November me conoce mejor después de dos semanas en la academia que tú después de dos años y medio?

—¿De verdad vais a tener esta discusión ahora? —pregunto con la ansiedad colándose en mis palabras.

Si ha habido algún momento en el que necesitábamos unidad, es ahora.

—Sí —contesta Ash con determinación—. Estamos a punto de hacer lo más peligroso que hemos hecho nunca y quiero asegurarme de que entrar con Aarya en el caserío de los Leones no supone caer en una trampa.

La furia destella en los ojos de Aarya y esta vez no se molesta en esconderla. Inés también debe haberla visto, porque antes de que Aarya pueda abrir la boca y soltar el veneno que sabemos que está por venir, Inés interviene.

—Basta —dice energéticamente—. Está más que claro que no tenemos tiempo para esto. —Los dos abren la boca para responder, pero Inés los interrumpe—: No me importa si pensáis que tenéis razón. Lo único que me importa en este momento es no morir en el laberinto antes de poder acabar con Jag. —Los mira con una advertencia—. Aarya, Ash tiene todo el derecho a cuestionarte, porque sabes tan bien como nosotros que, en ocasiones, tu comportamiento es sospechoso. No digo que tengas que justificar tus acciones, pero, al menos, podrías no echar más leña al fuego.

Aarya se queda mirándola atónita, al igual que yo.

—Y Ash —sigue Inés—, sabes que Aarya nunca sigue las normas, así que ¿por qué demonios esperas que lo haga ahora? Solo porque no haga las cosas de la forma usual, como Layla, no significa que debas

menospreciar su carácter. —Hace una pausa y nadie intenta decir nada—. Así que, adelante, Ash, pregúntale lo que realmente quieres saber, así os calláis y volvemos a trabajar.

Un silencio estupefacto cae sobre nosotros.

Y, tras unos momentos de reflexión sobre su oferta, Ash pregunta:

—¿Por qué estáis aquí en realidad?

Inés suspira, como si supiera que el momento iba a llegar.

—Yo solo puedo responder por mí...

—Inés, no tienes por qué... —empieza a decir Aarya, que se siente claramente culpable porque Inés esté revelando algo personal por su culpa.

—Sí tengo que hacerlo —le dice Inés a Aarya antes de volverse hacia mí y Ash—. Mis padres tenían un cargo elevado dentro de la familia Zorro. Tenían la misión de aconsejar a la familia líder y los ayudaban a gobernar. Y odiaban a Jag: creían que había deshonrado el legado de Estrategia y mancillado las buenas acciones que habíamos hecho durante siglos. Lo desacreditaron durante años en un intento de que los Zorros se posicionaran como los Osos. —Asiente en mi dirección—. Pero sus advertencias cayeron en saco roto. Cuando los Leones empezaron a eliminar a los miembros más talentosos de otras familias, mis padres se rebelaron con más vehemencia. Lo veían venir, sabían que las acciones de los Leones acabarían salpicando a los niños, a la academia. —Respira hondo—. Pero ya sabéis que Jag se venga de aquellos que hablan en su contra y mi familia, a pesar de sus puestos elevados, no fue la excepción.

El pecho se me tensa de preocupación al oír esa historia que me resulta tan familiar.

—Tenía siete años entonces —continúa Inés—, y me drogaron con sueño de los ángeles. —Me mira durante un segundo—. Cuando me desperté por la mañana, habían matado en sus camas a mis padres y a mi hermana mayor. Los Leones me dejaron con vida como advertencia hacia mi familia de lo que podría pasar si te rebelabas en contra de Jag.

Sueño de los ángeles... No me extraña que reaccionara así cuando lo vio. Se me parte el corazón. Conozco demasiado bien el dolor de perder a un miembro de mi familia por culpa de los Leones, pero no me imagino el horror que vivió esa mañana.

—Mi familia no me desterró, pero como si lo hubieran hecho —dice Inés—. Querían que me fuera lejos para no tener que contraatacar, para poder decir que no había pruebas de que la culpa

fuera de los Leones. Y yo también quería irme; no podía aguantar verles la cara y su cobarde pasividad. Pero en lugar de irme a vivir con unos primos segundos en la costa, como ellos planearon, me fui de España. Y, un año después, tuve la suerte de encontrar otra familia en la que encajaba mejor. No he vuelto desde entonces.

—Cuando dice otra familia, se refiere a la mía —interviene Aarya —. Inés se vino a vivir conmigo, con mis odiosos hermanos y mis aburridos padres.

Veo la sorpresa en los ojos de Ash.

Aarya lo mira.

—¿Estás ya contento, Ashai? ¿O quieres que firmemos un pacto de sangre?

De repente, todo tiene sentido: la amistad tan cercana entre Aarya e Inés, la forma en la que Aarya siempre intenta protegerla, aunque Inés sea mejor luchadora.

Ash mira a Inés.

—Lo siento, de veras —dice.

Nunca habría pensado que esa fuera la razón por la que Aarya está aquí, para enmendar un daño que le hicieron a Inés, pero ahora la veo de otra manera.

—Siento haber dudado de ti, Aarya —dice Ash y sé que lo dice en serio.

Aarya parece sorprenderse ante la disculpa de Ash y quizá le dé vergüenza que sepamos que no es tan insensible como quiere hacernos creer.

—Bueno... Vale. De acuerdo. O sea, más te vale. Volvamos a buscar la puerta.

Y eso hacemos. Ash y yo regresamos a los extremos opuestos de la estantería. Nos pasamos los siguientes quince minutos repasando cada centímetro de la pared... dos veces. Hasta me subo a un banco para mirar por encima de las estanterías, pero no encuentro nada, ni una rendija sospechosa ni un sonido hueco detrás de la pared.

—Nada —digo.

—Por aquí tampoco —dice Aarya, e Inés también se aleja de la chimenea.

—Cambiemos de sitio —sugiero—. Quizá vengan bien un par de ojos nuevos.

—Si no he encontrado nada ahí, tampoco lo vas a encontrar tú — dice Aarya y, aunque Ash e Inés no lo dicen en voz alta, es evidente que piensan lo mismo.

—¿Entonces qué sugieres, Aarya? —pregunto frustrada ante el callejón sin salida.

—Que el portero es una criatura mágica —replica con el ceño fruncido.

Doy vueltas en círculos, fijándome en todas las peculiaridades y detalles que hacen que esta habitación sea distinta al resto de las tiendas y apartamentos que hemos visto bajo tierra. Y entonces me doy cuenta de que hemos pasado algo por alto.

—Chicos —digo—. Aquí no hay polvo, ¿verdad?

Ash deja de hacer lo que estaba haciendo.

—Exacto.

—Y que no haya polvo indica que los Leones han modificado este espacio. Me pregunto qué más habrán modificado. Por ejemplo, ¿estos muebles estaban originalmente aquí o los han colocado así los Leones? —pregunto mientas paseo por la tienda y examino todas las cosas que hay en medio que en un primer momento pensé que eran irrelevantes.

—Discutible —replica Ash—. A veces hay tiendas o casas con muebles, pero eso no significa que los Leones no hayan añadido objetos a esta tienda en concreto.

—Exacto, lo que significa que no hemos tenido en cuenta alguna cosa por ser antigua y la hemos descartado como posible prueba —digo, y todos volvemos a rebuscar por la tienda.

Miro la mesa de trabajo e inspecciono las herramientas para hacer zapatos, pero, antes de que llegue muy lejos, Ash empieza a hablar de nuevo.

—El banco —dice con una cierta emoción en su tono de voz que hace que dejemos de hacer lo que estábamos haciendo. Lo levanta y lo mueve—. ¿Ves que el suelo de debajo está arañado?

Todos alzamos la vista al mismo tiempo y nos damos cuenta al instante de nuestro error.

—No es que hayamos pasado por alto alguna cosa… —dice Ash.

—… es que hemos mirado donde no era —digo para completar su frase.

Ash vuelve a poner el banco en su posición original y se sube encima para llegar más alto.

—Es difícil encontrar una puerta en la pared cuando en realidad está en el techo. —Pasa las manos por la madera y se detiene bruscamente en el borde de una viga transversal. Mira hacia nosotras con una sonrisa—. La encontré.

VEINTICINCO

Ash desliza los dedos por debajo de la viga transversal del techo y baja lentamente una trampilla. Cuando está a medio camino, cae hasta el suelo una escalera de cuerda. Nos miramos los unos a los otros y en ese momento nos damos cuenta de la dura realidad: un movimiento en falso y estamos muertos.

—Comprobad con rapidez vuestros cuchillos y cerbatanas. Y sacad los móviles —susurra Aarya, y así lo hacemos—. Sin errores ni titubeos.

Ash y Aarya destrozan las tarjetas SIM contra el suelo y parten los móviles a la mitad antes de meterlos en unas botas viejas. Los cuatro nos miramos y nos aseguramos de que todo está en orden. Ash se coloca la vela encendida entre los dientes y empieza a trepar, mientras Inés apaga de un soplido la suya y la vuelve a meter en el bolsillo de la chaqueta.

Sigo a Ash por la escalera de cuerda con Aarya e Inés siguiéndome los talones. En cuanto llego al techo, trepo hasta una pequeña habitación circular del tamaño de un vestidor en la que no hay nada salvo una escalera de piedra. Ash aguarda con la vela mientras Aarya e Inés llegan hasta la habitación y, en cuanto cerramos la trampilla, los cuatro subimos por las escaleras.

Los escalones de piedra están desgastados, lo que indica que el caserío de los Leones es un edificio antiguo, seguramente un castillo medieval o una mansión antigua. Paso los dedos por los muros de piedra desiguales y rezo en silencio para que el mechón trenzado que me dio Layla nos traiga suerte.

Ash se detiene delante de una puerta abovedada. Mete un dardo bañado con sueño de los ángeles en la cerbatana y lo imitamos. Cuando todos estamos listos y armados, agarra el pomo de la puerta y

sopla la vela. Nos quedamos a oscuras durante un par de segundos, una situación que me habría llevado al pánico hace una hora, pero que ahora me parece mucho más seguro que lo que sea que nos aguarda al otro lado de la puerta.

Ash abre un poco la puerta muy lentamente y entra una rendija de luz plateada. Sin titubeos, mete la cerbatana de madera por el medio centímetro de abertura y sopla. Abre la puerta de un tirón y en un único movimiento corre hacia el guardia tambaleante para cogerlo antes de que golpee el suelo. Nosotras tres salimos de la escalera y ayudo a Ash a colocar el guardia en el suelo sin hacer ruido.

Examinamos lo que parece ser una enorme bodega con las cerbatanas en la mano. No hay más guardias a la vista, lo que me parece extraño. ¿Por qué solo hay un guardia? ¿Acaso los Leones están tan seguros de que nadie tendrá el valor de colarse o es que la puerta está tan bien escondida que la mayoría de la gente no la encuentra? Ash y yo establecemos contacto visual y me doy cuenta de que se pregunta lo mismo.

Nos movemos metódicamente por la bodega entre hileras de barriles de vino y nos detenemos de vez en cuando a escuchar, pero todo está inquietantemente en silencio. Sigo esperando encontrar un camino que nos lleve a otra zona del sótano y a las propias mazmorras, pero no tenemos esa suerte. Aquí solo hay vino, muros de piedra y un tramo de escaleras. Inés lidera la marcha y sube las escaleras con elegancia.

Se para en la puerta que hay al final de las escaleras y se tira al suelo para mirar por debajo. Cuatro segundos después, se incorpora y levanta dos dedos, lo que supongo que significa que hay dos guardias. Toca su cerbatana y señala a la derecha, luego toca la cerbatana de Aarya y señala a la izquierda para explicarnos el plan de ejecución.

Gira el pomo lentamente para que el metal no chirríe. En cuanto el pestillo se libera, abre la puerta de par en par. Inés y Aarya se lanzan al interior y medio segundo después, oigo el zumbido de dos dardos. Ash y yo estamos justo detrás de ellas y cada uno corre hacia uno de los guardias. Casi no llego a coger el mío, que me hace tambalear bajo su peso, y lo coloco sin hacer ruido sobre el suelo. El pulso me retumba en la cabeza y me palpitan las sienes.

Volvemos a quedarnos quietos para evaluar lo que nos rodea. Estamos en una versión antigua de un vestíbulo. Hay ganchos de metal en las paredes de los que cuelgan capas con capucha, estantes de madera con guantes y sombreros, y botas de invierno de varias

tallas colocadas contra la pared. Todo es de color negro y encaja con la estética de Estrategia. Trago saliva. El número de objetos de esta habitación indica que hay mucho personal y estoy segura de que no es la única entrada ni el único vestíbulo de esta mansión.

Aarya se abre paso con rapidez hasta el pasillo que da a la casa. Echa un vistazo a su alrededor y, tras unos momentos, nos gesticula para que la sigamos. Y lo hacemos, pero antes vuelvo a mirar a los guardias desmayados. Con todas las capas que hay, ¿por qué no hay más? Me parece demasiado fácil.

Sigo a mis amigos por un pasillo amplio alumbrado por apliques y decorado con cuadros enormes de hombres y mujeres de semblante serio que posan con leones. Los techos son tan altos que las pinturas se ciernen sobre nosotros y tenemos que estirar el cuello si queremos admirarlas. Pero quizá esa sea la cuestión: majestuosidad e intimidación.

Aarya aminora el paso cuando nos acercamos a una arcada de gran altura. Se detiene a echar un vistazo, aguarda un instante y nos indica que la sigamos. Miro al otro lado de la arcada hacia lo que parece un estudio vacío con una chimenea y un escritorio enorme. Y seguimos caminando por el corredor dejando atrás una salita, dos pasillos, una sala de música y tres puertas cerradas. Sé que estamos en plena madrugada, pero que esté tan vacío me parece fuera de lugar y empiezo a sentir desasosiego.

Aarya vuelve a detenerse al llegar a otra arcada con la puerta abierta, aún más grande que la anterior. Echa un vistazo al interior y vuelve a indicarnos que sigamos. Le echo un ojo al pasar y mi corazón casi se para: es una sala grande, parecida al comedor de la academia, con tapices elegantes y retratos en los muros de piedra. Me doy cuenta poco a poco, como una araña que te sube por el brazo. «¡La pesadilla! Me recuerda a la habitación de la pesadilla que tuve con todos esos cadáveres: los cadáveres de mis amigos». Empiezo a sudar de inmediato. Quiero llamarlos, decirles que tenemos que dar la vuelta, pero me quedo ahí sin poder formular las palabras. Ash me coge de la mano y me empuja hacia delante. Abro la boca para advertirle, pero él niega con la cabeza, mientras nos acercamos a Aarya y a la puerta que tiene a su lado al final del pasillo.

Al contrario que el resto de puertas que hemos visto hasta ahora, esta tiene una enorme bisagra de metal a cada lado, como las de las puertas de las barras de los bares. Y hay una cerradura. Estas medidas de seguridad extra desatan una chispa de esperanza en mi corazón.

Hay pocas habitaciones que necesiten seguridad y está claro que una de ellas es las mazmorras. Por el semblante de Ash, sé que él también cree que las hemos encontrado.

A pesar de lo mucho que hemos avanzado, no puedo quitarme de la cabeza la habitación de mi pesadilla.

—Mi pesadilla, Ash, vi... —susurro, pero Aarya fulmina con la mirada.

—Una palabra más y te dejo fuera de combate con la cerbatana —me espeta en voz baja y mira por el ojo de la cerradura.

Y la creo. Cierro la boca y miro por encima del hombro, convencida de que un gran peligro nos acecha. Aarya se incorpora y establece contacto visual con cada uno de nosotros, como si quisiera asegurarse de que estamos preparados. Ash asiente y ella vuelve a darse la vuelta. Gira el pomo con una lentitud dolorosa, milímetro a milímetro, con el rostro compungido por la concentración.

El cerrojo se libera. Sin embargo, Aarya no abre poco a poco la puerta como hizo Ash, sino que la abre de un portazo. Al otro lado, hay un guardia que se da la vuelta para encararnos. Le disparo un dardo al cuello y Aarya lo agarra por la camisa. Pero es grande y, cuando sus piernas se desestabilizan, Aarya se tropieza hacia delante por el peso. Doy un salto, lo agarro por el brazo y lo dejamos apoyado contra la pared.

Aarya me guiña un ojo. No entiendo cómo puede estar tan relajada como para hacerme un guiño. Bajamos las escaleras juntos, con las cerbatanas en la mano y listos para enfrentarnos a más guardias.

Al final de las escaleras, hay un pasillo estrecho y, al fondo, otra puerta con una reja de hierro que hace las veces de ventana, sin pomo. Nos agachamos y nos acercamos a la puerta tan rápido como nos es posible.

Ash mira con cautela por la reja y se agacha para mirarnos. Él y Aarya empiezan a gesticular y señalar. Tardo unos segundos en darme cuenta de que están hablando en lenguaje de signos, o discutiendo, por lo que veo. Y, por la forma que señalan, estoy casi segura de que tiene que ver con lo de no tener pomo y cómo demonios vamos a entrar. Pero, sea cual sea la discusión, se resuelve con rapidez y Ash saca un gancho de metal atado a un trozo de cuerda negra.

Ash cuenta atrás con los dedos: tres, dos, uno. Y Aarya se incorpora. Saca la cerbatana por la ventana y oigo el zumbido familiar del dardo. Dos segundos después se oye un golpe. Ash se pone en pie en ese momento y mete el gancho y la cuerda por la reja de metal. La

mueve unos instantes y tira. El metal emite un chasquido y la puerta se abre.

Ash la empuja y entramos con precaución. Nuestros pies pisan el sucio suelo de piedra y el olor casi hace que me desmaye: podredumbre húmeda, orina y heno. Me da una arcada en silencio y busco en las celdas que tengo a un lado. Pasamos junto a dos que están vacías y otra que contiene un esqueleto arrumbado en la esquina. Los huesos sobresalen de la ropa hecha jirones y los grilletes cuelgan sueltos de las muñecas. Aparto la mirada y desearía no haber mirado. «Papá, ¿dónde estás?».

Llegamos al final del pasillo y hay dos arcadas de las que elegir. Ash y Aarya vuelven a negociar en lenguaje de signos y, al final, Ash y yo vamos por la derecha y Aarya e Inés van por la izquierda.

Ash y yo caminamos por la piedra sucia y, de nuevo, la ausencia de guardias me inquieta. Se supone que mi padre es un gran premio para Jag. Sin embargo, las mazmorras están prácticamente vacías. ¿No debería haber asegurado Jag este sitio?

Nos acercamos a una celda enorme que tenemos a la derecha y me quedo sin aliento. En el fondo, tirado en el suelo con los brazos y las piernas encadenados y la cabeza caída, está mi padre. Corro hacia la puerta de la celda, agarro el hierro forjado y tiro mientras sollozo. Tanto el rostro como la ropa de mi padre están manchados de sangre.

Ash introduce sus herramientas en la cerradura con el más leve de los chasquidos y mi padre levanta la cabeza. En cuanto me ve, abre los ojos como si no creyera que estoy aquí. Me ha dejado una nota, ¿por qué cree que no vendría? Pero la sorpresa y el pánico de su semblante no dejan lugar a dudas.

Mi padre sacude la cabeza.

—¡Corre! —articula sin hacer ruido.

Ash guarda sus herramientas y abre lentamente la puerta de la celda e, incluso a esa velocidad glacial, el metal chirría.

Y entonces lo oímos: el grito de una chica.

Ash abandona su intento de ser silencioso y abre la puerta de un tirón.

—¡Corred! —ordena mi padre, esta vez en voz alta, pero antes de que consiga decir una palabra más y antes de que Ash y yo podamos entrar en la celda, aparecen diez guardias por el pasillo y nos rodean.

Ash y yo levantamos las cerbatanas y cojo el veneno relámpago del cinturón.

—Yo de ti me lo pensaría dos veces —dice una voz de hombre.

Los guardias se apartan para hacer sitio a un hombre mayor con el pelo hasta los hombros de color plateado. «Jag». Tiene la misma mandíbula y nariz que mi padre. Sus movimientos son limpios y precisos, como su ropa negra, y parece que no tiene ninguna prisa.

Detrás de Jag vienen siete guardias más, entre ellos, el portero alto del bar, que carga con el cuerpo inerte de Inés sobre el hombro. Mientras tanto, un guardia bajito y robusto sujeta un cuchillo junto a la garganta de Aarya.

—Pareces sorprendida, nieta mía, aunque no sé por qué habrías de estarlo —dice Jag, y la palabra «nieta» me golpea como si fuera un puñetazo en el estómago. Han desaparecido sus maneras extravagantes del baile y se han sustituido por un aire más conservador y casi profesional. Sin embargo, su carisma sigue presente: es un líder nato que no tiene la necesidad de gritar, sino que te ordena con una simple mirada—. ¿Creías que no estaría esperándote?

De repente, todo cobra sentido: la ausencia de guardias en la entrada, el camino despejado hasta las mazmorras. Estudio el pasillo. Nos superan tanto en número que luchar no es una opción. Aunque Ash y yo lográramos contenerlos, matarían a Aarya e Inés antes de que pudiéramos hacer nada.

—Mátalo, November —suelta Aarya con una furia que contrasta enormemente con la seguridad cómoda de Jag.

Pero incluso aunque estuviera dispuesta a que ella e Inés murieran en el intento, no tengo ninguna forma de proceder. Lanzar el cuchillo no es una opción. Los guardias me rajarían antes de que saliera de mi mano.

Jag frunce el ceño a Aarya como si estuviera decepcionado.

—Y yo que pensaba que empezábamos a llevarnos bien.

Miro de hito en hito a Jag y a Aarya en un intento de descifrar el significado de sus palabras y oigo el leve golpeteo de unas botas en la piedra. Por la esquina viene Logan, con el pelo sucio y despeinado circundándole la cara, un moratón casi curado en la mejilla y una sonrisa de satisfacción en los labios. Abro los ojos.

—Maldito traidor… —dice Aarya con furia, pero Jag la interrumpe.

—Basta, Aarya —ordena Jag sin levantar la voz—. Tiene todo el sentido del mundo que alguien que ha traicionado abiertamente a sus amigos sea traicionado a cambio. —Lo dice sin más, sin fanfarria ni palabras exageradas, como si habláramos del tiempo, pero nos abruma como si se tratase de un maremoto.

Aarya abre la boca y todos nos quedamos mirándola. ¿Ha estado hablando con Jag? ¿Ha planeado todo esto con Logan desde el principio? ¿Tenía Ash razón sobre ella? La magnitud de la revelación casi me deja sin aliento.

—¿Cómo te atreves? —le espeta Aarya, como si fuera a luchar con él, a pesar del cuchillo que tiene contra la garganta.

Logan observa cómo se resiste.

La cara de Aarya se torna roja y le propina una patada al guardia que la retiene. Jag mueve la mano y los guardias la dejan inconsciente tan rápido que se derrumba en sus brazos. Miro de reojo a Ash; parece como si todos sus peores miedos se hubieran hecho realidad.

Jag vuelve su atención hacia mí y estudia mi postura rígida con el vial de veneno relámpago en una mano y la cerbatana en la otra.

—Creo que ya es hora de que sueltes eso, ¿no? —dice, como si fuera una cría que ha traído el desayuno a la mesa del comedor—. ¿O vas a luchar a muerte aquí y ahora?

Miro por encima del hombro a mi padre, que observa cada palabra y cada movimiento, pero no interviene. Tiene los ojos cargados de frustración y, de alguna forma, lo entiendo. Seguramente Jag use la preocupación de mi padre para hacerme daño.

—No puede ayudarte, November —dice Jag.

Vuelvo a mirar a Jag, cuya plácida expresión no ha cambiado y, cuando le miro a los ojos, siento que he encogido.

—Soltaré las armas si dejas que los demás se vayan —le digo intentando mantener el contacto visual.

Jag suspira.

—Un acuerdo es, en esencia, una derrota. Yo nunca negocio —confiesa, y hace una pausa—. Y dime, ¿qué es lo que tienes en ese pequeño vial que resulta una amenaza?

Mis ojos se posan en el veneno y me aterra tener que dárselo.

—Parece que te he pedido una cosa muy simple y no eres capaz de hacerla. ¿Deberíamos usarlo en la pequeñita para incentivar las cosas?

Señala a Inés y el corazón se me sube a la garganta.

—Sueño de los ángeles —miento.

Jag ladea la cabeza, leyéndome, y es obvio por cómo sonríe Logan que los dos saben que estoy mintiendo.

Suelto el vial y la cerbatana, pero, para mi desesperación, el pequeño vial se mantiene intacto. Ash sigue mi ejemplo y suelta la cerbatana y el cuchillo. Y, en un último acto de rebeldía, piso el cristal para destrozar el vial con el veneno, que se extiende por el suelo

húmedo.

Jag me mira a los ojos y, por un momento, su semblante tranquilo se vuelve amenazador. Luego suspira, como si esperara algo más.

—Me sorprende que tu padre nunca te enseñara que una mente indisciplinada solo lleva al sufrimiento.

—Espero que te queme viva —murmura Logan, que claramente sigue enfadado por el incendio que causé en la herrería.

Antes de que pueda abrir la boca para responder, siento un dolor punzante en las sienes y el mundo se vuelve negro.

VEINTISÉIS

Parpadeo ligeramente y, antes de que pueda ver lo que me rodea con claridad, el hedor de las mazmorras me causa un ataque de tos. Intento cubrirme la boca con la mano, pero me topo con la fría resistencia del metal en el brazo. Sigo la línea de mi brazo por encima de la cabeza y veo que tengo las muñecas extendidas en uve y engrilletadas a la pared. «Grilletes, mazmorras... Papá». Lo sucedido en las últimas veinticuatro horas inunda mi mente y abro los ojos de golpe. A mi izquierda están Inés y Aarya, encadenadas. Inés está desmayada, pero Aarya está consciente. A la derecha, Ash frunce el ceño, concentrado. Pero no veo a mi padre por ningún lado.

—¿Ash? —pronuncio, y se me rompe la voz—. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi padre?

Ash niega con la cabeza, pero, antes de que pueda responder, Aarya habla.

—Baja la voz —me reprende, y noto que está de un humor de perros—. Haz lo que Ash y yo estamos haciendo: cabrearte en silencio.

Ash le replica.

—Estamos encadenados en la pared de una mazmorra, Aarya. Andar con precaución tiene poco sentido.

—Y seguro que la culpa es mía —dice con un tono de voz cada vez más acerbo.

Ash no contesta de inmediato y no estoy segura de si está enfadado o concentrado. Aarya frunce el ceño.

—No, la verdad es que no —acaba respondiendo, y las dos lo miramos sorprendidas.

Ash no cree que Aarya nos haya traicionado, ¿cómo es posible?

—Aunque tu comportamiento me resulta sospechoso y fue una estupidez hacer un trato con Logan —explica—, no puedo dejar pasar

que Jag estaba mintiendo. No suele delatarse con los indicios normales. De hecho, muestra lo contrario. Siempre disfruta cuando miente. Pero una mentira es una mentira.

—Mi trato con Logan incluía sobornarlo para que no acudiera a los Leones, no todo lo contrario —dice Aarya indignada.

—También me di cuenta —replica Ash—. Era evidente lo mucho que disfrutaba Logan por haber sido más inteligente que tú.

—Sociópata —murmura Aarya, pero se evapora su frustración.

Por mucho que intente ocultarlo, creo que le importa de verdad nuestra opinión, incluso la de Ash, e incluso en este momento en el que estamos encadenados a una pared en las mazmorras de los Leones.

—Que nos peleemos entre nosotros es una forma más de manipularnos y dominarnos —dice Ash—. Y está claro que Jag es un manipulador nato.

—Mi padre —vuelvo a decir, y esta vez es Aarya la que contesta.

—Estamos en el pasillo contrario —dice, y mi corazón se encoge—. En el que nos atraparon a Inés y a mí.

Miro los grilletes y tiro del frío metal, pero están asegurados firmemente alrededor de las muñecas sin apenas hueco para moverlas. Vuelvo a tirar con rabia acumulada en el pecho, rabia por estar encadenados a una pared como si fuéramos criminales de la Edad Media, rabia de que me hayan alejado de mi padre cuando por fin lo he encontrado, rabia de que asesinaran a mi tía y a mi madre antes que ella. Pura rabia. Tiro con más fuerza, el metal clavándose en mi piel, y dejo escapar un grito de frustración.

—Aunque eso sí, conseguimos quitar de en medio a tres guardias antes de que nos encadenaran. Me di cuenta de que tú no acabaste con ninguno —comenta Aarya.

La mayoría de la gente no llevaría un recuento de bajas teniendo en cuenta su metedura de pata con Logan. Pero, claro, Aarya no es como la mayoría.

—Para ser alguien que no quiere que los demás hablen, está claro que a ti te encanta —dice Ash mirando a Aarya de reojo.

—Bueno, en caso de que aún lo dudaras, tú tampoco me caes bien, Ashai —replica ella, pero la voz la traiciona.

—¿Cómo lo supo Jag? —pregunto entre jadeos y los dos se giran para mirarme.

—¿Cómo supo Jag el qué? —dice Aarya.

—Que Ash no confiaba en ti —explico—. Si Ash tiene razón y Jag nos está manipulando, ¿cómo sabía que iba a funcionar, que nos

creeríamos que nos habías vendido a Logan?

—Soy una Chacal —contesta Aarya como si fuera una explicación —. A los demás estrategia no les gusta que vayamos por libre. Y se nos acusa de cosas que no hicimos. Como causar la Primera Guerra Mundial, por ejemplo.

Frunzo el ceño. Lo cierto es que recuerdo que Layla me lo contó en la academia.

—Tampoco ayuda que tu familia siempre ande tramando algo —dice Ash.

—Eso también —coincide Aarya como si fuera algo bueno—. Y los chivatos gilipollas como Logan tampoco nos hacen ningún favor.

Frunzo el ceño y recuerdo que Logan nos amenazó con quemarnos vivos. Estoy segura de que, aunque Aarya sea la responsable de que Logan nos haya seguido, también tengo la culpa por haberlo enfadado con el incendio.

—¿Crees que es posible que Logan se lo dijera a Jag? —pregunto, y Ash y Aarya me miran—. Ash, me dijiste que Logan era un rastreador profesional, ¿no? ¿Y si nos siguió por el mercado? Podría haber esperado en la puerta de aquella tienda mientras nos escuchaba. Es decir, estuvisteis discutiendo sobre confiar en el otro.

Pero en cuanto lo digo, me recorre una oleada de ansiedad. Se supone que Layla nos estaba siguiendo. Seguimos aquí, encadenados a una pared sin que Layla haya aparecido. ¿Y si le han hecho daño? ¿Y si la han matado? Ash ni siquiera sabía que estaba aquí; no tiene ni idea de que algo va mal.

—Es posible —coincide Ash—. De hecho, es más que probable. Logan es exactamente el tipo de persona que pasa esas informaciones. Pero lo que me preocupa es saber por qué Jag lo ha utilizado.

Que Ash me dé la razón hace que me encoja más por culpa de la ansiedad.

—¿Crees que hay otra razón, aparte de que Jag quiere matarnos y ganar? —pregunta Aarya.

—Sí —afirma Ash—. Creo que Jag está jugando a algo más complejo de lo que pensamos y quiero saber qué es.

—Bueno, por suerte para ti, seguramente lo averigües antes de morir —dice Aarya, pero nadie está de humor para sus chistes negros.

Yo apenas la escucho; el miedo que siento por Layla y por mi padre lo eclipsan todo.

Miro por el rabillo del ojo a Ash y me debato sobre si contarle lo de Layla. Si lo pongo sobre alerta, podría desconcentrarlo y

perderíamos cualquier oportunidad, por pequeña que sea, de salir de aquí con vida. Pero ¿de verdad es un secreto que pueda guardar?

—Ash —empiezo a decir, pero en cuanto me mira, cambio de opinión—, ¿qué necesitamos para abrir las cerraduras? —pregunto en su lugar.

Él sacude la cabeza.

—No he podido averiguarlo. Nos han quitado todo lo que podría servirnos.

Examino las cremalleras y las tachuelas de metal de mis botas, pero nada de eso me serviría. Investigo el techo y lo observo con atención por primera vez. El suelo está lleno de suciedad y mugre. Hay un par de camas bastas de paja y varios residuos desagradables. También hay un cubo en una esquina que espero por Dios no tener que usar. Pero no hay nada que se parezca remotamente a un metal que pueda abrir cerraduras y tampoco podría alcanzarlo, aunque lo hubiera.

Vuelvo a mirarme los vaqueros y la sudadera y frunzo el ceño. Me han quitado el abrigo y las armas, incluso las que llevaba en las botas.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo? —pregunta Inés con un tono de voz aturdida mientas nos mira parpadeando.

—No estamos seguros —responde Aarya—. Yo diría que nos dispararon nuestros propios dardos y que hemos estado unas cuantas horas inconscientes.

—Estoy de acuerdo —dice Ash—. Lo que supone que debe de ser por la mañana, pero teniendo en cuenta la ausencia de ventanas, es imposible saberlo.

Inés alza la cabeza hacia los brazos que tiene extendidos a cada lado de la cabeza.

—Bueno, aquí tenemos un problema.

—¿Tú crees? —pregunta Aarya.

—Llevo un imperdible en el pelo —dice Inés, y la miramos como si acabara de pedirnos matrimonio—. Lo llevo desde que Blackwood estuvo a punto de asfixiarte con la máscara del candado, Aarya.

La expresión de Aarya se suaviza con una dulzura fuera de lugar en la situación actual y fuera de lugar para Aarya en general.

—Y el dardo con veneno relámpago —añade Inés y casi lloro de alivio.

Aarya se inclina hacia delante para mirar a Ash con vindicación.

—Pero tengo los brazos así —continúa Inés— y no llego a ninguno de los dos. —Inés se vuelve primero hacia Aarya y luego hacia mí—.

Así que la única forma que tenemos para sacarlos es que trabajéis juntas.

Por un momento no entiendo a qué se refiere. Pero, cuando estudio nuestras posiciones, caigo en la cuenta: solo podemos hacer una cosa para sacar el imperdible del pelo.

—¿Con los pies?

—Con los dedos de los pies para ser más exactos —dice Aarya mientras se quita la bota derecha—. ¿Dónde está el imperdible, Inés?

—En la trenza de la derecha —responde Inés—, a unos centímetros de la sien.

—Creo que sé dónde está —digo.

Aarya asiente.

—Si puedes agarrar la trenza y mantenerla ahí, Ember, yo me encargo de sacar el imperdible desde mi lado.

Se pisa el calcetín con la bota derecha, desnuda el pie izquierdo y mueve los dedos de los pies.

Miro mis botas, que tienen un nudo muy apretado y que no se quitan con tanta facilidad. Y con las manos extendidas es imposible que llegue.

—Si pones los pies junto a los míos, podría desatarlas… —empieza a ofrecerse Ash, pero le interrumpo.

—Tienen un nudo doble —digo.

—¿Te haces un nudo doble en los cordones? —pregunta Ash como si pudiera divertirse por el descubrimiento si no estuviéramos en esta situación.

—No conozco a nadie con más de diez años que lo haga —dice Aarya.

—Cualquiera que no quiera que se les desaten los cordones, lo hará —replico mirándome los pies con el ceño fruncido.

—Obviamente —dice Aarya.

—¿Puedes subir la bota hasta tu mano? —pregunta Ash.

—La verdad es que no sé si me puedo doblar tanto —digo con incertidumbre—, pero voy a probar.

Coloco la espalda recta contra la pared y relajo los brazos para equilibrarme mejor. Luego estiro la pierna derecha hacia arriba y hacia un lado. Por desgracia, no soy muy flexible y no logro tocar la bota con los dedos. Me estiro todo lo que puedo y me voy acercando poco a poco. Consigo agarrar uno de los cordones con la punta de los dedos. Sin embargo, se me escapa y la pierna vuelve a caer al suelo con un golpe.

Resoplo con frustración y vuelvo a intentarlo. Solo que esta vez Inés estira la pierna y la coloca debajo de la mía para sujetarla mejor. Y funciona. Ahora que puedo alcanzar los cordones, agarro el centro del nudo y tiro. Pero, antes de que pueda deshacerlo, Jag aparece al otro lado de la reja con cuatro guardias a sus espaldas, uno de ellos, el portero alto del bar.

—Ah, no, no os detengáis por mí —dice Jag, y el portero abre la puerta de la celda.

El sonido de su tono de voz me pone los pelos de punta.

—He bajado para asegurarme de que sabéis que habrá una fiesta —nos dice como si fuéramos sus invitados en vez de sus prisioneros—. Pero veo que habéis empezado con un juego propio.

Ninguno se mueve ni dice nada.

Jag entra en la celda. Tiene el pelo plateado peinado de forma impecable alrededor de su rostro, la ropa negra está prístina, y la capa que lleva sobre los hombros está forrada de terciopelo rojo oscuro.

Jag se pone delante de Inés.

—A ver qué tenemos aquí. —Observa el pie desnudo de Aarya y mis cordones prácticamente sueltos—. Teniendo en cuenta vuestros pies descalzos, diría que Inés tiene algo que no puede alcanzar, algo útil, quizá algo con lo que… ¿abrir una cerradura? —La manera en la que pronuncia nuestros nombres como si fuésemos conocidos me pone enferma. Aguarda un instante—. Sí, creo que es correcto. La cuestión es: ¿dónde está este objeto misterioso y cómo lo encontramos?

Como nadie responde, se centra en Inés.

—Supongo que no está en tus botas, porque te las habrías quitado. Y mis guardias han revisado vuestra ropa.

A Aarya le gustaría matarlo.

—No —dice—, creo que lo que sea que has escondido lo tienes en alguna parte del… pelo. —Su conclusión demuestra que es un estratega experto, con un tono de voz a juego, aunque sus palabras corten como un cuchillo—. Creo que será mejor que lo comprobemos, ¿no?

Dos de los guardias se acercan a Inés y, cuando lo hacen, Aarya le pega una patada en la rodilla al que tiene más cerca. El guardia gruñe y, antes de que pueda sacar la pierna de nuevo, le propina una bofetada en la cara tan fuerte que le parte el labio.

Aarya escupe la sangre en el suelo y confirma lo que yo pensaba que era toda esta suciedad en el suelo.

—Guardianes Leones que permiten que una prisionera encadenada

les dé una patada —dice—. Lo que hay que ver.

La sangre desaparece de mi rostro. «Joder, Aarya, ¿por qué los cabreas?». Pero en cuanto formulo la pregunta, sé la respuesta: para distraerlos de Inés. Y le tengo respeto por ello, por muy peligroso e incendiario que pueda resultar. Está defendiendo a su amiga con uñas y dientes, a su hermana, más bien. Jag también ha debido darse cuenta de por qué lo hace o quizá se haya dado cuenta de que a Aarya le gusta provocar, porque no se molesta en contestarle y ni siquiera la mira.

En su lugar, centra todas sus energías en Inés. Los guardias le quitan los grilletes y la arrastran hacia delante para ponerla de rodillas. Le deshacen las trenzas y el veneno relámpago cae al suelo.

Jag lo recoge y le da vueltas entre los dedos con curiosidad.

—Vaya —dice con evidente deleite—, esto se parece mucho al vial que destrozaste anoche contra el suelo, November. Qué curioso cómo resultan al final las cosas, ¿verdad?

Me mira a los ojos y, aunque su expresión se mantiene impertérrita, no puedo evitar la sensación de que quizá ya revisaran nuestro cabello, que rebuscaran y supieran que estaba ahí, pero decidieran intimidarnos. Su advertencia resuena en mi cabeza: «Una mente indisciplinada solo lleva al sufrimiento».

—Aunque me intriga esta sustancia que te parece tan preciada que prefieres destruirla antes que dármela, no creo que un veneno os ayude en vuestra situación actual —dice mientras saca el cuchillo y levanta la barbilla de Inés con él—, así que creo que lo más prudente es que busquemos un poco más.

Se me tensa todo el cuerpo y comparto una mirada temerosa con Aarya.

—Me acuerdo de ti —le dice a Inés con un tono de voz completamente tranquilo y seguro—. Eres la niña Zorro a la que dejé con vida, ¿no?

La expresión de Inés se mantiene impasible, pero los ojos le arden de odio. Sé que Jag también lo ha visto, porque asiente.

—Una pena —comenta como si estuviera decepcionado con ella—. Recuerdo recibir un informe que declaraba que tu familia apenas había opuesto resistencia. Pensaba que iban a ser más difíciles de matar.

La furia se desata en mi pecho. Su tono de voz es educado y la crueldad le sale natural. Las muñecas me palpitan y me doy cuenta de que estoy tirando de los grilletes, como si pudiera arrancarlos de la

pared por la fuerza. Y, en ese momento, entiendo que Aarya tenía razón: Jag es un monstruo que tiene que alejarse del poder sea como sea.

—Pero dejemos la nostalgia —dice Jag—. Tenemos que resolver un problemilla por aquí.

Sin más preámbulos, agarra un mechón de pelo de Inés y lo corta limpiamente cerca del cuero cabelludo. Ahogo un gemido sin poder evitarlo y busco desesperadamente alguna manera para que no le haga daño a Inés.

—Tiene que ser jodido vivir con complejos, eh..., masculinos —digo.

Aarya se ríe por lo bajo.

—Vamos, te estás esforzando mucho para demostrarnos que eres todo un hombre —sigo—. Quizá la próxima vez deberías probar otra cosa que no sea cortarle el pelo a una cría mientras dos guardias la sujetan.

Jag me mira a los ojos.

—Sabes que se te reflejan las emociones en la cara, ¿no? Que sé que esto te hace sufrir, que te hago sufrir —dice, y le corta otro mechón de pelo a Inés—. Es decepcionante, la verdad. Al tener una nieta lo bastante lista como para colarse en mi casa, esperaba que también se le diera bien mentir. Pero, como digo, es mejor no encariñarse de los juguetes que no te vas a quedar. —Le corta otro mechón a Inés y parece que le araña el cuero cabelludo, porque una gota de sangre le rueda por la sien—. Ay, vaya. Me has distraído y no estaba mirando por donde cortaba —dice mientras corta el último mechón que le queda.

Jag tira al suelo todos los mechones pelirrojos delante de ella. Asiente a los guardias para que encadenen de nuevo a Inés y esta vez Aarya no hace nada. Todos nos quedamos en absoluto silencio.

—Llevaos el pelo —le ordena a un guardia con bigote—. Encontrad lo que sea que estaban escondiendo.

El hombre recoge el pelo de Inés y sale de la celda. Se me encoge el estómago. ¿Es culpa mía? Si no hubiera destrozado el vial, ¿Jag habría hecho esto?

Jag se pasea delante de nosotros mientras se da golpecitos en la palma de la mano con el cuchillo.

—Verás, November, tenía intención de formularte una simple pregunta. Pero después de observar lo mucho que te importan tus amigos, creo que tiene más sentido si te motivo un poco.

El miedo se arremolina en mi pecho y el corazón se me desboca. ¿Cómo he podido ser tan obvia con mis sentimientos? Debería haberme quedado callada. La culpa me envuelve como la horca.

—Lo único que tenemos que hacer es decidir cuál de tus amigos será tu mayor motivación —dice Jag deteniéndose delante de Aarya —. ¿Chacal? ¿Zorro? —pregunta señalando con el cuchillo a ambas y aguardando mi reacción—. ¿O el Lobo? —En cuanto señala a Ash, los ojos de Jag se iluminan ante el descubrimiento y me maldigo a mí misma: mis sentimientos se reflejan claramente en mi semblante—. El Lobo entonces —sentencia Jag con felicidad, como si estuviese eligiendo melones en el supermercado.

Los mismos guardias que desencadenaron a Inés le quitan los grilletes a Ash. Lo ponen en pie y le sujetan los brazos mientras el portero alto hace crujir los nudillos y espera. Ash me mira para decirme que no pasa nada, pero no le creo; estoy totalmente aterrada.

—Vamos a ver —dice Jag echándole un ojo a Ash.

Me preparo para la pregunta que va a hacerme. Pero, antes de que la formule, señala a Ash y el portero le propina un puñetazo en la cara que le rompe el labio y le deja un reguero de sangre por la barbilla. Quiero gritar, pero sé que solo empeorará las cosas.

Jag se aclara la garganta.

—Ahora quiero que pienses con detenimiento cómo vas a responderme, nieta mía, porque una respuesta errónea tendrá consecuencias desagradables.

Detesto que me llame nieta. Y estoy segura de que por eso mismo sigue haciéndolo. Jag asiente al ver que lo he entendido.

—A ver... Sé que matasteis a los cinco guardias que os encontrasteis al entrar, pero lo que no sé es cómo matasteis a los dos guardias del vestíbulo principal.

Lo miro durante un momento en absoluta sorpresa.

—¿De qué estás hablando?

—*Strike* uno —dice Jag, y sonríe—. Un deporte horrible el béisbol, pero me gusta esa expresión estadounidense.

Vuelve a señalar y, esta vez, el portero le clava la rodilla a Ash en el estómago. Ash gruñe, se queda sin aire y resuella.

Mi mente da vueltas. No le hicimos daño a los guardias; solo los dejamos inconscientes. Y entonces caigo en la cuenta... Layla. ¿Habría sido Layla la que ha matado a los guardias? No sigo pensando en ello, porque ahora mismo lo mejor que puedo hacer es actuar confundida y distraída, y me viene genial, porque es cómo me siento de verdad. Por

fin mis emociones son una herramienta en vez de un obstáculo.

—Vale, vale, espera —digo con rapidez, y extiendo las manos como si quisiera demostrarle que no soy una amenaza—. Estoy tan confundida como tú.

Jag levanta una ceja.

—Dejamos a los guardias inconscientes gracias al sueño de los ángeles —explico eligiendo con cuidado mis palabras—. Y llegamos directamente a las mazmorras. Nosotros no los hemos matado.

Antes de que pueda seguir, Jag mira al portero y este le pega un puñetazo a Ash en la cara tan fuerte que se le cae la cabeza hacia atrás. Mis ojos destellan al ver a Ash sufriendo.

—*Strike* dos —dice Jag—. No te he preguntado si habéis matado a los guardias, te he preguntado quién ha matado a los guardias del vestíbulo principal. Tres *strikes* y se acabó.

El portero saca un cuchillo de su vaina.

La respiración se me agolpa en la garganta.

—No es que no hayamos intentado que alguien nos ayudara —digo con énfasis para dar una respuesta que no solo sea creíble, sino que también sea la verdad—. Pero nadie quiso hacerlo. Así que, si alguien ha matado a tus guardias, no tiene nada que ver con nosotros.

Jag me observa y soy muy consciente de que está leyendo mi semblante en busca de alguna fisura en mi respuesta y de una excusa para cortarle el cuello a Ash. No me atrevo a pestañear por miedo a que cualquier movimiento acabe de la peor forma posible.

En ese instante, las bisagras de la puerta de metal que tenemos a nuestras espaldas chirrían. Vuelvo a respirar y Jag se da la vuelta. Una mujer de mediana edad entra en la celda. Lleva una ropa parecida a la de Jag, tiene el pelo rubio cobrizo y los mismos ojos azules que Brendan. «Rose».

—Hemos tenido otro… —Rose duda— incidente, esta vez en la portería.

Jag escucha con gesto impenetrable.

—Creo que deberíamos retrasarlo —sigue Rose.

—No vamos a retrasarlo —afirma Jag con simpleza, sin rastro de enfado ni dando pie a más discusión—. Les dije a todos que estuvieran aquí por la mañana y aquí estarán.

Cuando dice «todos», me imagino que se refiere a los invitados del baile de anoche. Rose frunce el ceño.

—Con toda la gente que va a venir, el riesgo…

—No sé por qué crees que repetir las cosas hará que cambie de

opinión —dice Jag de forma realista para callarla, y Rose muestra una expresión neutral que me recuerda a la que tenía mi padre en la celda anoche.

—Subidlos dentro de media hora —le ordena Jag a los guardias, se frota las manos como si las tuviera sucias y sale de la celda con tanta confianza como cuando entró.

Miro a Ash, que tiene el labio ensangrentado, pero él no me mira a mí, sino a Rose. Y tiene una expresión de lo más extraña, como si le estuviera preguntando algo en silencio. Los guardias vuelven a ponerle los grilletes a Ash.

Rose establece contacto visual conmigo y me quedo petrificada. A pesar de sus rasgos delicados y refinados, no hay ni rastro de amabilidad en ella. Sale con su padre de la celda y la siguen los guardias y el portero.

Nos quedamos quietos hasta que sus pasos se desvanecen y estamos seguros de que volvemos a estar solos. Miro de hito en hito a Ash, que sangra, y a Inés, que tiene el pelo rapado de forma tosca, pero que mantiene la barbilla alzada y una expresión de orgullo.

—No sabes cuánto lo... —empiezo a decir.

—Yo no —me corta Inés—. Solo tengo determinación.

—Pero lo de anoche —sigo—, si no hubiera destrozado el vial... —Dejo de hablar con un nudo en la garganta cada vez más grande.

Inés se gira hacia mí con la misma expresión orgullosa.

—November, ni te atrevas —dice y abro los ojos ante un tono de voz autoritario tan poco típico de ella—. El pelo es solo pelo. El labio de Ash se curará. Los estrategia cómplices son la base del gobierno de Jag. Hay que plantarles cara. Siempre, siempre.

Y su energía me anima.

—Bailaremos en su tumba —digo.

—Bailaremos en su tumba —repite Ash, y todos nos sumimos en silencio con la orden de Jag de subirnos al piso de arriba pululando por nuestras cabezas.

A medida que pasan los segundos y nos acercamos más a lo que sea que Jag nos tiene preparado, vuelvo a recordar mi sueño: todos mis amigos muertos en el suelo y yo con el veneno que los mató en la mano.

—Tengo que contaros algo, chicos, algo que seguramente debería haber mencionado antes —digo y todos se vuelven para mirarme—. Justo antes de irnos de la academia, tuve un sueño y creo que predecía nuestras muertes...

—Suerte tenemos de que fuera un sueño y tú no seas pitonisa —replica Aarya.

—Parecía real, muy real —digo—. Y esa sala enorme de arriba...

—¿De verdad nos vamos a pasar nuestros últimos instantes analizando un sueño? —pregunta Aarya con sorpresa. Pero unos segundos después, se encoge de hombros—. Supongo que hay temas peores. Adelante, Ember, deléitanos con tu extraña mente.

—Hablo en serio —digo incapaz de deshacerme de la sensación de que les debo mucho más que una disculpa—. La sala enorme de arriba salía en mi sueño y vosotros estabais tirados en el suelo, ahogándoos con el veneno, un veneno que tenía en la mano. Y... sé que esto es por mi culpa. Que todos habéis venido aquí por mí y que ahora Jag nos va a matar por mi culpa.

Aarya ladea la cabeza.

—Cuando dices «sala enorme», ¿te refieres al gran salón? ¿Ese que se parece especialmente al comedor de la academia y en el que tu cerebro se ha inspirado? Y cuando hablas del «veneno», ¿te refieres a algo parecido a lo que el doctor Conner había usado con Ash para traumatizarte unos días antes?

—No has obligado a nadie a venir aquí, ni a Reino Unido ni a esta propiedad —dice Ash continuando lo que dice Aarya—. Todos sabíamos exactamente lo que estábamos haciendo cuando dejamos la academia. Queríamos estar aquí. Y si todos morimos plantándole cara a Jag, que así sea. No es culpa tuya y está claro que no tiene nada que ver con un sueño premonitorio.

Las palabras de Ash y Aarya me golpean con fuerza. Incluso ahora que estamos encadenados en una mazmorra, no me culpan. No son los amigos cariñosos y simpáticos que tenía en Pembrook, pero son igualmente leales y comprensivos.

—No me quites la diversión —dice Aarya—. Me encanta ver cómo sufre porque tuvo una visión muy predecible que le decía que íbamos a estar en peligro y ahora se cree que es vidente.

Inés se echa a reír y me quedo mirándola un momento. Pero entonces, Aarya también se ríe.

—Sigue, Ember. Nos vendría bien echarnos unas risas antes de que Jag nos corte en pedacitos o nos dé de comer a los cocodrilos —dice Aarya—. ¿Qué más tonterías quieres compartir con nosotros?

—Pues... —Los miro uno a uno a todos y me doy cuenta de que, a pesar de estar en el momento más peligroso de mi vida, también estoy sonriendo—. Gracias, Aarya. Lo necesitaba, la verdad. Eres una buena

amiga.

Aarya rechaza mi comentario, pero por su expresión ligeramente descolocada, sé que el reconocimiento significa algo para ella.

—A mí me ayudaba con las pesadillas que tenía cuando empecé a vivir con ella —dice Inés sonriendo ante el recuerdo—. Daba igual cómo de malas fueran, ella siempre encontraba una forma de hacerme reír.

Aarya parece cada vez más nerviosa.

—Inés, eso es privado…

—Vaya, Aarya, quién diría que tienes un corazón tan grande —dice Ash que ahora sonríe también.

Aarya se queda boquiabierta.

—Yo no tengo de eso. No te atrevas ni a sugerirlo.

—No tiene sentido ocultarlo —añade Inés—. Más te vale admitirlo y decir la verdad.

El rostro de Aarya se vuelve rojo intenso.

—Estoy deseando que Jag nos mate a todos. Así no tendré que escuchar estas chorradas ni un segundo más.

Aunque es una broma morbosa, todos nos reímos ante lo absurdo. Y por el más breve instante, dejamos de ser cuatro estrategia encerrados en una mazmorra aguardando a la muerte, sino cuatro amigos que comparten su vida juntos. Cuando los observo a cada uno de ellos, me doy cuenta de lo mucho a que han renunciado por ser estrategia, que seguramente nunca han pasado noches de verano sobre una manta bajo las estrellas mientras contaban chistes y comían comida basura, que nunca les han pedido que bajen la voz mientras juegan a Verdad y Atrevimiento en una fiesta de pijamas, y que jamás han sufrido ese momento increíblemente incómodo de bailar pegados en un baile del instituto. Siempre han estado concentrados, siempre analizando, siempre en guardia. Suspiro, y me aferro fervientemente a la esperanza de poder pasar más tiempo con ellos.

VEINTISIETE

El portero abre la puerta de nuestra celda con ocho guardias a sus espaldas y me encojo por completo. «Esto no puede estar pasando. Necesito más tiempo. Necesito...». Y entonces recuerdo: Layla no está aquí. No nos ha sacado de la mazmorra, ni siquiera nos ha indicado que iba a intentarlo. Trago saliva y noto la sangre alejarse de mis mejillas. «¿Y si estaba equivocada y ella no ha sido quien ha matado a los guardias, o peor, y si la han capturado a ella también?».

Dos guardias se acercan a cada uno de nosotros y, cuando bajo los brazos de los grilletes, me doy cuenta de lo mucho que me duele haberlos tenido sobre la cabeza. El forcejeo con los grilletes me ha dejado un par de marcas dolorosamente rojas en las muñecas. Pero no tengo tiempo de inspeccionarlas, porque los guardias me colocan los brazos detrás de la espalda a la fuerza y me atan las muñecas con un nudo hecho de cuerda.

Nos sacan de la celda en fila. Yo soy la última, Ash abre camino, e Inés y Aarya están entre nosotros. Cada guardia me agarra de un brazo con tanta fuerza que estoy segura de que me dejarán moratones.

—Supongo que hacen falta ocho guardianes Leones y un gigante para mantener a raya a cuatro críos de la academia —dice Aarya como quien no quiere la cosa delante de mí, y los guardias que la custodian se tensan—. También supongo que queréis estamparme contra algo, ¿verdad? —prosigue cuando no le responden—. Adelante. Aquí os espero.

Me pongo en tensión y espero que la metan en alguna de las celdas que vamos dejando a nuestro paso. Pero los guardias no responden.

—Aaah, ya veo —continúa Aarya—. Jag no os deja pensar por vosotros mismos. Seguramente sea lo mejor, la verdad. Y el grandullón este, joder —dice en voz alta para que el portero que está al principio

de la fila la escuche—, menos mal que la fuerza bruta juega a su favor.

En el fondo, entiendo a Aarya: está peleando con lo que puede, aunque solo sea de forma verbal. Los guardias nos sacan de las mazmorras y subimos por el tramo de escaleras por el que bajamos anoche. El ancho pasillo lleno de retratos de mirada amenazante está ahora repleto de estrategia, que nos miran con incomodidad. Y eso me da esperanza, ya que, aunque Jag esté dispuesto a torturar críos de la academia en sus mazmorras, hay otros estrategia que no lo consideran aceptable.

Los guardias nos llevan hasta el gran salón. Es una sala rectangular enorme con el techo abovedado. Al fondo hay una plataforma elevada, en la cual está sentado Jag en un sillón parecido a un trono, ribeteado en oro y con un asiento de terciopelo rojo. Rose está de pie a su lado con una expresión impertérrita y, junto a ella, está Brendan, que no parece tan victorioso como habría imaginado, sino más bien pálido e inseguro.

Se ha congregado una gran multitud que habla en susurros. Las pesadas puertas de madera se cierran detrás de nosotros y la multitud se aparta conforme se acerca el portero para crear un camino que nos lleve hasta Jag.

Y entonces es cuando lo veo. «Papá». Tiene las manos y el pecho atados con una cuerda y está de rodillas delante de Jag, rodeado de cuatro guardias. Tiene sangre en la cara y cortes en los brazos. Me mira a los ojos y, a pesar de lo abatido que parece, sus ojos tienen la misma templanza de siempre. Un sollozo me sube por la garganta.

Jag se reclina en su trono exudando seguridad en sí mismo, mientras los guardias nos alinean en línea recta. Es la imagen de la serenidad, que se divide entre su personalidad modesta en privado y su ostentoso carácter público. Echo un vistazo al salón en busca de algún signo que me diga que Layla está a salvo, pero no encuentro nada. Hay doce guardias entre nosotros, trece si contamos al portero. Más dos que hay junto a Jag y dos más junto a la puerta por donde hemos entrado, que también es la única salida. No hay ningún sitio donde esconderse, ningún sitio donde pudiera estar Layla.

Jag se aclara la garganta y todo el salón se sume en el más siniestro de los silencios.

—Bienvenidos, familia y amigos —dice, y tiene un tono de voz tranquilo y cargado de su carisma habitual.

Examino la multitud y me pregunto cuántas familias diferentes habrá aquí, pero es imposible saberlo solo por su apariencia.

—Hoy nos encontramos en una circunstancia inusual. —Jag se toma su tiempo para levantarse del trono y colocarse entre nosotros y la multitud—. Como os dije a todos anoche, el barquero capturó al hombre que no solo asesinó a nuestro antiguo regente, sino que se ha burlado de nuestra familia. Ha sido una captura valiosa, una captura que evidencia la fuerza y el poder de nuestra familia y que recordaremos en las próximas décadas. Este es el hombre del que hablamos. —Jag señala a mi padre—. Aunque sabía que este criminal sería alguien astuto e ingenioso, lo que no me imaginaba es que fuera alguien al que conozco mejor que a mí mismo. Este hombre, que ha cometido actos de traición inigualables con una crueldad sanguinolenta, este hombre… es mi hijo, Christopher. —Jag hace una pausa para que la información cale.

Se oyen murmullos de la multitud y la gente se mira entre ellos sin estar seguros. Escucho cómo susurran el nombre de mi padre.

—Al igual que vosotros, me hicieron creer que a Christopher lo asesinaron cuando era joven —dice Jag—. Como vosotros, confiaba en mi hijo y creía que le era totalmente leal a esta familia.

Miro a mi padre, pero él simplemente dirige su mirada inquebrantable hacia la multitud. Y es evidente por qué Jag ha invitado a toda esta gente: es una demostración pública para enseñarle a su familia y a toda Estrategia lo que sucede si lo cuestionas. Está extendiendo el miedo tras una fachada de justicia.

—Si se hubiera dado en unas circunstancias totalmente distintas, hoy sería una ocasión para la felicidad —continúa Jag, y baja brevemente la cabeza como si todo este asunto le hubiera pasado factura—. Desgraciadamente, hoy no es ese día. En lugar del chico inteligente y capaz destinado a liderar esta familia, este hombre ha regresado para traicionarme. —Su expresión es sombría—. No solo lo capturamos después de intentar matarme, sino que le ha enseñado sus métodos retorcidos a su hija, que admite sin ningún remordimiento que ha estado reclutando estrategia para enfrentarse a mí. Fue ella la que mató a nuestro Harry.

Se oyen murmullos incómodos por la multitud y la gente de agolpa para poder verme.

—Desgraciadamente, no queda esperanza para mi hijo y su hija —dice Jag como si le resultara difícil esta decisión—. Han sido objeto de una corrupción absoluta… —hace una pausa para asegurarse de que todos le prestan atención— por parte de la familia Oso.

Abro mucho los ojos y no soy la única sorprendida. Toda la sala

resuena por la tensión. Jag barre la multitud con la mirada.

—Nuestros recursos han demostrado que estas dos personas han estado trabajando con los Osos desde hace muchos años en un intento de derrocar a nuestra familia. Se han enfrentado a todo lo que defiende Estrategia, han minado nuestro sistema de valores y han amenazado nuestro modo de vida con su desprecio frívolo por nuestras reglas.

Observo con nerviosismo a la multitud. Recuerdo que Ash me dijo que abandonar estaba prohibido Estrategia, que estaba castigado con la muerte. Y, por como asienten los espectadores, es evidente que creen que somos culpables de eso y de mucho más.

Jag se coge las manos por detrás de la espalda.

—Es un día triste cuando un padre tiene que sentenciar a su propio hijo y a su nieta. Sé que estáis de acuerdo en que sería negligente no hacerlo. Pero la carga que hoy pesa sobre mis hombros no se acaba con estos miembros traicioneros de nuestra familia. Se extiende hasta los Osos, que los han apoyado, a la familia líder que en estos momentos se esconde en Londres y la boticaria que surtió a estos traidores con veneno para intentar matarme, por nombrar alguna de las transgresiones. —La mirada astuta de Jag recae sobre mí durante el más breve de los segundos, con un destello de victoria en sus ojos, y mi estómago da un vuelco intranquilo—. Temo que ha llegado el momento de enmendar este error. Los Osos llevan años tomándose libertades y, si el Consejo de Familias no actúa para corregir sus ofensas, no me quedará otra opción que actuar por mi cuenta.

Miro a Ash, pero él observa a Jag con una expresión preocupada. De repente, toda esta demostración pública cobra sentido. Nunca se trató de nosotros; nos podría haber matado a mi padre y a mí en las mazmorras y nadie se habría enterado de nada. Jag nos está usando para empezar una guerra con los Osos. Y, si los vence, Jag no tendrá oposición alguna, será libre de abusar de su poder y dominar al resto de estrategia. Esto es a lo que Ash se refería cuando dijo que quería saber qué tramaba Jag, que pensaba que Jag tenía una intención oculta.

Sin previo aviso, escucho a mi padre reírse y me quedo tan anonadada que me encojo de miedo.

—Bravo —le dice mi padre a Jag con una voz atronadora—. Una actuación maravillosa. Deberías inclinarte.

Jag frunce el ceño ante el sonido de su tono de voz y le ofrece a mi padre una mirada de advertencia antes de volver su atención a la

multitud.

—No haré excepciones con mi hijo y mi nieta; recibirán el mismo trato que tendría un traidor que abandona Estrategia, pone en peligro nuestro secreto y ataca a su propia familia: la muerte.

Jag chasquea los dedos y uno de los guardias abre la puerta para dejar pasar a un hombre vestido totalmente de negro y con un hacha de doble filo. La túnica tiene una capucha ancha que le cae por encima de la cara como una máscara opaca. El sudor me cae por la frente e intento que mi padre me preste atención.

Pero mi padre no me está mirando a mí; está mirando a Jag.

—¿De verdad te crees que alguien se ha creído que vas a empezar una guerra con los Osos por mí? —dice con un tono de voz serena—. Por supuesto que no. Llevas años buscando una razón para que los Osos se arrodillen ante tu gobierno corrupto; solo soy una mera excusa.

La gente de la audiencia no deja de mirar de mi padre a Jag sin parar. La expresión de Jag sigue impenetrable, pero dirige la vista hacia la multitud como si quisiera calibrar sus reacciones hacia las palabras de mi padre.

—Es imposible discutir los hechos —replica, y se estira la túnica en un gesto tranquilo y despreocupado.

—Si estuvieras exponiendo los hechos, no habrías convocado una ejecución en privado. Ten cuidado —dice mi padre—, o la gente pensará que lo estás haciendo por motivos personales.

En otro contexto, habría jaleado a mi padre por enfadar a Jag, pero no con un verdugo en la sala. Entonces lo veo: la mirada de Jag se crispa.

—Quizá deberías considerar pasar los últimos minutos que te quedan de una forma más sabia, como pronunciar una despedida. Pero no importa, bastará con amordazarte. Guardias —ordena, y de nuevo examina el salón, como si buscara una amenaza invisible.

Uno de los guardias junto a mi padre le mete un trapo en la boca para evitar que pueda responder.

—Ahora subidlo aquí—dice Jag con un tono de voz totalmente controlado.

El portero coloca un bloque enorme de madera en el suelo delante de nosotros. Está lleno de manchas oscuras que intuyo que son de sangre. Noto cómo el calor abandona mi rostro y el corazón me late con furia en las sienes. Y cuando los guardias arrastran a mi padre hacia delante, me retuerzo.

—¿De verdad vais a dejar que lo haga? —le pregunto con rabia a la multitud en un último intento de ganar tiempo, de que Layla aparezca, de algo—. ¿De verdad vais a dejar que mate a su hijo y a su nieta sin cuestionar nada? Puede que así sea. Puede que os quedéis ahí y justifiquéis nuestra ejecución como castigo por haber roto una regla arcaica. Puede que ignoréis vuestros recelos sobre por qué el primogénito de la familia León desapareció sin más cuando era joven y el hecho de que se fue porque su padre le puso una diana en el pecho. Y aunque consigáis estar en paz con todas esas cosas que no encajan, ¿cómo vais a explicar lo de mis amigos? ¿Es correcto que Jag asesine a un grupo de alumnos de la academia sin sus familias delante, sin permiso del consejo? A una Chacal, una Zorro y al hijo del líder de los Lobos.

De nuevo, la sorpresa recorre la multitud en forma de conversaciones susurradas y miradas de preocupación.

—¡Basta! —exclama Jag, salvo que no es el tono de voz calmado que usó para acallar a Aarya anoche; es enérgico, lo que indica una fisura en su comportamiento.

Pero sigo hablando con las palabras desafiantes de Inés resonando en mi cabeza:

—Preguntaos lo siguiente: ¿estáis cómodos dejando que alguien que asesina a críos sea el líder de toda Estrategia? Aquí tenemos normas, tenemos un orden. Jag ha roto todas esas normas y aun así es líder de su familia. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es que haya asesinado a los mejores alumnos de la academia, que es una institución de larga tradición en la que los jóvenes de todas las familias son considerados iguales? —Cuando dejo de hablar, mi padre me está mirando con orgullo.

Hay un par de gemidos ahogados en la multitud. Veo que Jag quiere amordazarme a mí también, pero es demasiado orgulloso para dejar entrever que la única forma que tiene de controlar la situación es acallándonos a todos.

—La pataleta de una cría culpable —dice Jag, como si todo fuera muy triste y estuviera desesperada, pero en sus ojos veo la furia.

—Si no me creéis a mí, preguntadles a ellos. —Señalo con la cabeza a mis amigos mientras hablo lo más rápido que puedo, con la esperanza de que les lleguen mis palabras—. Preguntadle a Brendan. No es tan buen mentiroso como para ocultarlo. Y preguntaos a vosotros mismos: ¿y si vuestros hijos, primos, hermanos o hermanas son los siguientes porque no están de acuerdo con Jag? Porque aquí el

problema no son los Leones. Me niego a creer que son los Leones. Mi padre es un León. Yo soy un León. La persona que está abusando del poder, la persona que está matando a otros estrategia sin motivo es Jag.

El semblante de Jag se tensa, pero, en vez de dirigirse a mí, señala el tronco, y vuelve a dirigir la atención de la gente hacia mi padre y el verdugo.

Los guardias junto a mi padre le bajan la cabeza hasta ponerla sobre la madera manchada de sangre.

—¡No! —grito, con un sonido es gutural, arrancado directamente de mi corazón.

Me resisto a los guardias con movimientos desesperados, pero por mucho que lo intento, no consigo zafarme de ellos.

Los ojos de Jag titilan cuando se acerca a mí de camino a su torno. Se inclina y habla lo bastante bajo como para que solo yo le escuche:

—Tú morirás la última después de ver cómo tu padre y todos tus amigos mueren ante tus ojos.

Durante un agónico segundo, recuerdo el mensaje codificado que Ash no quería compartir conmigo: «Harry está muerto y habrá consecuencias». Que Jag nos pusiera una trampa en su mazmorra, que le hiciera daño a mis amigos. Tras disfrutar de la expresión horrorizada de mi rostro, Jag vuelve tranquilamente a su trono con la seguridad restaurada.

Desesperada, me resisto con más fuerzas a los guardias.

—¡Papá! —grito mientras el verdugo se pone en posición.

Echo los hombros hacia atrás y levanto las piernas en el aire, como si fuera a dar una voltereta hacia atrás. Los guardias consiguen aguantar mi peso, pero me echo tanto hacia atrás que prácticamente estoy boca abajo, lo que me da suficiente empuje como para pegarle una patada en la cara al guardia. Se oye un sonido quebrado y empieza a salirle sangre por la nariz. Me suelta, provocando que el otro guardia pierda el equilibrio, y me caigo de bruces al suelo con fuerza. Antes de que pueda ponerme en pie, el guardia tambaleante vuelve a agarrarme y me pone de rodillas tirándome del pelo.

—¡Prepara el hacha! —le ordena Jag al verdugo con un tono de voz victorioso en la voz.

El verdugo levanta el hacha con las dos manos, la hoja se cierne sobre su cabeza un segundo y todo el salón parece quedarse petrificado. Baja los brazos y la hoja corta el aire tan rápido y con tanta fuerza que nadie tiene tiempo para reaccionar cuando cambia de

dirección… y le corta la cabeza al portero.

Un grito se detiene en mi garganta tan bruscamente que me atraganto. La sangre salpica y la multitud se aparta. Hay tanto silencio que, cuando la cabeza y el cuerpo del portero caen al suelo, el golpe hace eco, como si el sonido estuviera conectado a unos altavoces.

Miro a mi padre sin pestañear.

Entonces, todo sucede al mismo tiempo. Los guardias abren la puerta para pedir refuerzos y la mitad de la multitud busca la salida, no porque tengan miedo, sino porque no quieren formar parte de esta lucha. El verdugo no pierde un instante. Vuelve a levantar el hacha y acaba con uno de los guardias que sujeta a mi padre.

—¡Matadlos! —ordena Jag a mi espalda con su usual calma transformada en furia.

Creo que ha entendido que ha sido un error invitar a miembros de otras familias a ver la ejecución, gente que quizá le necesite políticamente, pero que no tiene interés en arriesgar su vida por la suya.

El guardia con la nariz rota desenvaina el cuchillo mientras el otro me echa la cabeza hacia atrás para dejar expuesta mi garganta.

—¡Nova! —exclama mi padre, pero tanto él como el verdugo están superados en número, ya que están luchando con cuatro guardias.

Ash también grita mi nombre, pero sigue con las manos atadas. Golpea con la cabeza hacia un lado para acertarle en la cara al guardia de su derecha.

El guardia que está conmigo se acerca con los dedos firmemente agarrados a la empuñadura de su cuchillo. Intento retroceder, pero el otro guardia me tiene sujeta por el pelo y me es imposible moverme. Mantengo los ojos abiertos y miro a mi futuro asesino.

—¿Crees que te acordarás de esto? —le pregunto—. ¿Del día que mataste a una chica inocente de diecisiete años? ¿O será un día más trabajando para Jag?

Durante un segundo, duda. Pero, en lugar de ablandarse, su expresión se endurece y se acerca aún más. Justo cuando la hoja empieza a bajar hacia mí, se oye un zumbido y el guardia gruñe como si el viento le hubiera noqueado. Entonces, abre los ojos, se tambalea hacia un lado y suelta el cuchillo. Tiene una asta clavada en la espalda. «¿Una flecha?».

Barro el salón con los ojos, pero antes de que pueda ubicar al arquero, oigo otro zumbido y me agacho instintivamente. El guardia que me agarra del pelo se bambolea, me suelta y cae al suelo. Dejo de

mirarlo para buscar en la multitud, donde veo a Layla, con el arco en la mano, que vuelve a cargar para eliminar a uno de los guardias de Ash. Busco a Matteo, pero no está con ella, y no me extraña. Me sorprendió que viniera a Londres, así que no puedo esperar que se arriesgue a venir al caserío de los Leones.

—¿Layla? —suelta Ash incrédulo.

Pero antes de que Layla pueda sacar otra flecha del carcaj, uno de los hombres de Jag se acerca a ella y le propina una patada que acaba por romper el arco en dos. Ash le clava el codo en la garganta al otro guardia que tiene al lado y, mientras se ahoga, Ash se libera de su agarre y corre hacia su hermana.

Yo me agacho con rapidez, cojo un cuchillo del cinturón del guardia muerto y corto la cuerda que me envuelve las muñecas. Me giro hacia mi padre, que está luchando con dos guardias junto al verdugo. Pero, antes de que pueda llegar hasta él, otro guardia León me empuja en el hombro, lo que me hace retroceder un paso. En cuanto establece contacto visual conmigo, me da un puñetazo en la mandíbula y no consigo equilibrarme. Tengo la boca llena de sangre.

Vuelvo a ponerme en pie y doy un salto hacia delante dando un mandoble hacia su torso. Él salta hacia atrás ágilmente y mi hoja no corta más que el aire que hay delante. Se saca dos dagas de las vainas que tiene a cada lado del cinturón. Vuelvo a incorporarme, observo sus manos y sus ojos, y espero que no sea tan bueno con los cuchillos como me temo. Empieza a alzar sus cuchillos y me preparo para su ataque, pero nunca llega. En su lugar, abre mucho los ojos y arquea la espalda de una forma antinatural. Lo miro confundida mientras una mancha húmeda le aparece en la camisa negra. «Sangre».

El guardia cae de rodillas, suelta sus cuchillos y, justo detrás de él, está Ash.

—November —dice aliviado y me examina en busca de alguna herida.

Layla aparece a su lado y, con esas expresiones idénticas, no cabe duda de que son mellizos.

El salón se ha sumido en el caos más absoluto. Mire donde mire, hay gente luchando a muerte. Inés le pega una patada en la garganta a un guardia y un puñetazo a otro. Se mueve con gracia y confianza, como si fuera una ninja en miniatura. Y el pelo esquilado no le quita elegancia, de hecho, parece más brutal que antes. Aarya tampoco se queda atrás. Tiene dos cuchillos y va dando tajos por el aire a una velocidad impactante.

Jag los observa a todos con un mohín en la cara. Coge un cuchillo de su cinturón, echa el brazo hacia atrás y apunta a Aarya. Ash sigue la trayectoria de mi mirada cuando grito:

—¡Aarya!

Jag extiende la mano y el cuchillo ya va volando por el aire. Pero Inés también lo ha visto y se arroja delante de su amiga.

Una oleada de horror recorre el rostro de Aarya cuando se da cuenta de lo que está pasando.

—¡No! —grita.

Demasiado tarde; el cuchillo de Jag ha acertado en el pecho de Inés, un tiro limpio, letal.

Inés choca con Aarya, que la envuelve entre sus brazos, y juntas caen al suelo. El rostro de Inés está compungido por la sorpresa y el dolor.

Aarya se arranca la manga de la camisa y presiona la tela que hay alrededor de la herida del cuchillo. Pero hay tanta sangre que se empapa en unos segundos. Aarya se mira los dedos cubiertos de sangre y sigue presionando la herida.

—Voy a sacarte de aquí —dice Aarya poniendo el brazo bajo el cuello de Inés.

—No, Aarya —responde Inés con una voz confiada.

Aarya sujeta a Inés con fuerza y la levanta levemente.

—Para —le ordena Inés con la voz cansada, y Aarya lo hace.

Se miran durante un rato. Aarya contiene las lágrimas e Inés coloca su mano temblorosa sobre la de Aarya para apretarle los dedos, como si quisiera decirle que no se preocupe.

—Yo... Gr-Gracias —dice Inés, pero su voz es un gruñido y le cuesta centrar la vista.

—No te atrevas a darme las gracias, Inés. No vas a morir —dice Aarya con cabezonería.

Pero a Inés cada vez le cuesta más respirar.

—Gracias... por ser mi hermana.

Aarya abre la boca para responder, pero los ojos de Inés parpadean y se cierran, y su cuerpo se queda inerte en los brazos de Aarya.

Aarya le toca la cara a Inés.

—¿Inés? —susurra—. ¿Inés?

Pero Inés se ha ido y, por cómo se derrumba el semblante de Aarya, ella lo sabe. Se inclina sobre su amiga y se abraza al cuerpo de Inés con un dolor tan visceral que lo siento en mi propio pecho.

Me tiro de la camisa como si no pudiera respirar, como si hubieran

succionado todo el aire del salón, y respiro a intervalos forzados. Pero, en mi interior, la rabia se va acumulando, poco a poco, tensa y furiosa, como un carbón en ascuas. Mi mano se aferra al cuchillo y, antes de que pueda pensarlo, busco a Jag, lista para vengar a mi amiga y para garantizar que no vuelve a hacerle daño a nadie. Pero cuando vuelvo a mirar al trono, no está, y no solo él, tampoco Rose ni Brendan. Repaso con rapidez el salón, con miedo de no volver a encontrarlo y de lo que puedo llegar a hacer.

—Ahí —señala Layla. Jag ya está en medio del salón en dirección a la puerta.

Mi padre tira al suelo de una patada al guardia con el que está luchando y se gira hacia mí sin perder un segundo. Sigue la dirección de mi mirada hasta Jag justo cuando este sale del gran salón.

—Nova —empieza a decir mi padre, pero vuelve a mirar a Jag—, quédate aquí. Quédate a salvo.

Y con una expresión seria, se marcha para perseguir a su padre. Sé que tiene que seguirlo, que no puede dejar que Jag se escape, pero yo tampoco.

—Voy contigo —dice Ash, que se debate entre perseguir a Jag o quedarse a luchar con Layla y Aarya.

—No, iré yo —respondo—. No podemos dejar a Aarya sola.

—Ve, November. Los perderás si no te vas ya —insiste Layla, y eso hago.

VEINTIOCHO

Voy corriendo en busca de mi padre y, por el camino, esquivo estrategia en plena lucha y cadáveres. La puerta robusta está a medio abrir y los guardias que la custodiaban no están en su puesto o han muerto. Salgo corriendo del gran salón hasta un vestíbulo prácticamente desierto decorado con tapices. Por suerte solo hay un pasillo a la vista. Pero, antes de que pueda echar a correr, oigo el sonido de unas botas que se acercan. Y, de entre las sombras del fondo del pasillo, aparece un hombre vestido completamente de negro. Fija en mí su mirada y lo reconozco: es el guardia que le puso el cuchillo a Aarya en la garganta anoche en las mazmorras. Desenvaina una espada.

Alzo el cuchillo y me pongo en posición mientras él carga hacia mí, consciente de que el arma que tengo no es comparable a la suya. Conforme se va acercando, sus movimientos son más precisos y su rostro, más concentrado. Me golpea con tanta fuerza que el aire se mueve. Consigo apartarme a duras penas y evito la hoja de su espada por unos centímetros.

Cuando vuelve a levantar el brazo, percibo el zumbido característico de la cuerda de un arco que suena a sus espaldas. Pero, antes de que pueda darse la vuelta, oigo cómo el metal atraviesa la carne. Abre mucho los ojos, se tambalea y cae de cara contra el suelo con una flecha clavada en la espalda.

Echo un vistazo por el pasillo y, de entre las sombras, sale un chico alto con los hombros anchos y expresión seria.

—¿Matteo? —pregunto con incredulidad.

Lleva un carcaj medio vacío en un hombro y un arco largo en la mano.

—November —dice él, y compartimos una inclinación con la

cabeza, ya que ninguno de los dos sabemos qué decir ni tendríamos tiempo para decirlo, aunque no fuera así.

Durante un breve instante, noto un atisbo de entendimiento entre nosotros, pero luego nos ponemos los dos en marcha; él se va al gran salón y yo voy en busca de mi padre y de Jag.

Aumento la velocidad sin detenerme a evaluar lo que me rodea como haría normalmente. Echo a correr por el pasillo y cruzo la puerta del fondo hasta una sala de banquetes vacía. Pero la única persona que hay en la sala es un guardia muerto con una flecha clavada en la espalda que coincide con las flechas que Layla y Matteo llevan en los carcajes.

Voy tan rápido como me permiten las piernas entre mesas con vajilla delicada, empujo otra puerta al fondo de la sala e irrumpo en una cocina gigantesca. El personal no se altera, pero hay cierto aire de tensión nerviosa que me indica que ha pasado algo. No esquiva estrategia dejan de mirarme a mí y a la puerta lateral, como si alguien acabara de pasar por ahí y esperaran que hiciera lo mismo.

Cruzo la cocina corriendo hasta la puerta y me detengo en cuanto mis botas pisan el césped y el aire gélido me agujerea la piel. Ahí, en medio de un jardín al aire libre, hay una pequeña reunión de estrategia y todos miran a mi padre y a Jag.

En el suelo, no muy lejos de la puerta lateral, hay dos guardias muertos. Por la decepción con la que Jag los mira, es evidente que vino por este camino, porque pensaba que estarían aquí. Los dos tienen disparos de flecha. «Gracias, Layla y Matteo».

Mi padre está delante del suyo con un cuchillo en la mano y de espaldas a mí. Jag levanta su propia arma. Quiero decirle a mi padre que estoy aquí, pero no me atrevo a decir su nombre por miedo a distraerlo.

—Tus guardias están muertos —le dice mi padre a Jag—, y no hay nadie disponible para que mate por ti.

—¿Eso crees? —pregunta Jag dando tajos con habilidad en dirección a mi padre—. Una sola orden y todos los presenten te harán trizas.

Mi padre elude la hoja de Jag con la suya propia y se hace evidente al instante que están muy igualados. Examino con ansia al público para ver el efecto que tienen en ellos las palabras de Jag. Reconozco algunas caras de cuando estábamos en el gran salón, pero no hay forma de saber a qué familias pertenecen.

Jag levanta la barbilla en una postura orgullosa.

—El que mate a mi hijo será recompensado con mi más absoluta lealtad y una enorme suma de dinero. Tú y tu familia obtendréis mi favor en todos vuestros negocios y acuerdos. Tendréis apoyo absoluto de los Leones y seréis la envidia de los demás estrategia.

Jag le lanza una patada a mi padre, pero la esquiva.

Se me acelera el pulso y se me tensan los músculos de esa forma que siempre hacen antes de una pelea. Estoy segura de que una oferta como esa no es fácil de rechazar, no con todo el dinero y la influencia que parece poseer Jag. Levanto el cuchillo y me acerco a mi padre. Pero él me ve por el rabillo del ojo y extiende la mano para indicarme que me detenga. Y eso hago, prepararme para la violencia inevitable.

Mi padre arremete con el cuchillo hacia Jag, que se agacha para esquivarlo. Pero Jag es rápido y contesta con una patada que alcanza a mi padre de pleno en las costillas, por lo que tiene que retroceder un metro. Doy otro paso ansioso hacia delante y, de nuevo, mi padre hace un gesto para que me quede donde estoy.

Como si hubieran escuchado mi plegaria en busca de ayuda, Ash, Layla, Matteo y Aarya aparecen corriendo por la puerta de la cocina. Imagino que la batalla en el gran salón se ha acabado y que hemos ganado, pero nada de eso importa si Jag gana esta pelea. Mis amigos miran de hito en hito a mí, a mi padre y a Jag haciéndose a la idea de la situación y se acercan con las armas en la mano. Pero incluso ahora que contamos con cuatro combatientes más, si el público se vuelve en contra, nos superarán en unas diez personas.

Jag corre hacia mi padre y se acerca tanto que su cuchillo le hace un corte en la camisa de mi padre. Antes de que pueda recuperarse, Jag vuelve a avanzar y, esta vez, acierta en el hombro de mi padre y le provoca un arañazo sangriento en el brazo. Mi padre le responde con un puñetazo que alcanza la mandíbula de Jag y le parte el labio.

Jag escupe sangre sobre el césped.

—¿Me habéis escuchado? —dice con un tono de voz autoritaria mirando hacia la multitud—. ¡He dicho que lo matéis!

Pasan tres segundos y los presentes se miran los unos a los otros como si esperaran a que alguien diera el primer paso. No obstante, nadie suelta las armas; nadie se acerca a ayudarlo. Mi padre avanza con un puñetazo y Jag lo esquiva, pero, entonces, le propina un tajo a Jag en la mejilla con el cuchillo, no tan profundo como para que le haga daño, pero lo suficiente como para hacerle sangrar. Jag se toca la cara con los dedos, incrédulo.

Un gruñido escapa de la boca de Jag y da un par de rápidos

mandobles en el aire con el cuchillo, pero, al contrario que sus movimientos precisos de antes, estos son furiosos y descontrolados. Y al igual que cuando era pequeña y mis emociones podían conmigo, mi padre se mueve, aguarda su momento y hace un movimiento perfecto. Atrapa el cuchillo de Jag al vuelo y lo lanza al césped.

Todo el mundo se queda totalmente quieto durante un segundo. Jag mira su arma, pero está demasiado lejos como para recuperarla.

—Tu reinado ha acabado —sentencia mi padre con un tono de voz segura. Da un paso hacia Jag—. Quiero dejarte bien claro lo que eso significa: no solo dejarás de ser líder —conforme sigue hablando, su tono de voz resuena con tranquilidad—, dejarás de ser un estrategia.

—Nunca te seguirán —replica Jag sin amedrentarse—. Eres débil.

—No estoy de acuerdo —responde mi padre y, por un momento, creo que no le he oído bien. «¿Liderar? ¿Liderar la familia de los Leones? Pero no es... no podría... ¿Es posible?».

—Eres una vergüenza para la familia —dice Jag en un tono de voz condescendiente—. Rechazaste Estrategia, eludiste tus responsabilidades, no tienes cabida aquí.

—Nunca rechacé Estrategia. Te rechacé a ti. Y aunque tienes razón y no construí una reputación como hijo tuyo en Estrategia, no desaparecí de la sociedad. Los estrategia me conocen por otro nombre. —Hace una pausa—. El barquero.

Se oyen gemidos de sorpresa entre la multitud y la expresión confiada de Jag se desvanece al darse cuenta de que dijo públicamente que los Leones contrataron al barquero para... capturarse a sí mismo. Estoy tan atónita que casi suelto el cuchillo. Y, de repente, todas las piezas encajan. Hawk dijo que Mary y Jenny ayudaron al barquero a capturar a mi padre. Eso significa que, aunque la sangre del apartamento era real, el escenario era una pantomima. Hawk también estaba en el baile. No llegué a entender por qué mi padre me había mandado a un lugar tan peligroso sin ningún respaldo, pero Hawk era mi guardaespaldas. No me estaba persiguiendo, estaba vigilándome. Observo a mi padre sorprendida.

La expresión de Jag se endurece.

—Rose... —empieza a decir, pero mi padre lo interrumpe.

—Rose liderará junto a mí —dice mi padre, y no puedo creer lo que oigo.

¿Mi padre va a liderar junto a la madre de Brendan?

Jag se lleva una mano al corazón como si fuera a decir algo, mientras que deja caer la otra junto al costado. Sin embargo, cae de

una forma poco natural y rápida. Por un instante no tengo claro si ha movido ligeramente la muñeca o si lo he imaginado. Entonces, lo veo: un pequeño frasco en la palma de la mano. «¡El veneno relámpago!». Y desde donde está mi padre, sé que no puede verlo.

Y de nuevo, vuelvo a recordar mi sueño: el gran salón lleno de cadáveres y Jag con el veneno en la mano. Aunque Aarya y Ash tenían razón y solo fue un sueño, me doy cuenta de que no era la muerte lo que me aterrorizaba, sino el miedo a que no pudiera hacer nada para detener a Jag.

No tengo tiempo para advertir a mi padre, así que preparo mi cuchillo y grito lo único que se me ocurre para que ambos me presten atención.

—¡Hamilton! —exclamo.

Los ojos de Jag se posan en mí tal y como esperaba y sé que mi padre ha entendido el significado: Jag hace trampas. Y cuando Jag alza la cerbatana hasta su boca, no dudo. Echo el cuchillo hacia atrás y lo lanzo.

Tengo buena puntería y el cuchillo aterriza de lleno en el pecho de Jag. Pero, para mi más absoluta sorpresa, una docena más de cuchillos y una fecha también le aciertan. Mi padre y yo no hemos sido los únicos en reaccionar a tiempo; también lo han hecho mis amigos y algunas personas de la multitud.

Jag cae de rodillas, boquea en busca del último aliento y se derrumba contra el suelo. Todos nos quedamos quietos un instante, asimilando lo que acaba de pasar y preparados para un contraataque. Pero nadie defiende a Jag. Ni siquiera parecen tristes. Una vez que se hace evidente que la lucha ha acabado, mis amigos bajan las armas y todo el mundo empieza a hablar hasta que las voces sorprendidas llenan el patio.

Mi padre se gira hacia mí, pero no me muevo. Me siento como si estuviera congelada en el sitio, petrificada entre ese instante de terror y el alivio.

—Espero que sus últimas palabras expresaran su deseo de parecer un alfiletero, porque si es así, se le ha concedido —dice Aarya.

Incluso en medio de su pérdida, Aarya no puede dejar de ser Aarya.

Pero no estoy mirando a mis amigos, porque voy corriendo hasta mi padre.

—¿Papá? —consigo decir con la voz rota.

Abre los brazos y me da un abrazo enorme. Mi padre, lo que más

quiero en el mundo, está aquí, abrazándome, no perdido por Europa o encadenado en unas mazmorras. Lo rodeo con los brazos y entierro la cara en sus hombros. Su aroma familiar me hace llorar y descansa la mejilla sobre mi cabeza.

—Mi niña —dice con ternura, y absorbo su tono de voz reconfortante como si fueran los rayos del sol.

Me quedo abrazada a mi padre durante un buen rato, sin necesidad de decir nada, sin necesidad de hacer nada.

Pero mi momento de paz dura poco. Me echo hacia atrás para mirarlo.

—Me abandonaste —le digo con cierto dolor en mi tono de voz, pero también una acusación—. ¡Me has obligado a perseguirte por todo Reino Unido! Y, y, Logan, y el baile. ¿Cómo has podido?

Todas las emociones que he reprimido durante el último mes borbotean hasta la superficie. Mi padre escruta mi rostro y toma nota de mi enfado.

—Te debo una explicación, Nova. Tienes todo el derecho del mundo a enfadarte conmigo. Hablaremos largo y tendido y te responderé a todas tus preguntas. Pero aquí no —dice echando un vistazo al patio—. Entremos.

Seguimos a mi padre por un largo pasillo y nos abre la puerta que da a una salita acogedora. Hay un sofá de gran tamaño de color granate, dos sillones, una mesita de café, varias estanterías, un par de arcones viejos y una chimenea encendida. Nos sujeta la puerta y entran Layla y Matteo y Ash y yo detrás. Aarya es la última y, antes de que pase por la puerta, mi padre le dice en voz baja:

—Aarya —dice con gravedad en su tono de voz—, no puedo describir lo mucho que lo siento.

Aarya se queda pasmada un momento, como si no estuviera acostumbrada a que los adultos se preocuparan por ella. Pero cuando noto la pena que alberga su rostro, me doy cuenta de que la frustración que siento hacia mi padre es un lujo, que solo puedo enfadarme porque está aquí, que, aunque no me guste lo que ha hecho, tengo que agradecérselo todo a él.

Ash sacude la cabeza como si así disminuyera su tristeza.

—Inés estaba orgullosa de poder luchar aquí hoy. Habría tomado la misma decisión sin importar el resultado.

Mi padre observa a Aarya con atención mientras lee su expresión y

la reacción que ha tenido ante su tono de voz.

—No sé cuáles son tus planes para el futuro o si quieres volver a la academia, pero si necesitas tiempo, eres bienvenida a quedarte aquí con nosotros.

Aarya parece sorprendida por la oferta durante un instante y recuerdo que mi padre no es como los demás padres de Estrategia, que el tiempo que pasó en Pembrook lo cambió. O quizá el hecho de que lo criara Jag hizo que eligiera un camino diferente, un camino que le permitiera ser un padre cariñoso y afectuoso. Sea como fuere, está claro que Aarya no sabe cómo reaccionar.

—Yo... bueno... debería... —empieza a decir, y es la primera vez que la veo sin saber qué decir. Suspira—. Gracias. Quizá lo haga.

Mi padre cierra la puerta cuando entra Aarya y nos indica que nos sentemos.

—Layla y Ashai —dice—. Los hijos de Zareen. Tu madre y yo fuimos buenos amigos cuando estudiábamos en la academia.

Miro de mi padre a Ash y Layla e intento comprender su significado. ¿Su madre fue a la academia con mi padre? ¿Por eso nos emparejaron a Layla y a mí como compañeras de habitación? Y entonces caigo en la cuenta de que el cuchillo favorito de mi padre tiene un mango con un lobo. Me dijo que su mejor amiga se lo había dado cuando eran jóvenes.

—Ella siempre habla muy bien de vuestros días juntos, señor —dice Layla, pero Ash tiene la misma mirada sorprendida que yo. Tengo ganas de gruñir. Pase lo que pase, Layla siempre consigue saber más que los demás.

—Matteo —prosigue mi padre con una voz que se vuelve seria—. Layla y tú habéis sido imprescindibles. Vuestro plan y vuestras habilidades son más avanzados que las de cualquiera de vuestra edad.

Matteo casi parece avergonzado ante la mirada orgullosa de mi padre.

—Ha sido un honor formar parte de ello —dice con una formalidad educada y casi tímida.

—Ningún otro alumno de la academia se ha arriesgado tanto ni ha conseguido tantas cosas como todos vosotros —afirma mi padre y siento cómo me sonrojo ante el papel de progenitor que está ejerciendo—. Gracias a lo que habéis hecho hoy, no solo restauraremos el equilibrio de poder en Estrategia, sino que el mundo en general será un sitio más seguro. Es evidente que este cambio llevará tiempo y trabajo y que habrá que involucrar al Consejo de

Familias y a todas vuestras familias. —Hace una pausa—. Ahora bien, estoy seguro de que tenéis preguntas —sigue— y si puedo responderlas, así lo haré.

—¿Sabía que Jag tenía intención de empezar una guerra con los Osos? —pregunta Layla sin perder el tiempo y miro de hito en hito a ella y a mi padre.

—Sí —responde mi padre—. Pero para cuando la tía de November y yo nos dimos cuenta de lo que pasaba, el regente y Jag ya estaban planeando sus ataques. Si no actuábamos de inmediato, el resto de familias se habrían visto obligadas a posicionarse y la Estrategia que conocemos habría cambiado para siempre.

Miro pensativa a Ash y él me devuelve la mirada y nos entendemos entre nosotros. Esta es la razón que Ash buscaba. Esta es la razón por la que todo ha sucedido como lo ha hecho.

—La tía de November eliminó al regente —cuenta mi padre, y confirma lo que ya sospechaba—. Enviamos a November a la academia para protegerla y para evitar que Conner matara a Matteo, y yo vine aquí a detener a Jag.

Todos me miran a mí, pero estoy tan sorprendida por lo de Matteo como ellos.

Aarya se ríe.

—Tío, Matteo, te sentirás como un capullo por haberle pegado un puñetazo.

Matteo entierra las cejas y parece que quiere decirle algo, pero se contiene y cierra la boca. Quizá no quiera pasarse de la raya con ella porque ha sufrido una pérdida o quizá sea más maduro que ella. Sea cual sea la razón, no le presto atención a las provocaciones de Aarya, sino que miro a Matteo.

—Ese puñetazo… —digo con la voz apagada—. Fue Blackwood, ¿verdad? Blackwood te dijo que me pegaras. —Mi mente se acelera al ir conectando los sucesos—. Así todo el mundo pensaría que éramos enemigos y ocultaría por completo la razón de mi llegada. —Los mejores venenos son psicológicos y emocionales, decía la profesora Hisakawa—. Y Conner redirigiría su atención hacia mí. —Miro a mi padre—. Dios mío. Tú sabías que Conner querría matarme a mí más de lo que quería matar a Matteo.

Lo que no pregunto es cómo sabía mi padre que Conner no lo conseguiría.

—Lo cierto es que no solo teníamos que evitar el ataque de los Leones a Matteo —dice mi padre—. Si las acciones de Conner seguían

ocultas, los Leones habrían conseguido matar sistemáticamente a los mejores alumnos de las familias que no se doblegaran, y los jóvenes supervivientes de Estrategia se habrían declinado a favor de los Leones. Bien porque les tuvieran miedo o bien por lealtad, el resto de Estrategia se habría ido alineando con Jag. Cambia a los jóvenes y cambiarás el futuro. Mi padre lo sabía y por eso empezó su ataque en la academia. Lo que hicisteis en la escuela fue tan importante como lo que hemos hecho aquí.

Nos quedamos en silencio un rato.

—Cuando Rose se dio cuenta de lo que su padre estaba planeando en la academia, decidimos que era el momento de pasar a la acción —continúa mi padre, pero le interrumpo.

—¿Rose? ¿Hablabas con Rose? —pregunto.

Inés dejó caer que mi padre necesitaba de algún contacto en la familia León para planificar el asesinato del regente, pero nunca pensé que pudiera ser Rose.

Mi padre asiente.

—Llevamos en contacto varios años.

—Angus —dice Ash cambiando de tema—. Le mencionó lo del barquero a November. ¿Él sabía que era usted?

Mi padre asiente.

—Angus es un viejo amigo —reconoce—. Me conoce desde que era un crío. Y la pista que os dio sobre la vulnerabilidad del equipo de Hawk, aunque es cierta, también la ideó él.

Ash alza una ceja y es evidente que está impresionado por mi padre.

—Logan fue una historia totalmente distinta —aclara mi padre—. No se podía evitar, pero tampoco podíamos controlarlo.

—¡Justo lo que dije! —exclama Aarya y mira a Ash como defensa.

—Y el equipo de Hawk —sigue Ash—, ¿ha trabajado para ti todo este tiempo?

—Así es —responde mi padre—. Han seguido vuestros pasos por mí y tenían pensado crear distracciones en el baile si la cosa se complicaba. Si habéis prestado atención, os habréis dado cuenta que bajo la máscara de verdugo estaba Eddie.

Miro a mi padre perpleja ante la magnitud de sus actos y la habilidad para ponerlos en marcha.

—Y la nota —digo—. La que nos dejaste en el apartamento para decirnos que fuéramos a las mazmorras. Te sorprendiste al vernos, pero tú sabías que íbamos a ir, ¿verdad?

Mi padre respira hondo y parece llevar un gran peso sobre los hombros.

—Nunca quise que vinierais a las mazmorras. No fue mi intención. Pero Jag descubrió que estabais en Londres poco después del baile y estaba preparado para enviar asesinos con instrucción de mataros a todos menos a Nova, a la que planeaba ejecutar en público.

Aarya palidece.

—Como no tenía ninguna alternativa, le pasé información a Logan para darle la oportunidad de ganar dinero, ganarse el favor de Jag y aventajarte. Luego Rose convenció a Jag de que debía dejar que vinierais a él, que os colarais en las mazmorras, que sería un impacto para toda Estrategia ver hasta dónde llegaba su poder.

Todos guardamos silencio un instante y miro a Ash y a Aarya. ¿Estarían aquí si los asesinos de Jag hubieran venido a por nosotros? Un escalofrío involuntario me recorre el cuerpo.

Matteo, que ha estado la mayor parte del tiempo callado, se aclara la garganta y mira de reojo a la puerta.

—Perdonadme, no quiero interrumpiros, pero no puedo quedarme. Mi familia me está esperando.

Mi padre asiente con comprensión.

—Dile a Maura que estaremos en contacto—dice sin más explicaciones.

—Así lo haré —dice Matteo y se pone en pie, pero se vuelve hacia mí antes de irse—. También... quería decirte, November, que mi madre estará en la ciudad un par de días más. —Hace una pausa—. Y bueno, si quieres conocerla, creo que a ella le encantaría.

La tensión que suele haber entre nosotros se ha esfumado. Abro mucho los ojos y la calidez crece en mi interior con la idea de que la hermana de mi madre y de mi tía quiera verme.

—Me encantaría —respondo con la felicidad escapándose entre mis palabras, y tras asentir amistosamente, se da la vuelta—. Y, Matteo — le digo—, siento haberte pegado un puñetazo en la cara.

Él se encoge de hombros.

—Supongo que forma parte de nuestra tradición.

Compartimos una sonrisa y cierra la puerta al salir.

Me vuelvo hacia mi padre y lo encuentro observándome. Me doy cuenta de lo diferentes que somos desde la última vez que nos vimos. Pero mi momento de reflexión es breve, porque caigo en la cuenta de que Matteo se va, pero nosotros, no.

—¿Por qué no nos vamos? —suelto—. O sea, ¿por qué seguimos

aquí, en el caserío de los Leones?

Todos me miran a mí y luego a mi padre.

Su expresión me recuerda al día que me dijo que iba a ir a la academia; es reconfortante y empática, consciente de que va a darme malas noticias.

—Nos vamos a quedar aquí.

—¿Quedarnos aquí? —repito sin creérmelo—. ¿Te refieres a las próximas horas o…?

—De momento —responde y casi se me salen los ojos de las órbitas.

Trago saliva.

—No lo dirás en serio. Quieres que viva aquí, en el caserío de los Leones, con Brendan.

Aarya se echa a reír.

—Piénsalo de esta forma: si tienes que matarlo, al menos sabes dónde está. Hasta el optimismo de Aarya es retorcido.

—¿Papá? —insisto.

Mi padre parece pensativo.

—Tenemos que estar aquí durante la transición —explica—. Habrá ciertos desacuerdos ahora que Jag está muerto y es importante que los Leones estén organizados y cohesionados lo antes posible. —Hace una pausa—. Pero una vez que pongamos estos asuntos en orden, no me opondré a buscar una propiedad diferente.

Frunzo los labios. No se me escapa que estoy siendo egoísta al pedir que todo el personal que trabaja aquí se mude solo porque no me gusta el edificio y, si soy sincera conmigo misma, en realidad no es el caserío lo que me disgusta, no es más que una mansión elegante; es la idea de vivir aquí lo que rechazo. Pero su respuesta lo hace más fácil. Me tranquiliza saber que no estoy atrapada aquí, que mi padre me escucha y que se preocupa por cómo me siento.

No obstante, nunca he visto tanto desconcierto en mis amigos que, como todos los estrategia suelen controlar sus expresiones, pero que se han relajado un tanto. No dejan de observar a mi padre, luego a mí y viceversa, como si fuéramos un puzle que no pueden resolver.

Aarya me mira como si se fuera a desmayar.

—Si mis padres me quisieran tanto, nunca me iría de casa —confiesa—. Ni a la academia ni por ninguna otra razón.

La observo. Sin duda alguna, es la frase más vulnerable que ha pronunciado en mi presencia, sin bromas, sin sarcasmo, solo perplejidad. Y me doy cuenta de que, aunque esté en una situación

difícil ahora mismo, mi padre me quiere de verdad, así que dejo ir toda frustración acumulada en mi interior. Y desaparece al instante.

VEINTINUEVE

Mi padre está sentado a los pies de mi cama con dosel. La habitación está decorada con tonos azul pastel y blanco, una chimenea grande y un sofá. Este diseño tan alegre difiere de los sucesos peligrosos que han ocurrido aquí, pero ahora mismo estoy más que agradecida por tenerlo. Si el dormitorio fuera oscuro y frío me sentiría más desorientada de lo que me siento actualmente. Eso sin contar que, ahora que es hora de dormir, estoy totalmente segura de que alguien va a salir de una puerta secreta y me va a abrir en canal.

—Nos llevará un tiempo encontrar nuestra rutina en este nuevo mundo —dice mi padre al reconocer mis dudas al instante—. Y será todo un reto. Pero estaré contigo a cada paso que demos.

—¿Y estás completamente seguro de que Brendan no va a venir a por mí con un cuchillo mientras duermo? —pregunto.

Mi padre sonríe.

—Rose se lo ha llevado fuera unos días. Va a ser un duro cambio para él, para todos nosotros, en realidad, pero merece la pena.

Resoplo. Me acuerdo de cuando provoqué a Brendan en la academia y le pregunté que si al ser primos, eso suponía que yo también era una aspirante al trono. No obstante, cuando dije esas palabras, ni en mis peores pesadillas me habría imaginado viviendo con él, y mucho menos, liderar una familia con él. Nunca quise liderar una familia en primer lugar.

—Sé que tu inserción en Estrategia no ha sido fácil y sé que Brendan te lo ha puesto más difícil de lo que debería —dice mi padre como si pudiera leerme el pensamiento—. Pero te aseguro que hay muchas cosas buenas en esta sociedad, aunque no sea fácil reconocerlas al principio. Si le damos tiempo y lo alejamos de Jag, Brendan tendrá la oportunidad de tomar sus propias decisiones. Sé

muy bien lo que significa que te eduque ese hombre.

Frunzo el ceño con frustración ante la posible verdad en sus palabras.

—Vale —digo.

—¿Vale? —repite mi padre, y las comisuras de su boca se elevan ligeramente.

Jugueteo con el borde de la manta blanca.

—Por mucho que odie admitirlo, vi lo que Conner le hacía a gente buena como Ash. No puedo imaginar cómo habrá sido la vida de Brendan con Jag.

Ahora mi padre sonríe con ganas.

—Ojalá tu madre estuviera aquí para ver la increíble persona en la que te has convertido. —Su tono de voz se suaviza.

—Papá... —empiezo sin saber qué quiero decir.

Mi padre me observa y aguarda con expresión relajada y abierta a que le haga preguntas. Suspiro y aparco mis preocupaciones por el momento. Ya hemos tenido bastante agitación por hoy y estoy verdaderamente exhausta.

—Háblame de mamá.

Su mirada se vuelve distante como siempre que habla de ella.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. Toda la historia —respondo.

Se echa a reír.

—Eso nos llevaría un buen rato. ¿Qué te parece si empiezo por el principio y, con el tiempo, quizá en los próximos dos años, termine de hablarte de lo maravillosa que era?

Sonrío.

—Hecho.

Mi padre suspira y alza la vista brevemente.

—Tu madre era la estudiante estratega más inteligente que ha visto la academia, que yo haya visto. La primera vez que hablamos, solo llevábamos allí una semana, se acercó a mí en el comedor y me dijo: «No odio a las personas por la familia a la que pertenecen. Sin duda tengo algunos familiares que me gustaría olvidar. Odio a las personas por su personalidad. Espero que la tuya no sea una mierda». Y, por mucho que quise convencerme de que no me caía bien y que su opinión no me importaba, me resultó imposible. A todo el mundo le importaba lo que pensaba; era una de esas personas magnéticas que sonríen y convierten a asesinos expertos en donnadies balbuceantes. Así que, por supuesto, intenté impresionarla.

—¿Funcionó? —pregunto, y me doy cuenta de lo atenta que estoy a este recuerdo feliz.

—Ni por asomo —responde mi padre—. Tardé dos años en conseguir que sonriera y otros seis meses antes de convencerla de que se escapara de su habitación y pasara tiempo conmigo. —Contempla la chimenea ante el recuerdo—. La gente siempre supuso que éramos enemigos que al final se enamoraron el uno del otro. Pero lo cierto es que bebía los vientos por ella desde el principio.

—Papá, ¿por qué nunca me contaste nada de esto? ¿Por qué me lo ocultaste?

Mi padre asiente como si estuviera esperando esta pregunta.

—Lo más difícil que he hecho en la vida ha sido enviarte a la academia sin contarte que eras estrategia, sin contarte que todo iba a salir bien. Pero si te lo hubiera dicho entonces, te habría confundido y te habría hecho daño, lo que te habría puesto en peligro y habría menguado tus habilidades para completar la misión.

Aunque no niego que tenga razón, sigue sin gustarme.

—Vale, quizá decírmelo justo antes de irme hubiera sido un error, pero ¿por qué no me lo contaste antes? Has tenido diecisiete años.

Mi padre respira hondo.

—Tu madre, la tía Jo y yo debatimos contártelo muchas veces. Teníamos que entrenarte, darte las herramientas que acabarías necesitando para integrarte en la sociedad estrategia. Pero también vimos la oportunidad única que tenías de crecer en Pembrook, una oportunidad que te haría una persona mejor y más compasiva. Pudiste ser una niña sin preocuparte por la disputa política ni de los Osos ni los Leones. Pudiste tener a Emily como mejor amiga y hacer miles de cosas que los niños de Estrategia no pueden hacer, porque saben demasiado y porque tienen demasiadas responsabilidades. Dime, ¿cambiarías esa época si pudieras?

Me muerdo el interior de la mejilla e intento pensar en una situación que me hubiera permitido saber la verdad y también tener mi vida en Pembrook. Pero tiene razón. No podría haberlo sabido y haber tenido una infancia normal.

Bajo los hombros levemente.

—No, no la cambiaría por nada en el mundo, ni siquiera ahora que me duele tener que abandonarla.

Mi padre parece aliviado, como si lo supusiera, pero se alegrara de oírmelo decir.

—Cuando descubrí quiénes erais en realidad, pensé que tú, mamá

y la tía Jo os habías escondido, que os habíais separado para siempre de Estrategia. Pero no es así, ¿verdad? —pregunto en un intento de colocar las piezas que faltan.

—Nunca quisimos abandonar Estrategia. Solo fue la mejor decisión en una situación peligrosa. —Hace una pausa—. Verás, cuando tu madre y yo éramos jóvenes, creíamos que podríamos conseguir que Estrategia fuera el motor de algo bueno, porque tenía ese potencial. Pero nos dimos cuenta enseguida de que no podríamos hacerlo uniendo nuestras familias, que teníamos que buscar otra forma.

Me observa con detenimiento.

—¿Y os convertisteis en el barquero? —pregunto, aún algo desconcertada ante la idea.

—Eso era una parte —contesta—. Tu madre, la tía Jo y yo no queríamos dejar de trabajar, pero tampoco podíamos seguir haciéndolo con nuestros nombres. Si te digo la verdad, no teníamos intención de crear ese apodo; simplemente surgió con el tiempo, y con el tiempo nos dimos cuenta de lo útil que podría ser.

En ese momento, recuerdo la última clase de venenos de Hisakawa en la que dijo: «Sacad provecho de lo que hay a vuestro alrededor. Mimetizaos».

—Entonces, ¿llevas planeando este asalto a los Leones toda mi vida? —pregunto un tanto perpleja.

—No exactamente —dice—. Pero conforme Jag se hacía mayor, cada vez era más agresivo, y nos dimos cuenta de que no podía seguir en el poder.

—¿Y la tía Jo? —pregunto.

El dolor se refleja en su expresión por un instante.

—Se nos presentó una oportunidad que no podíamos dejar pasar...

—¿De matar al regente? —pregunto.

—Sí —responde mi padre frotándose un callo de la palma izquierda. Tiene una expresión seria y espera un momento mientras piensa—. Jo me llamó poco antes de morir —dice, y mi corazón casi se detiene—. Me dijo que pasara lo que pasara, no se arrepentía de lo que había hecho, que se había cargado al hijo de puta que había matado a tu madre y que con eso era suficiente.

Abro los ojos. Así que fue el regente el que mató a mi madre.

—Y me dijo que, si le pasaba algo, que te dijera que te quería —sigue mi padre, y me miro los dedos; de repente, siento mucho dolor —. Que te quería y que, en este mundo tan oscuro, tú eras una estrella brillante. Me dijo que te vería al otro lado, que sería la del vestido

rojo con el pelo fantástico.

Mi padre sonríe con tristeza ante el recuerdo de mi fiera tía.

Y el duelo que estaba reprimiendo, el duelo que era demasiado grande para soportar en la academia, vuelve a mí. Empieza poco a poco en mi pecho, me va aprisionando la garganta y el puente de la nariz me arde. Cuando alzo la vista hacia mi padre, no puedo controlarlo más. Me tiembla la barbilla y los ojos se me deshacen en lágrimas. Él se acerca a mí y me entierro en sus brazos, llorando en silencio sobre sus hombros. Lágrimas por la tía Jo, por mi madre, por Inés, por el miedo de perder a mi padre y por las innumerables muertes que he vivido en estas semanas. Lo suelto todo, caliente, caótico, desatado, sobre la camisa de mi padre. Y él me acaricia el pelo y la espalda, me dice que todo irá bien, que él también la quería, que lo siente.

Nos quedamos así un buen rato, conmigo acurrucada en su regazo como hacía cuando era una niña, segura en su abrazo. Él no intenta apartarme ni obligarme a hablar. Simplemente espera. Aguarda a que mi respiración se relaje y el pecho deje de jadear. Me limpio la cara, exhausta de repente, pero también ligera como no me había sentido desde antes de la academia.

Dejo salir el aire y me incorporo.

—Quiero participar en esto, de verdad, sobre todo si es algo por lo que habéis luchado tú, mamá y la tía Jo. Pero… tardaré en acostumbrarme —admito mirando el anillo de mi madre que llevo en el dedo.

—Es de lo más normal —dice mi padre con un tono de voz que entiende que me esté costando—. Tienes todo el tiempo del mundo para decidir quién quieres ser. Incluso si decides que no quieres ser líder, no pasa nada. Estoy muy orgulloso de la joven que eres ahora.

Asimilo sus palabras porque, ahora mismo, no se me ocurre ningún plan grandioso para salvar Estrategia y conciliar a los Leones. Tengo suficiente con que estemos juntos y esté orgulloso de mí.

Le sonrío y es una sonrisa verdadera. Y él me devuelve la sonrisa.

—Sé que nos hemos perdido el veinte de diciembre —comenta—, así que me gustaría compensártelo. ¿Qué me dices si pasamos tú y yo un día de invierno divertido?

Una calidez recorre mi cuerpo, una que no sabía que echaba de menos, pero que ahora siento que no puedo vivir sin ella.

—Sería una pasada, pero —hago una pausa— ¿crees que podríamos llevar a mis amigos? Después de verte con ellos hoy, creo

que necesitan un poco de terapia paternal, más que yo incluso, sobre todo, Aarya.

—Por supuesto —responde, y entonces caigo en la cuenta de que, por primera vez desde que tengo cinco años, cuando digo «amigos», no me refiero a Emily.

—Y papá —digo—, quiero ver a Emily.

Durante un momento, duda. Luego asiente.

—Encontraremos la forma. Lo prometo.

Alguien llama a la puerta y, desde el otro lado, Ash pronuncia mi nombre.

—¡Pasa! —exclamo, y mi padre me lanza una mirada cómplice.

—Os dejo que habléis —dice cuando Ash entra.

Mi padre me da un beso en la frente, como ha hecho todas las noches durante los últimos diecisiete años, y le doy las buenas noches con una sonrisa mientras sale de la habitación.

Ash se sienta junto a mí en la cama.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí y no —respondo, ya que no estoy segura de cómo expresar con palabras la algarabía de emociones que siento—. Toda mi vida ha dado un cambio de 180 grados. Voy a tardar un tiempo en acostumbrarme. Pero estoy en ello.

Él asiente con una expresión comprensiva y, entonces, lo entiendo: «Se acabó». Se acabó huir, se acabó esconderse, pero también se acabó estar con Ash las veinticuatro horas del día. Lo miro, más dividida que nunca: una parte de mí está encantada con que este capítulo de mi vida termine, y la otra parte teme dejarlo atrás.

—Adelante —me insta leyendo mi rostro—. Pregunta.

Las palabras se me agolpan en la garganta, difíciles de decir.

—Te vas, ¿verdad?

—No —responde con decisión.

El pecho se me hincha de esperanza, pero tengo miedo de emocionarme antes de que estar segura.

—¿No te vas mañana o no te vas en un buen tiempo?

—No me voy hasta que me eches.

—Pero ¿y qué pasa con tu familia? —pregunto.

—Layla irá a casa y les contará lo que ha pasado —responde con una sonrisa de satisfacción.

—¿No se enfadarán? —pregunto.

—No lo sé —contesta—. Layla es bastante persuasiva. Creo que se lo va a vender como una ayuda política, una forma de reparar las

relaciones de nuestra familia con los Leones.

Diría que es inteligente, pero todo lo que hace Layla es inteligente.

—¿Y la academia?

Niega con la cabeza. Lo miro un buen rato. Le debo muchísimo, más que eso.

—Gracias por estar aquí, Ash, gracias por todo, por… No sé cómo decirte lo mucho que significa para mí.

Guardo silencio, porque no es eso lo que quiero decir en realidad.

Pero antes de que pueda seguir, Ash replica:

—Gracias por confiar en mí.

—No. No —digo para callarle y que pueda pensar en las palabras que expresen lo que siento.

La última vez que tuvimos una conversación de este tipo me hice un lío y acabé sin decir nada. No voy a dejar que vuelva a pasar.

Ash parece divertirse.

—¿No? ¿No aceptas mi agradecimiento?

—Tú no deberías darme las gracias… —Gesticulo en su dirección —. Soy yo la que debe hacerlo.

La diversión se traslada a sus ojos.

—Nada de agradecimientos. Entendido. Lo añado a la lista de ofensas «imbesables».

Respiro hondo e intento evitar que mis nervios interfieran con mi declaración honesta.

—Una vez me dijiste que te importaba de verdad —le digo centrándome en el tema lentamente—. Cuando la gente normal dice eso, hablan sobre sus emociones, de un sentimiento intangible. Pero tú me lo has demostrado, y no porque hayas tomado riesgos sin precedentes, sino porque me has mantenido serena y me has hecho reír incluso en los momentos más oscuros. Y quiero decirte que a mí también me importas de verdad.

—Eso es bueno, November, porque estoy seguro de que estoy enamorado de ti —dice—. Y sería un horror a estas alturas descubrir que a ti te da igual.

Me echo a reír con las mejillas sonrosadas.

—Suelto lo más sensible que le he dicho a un tío en mi vida y, de alguna forma, consigues superarme —replico sonriéndole y deseando en secreto que vuelva a decirlo.

Él me lanza una mirada traviesa.

—Entonces intentaré superarte en el amor siempre que me dejes. No creo que nadie pueda querer a alguien más de lo que yo te quiero.

Así que, inténtalo si quieres. Pero prepárate para perder.

Vuelvo a reír.

—Acepto el reto.

Ash se acerca a mí y presiona sus labios contra los míos. Y, en ese momento, aunque no tengo ni idea de qué nos deparará el mañana, sé que mi padre está a salvo, que Ash me quiere y que todo irá bien.

AGRADECIMIENTOS

Normalmente escribo agradecimientos largos, porque resulta que hacen falta un buen puñado de linces creativos para sacar adelante mis libros. ¿Veis esa frase? Os garantizo que alguien va a tener que arreglarla. Y todas las que le siguen. Pero esta vez solo voy a decir que, sin vuestra ayuda (entiéndase «vuestra» como agente jefa extraordinaria Ro, editor genio Mel, equipo increíble de Random House, madre del amor, marido de la devoción, bebé del universo alucinante, familia de sangre y elegida, amigos de mi corazón, a mis inteligentísimos lectores cero y compañeros de escritura, a mis encantadores FAMB y lectores), sería un completo y absoluto desastre.

Todos aportáis una felicidad a mi vida que es pura risa. Me alegráis, me animáis, hacéis que mis libros y mi mundo brillen. Nunca habrá suficientes palabras ni signos de exclamación para describir la gratitud que siento cuando me levanto por las mañanas y me doy cuenta de que puedo hacer algo que me encanta rodeada de gente a la que quiero. Así que aceptad este balbuceo como una prueba del sentimiento tan grande e indescriptible que siento al saber que todos estáis ahí. Gracias. GRACIAS.

NOTA

* Un escocés con falda salió del bar por la noche. / Y por cómo caminaba era obvio que había bebido más de la cuenta. / Fue dando tumbos hasta que ya no pudo más. / Y cayó al suelo para acabar dormido sobre la hierba. / Después pasaron dos jovencitas muy bellas por allí. / Y una le dice a la otra, con los ojos brillantes: / ¿Has visto a ese escocés durmiendo, tan guapo y tan fuerte? / Me pregunto si será verdad que no llevan nada debajo de la falda. / Se acercaron al escocés lo más silenciosamente posible. / Le levantaron la falda hasta la cintura para comprobarlo. / Y, allí, atentos, bajo la falda escocesa, no había más que con lo que Dios le había traído al mundo. (*N. de la t.*)

Table of Contents